

ÍNDIGO 7



# ESPECTROS

LOUISE COOPER



Lectulandia

Durante medio siglo, Índigo ha vagado por el mundo sin envejecer, sin cambiar e incapaz de morir, buscando los demonios que ella misma liberó tiempo atrás. Éste es su destino y el precio de su desatino.

Ahora la joven se ha refugiado entre las gentes de Alegre Labor, en cuya fría filosofía pragmática no puede existir el retorcido mundo de los demonios. No obstante, Alegre Labor posee sus propios secretos: voces lejanas en la noche, que llaman a Índigo con sus «ven a jugar, ven a jugar», un niño pequeño, perseguido por «amigos» invisibles, y la casa situada tras el elevado muro, un museo en recuerdo del Benefactor... quien puede que no fuera tan benévolo como se creía.

Existen oscuras fronteras que quizá sería mejor no cruzar. Pero tras ellas se encuentra el mayor terror de Índigo y también su mayor deseo. Y ambas cosas deben reconciliarse.

**Lectulandia**

Louise Cooper

# **Espectros**

**Índigo - 7**

ePub r1.0  
serpyke 17.11.15

Título original: *Revenant*  
Louise Cooper, 1993  
Traducción: Gemma Gallart

Editor digital: serpyke  
ePub base r1.2

---

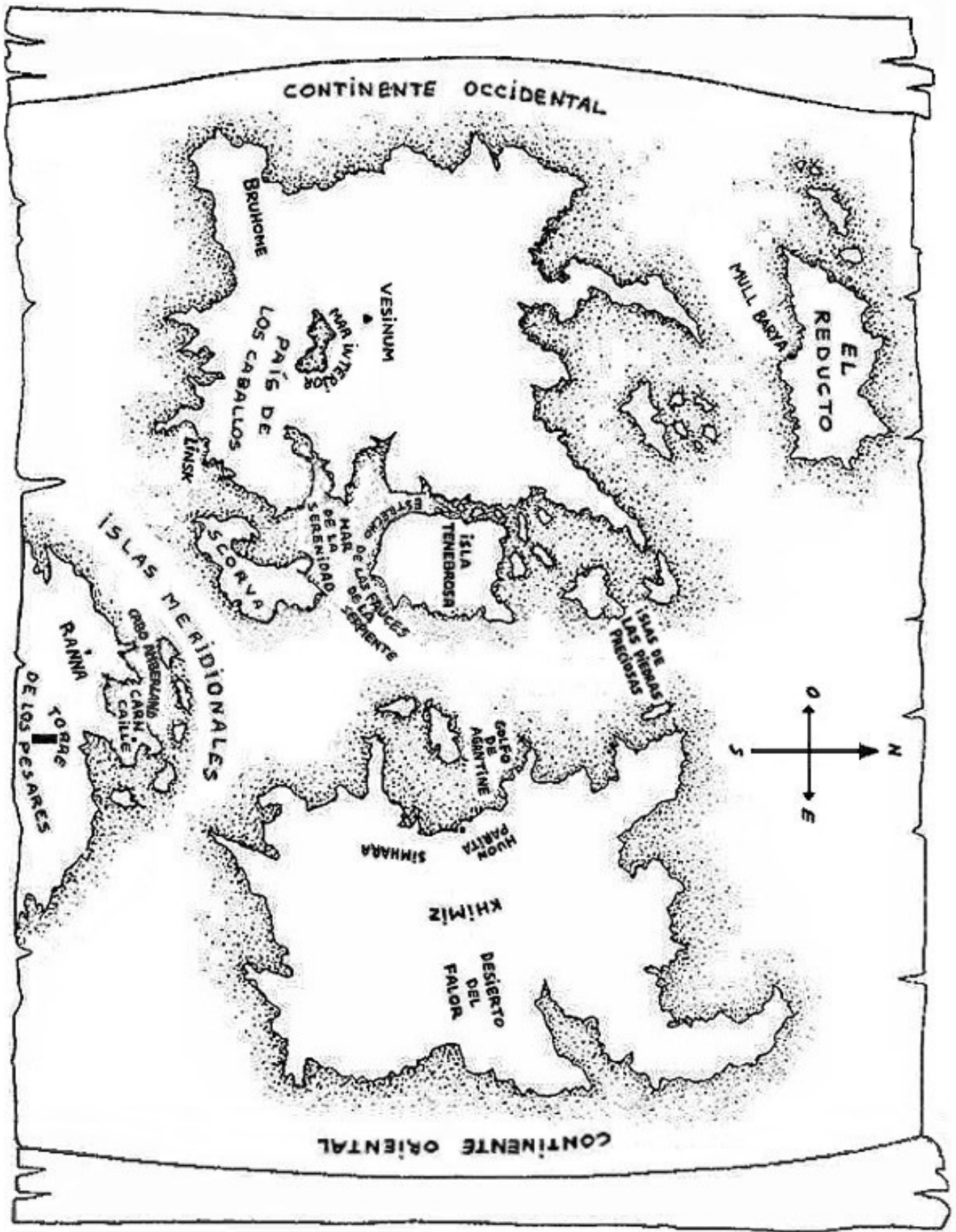
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Oh, Señor, si es que existe un Señor: salva mi alma si es que poseo un alma.*

J. Ernest Renán: *A sceptic's prayer.*

*A Shan, que ha sido no sólo un buen agente, sino también un buen amigo.*



## Prólogo

*Las estaciones cambian despacio y con suavidad en el país que, en la lengua de sus habitantes, se conoce por el nombre de la Nación de la Prosperidad. Los inviernos casi nunca son rigurosos, y los meses de calor que siguen al invierno se funden en otoños tan templados que parece como si el verano fuera siempre reacio a partir. Se trata de un territorio pelado lleno de colinas, valles y montañas; primitivo en muchos aspectos, pues no existen demasiadas carreteras que unan los aislados poblados, obstinadamente independientes, y la mayoría de las carreteras existentes resultan de difícil tránsito para el viajero. Pero de todos modos los viajeros son escasos y aparecen a grandes intervalos, ya que cada ciudad mantiene poco contacto con sus vecinos, y a los visitantes extranjeros, aunque se los tolera, no se los anima a cruzar los límites del país.*

*No obstante algunos extranjeros sí aparecen de vez en cuando, pues a pesar de su nombre la Nación de la Prosperidad no es autosuficiente. La naturaleza del país ha convertido en granjeros a sus habitantes, pero ni siquiera ellos pueden prosperar únicamente con los frutos de su fértil suelo, y aunque les disguste la idea de tener extraños entre ellos sienten una gran avidez por los beneficios que los extranjeros aportan. Así pues, los visitan gentes de fuera; algunos simplemente para comerciar y luego marcharse, otros para quedarse y establecer empresas más duraderas. Y unos pocos —muy pocos— en busca de un lugar en el que pueden estar seguros del anonimato; un país donde ni se los acepta ni se los rechaza; un país donde pueden sentirse —y estar— solos.*

*Índigo es uno de tales viajeros. Vino a este país por tres motivos; o al menos, eso fue lo que se dijo a sí misma. Su primer deseo era encontrar un lugar donde descansar de los sofocantes y húmedos bosques de la Isla Tenebrosa, donde la enfermedad y la superstición acechan cogidas de la mano, y donde se vio atrapada en una pesadilla viviente cuyos horrores desea olvidar por completo. Su segundo deseo era encontrar un país en el que no se viera perseguida por viejos recuerdos; un lugar donde su nombre y rostro no despertaran interés; un lugar donde encontrar espacio, tanto físico como mental, para evaluar su vida. Y el tercer motivo para su estancia aquí era demostrar que, tras más de cincuenta años de seguir un sendero decretado por otros poderes, había conseguido desafiar a su destino y ser por fin dueña de sus propios actos.*

*Aunque durante estos cincuenta años ha conocido a innumerables personas, la historia de Índigo sólo ha sido contada a unas pocas, y la mayoría de esos viejos amigos están muertos ya. Algunos murieron por su culpa, algunos incluso a sus manos, pero la mayoría de ellos sencillamente envejecieron y desaparecieron para ir en busca del descanso eterno. De haber sido diferente su vida, de no haber cometido aquel desatino, Índigo sería una anciana en estos momentos y se acercaría ya al fin de sus días. Pero desde aquel funesto día, hace medio siglo, en que abrió la puerta de*

la Torre de los Pesares, Índigo permanece atrapada en el limbo de la inmortalidad. No envejece; no cambia. No puede morir. Y hasta que no se haya enfrentado a los siete demonios que liberó y no los haya destruido, así es como continuará su existencia.

Índigo se ha enfrentado ya a cinco de estos demonios y ha triunfado sobre cada uno, aunque la mayoría de las veces sus victorias no le han proporcionado demasiado consuelo, y otros dos todavía la esperan. Pero en la Isla Tenebrosa aprendió nuevas lecciones; aprendió que deidades y demonios no son siempre lo que parecen, y averiguó el alcance —y puede que algo de la naturaleza— de su propio poder humano. Y encontró el valor —como ella lo ve— de dejar a un lado el deber impuesto por otros, y seguir su propio corazón.

Durante cincuenta años llevó con ella una piedra-imán que guiaba sus pasos de forma infalible hasta el siguiente enfrentamiento y la siguiente obligación. Ahora, esa piedra-imán yace en el fondo del profundo lago inmóvil al que Índigo la arrojó en irónica ofrenda a un inverosímil mentor. Sin ella se ha sentido desnuda... pero también libre. Y esta libertad ha traído consigo un único deseo y una única determinación. Índigo se ha embarcado en una nueva misión; la búsqueda del amor que perdió hace cincuenta años: Fenran, su prometido, atrapado como ella en un limbo sin tiempo del que no puede escapar. Durante mucho tiempo Índigo creyó que no podría volver a encontrarlo hasta no haber destruido al último demonio, pero ahora, sin embargo, esta creencia ha cambiado. Y ningún demonio ni dios ni cualquier otro poder, bueno o malo o perteneciente a cualquiera de los miles de matices que median entre uno y otro, la desviará de su búsqueda. Ninguna otra cosa le importa ya. Ninguna.

Así pues, Índigo viaja por la Nación de la Prosperidad y, mientras viaja, realiza sus planes. La existencia diaria no significa ninguna carga para ella; hace tiempo que se acostumbró a vivir de su ingenio, y sus habilidades, desde sus conocimientos sobre hierbas medicinales hasta sus dotes como cazadora, pasando por sus cualidades musicales y su facilidad para contar historias, le aseguran que jamás pasará hambre. Y tampoco está sola, pues junto a ella, día y noche, se encuentra la única amiga que ha compartido con ella las penalidades de medio siglo de vagabundeo. Es una amiga que no pertenece a la raza humana; se trata de Grimya, la loba de pelaje moteado, maldecida al nacer con el don del habla, lo que provocó que su manada la expulsase de la jauría por mutante. Las circunstancias de su encuentro son ya una especie de viejo chiste entre ellas, pero Índigo jamás olvidará el día en que Grimya escogió compartir su carga de inmortalidad, y sabe que, en amor y lealtad, la loba no tiene rival.

Índigo no sabe aún adónde la conducirán sus viajes ahora. Sin la piedra-imán para guiarla tiene que confiar solamente en el instinto; pero está segura de que su instinto no la engaña: Fenran la espera. Ella puede encontrarlo. Lo encontrará. Y hasta que eso no suceda, no se ocupará de más demonios.



*O eso, al menos, es lo que ella cree...*

# Capítulo 1

Aunque los extraños no constituían algo inaudito en la Nación de la Prosperidad, resultaban lo bastante raros para que los trabajadores que faenaban en los campos dispuestos en terrazas hicieran un alto en su tarea y, resguardándose los ojos de los oblicuos rayos solares, contemplaran cómo las recién llegadas pasaban por la polvorienta carretera. Ojos apreciativos en rostros curtidos siguieron el avance de la joven alta montada en un robusto poni que conducía tras ella a otro cargado con equipaje, y las mentes que se ocultaban tras los ojos meditaron en silencio sobre la función y utilidad del ágil perro gris que seguía a la mujer. Pero nadie le gritó nada, ni en saludo ni en desafío, y un niño pequeño que las señaló con el dedo y realizó un comentario en voz alta a su madre fue reprendido con severidad y puesto a trabajar de nuevo.

La muchacha era muy consciente del escrutinio al que era sometida, pero dos meses en este país húmedo, fresco y montañoso de granjas pulcras y escrupulosamente cuidadas y de municipios bien organizados le habían enseñado que se consideraba de mala educación que ella saludara o se diera por enterada de la presencia de los trabajadores.

Según el somero mapa que había adquirido en la Oficina de Tasas para Extranjeros de la última ciudad importante de su ruta, había deducido que su próximo destino se encontraba a tan sólo dos o tres kilómetros más allá, y calculaba que llegarían a sus límites una hora o más antes de la puesta del sol.

Confiaba en que este nuevo poblado ofreciera más que el último. Aunque no la habían expulsado exactamente de la ciudad, se le había dado a entender con toda claridad que su marcha sería bien recibida, y tan sólo una persona —la mujer de mediana edad con la que había tratado en la Oficina de Tasas— se había ablandado lo suficiente para añadir que la población de Alegre Labor, a unos cinco kilómetros al este, era famosa por prosperar con menos diligencia que su propio y magnífico pueblo y por lo tanto podría tener necesidad de sus habilidades. Así pues, volvió a tomar la carretera durante otros tres días, durmiendo en la cuneta (y dando gracias de que las heladas del otoño no hubieran llegado aún al país), sin encontrarse con nadie, y confiando en que la mujer hubiera estado en lo cierto.

Las pulcras hileras de sembrados de verduras empezaban ya a dejar paso a bancales de otros cultivos; altas matas de judías cuidadosamente sujetas por postes con cuerdas de cáñamo pasadas entre ellos; bajos matorrales arbustivos repletos de oscuros arándanos y los exuberantes cultivos veraniegos de hortalizas que no serían cosechados hasta el invierno. La carretera empezaba a serpentear a medida que descendía por las suaves laderas de la montaña, y a unos cientos de metros más allá distinguió uno de los omnipresentes abrevaderos; un pozo protegido por un pequeño torreón con techo de paja. Fuera de la caseta del pozo, se encontraba el acostumbrado guarda, pero además de la ya familiar silueta rígida y silenciosa, había también varias

otras agrupadas alrededor de la entrada. La calidad de sus ropas las señalaba como personas de cierto rango; mientras se acercaba, la muchacha observó que una de ellas llevaba incluso la banda de color de un funcionario de la ciudad.

Ella habría seguido adelante sin una palabra ni una mirada, tras haber aprendido que éste era el procedimiento correcto, pero antes de llegar a su altura, la figura que llevaba la banda se apartó del grupo y alzó la mano, con la palma hacia afuera, indicándole que se detuviera. Ella tiró de las riendas de su montura, y desmontó a dos pasos de donde el otro se encontraba.

—Éste es un día magnífico, y permite la labor en los campos.

El funcionario inclinó la cabeza mientras hablaba, mostrando el nivel exacto de cortesía que correspondía a un extranjero contra el que —por el momento— no existía motivo de hostilidad. La joven realizó una inclinación ligeramente más profunda como respuesta y contestó al solemne saludo.

—Estos campos proporcionan gran placer al ojo del extranjero. —Poseía una gran facilidad para los idiomas y había aprendido la lengua del país con rapidez, junto con sus muchas y variadas formas de expresión—. Ser testigo de su generosidad resulta una experiencia edificante.

El funcionario se sintió claramente satisfecho por su respuesta, ya que se dirigió directamente a ella ahora.

—¿Viajas a la ciudad de Alegre Labor?

—Con esperanza y optimismo, señor, sí.

—Ya.

Sus ojos, que eran extraordinariamente pálidos, abarcaron el pequeño séquito de la muchacha; luego avanzó despacio hasta sus ponis y los examinó con más atención, palpando con mano experta los ijares y las patas traseras. Uno de los animales echó las orejas hacia atrás y pateó el suelo; el funcionario se enderezó al momento.

—Son animales de buena calidad. ¿Es eso lo que haces? ¿Vendes ganado?

La muchacha sacudió la cabeza negativamente, al tiempo que se pasaba una mano por el rostro en señal de humildad.

—Éste no es mi valor. Mi mérito se encuentra en otra parte —repuso sonriente—. Soy médica.

—¿Una médica? —La expresión del hombre se animó un tanto—. Una profesión útil y valiosa. ¿Esperas encontrar empleo en Alegre Labor?

La joven realizó una nueva inclinación de cabeza.

—Ése es mi deseo, si existe necesidad mis servicios.

El hombre recapacitó sobre esto último unos instantes antes de responder:

—Puede que así sea.

Introdujo una mano en un bolsillo abierto en su banda, y al cabo de un momento sacó un corto bastoncillo de madera tallada con un pedazo de cinta naranja atado a él. Se lo tendió, diciendo:

—Puedes llevar esto a la Oficina de Tasas para Extranjeros. Se te facilitará

alojamiento a un precio razonable, y puedes permanecer en el Enclave de los Extranjeros hasta que haya tenido lugar una estimación de tu utilidad. —Inclinó la cabeza y dejó que su boca se curvara en una leve sonrisa de altivez. Comprendiendo que esto era la señal de que la conversación había concluido, la muchacha volvió a inclinarse una vez más.

—Te agradezco tu generosidad, y te deseo un buen día.

Volvió a montar, tiró de las riendas del poni de carga y se puso en marcha. A diferencia de los labriegos, el funcionario no se molestó en seguirla con la mirada mientras se alejaba, sino que se volvió de inmediato para reanudar la discusión con sus compañeros; el rumor de sus voces flotó en la brisa, apenas audible, mientras las dos viajeras se alejaban por la pedregosa carretera.

Durante unos minutos todo permaneció en silencio a excepción del sordo golpear de los cascos de los ponis y el repiqueteo más suave de patas almohadillas sobre el polvo. Entonces, cuando no existió la menor duda de que ninguno de los miembros del grupo reunido alrededor de la caseta del pozo podía oírlas, el animal moteado parecido a un perro miró atrás por encima del lomo y alzó los ojos hacia el rostro de la joven. Las mandíbulas se abrieron, y una voz ronca y gutural brotó de su garganta.

—No me... gustó ese hombre, Índigo. No es muy importante, pero ssse cree que lo es.

El adusto rostro de la muchacha se iluminó de improviso, y su boca se distendió en una amplia sonrisa. Eran las primeras palabras que pronunciaba *Grimya* desde que habían avistado los campos cultivados; había estado demasiado asustada para utilizar la voz, por temor a que alguien las escuchara y descubriera su secreto, que sólo ella y su amiga humana compartían desde hacía más años de los que ninguna de las dos quería recordar. *Grimya* no era una perra, sino una loba, nacida en los bosques del gran continente occidental y expulsada de su manada porque era una mutante con la habilidad de hablar como los humanos. El vínculo establecido entre *Grimya* e Índigo era inquebrantable e indisoluble, y existía desde hacía más de cincuenta años, pues ambas compartían otro secreto, más profundo y extraño que la mutación de la loba. Durante medio siglo, desde que se embarcaron en su largo y azaroso viaje, ninguna de las dos había envejecido un solo día. Disfrutaban del don —o la maldición— de la inmortalidad. Índigo intentaba no insistir demasiado en el lejano recuerdo de cómo, por su propia necesidad, había hecho caer sobre sí la carga que representaba no envejecer, no cambiar, poseer una vida eterna; pero incluso ahora todavía se preguntaba por qué *Grimya*, que no le debía nada, había escogido por propia voluntad compartir su carga. La loba habría facilitado una sencilla respuesta a la pregunta —era una criatura sin complicaciones, y su lealtad carecía de cautelas ni límites— pero todavía, a veces, Índigo despertaba en plena noche y daba gracias en silencio, no sin cierta perplejidad, por el amor y compañerismo de la loba que la había salvado en más ocasiones de las que quería contar.

Sonrió ahora ante las palabras de *Grimya*, que eran prosaicas, categóricas y

directas. En su forma acostumbrada había evaluado al funcionario y emitido su juicio; e Índigo sospechaba que, también como de costumbre, su juicio era acertado.

—Al menos se ha mostrado deseoso de ser servicial, lo cual es más de lo que podemos decir de las últimas personas con que nos hemos tropezado. Y nos ha dado este símbolo. —Con suavidad pero con energía agitó el pequeño bastón con su brillante cinta, mientras intentaba recordar lo que había aprendido sobre la extraordinaria complejidad de colores de rango que utilizaban los funcionarios de este país. Naranja... El tono de un funcionario menor, pensó, pero incluso los funcionarios menores tenían un gran peso en esta tierra donde a los extranjeros se los miraba con desconfianza en el mejor de los casos y con franca hostilidad en el peor —. Al menos, nos garantizará un respiro de unos cuantos días en el Enclave de los Extranjeros. —Bajó los ojos hacia *Grimya* con expresión comprensiva—. ¡Y una oportunidad para que tus patas descansen!

Continuaron su camino, pasando junto a más campos bien cuidados y más labriegos que trabajaban afanosamente en silencio. Índigo contó otros dos de los postes que indicaban medio kilómetro y que estaban colocados a intervalos a lo largo de la carretera; luego otra curva, más cerrada y empinada que las anteriores, las condujo al otro lado de la montaña, y se encontraron con la ciudad de Alegre Labor que se extendía ante ellas algo más abajo. No había gran cosa que la distinguiera de la última población visitada. Hileras de cuidados edificios de un piso o dos como máximo, con tejados de tejas de arcilla de un marrón rojizo, se alzaban a lo largo de una serie de limpias calles rectas de tierra apisonada. Una empalizada de madera rodeaba toda la ciudad, con una entrada en forma de marco que cruzaba la carretera.

Índigo aminoró el paso y se detuvo, reteniendo a los ponis que intentaban mordisquear la hierba que crecía junto al camino.

—Al menos las puertas están abiertas y no hay centinelas.

La muchacha guardaba un agrio recuerdo de la anterior bienvenida: el entrometido bravucón de la entrada del poblado con una porra sujeta al cinto y un fajo de reglamentos en la mano; la desconfiada escolta para asegurarse de que no se desviaba de la ruta que conducía a la Oficina de Tasas para Extranjeros; la sensación de que su posición social entre los habitantes de la población era inferior a la de un perro lisiado. Alegre Labor parecía al menos abierta a los forasteros y, al contrario de lo que le habían dicho, también parecía mucho más grande y próspera que su vecina del norte. Desde allí veía la Oficina de Tasas para Extranjeros, un edificio más alto que la mayoría, identificable por el banderín blanco que ondeaba en un mástil situado en su tejado. El color blanco, según había averiguado Índigo, denotaba la categoría más baja de todas, y quedaba reservado en exclusiva a los extranjeros.

Esbozó una débil sonrisa y golpeó con los tacones los ijares de su montura; pero no había dado ni tres pasos cuando se dio cuenta de que *Grimya* no la seguía, sino que permanecía atrás, repentinamente rígida y alerta, la cabeza levantada y las orejas estiradas.

—*Grimya*, ¿qué sucede? —Índigo volvió a detenerse.

La loba la miró con expresión preocupada.

—¿Nnno has oído?

—¿Oír qué?

—Era... —*Grimya* vaciló y repentinamente cambió a conversación telepática; sus palabras penetraron silenciosas en la mente de Índigo: «*He vuelto a oír las voces*».

—¿Las voces...? —Índigo sintió que la asaltaba una extraña sensación de náusea. «*Escucha*», dijo la loba. «*Escucha con atención. Vuelven a estar aquí. Han regresado*».

Índigo aguzó el oído. El viento era apenas una brisa, que no producía ningún ruido; cualquier sonido procedente de quienes trabajaban en los campos no podía llegar desde tan lejos hasta la carretera. Su montura hizo tintinear el bocado, cansada e inquieta, y entonces, a renglón seguido del metálico ruido, lo oyó. Un murmullo débil, como si varias criaturas murmuraran excitadas entre sí no muy lejos de allí. Pero no se veía ningún niño; nadie había por las cercanías, ni ningún lugar donde quienes susurraban pudieran ocultarse. No había otra cosa que las voces, débiles, indistinguibles e incorpóreas.

*Grimya* miró a la muchacha con sus enormes ojos oscuros.

—Pen... saba que habrrría terminado —dijo en voz muy baja—. Pen... sssé que no era más que algo curioso y que no volver... ría a suceder. Me equivoqué, Índigo. Han regrresado.

Quienquiera o lo que fuera que fuesen...

—¿Ves alguna cosa, *Grimya*? —inquirió la muchacha con suavidad—. ¿Percibes alguna presencia, como sucedió la última vez?

—Nnno. —La loba sacudió la cabeza con fuerza—. Nada co... como aquello. Pero así es como empezó la otrrra vez, ¿rrecuerdas? Sólo voces.

Tenía razón. Índigo calculó que habrían pasado nueve o diez días desde su primer extraño tropiezo. Avanzaban por la carretera empedrada conocida como la Carretera del Espléndido Progreso, que discurría por la columna vertebral de la cordillera, cuando *Grimya* había empezado a insistir en que oía, como decía ella, «hablar al viento». A poco, también Índigo comenzó a oír los extraños murmullos, y pronto quedó claro que los sonidos las seguían, como si una presencia invisible fuera tras sus pasos. No se distinguía ninguna palabra, pero Índigo había concluido, con una desagradable e irracional certeza, que las voces eran humanas. Los sonidos habían continuado durante toda la noche, que ellas pasaron en blanco y atemorizadas junto al borde de la carretera; hubo un momento en que Índigo perdió los nervios y lanzó un desafío en voz alta, pero sus palabras se limitaron a resonar huecas por entre las colinas y las voces no respondieron.

Al día siguiente, *Grimya* se había mostrado convencida de que las seguían y, aunque no se veía ni rastro de nadie, nada pudo persuadirla de que estaba equivocada. Los percibía, dijo. Humanos, animales u otra cosa, no sabía qué, pero estaban allí; y

en una ocasión, aunque sólo por un instante, Índigo vislumbró un rostro espectral que flotó detrás de ellas unos momentos antes de desvanecerse.

Los misteriosos ruidos las habían seguido durante tres días y con la llegada del tercer día ambas se sentían ya profundamente inquietas. *Grimya* habló sobre fantasmas y espíritus malignos; en una tierra como ésta, dijo, tales cosas podrían fácilmente frecuentar los caminos en busca de viajeros incautos. Índigo se mostró reacia a hacer demasiado hincapié en esa idea; pero se sentía aún más reacia a considerar la otra posibilidad que había aparecido sigilosamente en su cerebro y ahora permanecía allí, aletargada pero esperando sólo la oportunidad de florecer.

No se la mencionó a *Grimya*, de todos modos, e intentó hacer caso omiso de la continua y molesta sensación.

Entonces, durante la noche que siguió al tercer día, las voces y la invisible presencia habían desaparecido de repente. El agotamiento consiguió finalmente superar los temores de Índigo, y cuando acamparon para pasar la noche, la muchacha se durmió al momento para despertar bajo la fría luz brillante de la luna llena cuando *Grimya* la sacó de su sueño para informarle de que, momentos antes, los murmullos habían cesado de improviso y la sensación de ser vigiladas había desaparecido. Los que las seguían, fueran quienes fueran, sencillamente ya no estaban allí. Y desde aquel momento no habían regresado... hasta ahora.

—¿Quuué cree... es tú que debemos hacer? —preguntó *Grimya*, intranquila.

Índigo volvió la mirada pensativa hacia la carretera que se perdía a su espalda. Todo parecía ordenado y en calma, sin la menor indicación de nada funesto. No tenía sentido. A menos que la insistente sensación de unos días antes tuviera algún fundamento después de todo...

Bruscamente tomó una decisión. No quería pensar en sospechas y posibilidades; no quería darle más vueltas, no ahora. Lo que ahora deseaba era un baño, una buena comida y una cama lo bastante blanda y caliente como para proporcionarle la posibilidad de toda una noche de sueño ininterrumpido. Si aquí había un misterio, podía esperar hasta la mañana siguiente.

—No haremos nada —dijo a la loba con firmeza—. No hagas caso; compórtate como si nada hubiera sucedido, y sigue adelante al interior de Alegre Labor. —Entrecerró los ojos azul-violetas—. Si algo se trama, no quiero saber lo que es.

La mujer que contestó a la llamada de Índigo a la puerta de la Oficina de Tasas para Extranjeros se mostró inclinada en un principio a tratar a la forastera de cabellos castaños rojizos con fría suspicacia, pero, cuando Índigo mostró el bastoncillo que le había entregado el funcionario, se produjo un repentino y marcado deshielo en su actitud.

—Ah. —La mujer inclinó la cabeza cortésmente, aunque todavía con una ligera sombra de la aversión que aquellas gentes sentían por los extraños—. Llevas el distintivo de un consejero, lo cual significa que eres muy bien recibida. —Lanzó una

rápida mirada por encima de un hombro que provocó que sus cortos cabellos oscuros se balancearan y brillaran a la escasa luz de la vela de junco que sostenía—. ¡Sianu! ¿Quién tiene lugar disponible en el enclave? ¡Vamos, deprisa!

Una voz más juvenil murmuró unas palabras desde las entrañas del edificio, y la mujer se volvió de nuevo hacia Índigo con una amplia sonrisa.

—Se te conducirá a la residencia del forastero Hollend, y allí estarás cómodamente hospedada hasta que te haga llamar el consejero. El precio será de seis fichas. —Extendió una mano, con la palma vuelta hacia arriba—. Que entregarás por adelantado, por favor.

La suma era poco menos que desorbitada, pero Índigo evitó comentarios y entregó las seis piezas de madera sin objeciones. La mujer guardó cinco en un cajón, se embolsó la sexta, y luego le dedicó una solemne reverencia.

—Haz el favor de aguardar a alguien que te conducirá al lugar exacto. Te deseo un buen descanso y un nutritivo avituallamiento.

Tras devolver la reverencia, Índigo aguardó varios minutos —la espera, había aprendido, era un arte entre estas gentes— hasta que un muchacho de rostro inexpresivo y unos quince años de edad llegó para escoltarla a ella y a su pequeño séquito hasta su lugar de descanso. El sol estaba a punto de ponerse y largas sombras se extendían por todo el recinto, proporcionando un peculiar aspecto irreal a los edificios, de escasa altura, pero muy adornados, dispuestos aparentemente al azar a lo largo de las calles de tierra batida del Enclave de los Extranjeros. Sin hablar, con la cabeza gacha como para alejar cualquier intento que la forastera pudiera hacer para entablar conversación, el muchacho condujo al grupo en un torpe trotecillo dejando atrás una casa iluminada tras otra, hasta que llegaron a un edificio más grande que sus vecinos en el que la luz brotaba desde una puerta abierta y se derramaba sobre un amplio pórtico de madera. De pie bajo las sombras de la entrada los aguardaba una mujer delgada, aunque de aspecto maternal, con una espléndida cabellera rubia sujeta en complicadas trenzas. El muchacho corrió hasta ella y tuvo lugar una rápida conversación en voz baja; por fin, con una inclinación, el chico se apartó del pórtico andando hacia atrás, dio media vuelta, y echó a correr como si huyera de la peste.

Índigo y la mujer se miraron. Luego, rompiendo el silencio dejado por las pisadas del muchacho al perderse en la lejanía, una voz cálida dijo en una lengua que heló a Índigo hasta la médula por su familiaridad:

—No sé tu nombre, forastera. Pero te ofrezco nuestra hospitalidad, pobre como es..., ¡y eres doblemente bienvenida a nuestro refugio en este rincón perdido del mundo!

—No se nos deja escoger en este tipo de cuestiones. —Calpurna extendió los brazos por encima de la mesa y, sin hacer caso de las protestas de Índigo de que ya había comido más de lo que le correspondía, llenó su plato con una segunda ración de verduras picadas—. No, no: deja de discutir y cómetelo; disfrutamos de la suficiente



categoría como para que nuestra casa jamás sufra problemas de abastecimiento. Y no lo digo con intención de ofenderte, Índigo... Muy al contrario. Pero como extranjeros, y por lo tanto lo más bajo de lo más bajo, estamos obligados a aceptar a todo aquel que el Comité decida alojar con nosotros; y con esto quiero decir a cualquiera. —Enarcó expresivamente una ceja.

Hollend, el esposo de Calpurna, engulló el pedazo de pollo asado que masticaba y agitó el tenedor.

—¿Recuerdas a aquellos dos hermanos del continente occidental? Hoscos como un par de perros apaleados, no sabían ni una palabra de ningún idioma conocido en el mundo civilizado, ¡y allí por donde pasaban dejaban tras ellos un fuerte olor a corral de cerdos!

Sus dos hijos, un niño y una niña a los que Índigo les había calculado respectivamente unos ochos y diez años, empezaron a reír desenfrenadamente ante sus palabras. Calpurna regañó a ambos con una severa mirada y un golpe seco sobre la mesa, y mientras sus risas se apagaban se volvió otra vez hacia Índigo.

—Ése, querida, es el motivo de que nos sintamos doblemente agradecidos de que nos hayas sido enviada. Tener compañía inteligente y civilizada en este lugar sumido en la ignorancia es una bendición. Así pues, tanto si te gusta como si no, tendrás que resignarte a que te mimemos, festejemos y tratemos como a una reina; ¡y espero sinceramente que tu estancia con nosotros sea larga!

Hollend alzó su copa; una copa magnífica, tallada y labrada de forma que reflejara el color del excelente vino.

—Yo apoyo eso. Por Índigo, y también por *Grimya*. ¡Y nuestro muy sentido agradecimiento por llegar hasta nuestra puerta!

Las palabras de ambos y la indudable sinceridad que había tras ellas eliminaron las últimas dudas de Índigo, quien sintió que se relajaba como no lo había conseguido desde que ella y *Grimya* habían cruzado las fronteras de este peculiar país. Ni en sus fantasías más ilógicas habría soñado encontrarse con alguien como Hollend y Calpurna en Alegre Labor. Personas con las que sentía una inmediata compenetración; personas que la retrotraían a antiguos vínculos y lealtades. Pues esta amable, hospitalaria y divertida pareja era originaria de Agantia, el pequeño pero próspero reino del que tomaba su nombre el golfo de Agantine, situado más al sur de este enorme continente oriental. Agantia compartía una lengua, patrimonio y cultura comunes con sus innumerables pequeños estados vecinos situados a lo largo de las orillas del golfo, y entre estos vecinos se encontraba Khimiz, lugar de nacimiento de la propia madre de Índigo, y donde Índigo y *Grimya* habían pasado una estancia de trece años durante sus largos viajes. Muchos de los recuerdos que tenía Índigo de Khimiz no eran precisamente felices; sin embargo, al encontrarse con Hollend y Calpurna, la muchacha sintió una peculiar sensación —inquietante, sí, pero al mismo tiempo reconfortante— de haber vuelto a casa.

Hollend y Calpurna le contaron que vivían en Alegre Labor desde hacía siete

años. Hollend tenía la desgracia, como él mismo lo denominó con cierta sorna, de ser el hijo segundón de un mercader agantino rico e influyente cuyo interés especial se centraba en los metales, y, al morir el padre, el hermano mayor había tomado el control del comercio de la familia en su ciudad natal, mientras que a Hollend le correspondió convertirse en emisario, para buscar y abrir nuevas fuentes de minerales en bruto. Este país septentrional era rico en minerales de hierro, cobre, plata y níquel, y jamás había sido explotado adecuadamente, explicó Hollend; de modo que su misión fue comerciar con los comités gobernantes del país, redactar contratos y ocuparse de que los acuerdos establecidos fueran respetados por ambas partes. Era, como admitió sin cumplidos, un trabajo arduo, pues, pese a su relativa proximidad —«¡Al menos nos encontramos en el mismo continente!»—, el estilo de vida en el norte era tan diferente del lujo, el refinamiento y la vida fácil del golfo de Agantine como era posible serlo.

—El gran inconveniente de esta gente —dijo, sirviendo un poco más de vino, primero a Índigo, luego a Calpurna y por último a sí mismo— es que no tiene la menor idea de cómo apreciar ninguna de las cosas buenas de la vida. Les gusta la riqueza... No, lo expresaré de otra forma; codician y anhelan riquezas por encima de todo, y se deleitan alardeando de su última adquisición, pero no poseen ni una chispa de criterio. —Tomó un sorbo de vino—. Ni de buen gusto.

—Por lo que parece, Hollend, vosotros habéis hecho mucho para contrarrestar esa influencia en vuestro hogar —comentó Índigo con una sonrisa.

—Bueno... —Mientras le devolvía la sonrisa, Hollend miró a su alrededor, contemplando el mobiliario de buena calidad, las alfombras, la mesa con su colección de elegantes platos y cubiertos—. Hemos traído de nuestro hogar todo aquello que tenía una utilidad, y realizamos alguno que otro trueque con nuestros compañeros de penalidades del enclave. Supongo que nos defendemos bastante bien.

Calpurna apretó los labios con mal disimulada expresión de regocijo.

—Como de costumbre, mi esposo se hace el pesimista —acotó—. Lo cierto es que nos las arreglamos muy bien si tenemos en cuenta el criterio local. Se nos respeta... o por lo menos se nos respeta tanto como pueda respetarse aquí a un extranjero, lo que quiere decir que la gente es al menos educada con nosotros.

—Tienen que serlo —interrumpió Hollend—. Por mucho que les desagrade tener que admitirlo, saben muy bien que tienen que comerciar con el mundo exterior, y necesitan nuestra riqueza. Como ya he dicho, ansían riqueza por encima de cualquier otra cosa; pero eso no les impide mirarnos como si fuéramos el polvo que pisan.

—Sí, sí —admitió Calpurna, pacificadora—, pero al menos son educados. Exteriormente, como mínimo. ¡Eso, Índigo, es una gran concesión, te lo aseguro!

Índigo recordó el comportamiento del hombre de la faja naranja que había encontrado en el camino.

—Me crucé con uno de los funcionarios de la ciudad de camino hacia aquí —dijo—, y lo cierto es que, a su manera, se mostró cortés. Incluso me dio un objeto para

que lo mostrara en la Oficina de Tasas, y creo que sin eso no habría sido tan bien recibida.

Sacó de la bolsa el pequeño bastón con su banderín naranja y lo mostró a sus anfitriones. Calpurna volvió a enarcar las cejas, y Hollend se echó a reír.

—¡Vaya, vaya! ¡El símbolo del viejo Choai! En verdad eres afortunada.

—¿Es realmente un funcionario importante? Todavía no conozco el sistema de colores.

—Tío Choai... y, sí, ése es el título que se dan a sí mismos... no tiene una posición particularmente elevada. El naranja vale más que el rojo o el marrón pero es un color de menos categoría que los amarillos, verdes, azules y demás. Pero posee influencia y, lo que es aún más importante, es una persona difícil de complacer. Debes de poseer alguna habilidad que la ciudad necesita desesperadamente. —Los grises ojos de Hollend adoptaron una expresión traviesa—. ¿La tienes?

—¡Hollend! —advirtió Calpurna, escandalizada, pero él rechazó su protesta con un ademán.

—Ya sé que en el lugar de donde venimos no se considera educado fisgar en los asuntos de otras personas, pero estoy seguro de que a Índigo no le importa —insistió—. Además, siento curiosidad por saber qué motivos puede tener una joven inteligente para querer venir a un lugar como Alegre Labor. —Levantó los ojos—. Bien, Índigo, ¿qué es lo que te trae aquí?

Ella ya había previsto la pregunta, y tenía una respuesta preparada.

—Es muy simple —contestó—. Como cualquier otro, busco ganar lo suficiente para vivir.

Hollend asintió, comprendiendo.

—¿Y a qué te dedicas que has conseguido que tío Choai se haya sentido tan dispuesto a apadrinarte?

—Poseo algunos conocimientos sobre hierbas medicinales —dijo ella con cierta ironía—, pero la única palabra que conocía para describirlo en la lengua local fue la de «médico».

Hollend se echó a reír ruidosamente.

—¡No me sorprende que el viejo entrometido se sintiera impresionado! El único médico de Alegre Labor murió de viejo hace diez días y no había preparado a ningún aprendiz para que lo sucediera. Ah, ya lo creo que serás bien recibida aquí, Índigo; recibida como una reina.

Índigo se unió a las risas, pero en su interior se sintió inquieta mientras se preguntaba qué esperarían de ella los habitantes de la ciudad... y en especial tío Choai. Lo cierto era que sus conocimientos se extendían tan sólo al corto aprendizaje recibido mucho tiempo atrás sobre las rodillas de su vieja nodriza, Imyssa, complementado por la tosca experiencia de sus años de incesante viajar en que la necesidad había impuesto sus exigencias. No era una médica en el auténtico sentido de la palabra, y si se esperaba de ella que ejerciera en Alegre Labor, no pasaría

mucho tiempo antes de que sus deficiencias resultaran evidentes.

Hollend pareció comprender su dilema.

—Yo no dejaría que el malentendido me preocupara, Índigo —la consoló—. Las gentes de aquí son muy sencillas y sus criterios, primitivos. Si todo lo que puedes hacer es mezclar febrífugos y vendar tobillos torcidos, serás muy apreciada, ya que ahora que el viejo Huni se ha ido, eso es más de lo que puede hacer nadie.

—Me tranquiliza oírlo —dijo Índigo con cierta angustia—. Si lo hubiera pensado cuando Choai me preguntó... —Se interrumpió, vencida por un enorme bostezo repentino—. Oh... perdonadme; no era mi intención...

—Querida criatura, no hay nada que perdonar. —Calpurna se levantó rápidamente de su silla—. ¡Somos nosotros quienes tenemos la culpa, por quedarnos aquí sentados charlando casi toda la noche cuando tú debes de estar agotada! —Paseó la mirada por la mesa y sus ojos se detuvieron en sus hijos—. Y los niños debieran haberse ido a la cama hace rato. Ellani —hizo un gesto a la chiquilla—, tú puedes ayudarme a acompañar a Índigo a su habitación, y luego tú y Koru os vais a la cama inmediatamente. —Él niño empezó a protestar pero ella lo acalló con una severa mirada y un dedo admonitorio—. ¡Sin discusiones, por favor! Estoy segura de que todos tenemos muchas más cosas que decir, pero se pueden decir mañana.

Los soporíferos efectos de la mejor comida que había tomado en más de un mes, y del único vino que había bebido en ese lapso, habían hecho mella en Índigo, y, vencida totalmente por el agotamiento, se rindió a los enérgicos cuidados maternos de Calpurna. Algo ensimismada dio las buenas noches a Hollend y al pequeño Koru, para luego seguir a Calpurna y Ellani por la escalera que conducía al piso superior hasta una habitación pequeña pero cómoda situada bajo el alero, con una ventana que miraba al sur y un techo inclinado que tocaba casi el suelo. Yacer en una cama confortable otra vez, y saber que nada la molestaría hasta haber eliminado el cansancio de sus huesos mediante el sueño, era una bendición que Índigo casi había olvidado. Cuando Calpurna la dejó tras desearle una buena noche, con *Grimya* echa un ovillo ya sobre una alfombra junto a la ventana, la muchacha se introdujo de inmediato bajo las cálidas mantas y se desperezó voluptuosamente sobre el jergón relleno de lana mientras sentía la blandura de la almohada bajo la cabeza. Musitó a *Grimya* un «Buenas noches, cariño, que duermas bien», pero la única respuesta que recibió de la loba fue un suave gruñido. Índigo sonrió. Sus ojos también se cerraron, y su mente consiguió mantenerse despierta lo suficiente para dar gracias en silencio a sus generosos anfitriones, y a la Madre Tierra por conducirla hasta ellos, antes de sumirse en un profundo sueño.

## Capítulo 2

Irónicamente, la cama sobre la que yacía Índigo esa noche, y por la que había dado tan sentidas gracias, era tan blanda y cómoda que le impidió dormir bien. Acostumbrada a tener musgo o brezo como colchón en el mejor de los casos o el duro suelo en el peor, se agitó y dio vueltas en el lecho, despertándose en más de una ocasión bajo la tenue luz gris plateada de la luna y las estrellas que penetraba por su ventana.

La tercera vez que despertó, Índigo escuchó unas voces ahogadas al otro extremo de la pared.

Durante unos minutos permaneció soñolienta, consciente de los suaves sonidos distantes pero sin escuchar realmente; se encontraba aún flotando entre el sueño y la vigilia, y todo en la silenciosa noche parecía un poco irreal a su amodorrado cerebro. Las sombras proyectadas por la luz de la luna jugueteaban sobre el desconocido mobiliario de la habitación, y una ligera brisa que penetraba hurtadillas por la entreabierta ventana agitaba las cortinas con suavidad. Volvió la cabeza para mirar en dirección a la alfombra sobre la que dormía *Grimya*, esperando ver la oscura masa de su dormida figura, pero en lugar de ello se encontró con la silueta de la cabeza del animal claramente recortada junto a la ventana, las orejas bien erguidas y el hocico en un ángulo tenso.

—¿*Grimya*? —No del todo despierta, Índigo habló en voz alta, y la loba giró la cabeza al momento.

«¡*Chisst!*». Su voz telepática sonó como una apremiante advertencia en la mente de Índigo. «¡*Escucha! ¿No las oyes?*».

Con un esfuerzo, Índigo apartó la neblina mental del sueño. Los imprecisos y lejanos murmullos se habían detenido cuando pronunció el nombre de *Grimya* pero ahora se reanudaban, y ascendían de tono progresivamente como si una suave brisa los transportara hacia la casa. Demasiado cansada para pensar con auténtica claridad, intentó encontrar una explicación racional.

«*Hollend y Calpurna deben de estar todavía despiertos*», transmitió.

«*No*». *Grimya* fue categórica. «*Son voces de niños*».

«*Ellani y Koru, entonces*».

De forma ilógica, Índigo empezaba a sentirse molesta. El ruido de los susurros comenzaba a irritarla, y la inquietud de *Grimya* no hacía más que empeorar las cosas. Pero, antes de que pudiera ordenar con malos modos a la loba que volviera a dormirse, ésta dijo:

«*No son ellos. Escucha, Índigo; escucha con atención*».

Índigo suspiró, dándose cuenta de que no tendría descanso hasta que no apaciguara a su amiga. Se incorporó con dificultad, echando a un lado las mantas, y se apartó el cabello de los ojos mientras, de mala gana, se disponía a escuchar.

Entonces comprendió a qué se refería *Grimya*. Las voces parecían jóvenes, pero

poseían un curioso timbre ligeramente artificial, como si las palabras que susurraban las pronunciasen en realidad adultos que pretendiesen imitar el tono de voz de los niños y casi —pero no del todo— lo consiguiesen. Y a medida que prestaba más atención, advirtió que, tal y como había dicho la loba, éstas no eran las voces de Hollend o Calpurna ni tampoco las de ninguno de sus hijos, ya que murmuraban y charlaban y reían entre ellas no en el familiar idioma de Agantia, sino en la lengua seca y ronca de los habitantes del lugar.

Sus misteriosos perseguidores habían regresado.

*Grimya* volvió la cabeza y sus ojos relucieron con un pálido tono ambarino al clavarse en el rostro de Índigo en medio de la penumbra. No dijo nada cuando Índigo saltó de la cama y cruzó la habitación, pero su mirada siguió a la muchacha mientras ésta llegaba junto a la ventana, hacía a un lado la cortina y miraba al exterior. La luna se elevaba muy alta en el cielo por entre delgados jirones de nubes, y su luz brillaba con fuerza suficiente para iluminar todo el Enclave de los Extranjeros; la calzada de tierra batida, las cercas de estacas puntiagudas, las agazapadas formas de las casas cercanas. No brillaba ni una luz en todo el recinto y no se veía un alma.

«*Lo sé*», dijo *Grimya* con tono sombrío cuando su amiga se apartó por fin de la ventana. «*Yo también miré. No hay nadie ahí afuera*».

Índigo se sentó en la cama y, reprimiendo un escalofrío, se echó una de las mantas sobre los hombros. No tenía necesidad de proyectar sus sentimientos o darlos a conocer en voz alta; *Grimya* sabía perfectamente lo que pensaba.

«*¿Por qué han regresado?*». Intentó sin éxito deshacerse de algunas imágenes no demasiado agradables de la clase de seres que podían vagar en la quietud de aquella noche tranquila. «*¿Qué pueden querer?*».

«*Esta vez puedo oír algunas cosas de lo que dicen*», informó *Grimya* e, irguiéndose, se acercó a la cama y saltó sobre ella para colocarse junto a Índigo como si estuviera ansiosa por encontrar consuelo. «*Pero no tiene sentido para mí. Han estado hablando de “nosotras” y “ellos” y diciendo que hay algo que “ellos” no saben. Y ríen. Es una risa tonta, pero también muy triste al mismo tiempo. Parecen... sentirse solos*».

—¿Solos?

Estupefacta, Índigo volvió a hablar en voz alta. Al instante los murmullos cesaron, y la muchacha dio un respingo al comprender que los propietarios de las voces podían oírlas. Presa de violento frenesí, empezó a pasear la mirada por la habitación como si esperara ver rostros y figuras materializándose en la oscuridad. ¿Dónde estaban?

Capturando el involuntario pensamiento, *Grimya* le susurro al oído:

—No lo sé. Pero pien... sssso que no están aquí. No en esta habitación o esta casa. Puede que ni sssiquiera en este mundo.

No en este mundo; sin embargo poseían el poder y, al parecer, el deseo de dar a conocer su presencia.

—Me parece —dijo Índigo a la loba en voz baja— que por la mañana debería hablar con Hollend y Calpurna. A lo mejor pueden arrojar algo de luz sobre esto... o, si no pueden, a lo mejor conocen a otros que sí.

—No estoy tan segura —repuso *Grimya*—. Recuerda que ellos son también fff... forasteros.

—No obstante, conocen el país. Puede que esto les haya sucedido a otros antes de nosotras. Si así es, Hollend y Calpurna habrán oído hablar de ello.

*Grimya* parpadeó y ladeó la cabeza a un lado.

—¿Tienes una te... teo...? ¿Cuál es la palabra?

—¿Una teoría? No, no la tengo, todavía no. Pero algo bulle en mi interior, *Grimya*. Llámalo una cierta idea; yo no lo definiría más que así.

Índigo se detuvo y escuchó el silencio, preguntándose si las voces no estarían a su vez escuchándola a ella. Ahora ya no percibía nada extraño, pero seguía sin poder quitarse de encima la sensación de que *Grimya* y ella no estaban solas en la habitación. Se había equivocado, pensó. Allá en la carretera había temido que aquellos débiles e insidiosos cuchicheos nocturnos fueran fantasmas propios que se abrían paso despacio pero sin tregua desde el pasado para perseguirla. Ahora, no obstante, creía saber la verdad. Alguna otra cosa le hablaba; algo cuya naturaleza aún no comprendía, pero cuyo origen no se encontraba en su propia mente, sino en los huesos de este extraño país, fértil y a la vez desolado.

Extendió un brazo y tiró con fuerza de las mantas, hasta que cubrieron todo su cuerpo, mientras el otro brazo se deslizaba sobre el atlético y peludo costado de la loba.

—Quédate aquí conmigo esta noche, *Grimya* —rogó, y la loba supo que en algún lugar de las profundidades de su mente empezaba a agitarse un gusanillo de temor, diminuto pero irrefutable. La loba se apretó contra ella y le lamió el rostro con cariño.

—Yo te protegeré —dijo con voz ronca—. No temas, Índigo; no temas. ¡Te mantendré caliente!

Índigo jamás sabría si fue el consuelo brindado por *Grimya* o su propio cansancio, pero lo cierto es que en cuanto cerró los ojos otra vez, durmió profunda y tranquilamente lo que quedaba de la noche. Al cabo la despertó un vacilante golpeteo sobre su puerta, y al abrir los ojos descubrió que la luz de la mañana bañaba la buhardilla y que la loba se desperezaba y bostezaba a su lado. Mientras se incorporaba en el lecho, soñolienta aún, la puerta se abrió y apareció el rostro de Ellani.

—Índigo... —Los sueltos cabellos de color miel de la chiquilla se balancearon sobre sus hombros, centelleando bajo la brillante luz—. ¿Estás despierta? Te he traído una infusión caliente. —Entró sin esperar respuesta y depositó una bandeja de latón que contenía dos tazones de cerámica sobre la mesita de noche.

Índigo se frotó los ojos y ahogó un bostezo tan amplio como el de *Grimya*.

—Ellani..., ¿qué hora es? ¿He dormido más de la cuenta? Me siento tan

avergonzada...

—No, no. Madre dijo que debíamos dejarte dormir hasta que despertases; pero tenemos visita. —De forma muy expresiva hizo girar los ojos en dirección a la escalera y articuló en silencio: «Tío Choai está aquí».

Índigo tomó su tazón y ocultó una sonrisa tras su borde mientras sorbía la tisana, que era fuerte y sin azúcar tal como le gustaba.

—¿Se me solicita?

Ellani realizó un respetuoso gesto.

—Cuando estés lista, dice madre. Pero si... —Su voz se apagó.

—Si puedo darme prisa, tu madre me lo agradecerá. No te preocupes, Ellani; me he tropezado en muchas ocasiones con personas del estilo de tío Choai.

Ellani era una chiquilla preciosa, y cuando sonreía sin reservas su rostro mostraba la belleza que heredaría al alcanzar la edad adulta. Se sentó en el borde de la cama de Índigo y, al hacerlo, extendió mecánicamente la mano para acariciar el pelaje de la cabeza de *Grimya*; un gesto natural y valeroso que encantó a la loba.

—¿Puedo beber mi tisana contigo, Índigo? Madre y padre están atendiendo a su visitante y yo preferiría no tener que acompañarlos a menos que sea inevitable. Tío Choai siempre me hace pensar en ranas.

Calpurna no lo habría aprobado, pero Índigo no pudo resistir una ahogada risita.

—Claro; no tengo el menor inconveniente.

La infusión le quemó la lengua y la volvió a dejar sobre la bandeja para que se enfriara mientras ella empezaba a vestirse. Le habría encantado tomar un baño —no había habido tiempo más que para un rápido aseo antes de la comida la noche anterior — pero no estaría bien hacer esperar a tío Choai demasiado rato, de modo que sacó de la bolsa unas cuantas prendas más limpias que sus ropas de viaje y se las puso, esperando que resultaría aceptable.

—¿Dormiste bien? —inquirió Ellani, solícita.

Índigo y *Grimya* intercambiaron una mirada, y la voz de la loba dijo en la mente de la muchacha:

«Pregúntale. No hay ningún mal en ello».

Índigo asintió imperceptiblemente con la cabeza; luego, en voz alta y en un tono despreocupado, dijo:

—Dormí muy bien... ¡oh!, excepto por una cosa. —Se volvió sonriente hacia la niña—. Creo que algunos parrandistas debieron de regresar bastante tarde al enclave. Sus voces me despertaron.

—¿Parrandistas? —Ellani pareció perpleja.

—Eso supongo. Cuchicheaban y reían entre ellos en la calle; parecía como si estuviesen justo debajo de mi ventana. —Índigo se detuvo—. ¿No escuchaste nada?

—No.

¿Se equivocaba, o había aparecido de improviso una chispa furtiva en los ojos de Ellani? Índigo volvió a mirar a *Grimya*, y la loba dijo en silencio:



*«Lo sé. Yo también me he dado cuenta. Algo la ha trastornado, pero no quiere que sepas lo que es».*

Ellani había vuelto el rostro ahora, de modo que su expresión quedaba oculta tras el borde del tazón mientras bebía apresuradamente su tisana.

—Si ya estás lista —dijo de forma confusa, entre hirvientes sorbos—, quizá deberíamos bajar...

La chiquilla estaba claramente desconcertada, e Índigo supuso que cualquier intento de nuevos sondeos sólo conseguiría hacer que se encerrara aún más en su coraza. De mala gana, decidió que sería más prudente bajar, sonreír a tío Choai y dejar de lado el misterio de la noche anterior, al menos por el momento. Más adelante, pensó, si daba la ocasión, desde luego que hablaría de ello con Calpurna.

No había ningún espejo en la habitación, pero Índigo pudo distinguir una buena aproximación de su propio reflejo en la ventana. Las ropas estaban lo bastante limpias; los cabellos no quedaban mal. Tomó un rápido sorbo de su tazón y luego dedicó una sonrisa tranquilizadora a Ellani.

—Estoy lista —anunció.

Hollend, Calpurna y su visitante estaban sentados en tres de los cuatro sillones colocados a una distancia escrupulosamente calculada unos de otros en la sala de recibir de la casa. Cuando Índigo entró a través de la cortina que separaba la habitación de la escalera, Calpurna le dedicó una sonrisa de bienvenida y Hollend se incorporó e hizo una reverencia, contradiciendo el protocolario gesto con un guiño que Choai no podía ver.

El funcionario —cuyo sillón era sensiblemente mayor que el de los demás— saludó la presencia de Índigo con un preciso movimiento de cabeza y luego se dirigió a Calpurna.

—Resulta grato para una anfitriona saber que un visitante ha pasado una noche cómoda y revivificante bajo su techo.

Todavía no muy acostumbrada a los más refinados matices del protocolo, Índigo no supo qué decir, pero Hollend acudió en su auxilio. Tras indicarle que se sentara en el cuarto sillón, que era también el más pequeño, dedicó una radiante sonrisa a Choai.

—Nuestra invitada ha descansado bien, tío, y mi esposa se siente satisfecha de haber podido ser útil. Te volvemos a dar las gracias por habernos enviado a Índigo.

El anciano mostró una expresión complacida.

—No tengo la menor duda de que vuestra invitada os resultará tan útil como vosotros lo habéis sido para ella. ¿Os ha contado que es médica?

Hollend y Calpurna intercambiaron una mirada de complicidad y luego ambos disimularon, fingiendo no saber nada de las aptitudes de Índigo. Esto pareció complacer aún más a Choai, quien se volvió para mirar directamente a la joven.

—Me alegra ser el transmisor de la noticia de que se te ha encontrado un puesto de trabajo temporal, de modo que puedas empezar a ejercer tus habilidades curativas

sin improductivos retrasos. Tu primer paciente vendrá a verte hoy al mediodía, y el último al anochecer. Serán treinta pacientes en total, y se te ha asignado una adolescente para que lleve a cabo todas las tareas domésticas.

Índigo se quedó sin habla. Le parecía imposible poder creer que Choai hubiera trabajado tan rápido ni con tanta eficiencia, y al punto empezó a examinar de nuevo sus anteriores impresiones de que el hombre no era más que un inútil presuntuoso. Sin perder tiempo expresó su gran agradecimiento y admiración, confiando en que sus palabras no traicionaran el pánico que amenazaba con apoderarse de ella ante la idea de verse arrojada sin miramientos al desempeño de una tarea para la que sabía que no estaba capacitada. Por muy despreocupadamente que sus anfitriones pudieran dejar de lado las habilidades del antiguo médico de Alegre Labor, Índigo no sabía si podría enfrentarse a tal responsabilidad. O más bien, si quería ser franca consigo misma, si conseguiría mantener el engaño.

Tío Choai, sin embargo, parecía no tener dudas sobre sus habilidades. Era evidente que estaba dispuesto a confiar por completo en ella, e Índigo sospechó que traer a un nuevo curandero a la población le proporcionaría gran renombre entre los demás ancianos de los comités de gobierno de Alegre Labor; hasta tal punto que la insignificante cuestión de la aptitud del curandero podía ser dejada de lado. Sus sospechas no tardaron en verse confirmadas cuando la conversación empezó a girar, de modo sutil y progresivo, hacia un nuevo tópico, con Hollend y Calpurna insistiendo en que Choai debía aceptar una pequeña muestra de la estima que sentían por él. Choai protestó con vehemencia, alzando ambas manos con las palmas hacia afuera ante el rostro en gesto de humildad, mientras insistía en que el honor y la satisfacción eran totalmente tuyas. Hollend desechó sus protestas, con la mayor educación, proclamando que los regalos —en plural ahora— eran simplemente una insuficiente muestra de la consideración y el afecto que toda su familia sentía por su bondadoso mentor y amigo desde hacía tanto tiempo, y que declinar estas insignificantes ofrendas le proporcionaría una gran desilusión a él, a su esposa y a sus hijos. Índigo comprendió que se trataba de un ritual practicado y perfeccionado con la exactitud de una solemne danza ceremonial. La discusión se balancearía de un lado a otro hasta alcanzar el deseado punto de equilibrio; en ese momento Choai fingiría por fin capitular ante la voluntad de Hollend, y el pago —pues, despojado de todos sus adornos, esto era lo que el agantiano ofrecía— se efectuaría.

Hollend y Calpurna entregaron a Choai tres regalos. El primero era para él; un cuchillo de manufactura agantiana, con una hoja de acero templado y una empuñadura tallada de un solo bloque de amatista. Este regalo estaba claramente pensado para ser exhibido ante amigos y colegas como un objeto útil y valioso. El segundo regalo, un juego de delicadas copas de cerámica, era, como Hollend dio a entender con gran habilidad, para ser entregado a aquel funcionario de color superior que hubiera autorizado las disposiciones hechas por Choai a favor de Índigo: puro soborno, y apenas disimulado. Y el tercer regalo era el que sellaba el trato. Se trataba

de una pluma; pero no de un instrumento de escritura corriente. Índigo había visto algo similar hacía muchos años en Khimiz. Dentro del cuerpo de la pluma había una bolsa flexible fabricada con tripa de animal, y este saquito conducía la tinta en un flujo continuo hasta una plumilla de metal, lo que permitía a su usuario prescindir de la tediosa necesidad de disponer de tinteros y plumas de ave afiladas. Cuando la tinta de la bolsa se agotaba se podía insertar otra nueva y llena en su lugar, y todo el instrumento estaba decorado con delicada filigrana de plata. Ningún otro hombre o mujer de Alegre Labor poseía una pluma como ésta, y nadie excepto Hollend podía facilitar las bolsas de recambio. Se trataba de un gesto que, con más claridad que las palabras, expresaba la dependencia mutua que existía entre Choai y la familia agantiana que había decidido tomar bajo su protección.

La pomposa conversación se alargó un poco más, un ritualista ofrecimiento y rechazo de algún refrigerio, y por fin tío Choai se despidió de ellos, tras informar a Índigo de que la adolescente que se le había asignado vendría para escoltarla a su lugar de trabajo a su debido tiempo. Mientras su regordeta y enérgica figura trotaba calle abajo en dirección a las puertas del enclave, Hollend cerró la puerta y se volvió hacia Índigo con expresión de impotencia.

—Lo siento, Índigo —dijo—. No teníamos ni idea de que arreglaría las cosas con tanta rapidez; por lo general estas cuestiones tardan días. —Se detuvo, y sus ojos escudriñaron el rostro de la joven—. ¿Podrás hacerlo?

—Me las arreglaré. —Índigo torció el gesto en una mueca irónica—. No parece que tenga donde elegir.

Calpurna, que tras la marcha de Choai había ido en busca de Ellani y Koru, regresó conduciendo a los niños delante de ella.

—Es monstruoso —exclamó indignada—. Índigo no lleva ni medio día en esta ciudad; apenas si ha tenido tiempo de descansar una noche, ¡y aún menos para prepararse para el trabajo!

Hollend se encogió de hombros con gran expresividad.

—No está en situación de discutir con los tíos, querida. Ni tampoco nosotros, bien mirado.

Calpurna lanzó un despectivo bufido.

—Ese horrible hombrecillo, presumiendo y pavoneándose como un gallito... Y en cuanto a los regalos, Hollend, ¡has sido excesivamente generoso! Ya sé que hay que hacerlo, pero darle la pluma además del cuchillo...

—Calpurna, amor mío, los regalos no eran nada para nosotros, como bien sabes. Estas gentes son primitivas e ignorantes al mismo tiempo que codiciosas, ¡y podemos proporcionarles suficientes juguetes nuevos como para ir comprando su colaboración hasta el fin de nuestros días! —Le palmeó la espalda—. No te excites. No vale la pena.

—Muy bien, muy bien —suspiró ella—. Pero todavía me duele. Ese viejo estúpido y pomposo me ha trastornado por completo al retrasar nuestro desayuno...

Koru, ayuda tu padre a preparar la mesa, y veré qué puedo aprovechar de nuestra comida.

Se volvió hacia la puerta interior e Índigo, viendo una oportunidad para hablar en privado, ofreció:

—Yo te ayudaré, Calpurna.

Las comidas se preparaban en una pequeña habitación en la parte posterior del edificio a la que Calpurna se negaba a llamar cocina, aunque a los ojos de Índigo resulta muy adecuada, y la agantiana se dedicó a refunfuñar para sí al tiempo que removía y condimentaba lo que parecía y olía como una especie de gachas de lentejas sobre el fuego de leña, mientras Índigo cortaba pan y Ellani sacaba platos y tazones de una alacena incongruentemente elegante colocada contra una pared. Cuando la niña salió con su carga en precario equilibrio, Calpurna interrumpió sus murmuraciones a mitad de frase, se volvió y dedicó a Índigo una sonrisa de apesadumbrada disculpa.

—¿En qué estaré pensando? Aquí estoy yo permitiendo que te veas involucrada en todo este caos, ¡y ni siquiera te he preguntado si dormiste bien! Por favor, perdóname, Índigo. No acostumbro ser tan descortés, ¡pero ese hombre horrible siempre consigue hacer aflorar lo peor de mi carácter! —Hizo girar la cuchara con ferocidad como si fuera Choai y no las gachas lo que hervía en el cazo—. ¿Dormiste bien?

—Sí, muchas gracias. —Índigo lanzó un rápido vistazo por encima del hombro para asegurarse de que no regresaba Ellani, y añadió—: Pero hubo una cosa...

—¿Oh? —Calpurna se mostró preocupada—. No los niños, espero. ¿Te molestaron? Se levantan siempre tan temprano... Les dije que no hicieran ruido esta mañana, pero...

—No, no; no fueron los niños.

Índigo le habló de los extraños cuchicheos oídos durante la noche, las débiles y lejanas voces que parecían hablar en la lengua local. Cuando terminó, Calpurna frunció el entrecejo.

—¿No se veía a nadie en el exterior, dices? Bueno, no, eso tendría sentido... La gente de aquí no pisa el Enclave de los Extranjeros si no es por un buen motivo. ¿Y eran voces de niños?

—No puedo estar segura, pero eso creo.

Calpurna frunció aún más el entrecejo, y las gachas quedaron momentáneamente olvidadas.

—Qué extraño —dijo.

—¿En qué sentido? —inquirió Índigo, alerta.

—Oh, es sólo que cuando Ellani y Koru eran más pequeños solían decir que por las noches oían voces de vez en cuando. No sucedía muy a menudo, pero los dos se mostraban bastante aterrorizados por ellas.

Eso, pensó Índigo, podía explicar la extraña reacción de Ellani cuando ella había

mencionado las voces.

—¿Descubristeis qué había detrás de todo ello? —preguntó.

—No, no lo hicimos. Sencillamente decidimos que no era más que una fantasía. —Sonrió—. Los niños pequeños tienen mucha imaginación; y además muy pronto se olvidaron de ello. —Vaciló y una curiosa expresión apareció en su rostro—. Al menos Ellani sí se olvidó.

—¿Koru todavía las oye?

Se produjo otro silencio.

—Bueno, él dice que sí; pero sólo tiene ocho años, y a esta edad a menudo es muy difícil separar la invención de la verdad. —Con cierta brusquedad, un poco demasiado bruscamente según el parecer de Índigo, el rostro de Calpurna se iluminó y la mujer sonrió—. No creo que tengamos que preocuparnos por lo que dice Koru. Le pediré a Hollend que investigue el asunto por ti. Sin duda debe de haber algo en la casa, alguna teja o puntal sueltos, que producen estos ruidos. Hollend no tardará en encontrarlo y arreglarlo.

Índigo la miró, perpleja por su actitud. La mujer parecía reacia o incapaz de hacer otra cosa que no fuera desechar la historia, y —lo que es más— desecharla con una explicación tan insulsa que resultaba casi absurda. ¿Ocultaría algo? No parecía probable; la expresión de Calpurna era demasiado franca, demasiado ingenua, y no parecía estar hecha de la madera de los buenos mentirosos.

Sondeando con cautela, la muchacha dijo en el tono más inocente que le fue posible.

—¿Estás segura de que ésta es la explicación, Calpurna?

—Desde luego que estoy segura, querida. Después de todo, ¿qué otra explicación podría haber?

## Capítulo 3

La «adolescente» que acudió para acompañar a Índigo hasta su nuevo lugar de trabajo era una muchacha delgada, no muy desarrollada; debía de tener unos trece o catorce años, aunque daba la impresión de ser más joven, y no parecía muy dispuesta a pronunciar una sola palabra que no fuera estrictamente necesaria; Índigo averiguó que su nombre era Thia, pero aparte de esto no pudo descubrir nada más sobre ella.

Antes de que abandonara la casa, Calpurna se llevó a su huésped aparte, y con cierto tono de disculpa le dijo:

—Índigo, perdona mi presunción, pero ¿puedo darte un pequeño consejo?

—Desde luego. —Índigo agradecía cualquier consejo que pudiera ayudarla a salvar el laberinto de protocolo y costumbres que con tanta rigidez definía la vida en Alegre Labor.

—No resulta tan difícil si te acuerdas de seguir unas cuantas normas sencillas —dijo Calpurna con una sonrisa—. Saluda con una inclinación a todas las personas que te presenten; una inclinación más profunda para todas aquellas que lleven bandas de color, ya que son tíos y tías, como Choai, y se consideran a sí mismos personas importantes. Espera siempre a que sean ellos los que te hablen primero, pero dirígete con total libertad a todos los demás. —La sonrisa se tornó ligeramente conspiradora—. En tu calidad de médica eres merecedora de respeto a pesar del hecho de ser extranjera, de modo que no permitas tonterías a las personas de rangos inferiores. Y no sugieras remedios a tus pacientes; dales instrucciones con firmeza y severidad. Eso es lo que esperan. La cortesía puede que sea una obsesión en este país, pero no es más que una capa superficial. Bajo esta superficie, la mayoría son extraordinariamente groseros.

Índigo lanzó una carcajada que reprimió enseguida, no fuera a ser que Thia, que esperaba un poco más allá, la oyera.

—Lo recordaré. ¡Gracias!

—Ah, y lo mejor será que lleves esto puesto. —Calpurna introdujo la mano en un profundo bolsillo de su sobrefalda y sacó una banda de color blanco que entregó a Índigo con una mueca de disgusto—. Lo siento; recuerda un poco a aquello de marcar a un animal, pero es el protocolo aquí. Todos tenemos que lucir el color asignado a la condición de extranjero cada vez que osamos salir del enclave. El color blanco, me temo, denota lo más bajo en categoría. —Ayudó a Índigo a colocarse la banda por encima del codo y a atarla, y luego añadió—: Será mejor que te marches ya.

Llevada por un impulso, la muchacha la besó en la mejilla.

—Gracias otra vez, Calpurna. ¡No podría habérmelas arreglado sin tu ayuda!

—Bah, tonterías. Eres mucho más inteligente que estas pobres gentes y no tardarás en desenmarañar sus ardidés. No permitas que Choai te agote en tu primer día; si intenta convencerte para que te quedes después de la puesta del sol, niégate. Te veremos por la noche.

Mientras atravesaba las puertas del enclave en pos de la taciturna Thia, Índigo sintió como si penetrara en un mundo totalmente nuevo y extraño a ella. Puesto que desde su llegada no había abandonado el hogar de Hollend y Calpurna, no había visto demasiado de Alegre Labor excepto como una vaga extensión de edificios situados al otro lado de la valla del enclave. Ahora, sin embargo, bajo la helada pero brillante luz diurna, su cerebro se vio invadido por un revoltijo de impresiones.

La calle principal de Alegre Labor —no tanto calle como camino ancho, pensó Índigo— se extendía en línea recta en dirección a la plaza situada en el centro de la población. Uno de sus lados tenía una estrecha franja pavimentada con losas de piedra toscamente talladas, pero el resto de la calzada no era más que tierra batida de color marrón rojizo. En cuanto a los edificios, resultaba imposible saber si las construcciones de un solo piso que bordeaban la calle eran lugares de residencia o de trabajo, ya que todos eran idénticos; sin adornos, sin pintar, con sencillas puertas de madera y ventanas sin cortinas que no facilitaban pistas sobre lo que se ocultaba tras las fachadas.

Sin mediar palabra, Thia condujo a Índigo hacia la plaza. Tomó un camino que las mantenía todo lo apartadas que era posible de la franja enlosada, e Índigo comprendió el motivo cuando dos mujeres con bandas verdes pasaron junto a ellas, en dirección opuesta, andando por encima de las losas. La acera, al parecer, estaba reservada a las personas de categoría superior; los individuos de rango inferior —y los extranjeros— debían mantener una respetuosa distancia. Las mujeres les dirigieron una mirada de reojo al pasar, tomaron nota de la banda blanca y volvieron el rostro al otro lado con indiferencia. Índigo empezó a desear no haber convencido a *Grimya* de que se quedase junto a Calpurna. Sin la loba para hacerle compañía parecía que no iba a encontrar una sola palabra o rostro amigos hasta que regresara al enclave; pero Hollend le había aconsejado que era mejor que la loba no la acompañara. Los animales de compañía, explicó, no eran bien vistos a menos que tuvieran una utilidad clara, e incluso una criatura con la inteligencia de *Grimya* no encontraría en qué ocuparse en la consulta de un médico.

Thia apresuró el paso. La calzada se volvía cada vez más concurrida. Mujeres con cestos a la espalda empezaban a converger en la plaza del mercado; dos hombres que empujaban una carreta cargada siguieron a un muchacho que conducía ante sí una bandada de aves de corral, y un grupo más reducido de niños cargados de herramientas agrícolas pasaron corriendo en pos del primero. Dos carromatos, uno tirado por bueyes y el otro por un poni desnutrido, pasaron traqueteando junto a ellas. Por lo que se veía, esto era el corazón de Alegre Labor, y, cuando salió a la plaza misma siguiendo a Thia, Índigo aminoró el paso para abarcar la escena que se presentaba ante ella.

La plaza era un ruedo de arena apisonada, sin rasgos distintivos excepto una enorme y voluminosa bomba de agua en su centro. Ésta quedaba rodeada por todas partes por más ejemplares de las impersonales casas del pueblo, cuya uniformidad

sólo era rota por un edificio, de mayor tamaño que el resto pero igualmente gris, con una puerta doble que permanecía bien cerrada.

El mercado parecía estar en pleno apogeo. Mesas montadas sobre caballetes y colocadas en hileras apretadas exhibían productos alimenticios, utensilios del hogar, ropas o burdos muebles de madera; tras los mostradores, los propietarios de las paradas contemplaban vigilantes a los potenciales clientes, con un aire de desconfianza que rozaba la hostilidad. Al penetrar en esta escena como forastera, como una intrusa, Índigo sintió una alarmante sensación de no pertenecer al lugar, como si hubiera penetrado no sólo en otro país, sino también en otra dimensión, y mientras su mente absorbía las imágenes que se deslizaban ante ella, comprendió de improviso cuál era el problema. Concurrida como estaba la plaza, bulliciosa y llena de actividad, en ella reinaba un silencio casi total. Se señalaban las mercancías en silencio, los discos de madera cambiaban sin mediar palabra, las compras se guardaban en el interior de los cestos o se echaban a la espalda y el comprador se alejaba del lugar sin que se cruzara entre vendedor y cliente más que un ligero movimiento de cabeza a modo de saludo. Nadie cantaba, nadie silbaba; no había ningún comerciante que proclamara a voz en grito que sus mercancías eran mejores que las de sus vecinos, ni se veían grupos de hombres conversando, mujeres de cotilleo o niños revoltosos. Resultaba un violento y chocante contraste con los mercados de todos aquellos otros países visitados por Índigo —los caóticos y ruidosos bazares de Huon Parita, las espléndidas ferias comerciales de Khimiz, incluso las modestas reuniones de granjeros que se celebraban en época de cosecha en los pueblos del continente occidental como Bruhome—, y mientras permanecía inmóvil, observando, una peculiar sensación de irrealidad la asaltó, trayendo con ella un terror amorfo e ilógico.

Thia volvió el inexpresivo rostro diminuto en dirección a Índigo.

—Por favor, no te demores —dijo con gélida educación—. Malgastar el tiempo resultaría muy improductivo.

Con un gran esfuerzo, Índigo se sacudió de encima la inercia que se había apoderado de ella y, en cuanto la muchachita empezó a cruzar la plaza, corrió tras ella. Lanzarse al centro de aquella muchedumbre silenciosa y taciturna poseía una cierta cualidad amilanante, pero la oleada psíquica de hostilidad que Índigo preveía no se materializó. Una o dos miradas se posaron brevemente sobre la banda echada sobre su hombro, pero ni siquiera estas miradas resultaron abiertamente hostiles. Los habitantes del lugar sentían tan poco interés por la forastera como parecían sentirlo por cualquier otra cosa que no fuera algo que les atañera directamente.

Thia la condujo al extremo opuesto de la plaza, hasta una casa sobre cuya puerta sin pintar habían clavado un triángulo de madera. La adolescente golpeó la puerta con los nudillos con una seguridad que sorprendió a Índigo, y al cabo de un instante ésta fue abierta por una mujer menuda y arrugada. No lucía ninguna banda, y al ver a Índigo le dedicó una obsequiosa reverencia.



—Ésta es la viuda del doctor Huni —dijo Thia sin saludos ni preámbulos—. Ahora ya no tiene un puesto útil y por lo tanto dentro de poco abandonará la casa. Ejercerás tus artes curativas en la habitación que perteneció al doctor Huni. —Se volvió hacia la anciana—. Agradeceré nos muestres el camino.

Sin una palabra, la mujer se volvió hacia el interior de la casa, y ellas la siguieron. La anciana las hizo subir por una oscura escalera de estrechos peldaños, al final de la cual una puerta daba a una habitación de gran tamaño. Dos taburetes de madera, una mesa y una desvencijada alacena de dos puertas eran su único mobiliario; las paredes y el suelo estaban desnudos y la solitaria lámpara que ardía sobre la mesa despedía un olor malsano además de una tenue luz amarillenta. Había una ventana, pero daba directamente a la pared de otra casa. Toda la atmósfera de la habitación resultaba depresiva.

La anciana volvió a inclinarse y habló ahora por primera vez, aunque se dirigió a Thia y no a Índigo.

—Los primeros pacientes esperan abajo.

—Envía al primero... —empezó a decir Thia, pero Índigo la interrumpió. Se sentía repentinamente furiosa; furiosa ante el comportamiento arrogante de la chiquilla para con la viuda de Huni, y furiosa también ante la presunción de aquella criatura de que ella, Índigo, carecía de mente o voluntad propias.

—Gracias, Thia —dijo con aspereza—. Soy perfectamente capaz de responder por mí misma. —Sonrió a la viuda, y le dedicó una inclinación tan cortés que la anciana se mostró claramente sobresaltada.

—Necesitaré cinco minutos para instalarme, señora —declaró—. Luego, si sois tan amable, recibiré a mi primer paciente.

La viuda de Huni parpadeó perpleja. A lo mejor, pensó Índigo, no había esperado que una extranjera hablara tan bien su idioma. Luego, la anciana se encogió de hombros ligeramente.

—Será como desees —respondió, y se retiró acto seguido.

Índigo depositó su bolsa de hierbas sobre la mesa. La breve llamarada de cólera había descendido ahora por debajo del punto de ebullición, pero la actitud de Thia aún le dolía, por lo que se volvió hacia ella.

—Thia, te agradecería que en el futuro te mostrases menos descortés con la viuda del doctor Huni.

La chiquilla se mostró tan sorprendida como se había mostrado la mujer antes.

—¿En qué forma fui descortés, por favor, doctora?

—¿En qué forma? —repitió Índigo con incredulidad—. Hablarle a ella como si se tratara de una criada, hablarme a mí de ella como si ella no se encontrara presente, y no molestarte siquiera en presentarnos; ¡a eso me refiero, Thia!

La expresión de Thia no se alteró un ápice, y de improviso Índigo comprendió que su desconcierto era genuino.

—Pero —protestó la chiquilla— ¿qué función puede desempeñar la viuda del

doctor Huni? Es demasiado vieja para realizar un trabajo útil.

«Madre Tierra de mi vida —pensó Índigo—. De modo que ése es el quid de la cuestión: función, utilidad, valor práctico...». Recordó algunas de las palabras utilizadas por tío Choai, primero cuando se encontraron en la carretera y luego en casa de Hollend; se había referido a «una profesión útil y valiosa» y había prometido «una estimación de su utilidad». Un realista sentido práctico que era casi una religión entre estas gentes; en realidad, pensó, esto podría ser literalmente cierto, ya que no parecían venerar a ningún dios o poder espiritual. Así pues, la desdichada viuda del doctor Huni, demasiado vieja —como había dicho Thia— para poder realizar un trabajo, había sido degradada a la muerte de su esposo a la categoría de una molestia superflua y potencialmente onerosa. Y, lo que era peor, la anciana parecía aceptarlo sin dudas ni objeciones. Éste era el motivo de que se hubiera mostrado tan estupefacta ante la cortesía con que se le había dirigido Índigo.

—Creo —dijo Índigo en voz alta y con una sonrisa glacial— que tengo mucho que aprender sobre Alegre Labor.

Thia inclinó la cabeza.

—Esto les sucede a todos los extranjeros, doctora. Pero tío Choai ya ha dicho con gran sabiduría que los usos correctos se aprenden con el tiempo.

Índigo enarcó una ceja ante la clara implicación de que Choai había hablado de ella con Thia. Podría ser una adolescente, pero estaba claro que la muchacha poseía suficientes atributos «útiles» como para que se le otorgara mucha más categoría que a una simple extranjera. No obstante, se abstuvo de hacer comentarios y se volvió hacia la alacena. No estaba cerrada pero su contenido resultó una decepción: sólo dos vendas arrolladas, sin lavar desde la última vez que se utilizaron, y una colección de pequeños tarros de barro y botellas que contenían los restos de no se sabe que extrañísimos curalotodos a base de hierbas. Índigo volvió a cerrar la alacena apresuradamente. Tendría que arreglárselas lo mejor que pudiera con sus propias provisiones; al menos, se dijo con ironía, parecía que no tendría que preocuparse demasiado por mantenerse al nivel del doctor Huni.

Bien, no había motivos para posponer lo inevitable más de lo necesario. Había llegado el momento de pagar a tío Choai por el bastoncillo de madera y demostrar su valía.

Abrió la bolsa y se sentó en el más cercano de los dos taburetes.

—Muy bien, Thia —anunció—. Estoy lista. Ve a buscar a mi primer paciente, por favor.

Cuando por fin anocheció aquel día, Índigo se encontraba completamente agotada. Treinta pacientes, había dicho Choai, pero la verdad es que habían sido unos cincuenta. La mayoría no padecían más que indisposiciones o lesiones menores; fiebres poco severas, toses persistentes, o pequeñas heridas recibidas en los campos que necesitaban atención si se quería evitar que se infectaran y robaran al paciente

valioso tiempo laborable. A pesar de ello, Índigo se sentía totalmente exhausta, no por el trabajo en sí, ni tampoco por el número de pacientes que habían desfilado por su consulta, sino por la carga de tensión que suponía tener que tratar con las gentes de Alegre Labor.

Para empezar, estaba claro que desconfiaban de ella. Lo percibía en sus miradas, en la repentina reserva que aparecía en sus rostros cuando se daban cuenta de que debían explicar sus enfermedades a una forastera y no a uno de los suyos. Sin embargo, esta involuntaria actitud de atrincheramiento chocaba frontalmente con la deferencia —casi de orden reverencial— que el protocolo exigía que se demostrase a un médico como una cuestión de principios. Así pues, uno tras otro se sentaban tiesos y silenciosos, o removiéndose nerviosos y en actitud evasiva, al otro lado de la mesa, mientras Índigo recurría a toda la paciencia que podía reunir para convencerlos de que le revelasen cuál era su problema. Pero resultó que, en contra de lo que esperaba, tuvo motivos para sentirse agradecida por la presencia de Thia; pues aquellos pacientes —y hubo unos cuantos— que se negaron en redondo a hablar directamente con la curandera extranjera estaban dispuestos a describir sus síntomas a la muchacha, y se estableció un procedimiento por el cual Thia transmitía con toda solemnidad a Índigo lo que le explicaban, y ésta indicaba a aquélla qué hierbas recetar como bebida o mezclar como cataplasma. La situación resultaba tan grotesca que Índigo sentía un enorme deseo de echarse a reír, aunque controló con firmeza tal impulso. Thia, por su parte, no parecía encontrar nada de gracioso en aquella pantomima.

Después del mediodía, Índigo había insistido en una pequeña pausa en el trabajo. Esto, una vez más, fue algo que Thia pareció encontrar incomprensible, pero obedeció sin chistar. Hambrienta y sedienta a aquellas alturas, Índigo ofreció a la muchacha una pieza de madera que Calpurna le había dado, y le pidió que fuera al mercado y comprara algo de comer y beber para ambas. Recibió una mirada de perplejidad y la información de que tales cosas no podían obtenerse en el mercado. Cada ciudadano de Alegre Labor se ocupaba de su propio sustento; comida preparada y bebida no eran artículos que se vendieran.

—Tengo, no obstante, una empanada que será mi ración para hoy —añadió Thia—. La compartiré contigo si lo deseas.

De una mochila que colgaba de su hombro sacó un objeto envuelto en una tela limpia y se lo mostró. Se trataba de un pedazo plano de masa grisácea en cuyo interior había trozos de carne y verdura; por su aspecto y olor daba la impresión de estar sin condimentar y además medio crudo. Índigo forzó una sonrisa mientras intentaba no establecer comparaciones con la deliciosa cocina de Calpurna.

—Gracias, Thia, pero no te privaré de tu ración —respondió—. Me las arreglaré sin comer. Aunque quizá podrías pedir a la esposa del doctor Huni si sería tan amable de darme un vaso de agua...

—Como desees, doctora Índigo —repuso Thia con una inclinación.

Así pues, mientras Thia masticaba su poco apetitosa empanada, Índigo intentó entre sorbo y sorbo de agua salobre hacer hablar un poco a la jovencita y averiguar más cosas sobre su hogar y su familia. No tardó en darse cuenta de que también esto constituía un concepto nuevo para la mente de Thia. El arte de la conversación por la conversación era totalmente extraño a la muchacha, y ésta estaba convencida de que la curiosidad de Índigo debía de obedecer a algo más que un simple esfuerzo por ser amable. De todos modos y aunque de mala gana, facilitó algunos retazos de información. Thia, al parecer, era la mayor de cuatro hijas, algo que parecía satisfacerla pues significaba que sin un hermano que le disputara la precedencia ella era el eje central del orgullo y la ambición de sus padres.

—A los diez años ya sabía leer, escribir y contar, y por lo tanto pude empezar a realizar un trabajo útil sin perder tiempo —contó a Índigo—. Soy más inteligente y diligente que otras de mi edad, y por lo tanto me irá muy bien en la vida.

Índigo disimuló una sonrisa ante este total desprecio por cualquier cosa que se pareciera a la modestia.

—¿Qué es lo que haces cuando no me estás ayudando? —preguntó.

—Lo que sea que los tíos quieran que haga. Existen muchas tareas útiles para alguien con mis habilidades, aunque todavía soy una adolescente. Copio documentos para los tíos y para la Oficina de Tasas para Extranjeros; se me asigna a recién llegados, como tú, para que los ayude a realizar sus tareas; llevo cartas y mensajes a personas de alto rango, y desde luego ayudo a mi madre en las tareas de la casa. —Sonrió de improviso—. Aunque el año que viene me casaré y entonces tendré mi propia casa que gobernar.

—¿Te casarás? —Índigo estaba perpleja.

—Sí —respondió Thia alegremente—; se me ha escogido como esposa del hijo mayor del sobrino de tío Choai. Es más joven que yo, pero cuando tenga dieciocho años y sea un adulto, tendrá un lugar en la Oficina de Comercio y seis parcelas de terreno para su uso particular. Su color será el naranja, y ése es un color muy importante.

¿Cuántos años tendría Thia?, volvió a preguntarse Índigo. ¿Catorce? ¿Menos? Al hablar parecía más una anciana cínica que la criatura que en realidad era, y la muchacha le dijo con suavidad, esperando que su voz no sonara demasiado irónica.

—Espero que seas muy feliz.

—Claro que lo seré. —Esa sonrisa de nuevo; sin ningún calor en ella—. Tío Choai dice que su sobrino nieto es agradable y trabajador. Nos adaptaremos muy bien.

«Tío Choai dice...», pensó Índigo y, alarmada, inquirió:

—¿Significa eso que todavía no conoces a tu futuro esposo?

—No ha habido necesidad de que nos conociéramos. —Thia pareció ligeramente sorprendida ante la idea; luego, antes de que Índigo pudiera decir nada más, engulló el último bocado de su empanada, dobló cuidadosamente la tela y la guardó, al

tiempo que se ponía en pie—. He terminado mi comida. Gracias por permitirme comer. ¿Hago entrar al siguiente paciente?

Índigo suspiró. Thia, y su forma de ser, era algo que le resultaba incomprensible.

—Sí —respondió—. Sí, será mejor que lo hagas. No me cabe la menor duda de que el tiempo perdido en la ociosidad es un tiempo inhumana y malgastado.

El sarcasmo no ejercía ningún efecto sobre Thia, y por vez primera su sonrisa pareció totalmente genuina.

—¡Eso es exactamente lo que habría dicho tío Choai! —y declaró con energía—: Para ser una extranjera, doctora Índigo, estás muy versada en nuestras costumbres. ¡Esto representará un gran placer para todos nosotros!

Así pues, Índigo se encontraba ahora sentada ante la mesa, volviendo a guardar sus cosas de cualquier manera en el interior de la bolsa mientras Thia se afanaba en ayudarla.

La muchacha estaba claramente nerviosa, y por fin Índigo le dijo:

—Si quieres irte, Thia, yo puedo arreglármelas perfectamente sin ti.

El rostro de la adolescente se iluminó.

—Gracias, doctora Índigo. Con tu permiso, me iré.

—Debiera ser yo quien te diera las gracias a ti —dijo ella, conteniendo un bostezo—. Me has sido de gran ayuda. —Hizo una pausa—. Te debo algo.

—No, gracias. —Thia se inclinó—. A los adolescentes no se les permite aceptar ningún pago por sus servicios. Pero si deseas hacerme un regalo en cualquier ocasión, eso resultará aceptable.

—Entonces lo haré. —Índigo le sonrió—. ¿Qué te gustaría? ¿Alguna joya sencilla, para lucir en los cabellos o alrededor del cuello?

La muchacha la miró perpleja.

—Las joyas son útiles para quienes desean comerciar con ellas en el Enclave de los Extranjeros, pero no sirve a ningún propósito exhibirlas sobre uno mismo —explicó; luego, tras unos instantes de seria consideración, agregó—: Dos aves de corral en su primer año de puesta resultarían apropiadas, o un árbol frutal joven, o un puñado de semillas de verduras de invierno que se puedan sembrar durante esta estación antes de que pierdan vitalidad. Te agradezco tu generosidad, doctora Índigo, y recibiré con agradecimiento cualquiera de estas cosas que desees ofrecerme. —Volvió a dedicarle una inclinación de cabeza y dio un paso en dirección a la puerta—. Te deseo una cena nutritiva y una saludable noche de sueño.

Índigo se quedó mirando la puerta mientras ésta se cerraba tras la muchacha, y escuchó el sonido de sus pies mientras descendían por la escalera. No sabía si echarse a reír ante la habilidad con que Thia había transformado la posibilidad de un regalo en una promesa de regalo, o lamentar el extremo al que había llegado el frío e inquebrantable pragmatismo de la joven, que no parecía poseer la menor chispa de humor o imaginación que pudiera mitigarlo. Al final no hizo ninguna de las dos

cosas, sino que relegó a Thia a un rincón de su cerebro y continuó recogiendo sus pertenencias mientras se dedicaba a pensar en el alegre recibimiento que le prodigaría *Grimya* cuando regresara al Enclave de los Extranjeros y en la comida caliente que Calpurna había prometido que la estaría aguardando. Debía encontrar una forma de pagar a Hollend y Calpurna por su hospitalidad, aunque todavía no sabía cuál sería el mejor modo de hacerlo. Lo que sí estaba claro era que no necesitaban dinero, y probablemente se ofenderían si se lo ofrecía, aunque ella tenía más que suficiente para pagar sus gastos. Quizá si...

Sus meditaciones se vieron interrumpidas de repente cuando alguien llamó a la puerta.

—¿Por favor? —Era una voz infantil—. Por favor, ¿está en casa la médica?

Índigo hizo un esfuerzo para no perder el ánimo. Cincuenta pacientes en una tarde, y ahora, justo cuando pensaba que por fin podría descansar, un recién llegado... Pero, si tenía la temeridad de hacerse llamar curandera, también tenía las obligaciones propias del cargo. Además, a aquellas horas podía muy bien tratarse de una emergencia. Empezó a desatar otra vez las correas de la bolsa, e intentó no parecer resignada o irritada cuando respondió:

—Estoy en casa. Entra.

Se produjo una pausa, durante la cual escuchó lo que parecían varias voces infantiles cuchicheando al otro lado de la puerta. Luego el picaporte chasqueó y, tímidamente, la puerta se fue abriendo.

Eran tres, y ninguno de ellos tendría más de siete u ocho años, o al menos eso es lo que Índigo pensó en un principio. Sus rostros eran delgados y pálidos, con ojos desproporcionadamente grandes que la contemplaban con asombro. Llevaban despeinados los cabellos, delgados y de una gran suavidad, y los pequeños cuerpos, que casi parecían atrofiados, impedían saber si se trataba de niños o niñas. Iban cogidos de la mano, como para darse ánimos, y de improviso se apelotonaron unos sobre otros, cuchicheando de nuevo entre ellos. Se dejó oír una aguda risita, e Índigo pudo escuchar las palabras «banda blanca», «extranjera» y «demasiado pronto».

Empezaba a perder la paciencia ante lo que parecía ser una travesura de niños y, recordando el consejo de Calpurna de mostrarse firme, dijo con cierta brusquedad:

—¡Vamos, vamos! No tengo tiempo que perder en juegos. ¿Qué queréis?

Los tres visitantes interrumpieron sus cuchicheos y la miraron. Entonces el que se encontraba en el centro, que parecía ser el cabecilla, respondió con vocecilla ronca:

—¿Sabes algún juego?

Era una pregunta tan extraordinaria que Índigo no supo qué contestar, y mientras intentaba pensar en algo, otra de las criaturas dijo con voz aguda:

—Te hemos visto. Sabemos que eres la curandera extranjera. ¿Nos curarás?

Índigo no había recibido advertencia alguna, pero, mientras la criatura hablaba, la intuición desplazó brusca y sorprendentemente a la lógica, y su sobresalto aumentó cuando, al mismo tiempo, se percató de que veía los contornos del sucio vestíbulo no

sólo detrás de los niños, sino *a través* de ellos. Sus cuerpos eran transparentes.  
—Madre de mi corazón, yo... —fue todo lo que tuvo tiempo de decir.  
Las tres criaturas se desvanecieron ante sus ojos.

## Capítulo 4

—Un suceso muy desgraciado. —Tío Choai se inclinó ante Hollend en la peculiar manera oblicua que indicaba una disculpa—. Me acuso a mí mismo por completo. Está claro para mí ahora que la doctora Índigo no se había recuperado lo suficiente de los rigores de su viaje para poder ejercer correctamente su trabajo, y la culpa de no haberlo observado es sólo mía.

—No, no, tío —protestó Hollend—. Índigo es mi invitada, y yo asumo toda la responsabilidad por su bienestar. Soy yo el responsable.

Choai volvió a inclinarse.

—Eres muy amable. Sin embargo, tus palabras no pueden tranquilizar por completo mi conciencia, y ésta seguirá molestándome. Me precipité, y confío —en este punto dedicó a Índigo una sonrisa zalamera— en que mi estupidez no me será tenida en cuenta.

Índigo intentó devolverle la sonrisa, pero apenas si lo consiguió, ya que todavía sentía el agudo aguijón de la vergüenza. Había ido a chocar de bruces con Choai en la escalera de la casa del antiguo médico y se había producido entre ellos una confusa conversación, ella aturdida e incoherente, él al principio desconcertado y luego, cuando finalmente comprendió lo que ella le decía, solícito y apaciguador a la vez. Con toda firmeza insistió en escoltarla de vuelta al Enclave de los Extranjeros, donde muy apesadumbrado informó a Hollend que Índigo parecía haber sufrido alguna especie de alucinación, sin duda provocada por un exceso de cansancio. Índigo no lo contradujo; se sentía demasiado desalentada por los resultados de sus anteriores esfuerzos para convencerlo de la verdad como para intentarlo una segunda vez, y ahora permanecía sentada en silencio mientras se intercambiaban más cumplidos y agradecimientos, se expresaban complejas fórmulas de despedida, y por fin tío Choai se marchó tras expresar su esperanza de que la doctora Índigo estuviera en condiciones de reanudar su trabajo tras un día o dos de descanso y recuperación.

Hollend y Calpurna lo acompañaron hasta la puerta. En cuanto abandonaron la habitación, Índigo se volvió hacia *Grimya*, que estaba sentada en el suelo a sus pies.

—*Grimya*, antes de que regresen...

«*Ten cuidado*», advirtió la loba en silencio. «*Los niños no están muy lejos. No digas nada en voz alta*».

Índigo se había olvidado de Ellani y Koru, y cambió apresuradamente al lenguaje telepático.

«*Grimya, antes no te lo pude decir, ¡pero ha vuelto a suceder! Las voces, las extrañas voces..., sólo que esta vez...*».

El segundo aviso de *Grimya* la interrumpió de repente, y se apartó de la loba un instante antes de escuchar la voz de Hollend que se dirigía a ella mientras penetraba otra vez en la habitación, seguido por Calpurna.

—¡Bueno, Índigo, desde luego has causado una gran impresión en tío Choai! —



Hollend sonreía de oreja a oreja—. Jamás creí que viviría para oírlo disculparse por algo. Debe de considerarte algo muy valioso para Alegre Labor... ¿Qué hiciste, resucitar a uno de tus pacientes de entre los muertos?

—No te preocupes de lo que Índigo haya hecho o no para impresionar a Choai. — El tono severo de Calpurna demostraba que consideraba el comentario de su esposo como de mal gusto—. ¡Índigo, no tenía ni idea de que estuvieras tan agotada! Pensé que una buena noche de sueño sería suficiente para que te recuperaras: no me di cuenta de...

—Calpurna... Calpurna, por favor, escúchame. —Índigo posó la mano sobre el brazo de la agantiana—. Lo que Choai os contó no fue toda la historia, en absoluto.

Calpurna vaciló.

—¿Qué quieres decir?

Índigo les contó lo sucedido; la llamada a su puerta después de marcharse Thia, las tres criaturas que le habían hecho la estrafalaria pregunta de «¿Sabes algún juego?», antes de preguntarle si podía curarlas y luego desvanecerse en el mismo instante en que ella comprendió que sus cuerpos eran transparentes como los de los fantasmas. Durante varios segundos Índigo había sido incapaz de hacer nada que no fuera contemplar tontamente el umbral vacío; luego, violentamente, se había puesto en pie de un salto y, precipitándose fuera de la habitación, había descendido a toda velocidad por la empinada escalera. Aunque lo que había visto desmentía su impresión, tenía la irracional convicción de que los niños seguían todavía allí, que podía perseguirlos y atraparlos. En su lugar, en la abierta puerta de la calle, casi al pie de la escalera, había chocado de cara con tío Choai. Por qué había ido éste a la casa Índigo no lo sabía ni le importaba; dejando de lado todo decoro había agarrado al anciano por la manga.

—¡Tío! Los niños..., ¿los ha visto? ¿En qué dirección se han marchado?

Choai parpadeó apresuradamente mientras su inicial indignación daba paso a la curiosidad.

—¿Niños, doctora Índigo? No hay niños aquí.

Ella había intentado explicar lo que había visto, pero en cuanto Choai empezó a comprender lo que quería decir, la muchacha se dio cuenta de que había cometido un gran error. Sencillamente él o no quería o no podía creerla. La gente, tanto si eran niños como si no, no se desvanecía ante los ojos de los que la contemplaban, afirmó. Tales cosas no eran posibles. Índigo intentó discutir, pero el anciano se mostró inflexible. Debía de haber sufrido un momentáneo desequilibrio mental y sensorial debido al cansancio, le dijo con aire de benigna preocupación. Estaba claro que se había equivocado al dar por sentado que ella estaba ya en condiciones de empezar su trabajo, y ahora rectificaría tal equivocación acompañándola personalmente de regreso a los cuidados y comodidades que podían brindarle sus anfitriones.

—Me trajo hasta aquí como si fuera una inválida medio atontada —terminó Índigo, consciente de que *Grimya* la escuchaba con tanta atención como Hollend y

Calpurna—. El resto ya lo sabéis, excepto por una cosa: no tengo un exceso de cansancio y no fue una alucinación, sea lo que sea lo que tío Choai prefiera creer. Vi a esos niños. Estaban allí, me hablaron y luego se desvanecieron, tal y como lo he descrito.

Se produjo un largo silencio, roto tan sólo por un débil gemido preocupado de *Grimya*. Hollend y Calpurna intercambiaron unas miradas que Índigo no pudo interpretar, y fue Hollend quien por fin habló.

—Índigo..., no quiero poner en duda lo que piensas que viste, pero tienes que admitir que el viejo Choai tenía razón.

—¿Razón?

Calpurna le tomó la mano y la apretó en un gesto maternal.

—Querida, claro que la tenía. Tal y como dijo, ¡algo así es sencillamente imposible! —Le sonrió bondadosa, y continuó en el tono de voz que habría utilizado para calmar a una criatura preocupada—. Todos lo sabemos, ¿no es verdad? ¡Claro que sí! Debes de haberte quedado adormilada unos instantes y lo habrás soñado. Los sueños pueden ser así. —Dirigió una rápida mirada a su esposo—. Dormirse en el trabajo no es nada de lo que avergonzarse, ¡como Hollend bien puede atestiguar!

Asombrada por la forma en que se intentaba explicar lo sucedido, Índigo quiso protestar.

—Pero, Calpurna, no pareces...

«No, Índigo; no discutas con ella». El silencioso mensaje de *Grimya* llegó a ella veloz y apremiante antes de que pudiera seguir. «*He visto algo en su mente, y en la de Hollend también. Es mejor que no digas nada. Te lo explicaré luego, cuando estemos solas*».

—Bueno —Calpurna dio una palmada, como para indicar que el tema del desliz de Índigo quedaba cómodamente resuelto y por lo tanto cerrado—, hemos de encargarnos de no permitir que el mismo error vuelva a suceder. Descansarás, Índigo, y esta vez de verdad, hasta que recuperes por completo las fuerzas y la vitalidad. ¡Y tu recuperación se iniciará con una excelente comida!

Sin dar tiempo a la muchacha para responder, se escabulló en dirección a la cocina. El rostro de Hollend se iluminó por unos segundos con una expresión de alivio. Índigo se dio cuenta de que sus anfitriones se sentían desconcertados por lo que les había contado, aunque tal vez el término «violentos» se acercaba más a la verdad; como si ella hubiera cometido un error fundamental de decoro al relatarles su extraña experiencia o por el simple hecho de haber admitido que había sucedido. Recordó su conversación con Calpurna aquella mañana en la cocina, después de los ruidos de la noche, y la revelación de que Ellani y Koru habían padecido semejantes «alucinaciones» en el pasado. Entonces, como ahora, Calpurna había parecido muy ansiosa por correr un velo sobre el tema y descartar cualquier cosa que no fuera la más racional de las respuestas, e Índigo no podía comprender por qué tenía que ser así.

De la cocina surgían ahora alegres ruiditos mientras Calpurna se preparaba para servir la cena. Los dos niños habían desaparecido prudentemente al ver acercarse a la casa al tío Choai, pero ahora Ellani salió del piso superior y, con un movimiento de cabeza y una tímida sonrisa en dirección a Índigo, corrió a reunirse con su madre. Índigo la siguió, en tanto Hollend ponía la mesa, pero Calpurna rechazó de plano su oferta de ayuda.

—No, no; Ellani es toda la ayuda que necesito. —Sonrió con entusiasmo; con demasiado entusiasmo, pensó Índigo—. ¿Por qué no subes a tu habitación y descansas un rato? Enviaré a uno de los niños a buscarte en cuanto esté lista la comida.

—Si estás segura...

—Claro que lo estoy. Vamos, vete.

Grimya siguió a Índigo por la empinada escalera y, en cuanto la puerta de la habitación de invitados se hubo cerrado tras ellas, la loba dijo en un susurro apremiante y gutural:

—¡Bien! Ahora podemos hablar... y puedo contarte por qué consideré más sensato no discutir con Calpurna.

Índigo volvió la cabeza por encima del hombro.

—Será mejor que no lo discutamos en voz alta —advirtió, bajando mucho la voz—. Las paredes divisorias de la casa son muy endebles y el sonido puede atravesarlas.

«Muy bien». Grimya cambió su modo de comunicarse. «Escucha, Índigo. Te sorprendiste mucho cuando Calpurna y Hollend se mostraron de acuerdo con lo que el anciano, Choai, dijo que te había sucedido. Pero yo no me sorprendí porque pude percibir algo de lo que pensaban».

Aunque la loba no podía en realidad leer la mente, sus agudos sentidos mentales a menudo sintonizaban con los estados de ánimo predominantes en las personas y con algunos de sus pensamientos vagabundos. Índigo aguardó a que le contara más cosas, y Grimya continuó:

«No te creyeron porque no podían creerte. Algo les ha sucedido a los dos, me parece, durante los años que han vivido aquí. Se han vuelto como la gente de este país. Han perdido la capacidad de creer en nada que no sea muy lógico».

Índigo empezó a comprender.

«¿Algo como las voces nocturnas?».

«Como eso, sí. Y como los niños que aparecen de la nada y desaparecen otra vez en la nada». Grimya hizo una pausa. «Debes de haberlo visto por ti misma. Toda la gente de este lugar es igual. Es como si hubieran olvidado cómo soñar».

Como si hubieran olvidado cómo soñar... Con su extraño talento para ir directamente al meollo de las cosas, Grimya había definido con precisión la inquietante impresión que Índigo tenía de Alegre Labor —de todo el país en realidad— y de sus habitantes. ¿Sabía el astuto tío Choai, o la escrupulosamente calculadora

Thia, o cualquiera de sus compatriotas, hombres y mujeres, lo que era un sueño? ¿Eran capaces de percibir cualquier cosa situada fuera de los límites estrictos de los sentidos físicos, o de imaginar nada más allá de los estrechos confines de un futuro planeado y trazado hasta el último detalle fríamente pragmático? Todo lo que había visto hasta ahora sugería que *Grimya* tenía razón. Así pues, enfrentados con la repentina anomalía de una extranjera que afirmaba haberse topado cara a cara con tres fantasmas, su reacción era de ciego y total rechazo. No creían en tales cosas; por lo tanto tales cosas no podían existir. No cabía error; no existía la menor posibilidad de error. La extranjera estaba equivocada y ahí terminaba la cuestión. Pero seguramente Hollend y Calpurna no compartían tal insensato prejuicio... Ellos eran de otro país, no habían estado inmersos desde la infancia en los dogmas de esta extraña cultura y, por lo tanto, debían poseer una mentalidad más abierta. Sin embargo, al menos en esto, parecían estar tan ciegos como Choai.

*Grimya*, que había escuchado los confusos pensamientos de Índigo, dijo:

«A lo mejor los años pasados en este país los han cambiado. A lo mejor se han contagiado de esta cosa, de este escepticismo, como si fuera una enfermedad». ¿Era posible? Para un cerebro débil o estúpido, o para la vulnerable conciencia de un niño, quizá; pero Hollend y Calpurna eran ambos demasiado inteligentes y resueltos para ser presa con tanta facilidad de influencias externas. Los dos miraban con desdén a los habitantes de Alegre Labor, casi con desprecio, aunque, eso sí, con un elemento de afecto en su menosprecio. No tenía sentido. Se volvió otra vez hacia la loba.

«No sé lo que se oculta tras esto, *Grimya*. Pero digan lo que digan Hollend y Calpurna y Choai..., diga lo que diga cualquiera... ¡yo sé lo que vi! ¡Y no soñaba!».

Antes de que *Grimya* pudiera responder se escucharon unos leves golpecitos en la puerta, y una vocecita vacilante pronunció su nombre. Índigo dio un brusco respingo al revivir por un instante lo sucedido en la habitación del médico; pero la voz le era familiar.

—¿Koru?

El niño entró en la habitación e inclinó la cabeza ante ella en una curiosa mezcla de la forma de saludar tanto de Agantia como de Alegre Labor.

—Madre dice que la cena estará lista en unos minutos.

—Oh... oh, sí. Gracias, Koru. Bajaré enseguida.

Esperó a que el chiquillo volviera a inclinar la cabeza y saliera, pero en lugar de ello éste se hizo el remolón, y resultaba evidente que luchaba por superar su innata timidez para decir algo más. Perpleja, Índigo inquirió con dulzura:

—Koru, ¿qué tienes? ¿Sucede algo?

Koru se removió inquieto, apretando un pie sobre el otro y entrelazando las manos a la espalda. Luego, de corrido, soltó:

—¡No quería escuchar! ¡Pero no pude evitarlo!

*Grimya* irguió las orejas de improviso.

«Se refiere al viejo Choai. Debe de haber oído lo que se decía... y lo que contaste

a sus padres».

El rostro de Koru estaba totalmente rojo de vergüenza y habría perdido el valor y salido corriendo antes de que Índigo pudiera volver a hablar de no ser porque *Grimya* se dirigió de repente hacia él, moviendo la cola, y levantó la cabeza para lamerle la barbilla. Fue un gesto inteligente y perfectamente calculado, pues Koru estaba ya por completo fascinado y desarmado por la loba y albergaba secretas ilusiones de que, un día, también él podría tener un «perro» como aquél. Agradecido, el niño enterró las manos en el espeso pelaje de su cuello, ocultando el rostro y con él su confusión.

Índigo lanzó a *Grimya* una calurosa mirada de agradecimiento y empezó a hablar al chiquillo con dulzura.

—No tienes de qué preocuparte, Koru. No me importa si escuchaste; y no se lo diré a nadie si tú no quieres.

Koru alzó el rostro despacio, con expresión esperanzada.

—No quería —repitió—. Fue sólo que yo he... —Se interrumpió al volver a fallarle el coraje.

La mente de Índigo realizó un repentino salto intuitivo, y la muchacha decidió arriesgarse para demostrar que estaba en lo cierto. Se inclinó hacia él y habló con voz muy suave.

—Tú también los has visto, ¿no es así?

Koru permaneció muy quieto. Luego, con gran energía, asintió.

Índigo dejó escapar la respiración que ni siquiera se había dado cuenta que había estado conteniendo.

—¿Tres niños, como los que vinieron a verme a mí?

—No; eran sólo dos. Pero yo podía ver a través de ellos, ¡tal como tú dijiste!

El corazón de Índigo palpitaba cada vez con más fuerza.

—¿Te hablaron?

Otro gesto de asentimiento con la cabeza.

—Querían que me fuera con ellos a jugar. Yo... —Dirigió una inquieta mirada a la ventana—. Yo dije que no. Era de noche, y tuve miedo. De modo que se fueron, igual que los que tú viste. Pero... algunas veces todavía los oigo ahí afuera. Me llaman. Pronuncian mi nombre, y dicen «Ven a jugar, ven a jugar».

Una vez más la pregunta «¿Sabes algún juego?» resonó en la memoria de Índigo, y un extraño y terrible escalofrío le recorrió toda la espalda. Koru levantó los ojos hacia ella. De improviso sus ojos mostraban temor.

—¿No lo dirás, verdad, Índigo? —suplicó desesperado—. ¡A nadie!

—Claro que no. Lo prometo.

—Verás... se lo dije a Ellani, ¡pero me pegó y dijo que no debía volver a hablar de ellos jamás!

—¿Ella te pegó?

Índigo estaba escandalizada; resultaba imposible imaginar a la dulce Ellani viéndose impulsada a tales extremos, en especial contra su hermano, a quien parecía

amar tiernamente. Pero, de todos modos, no pensó que Koru mintiera.

«*Empieza a tomar forma*», dijo sombría la voz de *Grimya* en su cabeza. «*Primero Ellani, esta mañana, y luego Calpurna, y ahora la historia que nos cuenta Koru. Éstas son las mismas voces y las mismas criaturas que nos siguieron por la carretera, pero nadie aquí cree en ellas, excepto nosotras y Koru*».

«*Y Ellani*», añadió Índigo.

«*Sí, y Ellani. Pero tiene demasiado miedo para admitir lo que sabe. Es por eso que se enfadó tanto con su hermano*».

El débil pero claro sonido de un gong de cobre les llegó de repente desde el piso inferior, y los ojos de Koru se abrieron asustados.

—¡Ésa es mi madre! La comida está lista. Dije que estaría sólo un momento...

Índigo puso a funcionar su ingenio al instante.

—No te preocupes —tranquilizó al muchacho—. Diré que te invité a quedarte y jugar con *Grimya*. Nadie sabrá lo que me has contado, Koru. Lo prometo.

Una expresión de alivio cubrió el rostro del niño.

—¡Gracias! —Se volvió para marcharse, pero se detuvo junto a la puerta—. Índigo..., ¿crees que esos otros niños eran reales?

Ella vaciló, preguntándose si sería sensato ser completamente sincera. Koru era tan joven, tan impresionable... Sabía cómo habría querido su madre que respondiera a tal pregunta, y sintió que no tenía derecho a ir contra los deseos de Calpurna. Luchó con su conciencia, pero bruscamente se sintió zaherida por una afilada chispa de cólera. Fuera cuales fueran sus motivos, Calpurna intentaba negar la verdad. Y la verdad, decidió Índigo, era algo que ni la propia madre de un niño tenía derecho a ocultar a su hijo.

—Sí, Koru —respondió—. Creo que lo eran. Creo que lo son.

El niño permaneció inmóvil unos pocos segundos mientras su expresión reflejaba un extraordinario fermento de emociones diferentes. Por fin una emoción triunfó sobre las otras: total, exuberante y franco asombro.

—Oh, sí —dijo—. ¡Oh, sí! Tienen que ser reales, ¿no es así? ¡Después de todo, ahora los hemos visto los dos! —Abrió la puerta y dio un paso hacia el descansillo; luego su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. Éste será nuestro secreto, ¿eh? Nuestro y de nadie más. Y, ahora que tú estás aquí, ahora que he encontrado a alguien mayor que cree en ellos, ellos regresarán, sé que lo harán. ¡Y esta vez no tendré miedo de jugar con ellos!

## Capítulo 5

Esa noche Índigo tuvo un sueño extraño y vívido. Le pareció despertar de un sueño profundo para encontrarse descendiendo la escalera que conducía a la planta baja de la casa. Brillaba una luz abajo y se escuchaba un murmullo de voces, y cuando la sala principal apareció bajo sus pies, Índigo descubrió que estaba llena de gente. O, más bien, con sombras de personas. Parpadeó, se frotó los ojos y, al volver a mirar, todo seguía igual; sombras que se movían decididas en todas direcciones, pero sin que existiera una forma física que las proyectara.

—¿Holland? —Su voz resonó de forma peculiar en medio de los murmullos—. ¿Calpurna? —Buscó alguna figura familiar entre las cambiantes formas bidimensionales, pero las sombras cambiaban constantemente al deslizarse sobre las paredes y los muebles, y era imposible distinguir algún rasgo característico.

Sin saber muy bien cómo, se encontró con que había llegado al pie de la escalera, y de improviso una voz se dejó oír por encima de las demás, detrás de ella. La voz dijo tajante:

—¿Y cuál era tu nombre?

Índigo giró en redondo. La luz de la habitación era nebulosa, como la del sol al filtrarse por entre aguas profundas, pero podía ver lo suficiente para distinguir la silueta de un gran atril situado, incongruentemente, donde hubiera debido estar la puerta de la cocina. Había alguien detrás del atril. Tenía la cabeza inclinada sobre un enorme libro abierto y escribía en él afanosamente, con una pluma de ave de tamaño desmesurado; sobre su cabeza centelleaba algo débilmente metálico.

Índigo clavó los ojos en el hombre, y éste repitió con cierta impaciencia:

—Vamos, vamos. La pregunta está muy clara. Tu nombre, por favor.

El hombre hablaba su propio idioma, la lengua de las Islas Meridionales... Sin querer, Índigo dio un paso en dirección al atril, y la figura alzó bruscamente la cabeza. La muchacha se dio cuenta entonces de que lo que el hombre lucía en ésta era una corona vieja y deslustrada y decorada con afiladas puntas, algunas de las cuales se habían roto o desgastado por efecto del tiempo. Podía ser de bronce o de algún otro material descolorido por la pátina del tiempo; era imposible estar seguro. Pero sí había, pensó, algo impuro en ella.

El rostro ceñido por la corona la miraba. Los ojos eran castaños, grandes, dulces y casi bovinos; los cabellos, entrecanos, pulcramente cortados en recto flequillo sobre cejas del mismo color; la nariz, larga y estrecha, curiosamente torcida como si en alguna ocasión se hubiera roto y la hubieran vuelto a encajar mal; las mejillas, voluminosas, y entre ellas se veía una boca tan pequeña y carnosa y de un rojo tan intenso que parecía como si no le perteneciera en realidad y hubiera sido robada a otra persona.

El hombre sonrió, de forma no muy agradable.

—Te aseguro que resulta tan tedioso para mí como lo es para ti, pero hay que

cumplir con los trámites. Por tercera vez, ¿cuál era tu nombre?

De haber estado despierta, Índigo habría sido alertada por lo extraño de la pregunta. El hombre no había dicho «es», sino «era». En su sueño, sin embargo, se limitó a abrir la boca y responder:

—Anghara hija de Kalig, de Carn Caille en las Islas Meridionales.

La sorpresa se apoderó de ella como una dolorosa sacudida física. ¿Qué era lo que había dicho? ¡Había dado su auténtico nombre, el nombre al que se había visto obligada a renunciar hacía medio siglo!

—¡No! —La voz se le quebró—. ¡No, no es ése! Me equivoqué, ése no es...

Se interrumpió. Los ojos castaños la observaban, y la sonrisa se desvaneció mientras la roja boca se fruncía con energía.

—La anotación ha sido realizada y no se permiten alteraciones. Nombre: Anghara hija de Kalig. Función: médica. Condición: extranjera. Propósito... ah, sí; ahora llegamos a la pregunta más importante. ¿Cuál es tu propósito?

Ella no comprendió, y él se dio cuenta perfectamente, ya que la impaciencia afloró de nuevo a su rostro.

—Propósito —repitió con el aire resignado del sabio que se enfrenta a una deliberada idiotez—. Debes tener un propósito, o no estarías aquí. ¿Cuál es?

—No tengo ningún propósito —dijo Índigo, todavía no muy segura de sí misma—. Sólo tengo la intención de...

—Incorrecto —interrumpió él con indiferente pero absoluta certeza—. Ésa es la respuesta equivocada, y no puede anotarse. Di la verdad.

Y, a su espalda, las voces fantasmales empezaron a susurrar:

—*Di la verdad, di la verdad, la verdad, la verdad...*

Esto era una locura...

—Estoy diciendo la verdad —protestó Índigo con energía, mientras la rabia empezaba a liberarla del poder que el sueño ejercía sobre ella—. ¿Quién eres tú para interrogarme y poner en duda mi palabra?

La extraña boca de pimpollo del hombre se distendió de improviso en una sonrisa pacífica y totalmente segura de sí misma.

—Soy el Benefactor. Todos deben responder ante mí de una forma u otra. No hay excepciones.

—Yo no te conozco —replicó Índigo, enojada.

La sonrisa permaneció.

—En ese caso sería sensato que averigües cosas sobre mí, o encontrarás poco que te satisfaga aquí. —Con un concluyente molinete, la pluma realizó una señal en el libro de registro, y el hombre hizo un gesto con la cabeza en dirección a la muchacha—. Regresa al alojamiento que te ha sido asignado, y medita sobre tu propósito. Tienes dos caminos donde elegir; decide cuál quieres seguir y, cuando lo hayas decidido, te concederé una segunda entrevista.

Casi pegado a la espalda de Índigo, alguien alzó una risita ahogada. Sin querer, la



joven volvió la cabeza para mirar por encima del hombro, pero no vio más que la nebulosa luz y las irregulares formas espectrales que flotaban, aparentemente sin rumbo, por la habitación. Volvió la cabeza otra vez al frente, pero el atril y su ocupante habían desaparecido, y en su lugar Calpurna salía en aquellos instantes de la cocina, con una sonrisa de bienvenida en el rostro y un humeante plato de porcelana en las manos.

—¡Bienvenida, Índigo! —Los labios no se movieron pero la voz flotó en el aire con claridad—. ¡Quédate con nosotros, Índigo! ¡Nosotros te enseñaremos! ¡Seremos amigos!

Y, de la habitación que quedaba a la espalda de Índigo, otras voces —voces de niños— gritaron:

—*No, no. No, no. Existe otra posibilidad. Existe otra gente.*

—¿Dónde está *Grimya*? —Con la falta de lógica propia de los sueños, Índigo hizo la pregunta sin un motivo concreto, y una vez más los labios de Calpurna no se movieron, aunque su voz llegó hasta ella con toda claridad.

—*Grimya* está con los niños. *Grimya* está trabajando con los niños.

—*No, no. No, no. Grimya ha venido a jugar con nosotros. Grimya juega con nosotros. Juega tú también con nosotros, Índigo, juega con nosotros; toca tu arpa y canta. ¿Sabes canciones? ¿Sabes algún juego?*

Y mientras Índigo permanecía inmóvil, aturdida y repentinamente asustada, en el centro de la habitación, Calpurna llegó hasta ella e, insustancial como el humo, la atravesó y siguió adelante por la habitación.

Índigo lanzó un grito agudo de sorpresa, y despertó envuelta en un sudor helado en medio de un revoltijo de mantas desordenadas.

—Avisaremos a tío Choai que necesitas al menos tres días de descanso, ¡y si no le gusta la idea que haga lo que le parezca! —El tono de Calpurna era firme, y depositó el desayuno de Índigo sobre la mesa con un golpe lleno de energía antes de dirigir una penetrante mirada al rostro de su huésped—. Querida, tienes un aspecto horrible. ¿Estás segura de que no deberías tomar alguna pócima para dormir por la noche?

—Si necesita una, cariño, es totalmente capaz de recetársela a sí misma —dijo Hollend.

Calpurna le lanzó una cáustica mirada, pero Índigo insistió en que no necesitaba tal cosa.

—De veras, Calpurna, dormí bien. —Sonrió—. Mi único problema fueron los sueños, y no creo que exista un médico en el mundo que conozca un remedio para ellos.

—¿Sueños? —La expresión de Calpurna se tornó comprensiva—. Ah, bueno, eso es algo que nunca nos molesta; ¿no es cierto, Hollend?

Hollend lanzó un gruñido de asentimiento y luego añadió:

—No recuerdo cuándo fue la última vez que soñé. Debe de haber sido hace años.

—Alzó una elocuente mirada en dirección al cielo—. Y doy las gracias por haberme librado de ellos.

—Koru todavía padece alguna que otra pesadilla, pero es que aún es muy pequeño —siguió Calpurna, para añadir con toda tranquilidad—: No tardará en dejar de tenerlas, estoy segura. Bueno, Índigo, deja que te sirva un poco de este nuevo pan de semillas. Ha sido Ellani quien lo ha cocido y está muy ansiosa porque lo pruebes.

Ellani, sentada al otro extremo de la mesa, enrojció, e Índigo se dio cuenta de que una vez más Calpurna había pasado con toda destreza de lo que parecía ser un tema de conversación indeseable a terreno más seguro. A su memoria vino lo que Koru le había contado, de modo que pensó que quizá sería mejor dejar el tema... a no ser por un extraño detalle: un recuerdo del sueño que no la dejaba tranquila y no hacía más que resonar en su cerebro.

Dio un mordisco al pan que Calpurna había colocado frente a ella. Era muy bueno —Ellani poseía un creciente talento para la cocina— y lo alabó profusamente, sin dejar de notar al mismo tiempo la expresión de profundo alivio que apareció en el rostro de Calpurna. Luego, como por casualidad, dijo:

—Ah, Calpurna, quería preguntarte: ¿has oído hablar de alguien llamado *el Benefactor*?

Había esperado encontrar o bien perpleja incomprensión u otro de aquellos repentinos silencios tensos. Pero ante su sorpresa Calpurna sonrió de oreja a oreja, y Hollend se echó a reír.

—Bien, bien, ya veo que no han perdido el tiempo. ¿Quién te ha estado ensalzando las virtudes del Benefactor? Choai, ¿verdad? ¿O fue esa adolescente que te han asignado, Thua o como quiera que se llame, que intenta ganarse unas cuantas fichas extras consiguiendo más clientes para la Casa?

—¿La Casa? —Índigo estaba asombrada—. ¿Qué es eso?

—Santo cielo, tres días en Alegre Labor ¿y aún no ha oído hablar de la Casa? ¡Los comités se vuelven negligentes! —Hollend hizo una mueca mientras se servía otro pedazo del pan de Ellani—. Esto es muy bueno, hija; muy bueno. Mejoras rápidamente. —Dio un mordisco; luego agitó el cuchillo en dirección a Índigo y siguió hablando con la boca llena—. Hablando en serio, Índigo, podría valer la pena que le hicieras una visita. Todo el mundo lo hace más tarde o más temprano, y tienen expuestos algunos artículos interesantes.

La curiosidad —y algo más, algo indefinible— empezó a importunar a Índigo como un dolor de muelas.

—Pero ¿qué es la Casa? —inquirió—. ¿Y qué tiene que ver con el Benefactor?

—Bueno, verás, todo sucedió hace cientos de años, o eso es lo que dicen los del lugar... —empezó Hollend, pero Calpurna lo interrumpió.

—Hollend, no hables mientras comes; te estás haciendo tan maleducado como los nativos. ¿Qué pensará Índigo de ti? —Y, volviéndose hacia ésta, continuó—: Si intenta explicártelo estarás aquí sentada hasta después del mediodía, así pues, te lo

contaré yo. La Casa, y lo cierto es que en este caso el término no es tan exagerado incluso para los criterios de estos lugares, se encuentra a dos kilómetros de la ciudad, sobre una colina que da a los campos situados más al sur, y es lo que podrías llamar un museo...

—Más bien un mausoleo —interpuso Hollend, con la boca llena todavía.

—Museo o mausoleo, como tú prefieras. Los nativos se sienten muy orgullosos de él, ya que dicen que fue la casa de un gran líder, un rey o takhan; no sé qué título utilizaban en este país. Nadie parece saber su nombre, pues vivió hace siglos, pero se refieren a él como el Benefactor.

«Todos conocen al Benefactor. Todos deben responder ante mí...». Las palabras del hombre de su sueño resonaron en la mente de Índigo, y ésta reprimió un ligero escalofrío.

—¿Era su gobernante? —preguntó.

—Eso parece. Sé lo que piensas; resulta difícil imaginar que un país tan infestado de comités tuviera a un solo hombre que gobernara sobre todos ellos, pero parece que las cosas eran distintas entonces. Sea como sea, sienten una gran estima por este Benefactor...

—Casi devoción, se podría decir —intervino Hollend.

—Bien, sí, supongo que se podría decir así... —Calpurna pareció algo perpleja por el vocablo pero luego regresó a su tema—. Y cuando murió conservaron su casa como monumento conmemorativo suyo. Existe un comité especial, formado con el único propósito de mantener la Casa en buen estado. Están muy orgullosos de ella, y muy deseosos de mostrarla a los visitantes; en especial a los extranjeros, claro. Afirman que hoy en día tiene exactamente el mismo aspecto que tenía cuando el Benefactor murió.

Hollend, masticando aún, dejó escapar un sonido de desacuerdo y se tragó precipitadamente el pedazo de pan para acotar:

—No, querida, en eso te equivocas. El Benefactor no murió, *desapareció*. Eso forma parte de la historia. ¿No recuerdas nuestra visita a la Casa?

—Oh... sí, ahora que lo mencionas me parece recordarlo... Bueno, de todos modos, hiciera lo que hiciera, tanto si se murió, desapareció o se fue a vivir a otra parte, las gentes de aquí han conservado su casa como una pieza de exhibición. Lo cierto es que deberías ir y verla, Índigo. Resulta muy educativo.

Se vieron interrumpidos en ese momento por la llegada de Koru, con *Grimya* avanzando silenciosa tras él. La loba tenía tendencia a despertar y sentirse inquieta al amanecer, y Koru, con la ilimitada energía de los pequeños, no tenía el menor inconveniente en acompañarla a dar vueltas por el enclave para hacer ejercicio de buena mañana. Ahora dio los buenos días con toda educación a Índigo y a su familia, y se encaramó a su silla para devorar hambriento el desayuno que su madre colocaba ante él. Hollend, con una sonrisa cariñosa, se inclinó hacia adelante para pellizcar la mejilla de su hijo.

—Tienes unos colores muy saludables esta mañana, Koru. ¡Está claro que la compañía de *Grimya* te hace mucho bien!

Koru le devolvió la sonrisa.

—Es estupenda, papá. Ojalá yo pudiera tener un perro.

—Bueno, ya veremos. Todo depende de si podemos encontrarle una buena utilidad, ¿no es así?

—Se me ocurren cantidad de cosas. Por ejemplo...

—Sí, cariño, estoy segura de que puedes —intervino Calpurna, apaciguadora—, pero no ahora. Come tu desayuno, o llegarás tarde a tus lecciones. Imagino que *Grimya* también estará hambrienta, Índigo. Si quieres traerla a la cocina cuando hayas terminado, queda todavía gran cantidad de la carne de ayer.

*Grimya* irguió las orejas al instante y agitó la cola, lo que hizo que Hollend y Koru lanzaran una carcajada.

—Creo que te ha entendido, querida. —Hollend sacudió su delicada servilleta de hilo (otro artículo importado de Agantia) y la dobló con cuidado—. ¿Sabes, Koru? Le hablábamos a Índigo de la Casa del Benefactor, y de que debería verla.

Koru dejó de masticar, y sus ojos se iluminaron.

—¡Oh, sí! ¡Oh, Índigo, claro que debes! —Se retorció en la silla, olvidado de momento el desayuno—. Papá, ¿no podría llevarla yo? ¡Ya sabes lo mucho que me gusta la Casa! ¡Déjame, por favor!

Hollend sonrió de oreja a oreja.

—Ésa es una idea muy acertada. Índigo, ¿permitirás que Koru sea tu acompañante? Te aseguro que resultará un guía mucho más interesante que los cadáveres ambulantes del Comité de la Casa.

—Vamos, Hollend —amonestó Calpurna, desaprobadora—. Koru tiene sus clases y su trabajo.

Al igual que todos los niños de Alegre Labor, Koru y su hermana pasaban la mitad de cada día estudiando y la otra mitad trabajando. Las tardes de Ellani estaban ocupadas con lo que Alegre Labor consideraba deberes «adecuados» para una muchacha, mientras que Koru, demasiado joven para resultar de mucha ayuda práctica en las transacciones comerciales de Hollend, trabajaba con otros chicos del enclave en los campos de labor situados fuera de la ciudad, recibiendo como pago por su esfuerzo una parte de la producción.

—Vamos, un día de fiesta no le hará daño. Sólo tiene ocho años, querida; necesita algún respiro de vez en cuando.

—Yo trabajaré hoy —dijo Ellani con cierto resentimiento—, y no veo por qué no tiene que hacerlo Koru.

—Muy bien, jovencita, también tú puedes ir. —Hollend hizo como si no viera el ceño de su esposa; pero Ellani negó con la cabeza.

—No, gracias. No me gusta ese lugar.

Consciente de la tensión creada en la familia, y violenta al sentir que era ella el

motivo, Índigo se apresuró a intentar calmar el enojo de Calpurna y Ellani.

—No quiero ser una molestia... —empezó.

Hollend desechó sus protestas.

—¡No, no, no eres tal cosa! Un día de ocio no estropeará a Koru, y los tíos pueden refunfuñar todo lo que quieren. Si desea ir contigo a la Casa, puede hacerlo. Y, si te acompaña con educación y contesta a todas tus preguntas, entonces lo llamaremos trabajo y yo le pagaré la pieza que le corresponde. ¿De acuerdo? — Levantó los ojos hacia Calpurna.

Calpurna intentó reprimir la risita divertida que pugnaba por aflorar a sus labios, pero fracasó.

—Oh, muy bien. Además, seguramente beneficiará a Índigo el que la vean visitando la Casa. Las gentes de aquí lo interpretarán como una indicación de que desea aprender sus costumbres. —Sonrió a Índigo—. Te pondré en una bolsa unos cuantos panecillos de carne y una botella de zumo de fruta. La ascensión a la colina es bastante ardua, y la visita guiada es larga y pesada. Koru puede llevar suficientes piezas para pagar tu entrada.

Sus últimas palabras, aunque pronunciadas con despreocupación y naturalidad, provocaron en la mente de Índigo un agujonazo culpable. Hacía ya tres días que disfrutaba de la hospitalidad gratuita y generosa de la familia sin que jamás se hubiera mencionado cómo podía compensarlos por su bondad... si es que en realidad podía. Y, fuera como fuese que tío Choai y los suyos consideraran la cuestión, Índigo sintió que ya era tiempo de recompensarlos.

Así lo dijo, y la acallaron inmediatamente. Hollend y Calpurna no querían oír ni hablar de ello. Su simple compañía, insistieron, era pago más que suficiente; y además —sin que quisieran ofenderla— ¿qué podía ella ofrecerles que ellos no poseyeran ya? Según los patrones de Alegre Labor eran gente rica; no necesitaban dinero, pues ya tenían más que suficiente para comprar cualquier cosa que este país pudiera ofrecer, y lo que Alegre Labor no podía facilitar era ampliamente cubierto por los cargamentos procedentes de Agantia. Habían hecho una nueva amiga de cuya compañía disfrutaban; eso era un pago, afirmaron, más que suficiente.

Índigo se sintió conmovida por sus palabras y por la sinceridad que sabía las había inspirado, pero de todas formas no podía en conciencia dejar la cuestión de ese modo. Fue así como dijo aquello que, más tarde, le heló el estómago al recordarlo.

—Bien —les dijo, medio riendo, cohibida ante sus exagerados argumentos—, si eso es cierto, entonces os doy las gracias. Pero a lo mejor todavía existe algo que pueda hacer, aunque la Madre sabe que no es mucho. —Señaló tímidamente en dirección a la escalera—. En mi habitación tengo un arpa. No soy un bardo, pero toco bastante bien, y también canto. Si no puedo hacer otra cosa, ¿quizá podría al menos cantar a cambio de mi cena?

Se produjo un corto silencio. No fue un silencio desagradable ni tenso, sino simplemente de desconcierto.

—¿Cantar...? —dijo al fin Calpurna.

—Sí. —La perplejidad de Índigo igualaba la de ellos—. No pretendo poseer un gran talento, pero... —Su voz se apagó. Hollend y Calpurna le sonreían, pero era la sonrisa de unos padres indulgentes enfrentados al insondable razonamiento de una criatura de muy corta edad con la que naturalmente hay que ser indulgente.

—Bueno —declaró Hollend al cabo—. Eso es muy considerado de tu parte, Índigo.

—Sí —intervino rápidamente Calpurna, como agradecida por la iniciativa de su esposo—. *Muy considerado*. Y desde luego, si deseas tocar y cantar, te escucharemos con agrado. Pero... —Ella y Hollend intercambiaron una mirada por encima de la inclinada cabeza de Koru—. Realmente no es necesario, Índigo. Quiero decir... bueno, la música y el canto carecen de *utilidad*, ¿no es así? —Dedicó a Índigo una extraña y pálida sonrisita—. ¿Y qué valor tiene algo que carece de utilidad?

## Capítulo 6

Aunque seguramente habrían puesto enérgicas objeciones al término, las personas que ascendían la colina con toda solemnidad en dirección a la Casa del Benefactor tenían todo el aspecto de peregrinos que se aproximan a un santuario. Índigo, *Grimya* y Koru adelantaron a tres personas que iban solas y a un pequeño grupo que subía con dificultad en medio del seco y polvoriento calor, y cada rostro mostraba la misma expresión de embelesada ansiedad fortalecida por una bien marcada aureola de farisaica piedad. Ninguno llevaba las bandas blancas de los extranjeros, pero todos excepto una mujer de mediana edad condescendieron a devolver la educada inclinación de cabeza que Índigo les dedicó al pasar. A juzgar por lo que Koru le había dicho, parecía que las visitas regulares a la Casa eran casi una obligación para todo hombre o mujer que tuviera una posición que mantener, y a los extranjeros que también realizaban la ardua ascensión de la colina se los tenía en mayor aprecio —o como mínimo se los despreciaba menos— a causa de ello. Por qué era esto así, y qué tradición tácita atraía a la población de Alegre Labor hasta la Casa una y otra vez durante toda su vida, seguía siendo un misterio para Índigo. Desde luego el lugar carecía de significado religioso, ya que, como no había tardado en empezar a aprender, los conceptos espirituales no tenían cabida aquí. Hollend y Calpurna no pudieron ofrecer otra explicación que no fuera decir que sencillamente se trataba de una tradición, y Koru era demasiado joven para sentirse interesado en el cómo y el porqué. Pero, obsesionada aún por su sueño, la muchacha no podía desprenderse de la sensación de que algo extraño, funesto y —por el momento— inexplicable se encontraba tras la pared desnuda que durante tantos años había ocultado la Casa a la mirada casual.

Siguieron avanzando, alejándose de los otros caminantes. Las empalizadas de Alegre Labor habían quedado atrás ya, y la colina de la Casa, curiosamente simétrica, dominaba la vista, elevándose por encima de la amplia extensión marrón verdosa de campos cultivados. Del edificio en sí poco resultaba visible, ya que la cima de la colina estaba rodeada por una elevada pared de piedra coronada por brutales púas de hierro; sólo la puntiaguda cúspide incrustada de moho se dejaba ver por encima de estas defensas. Koru ascendía por el sendero a paso muy rápido, y aunque *Grimya* no tenía ninguna dificultad en mantenerse a su altura, Índigo empezó a rezagarse. En estas latitudes el otoño venía precedido a menudo por una oleada de calor, y cuando por fin consiguió ascender los últimos metros de pedregosa carretera en pos de Koru, el sudor resbalaba abundante bajo sus finas ropas. Había una pequeña puerta de madera encajada en la pared en el punto donde finalizaba la carretera, y un cierto número de visitantes madrugadores aguardaba ya que llegara la hora fijada en que la puerta se abriría para dejarlos entrar. Según el joven de expresión adusta y altiva que Índigo había encontrado esa misma mañana en la Oficina de Tasas para Extranjeros, las visitas de la Casa las realizaban guías autorizados del comité dos veces al día. La

primera visita se iniciaba una hora antes del mediodía; la segunda, tres horas antes de la puesta del sol. Una joven pareja que llevaba bandas blancas sonrió a Índigo y a Koru con timidez; los demás hicieron como si no existieran a excepción de algunas miradas desconcertadas y ligeramente reprobadoras en dirección a *Grimya*, a todas luces preguntándose qué utilidad posible podía tener su presencia allí.

Mientras los últimos rezagados alcanzaban el muro, se escuchó el sonoro chasquido de un cerrojo al otro lado del portillo y la puerta se abrió para mostrar a una mujer diminuta vestida con un severo capote negro y pantalones, con una banda roja sobre el hombro. La mujer no les dirigió ningún saludo de bienvenida, limitándose a decir en tono conciso y bien aprendido:

—Represento al Comité de la Casa del Benefactor, y soy vuestro guía autorizado. Me llamo tía Nikku. Agradeceré paguéis vuestra entrada y me sigáis.

Sin una sonrisa, se detuvo ante cada uno de los visitantes, con la palma de una mano extendida hacia arriba, y comprobó el valor de cada pieza a medida que le eran entregadas antes de ocultar la recolecta en una bolsa de cuero provista de un buen cierre.

Índigo y sus dos acompañantes se encontraban entre los últimos de la fila, y al llegar ante ellos tía Nikku señaló *Grimya*.

—Habéis traído un animal. ¿Con qué propósito?

Índigo hizo una cortés reverencia pero sus ojos brillaron de enojo.

—¿Existe alguna regla que prohíba a los animales entrar a la Casa? —replicó.

—No existe ninguna; pero no veo la necesidad de que el animal entre.

Koru, saliendo al paso de posibles problemas, intervino con rapidez.

—La perra está bien adiestrada. Por favor, tía Nikku... —También él se inclinó ante la menuda mujer—. Esta nueva extranjera es la doctora Índigo; se aloja con mi padre, Hollend el agantiano. Insistimos, desde luego, en pagar también la cuota adecuada para el animal. —Y con gran aplomo sacó una pieza de gran valor y se la tendió a la mujer.

No obstante su tierna edad, Koru sabía cómo tratar a estas gentes, pensó Índigo cuando tras sólo un segundo de vacilación tía Nikku tomó la pieza y la deslizó al interior de uno de sus propios bolsillos en lugar de añadirla a su abultada bolsa.

—Es una solicitud justa —asintió con un cortés movimiento de cabeza—. Siempre y cuando el animal sea limpio y no haga ruido, su presencia será aceptada.

Reprimiendo una sonrisa, Índigo contempló cómo se alejaba con aire de importancia hasta ponerse a la cabeza de la cola.

—Vamos a empezar —anunció—. Por favor, seguidme. Las preguntas pertinentes pueden hacerse una vez terminada la visita. —Sin dirigir ninguna otra mirada en dirección a Índigo y sus amigos, hizo que los visitantes cruzaran el portillo y penetraran en los terrenos situados al otro lado del muro.

La reacción inmediata de Índigo al obtener su primera visión clara de la Casa del Benefactor fue de sorpresa, seguida rápidamente de otra de desilusión. Por las ávidas



descripciones de Koru había esperado una mansión espléndida y lujosa colocada en medio de suntuosos jardines y con un millar de ventanas reluciendo bajo el sol de la mañana. Desde luego la Casa era inusual, pues en lugar de seguir el acostumbrado estilo cuadrado de la arquitectura local estaba construida en forma de hexágono con cuatro pisos, cada piso ligeramente más pequeño que el inmediato inferior y toda la estructura rematada con un tejado voladizo que se elevaba hasta un punto central, a modo de extravagante sombrero picudo. Pero a pesar de su poco corriente estructura, el edificio carecía de adornos y era del todo funcional, y los jardines que lo rodeaban no eran jardines de arbustos, césped y árboles, sino simplemente una superficie de varios acres de terreno cultivado en los que las cosechas de verduras crecían en reglamentadas hileras. Sin duda, la Casa era grande según los criterios de Alegre Labor, pero aparte de su tamaño y su insólita configuración no había nada en ella que la distinguiera como residencia de un grande y noble gobernante. En realidad, pensó Índigo, en muchos de los países que ella había visitado —en Khimiz, por ejemplo, o incluso en las tierras de labrantío del continente occidental, modestamente prósperas —, el hogar de cualquiera que tuviera un rango superior al de pequeño vinatero o comerciante menor habría sido construido a mucha mayor escala que esto.

*Grimya*, que había captado sus pensamientos y los compartía, miró a su alrededor con aire de desconcierto.

«*Esto es muy extraño*», dijo en silencio. «*No hay nada de grandioso en esta casa. ¿Por qué siente la gente tanta veneración por ella?*».

Sí, ¿por qué? Pues lo cierto es que existía un aire de veneración, casi de arrobo, en las expresiones y comportamientos de sus camaradas visitantes, que no coincidía con impresión que Índigo había sacado de los habitantes de Alegre Labor. Incluso los dos jóvenes extranjeros parecían haber quedado atrapados en la atmósfera reinante y, cogidos subrepticamente de la mano, contemplaban el edificio con ojos muy abiertos y llenos de respeto. Tía Nikku, no obstante, no estaba dispuesta a tolerar ociosidad. Dio unas enérgicas palmadas para llamar al orden a sus pupilos y luego empezó a andar a paso ligero por un sendero de listones de madera, uno de los varios que se entrecruzaban por encima de los lechos de verduras para mantener limpios los zapatos de los visitantes. Tres o cuatro trabajadores laboraban en los cultivos, pero ninguno levantó la mirada al paso del grupo, y tía Nikku tampoco les prestó atención. Había iniciado un monólogo que Índigo, situada casi al final de la fila, no podía entender muy bien pero que parecía girar en torno a la productividad del suelo y la diligencia del Comité de la Casa para mantener los niveles más altos. Tras abandonar sus esfuerzos por oír mejor, Índigo se concentró en el escrutinio de la Casa que se alzaba ahora ante ellos. A medida que se aproximaban a la abierta puerta principal, la muchacha decidió que los criterios del comité, por muy profusamente que los alabara tía Nikku, dejaban bastante que desear; pues, aunque el edificio estaba en buen estado, poco había hecho —si es que se había hecho algo— para mostrarlo en todo su esplendor. Las paredes estaban sin pintar, lo mismo que la puerta, y las ventanas se

veían tan mugrientas que resultaba evidente que nadie se tomaba la molestia de limpiarlas. Resultaba otra paradoja, por tanto, que el mayor orgullo y alegría de Alegre Labor se viera desfigurado y menoscabado por tan simple y no obstante fundamental abandono... «Y, sin embargo —se dijo—, puede que esto en sí mismo no sea más que una nueva confirmación de la actitud local». Después de todo, si la Casa ya no estaba habitada, ¿de qué podía servir limpiar sus ventanas? Simplemente un gasto inútil de tiempo y esfuerzo, como tantas otras cosas que podrían haber convertido en más agradable la vida en este curioso país.

«*Existe una palabra para lo que piensas*», dijo Grimya, y su voz mental sonó ligeramente desaprobadora. «*Pero no puedo recordarla*».

Índigo frunció los labios en una mueca divertida, consciente de lo que quería decir la loba, de cuál era la palabra, y de que no podía ocultar nada a su amiga durante demasiado tiempo.

«*¿Cínica? Sí, quizá lo soy, Grimya. Pero cuanto más me relaciono con las gentes de por aquí, más me cuesta no pensar de esta forma*».

Un peculiar sonido que era el equivalente de Grimya de un suspiro humano resonó en su cerebro.

«*Lo sé. Aun así, no creo que piensen y se comporten como lo hacen adrede. Sencillamente no conocen otra forma de actuar*».

«*No quieren conocerla*», respondió Índigo con firmeza. «*Eso es lo peor. Incluso los extranjeros que han vivido aquí cierto tiempo parecen haberse contagiado de la misma enfermedad, el...*».

«Índigo», la interrumpió Grimya.

La vanguardia del grupo había llegado a la puerta principal de la Casa, y de improviso la loba se detuvo, las orejas muy erguidas al frente y el hocico olfateando ansioso.

«*¿Qué es?*», inquirió la muchacha. «*¿Qué sucede?*».

«*Vi algo junto a la puerta. Se movía demasiado rápido para resultar claro, y ahora ha desaparecido. Pero tenía todo el aspecto de un niño pequeño*».

Un hombre de edad situado tras ellas carraspeó intencionadamente, e Índigo se dio cuenta de que también ella se había detenido y obstaculizaba el paso a las personas situadas a su espalda. Disculpándose con una inclinación, se hizo a un lado para dejar paso y luego miró a Grimya.

«*¿Estás segura de que no lo imaginaste?*».

«*Totalmente segura. Y además huelo algo. No un olor exactamente, sino un..., un...*». Intentó hacerse con la palabra pero no lo consiguió. «*Ya sabes lo que quiero decir*».

Índigo lo sabía. Algo psíquico; ahora también ella lo sentía mientras contemplaba la entrada situada ya tan sólo a pocos metros. La atmósfera de la Casa se desparramaba al exterior, en dirección a ellos..., y rezumaba poder. Se volvió hacia la loba, con expresión anonadada. «*Grimya, ¿qué...?*».

—¡No pierdan el tiempo, por favor! —La sonora voz reprobadora de tía Nikku interrumpió la pregunta a medio formular, y al levantar Índigo la cabeza se encontró con una severa mirada de la menuda mujer que la contemplaba desde el umbral—. ¡Todos los visitantes deben mantenerse juntos y no retrasar la visita!

Una vez más Índigo realizó una profunda reverencia.

—Mis disculpas. —Y en silencio, dirigiéndose a la loba, dijo: «*No digas nada más por el momento, Grimya. Pero mantente alerta. Sospecho que podemos encontrar mucho más de lo que ninguna de las dos esperábamos*».

—Y ante vosotros podéis ver el lecho en el que el Benefactor descansaba cada noche. Agradeceré toméis nota de que este lecho no ocupa más lugar del estrictamente necesario, y también de que está situado de tal forma que permite a su ocupante levantarse y llegar a la escalera que conduce a los pisos inferiores sin desperdiciar más que un mínimo de energía.

Tía Nikku hizo una breve pausa para que sus oyentes absorbieran esta información antes de continuar con su prendido y monótono discurso.

—Es un hecho demostrado documentalmente que el Benefactor no necesitaba más que dos horas de sueño cada noche, con lo que ahorraba mucho tiempo que luego podía utilizar en cosas útiles. Este ejemplo es uno que todos haríamos muy bien en seguir, ya que es bien conocido que las horas ocupadas en dormir son horas perdidas, y horas perdidas no proporcionan ningún provecho al ocioso. El Benefactor dejó bien claro que quizá no todos tendrían la fuerza necesaria para emularlo en esto, pero esforzarse es ganar, y se le reconoce el mérito a todo aquél que hace lo que puede.

Siguió adelante y el grupo la siguió obedientemente, pasando junto al lecho situado sobre la acordonada plataforma. Sus rostros, incluso los de los extranjeros, mostraban la adecuada expresión de respeto; uno o dos asintieron sabiamente en silencio como saboreando la indisputable verdad de la homilía de tía Nikku. Índigo, en cambio, contempló pensativa la cama desprovista de mantas y sin duda muy incómoda, que se sostenía sobre seis patas achaparradas, y volvió a sentir la punzante sensación de inquietud que había ido creciendo en su interior desde que habían penetrado en el edificio.

No había prestado la menor atención a la ronroneante conferencia de tía Nikku y muy poca a los frecuentes apartes, impacientemente murmurados, de Koru. En su lugar había intentado que sus otros sentidos más sutiles confirmaran lo que ojos y oídos le decían. Y empezaba a alcanzar una conclusión inquietante, aunque no por completo inesperada.

Al parecer la Casa del Benefactor no era más que un museo, un monumento conmemorativo a un hombre cuya vida había compendiado todo aquello que era más querido por los habitantes de Alegre Labor. La afirmación de Calpurna de que el lugar había sido conservado tal y como era cuando el Benefactor murió no era

exactamente cierta, ya que el Comité de la Casa o sus antecesores se habían cuidado de asegurarse de que las reliquias a su cuidado quedaran escrupulosamente resguardadas de dedos curiosos o codiciosos por barreras de cuerda que obligaban a los visitantes a seguir una ruta estrecha y claramente marcada a través de las muchas habitaciones del edificio. Durante casi dos horas Índigo y *Grimya* habían seguido en silencio a tía Nikku mientras ésta conducía al grupo primero por la cocina, lavandería y salas de abluciones de la planta baja, y después lo hacía ascender por una escalera sin barandilla y que crujía de forma alarmante hasta las salas de trabajo del piso superior, para luego pasar al segundo piso donde se encontraban los dormitorios del Benefactor, sus criados y sus invitados. Todos los pisos eran monótonamente iguales, el mobiliario y los objetos que se exhibían no resultaban más interesantes que los que podían hallarse en cualquier vivienda local, y la escasa luz solar que conseguía penetrar por las altas y sucias ventanas proyectaba una pátina deprimente sobre todo lo expuesto. Pero, a pesar de la insipidez, a pesar de la monotonía, Índigo sabía con una intuición tan infalible como cualquiera de sus sentidos físicos que lo que veían no era más que una ínfima parte de la auténtica escena. *Grimya* también se daba cuenta, y también, sospechó, lo percibió Koru, aunque no de forma consciente. Durante el desarrollo de la visita había ido vigilando al niño, y ahora creía tener una idea de por qué había estado tan ansioso por regresar a este lugar. No eran los objetos lo que le fascinaba, y desde luego tampoco los discursos de tía Nikku. Era la atmósfera de la Casa. Koru todavía no había sido víctima del progresivo virus materialista que impregnaba Alegre Labor; al contrario que sus padres, e incluso que su hermana, era aún lo bastante joven como para ser inmune a la infección de desánimo y tristeza. Había visto los niños fantasmas. ¿Los veía ahora? ¿Sentía al menos su presencia? Pues ellos se encontraban allí; ocultos en las sombras, invisibles y silenciosos y reacios a dejarse ver, pero allí estaban. E Índigo creía firmemente que esta Casa estaba inextricablemente vinculada a ellos y cualquiera que fuera el reino desconocido y sobrenatural que habitaran.

Un ruido seco la sobresaltó, devolviéndola bruscamente a la realidad, y descubrió que tía Nikku volvía a dar palmas para llamar la atención de todos los reunidos.

—Con esto concluimos la inspección del segundo piso —anunció la diminuta mujer—. Nos dirigiremos ahora a la última etapa de nuestra visita subiendo la escalera hasta el último piso. Esta escalera es muy empinada, y aquellos que no se sientan con fuerzas suficientes pueden elegir quedarse aquí si así lo desean. No obstante, a aquellos que posean la energía y la fuerza de voluntad necesarias les aguarda un gran privilegio.

Nadie deseaba ni admitiría desear quedarse atrás, de modo que la pequeña fila de a dos siguió a tía Nikku hasta el último tramo de escalera que se perdía en la mohosa penumbra sobre sus cabezas. De improviso, Koru extendió el brazo y agarró la mano de Índigo.

—¡Ya, verás, Índigo! —le dijo con vehemencia en un aparte—. ¡Ésta es la mejor

*parte de todas!*

Índigo reprimió una automática advertencia de que tuviera cuidado mientras el chiquillo salía disparado hacia adelante y empezaba a subir, sin prestar atención a las muecas de censura de sus mayores. Ella lo siguió a un paso más sosegado y apropiado al resto del grupo... Y entonces, al acercarse a los últimos escalones, volvió a sentir la misma hormigueante oleada de poder que la había asaltado al aproximarse al edificio. Su mano se cerró con fuerza alrededor de la barandilla y atisbó a lo alto, en un intento de ver más allá de la lenta hilera de personas que ascendían delante de ella. Lo que fuera que se encontrara allí arriba poseía la clave de este misterio, y el corazón se le aceleró con una opresiva sensación de nerviosismo cuando por fin ella y *Grimya* llegaron al último piso.

En un primer instante pareció como si allí no hubiera nada que mereciera la penosa ascensión desde el piso inferior. La enorme habitación que ocupaba todo el piso estaba rodeada por los seis lados por altas ventanas, tan mugrientas como las otras, que sólo dejaban pasar un débil hilillo de luz, e incluso a pesar de la intensa penumbra, Índigo pudo darse cuenta de que carecía casi por completo de muebles. En un ángulo entre dos de las ventanas había algo alto y oval, cubierto con una funda. Índigo no sabía lo que era ni tuvo oportunidad de preguntar, ya que tía Nikku empujaba ya a sus pupilos en dirección al único otro objeto de la sala, que se encontraba en el centro exacto de la habitación.

—Ahora por fin —dijo, y su voz resonó bajo el cavernoso techo que ascendía hasta la cúspide del tejado— hemos llegado ante el último objeto, un objeto que hace que los corazones de los miembros del Comité de la Casa se hinchen con el orgullo del éxito. Con nuestras propias habilidades hemos mantenido esta reliquia en las mismas condiciones en que estaba cuando el Benefactor nos la legó al marcharse. Y es el único..., repito, el único artículo de sus objetos personales que ha sobrevivido al deterioro producido por el paso de los siglos y que puede exhibirse aquí para el bien de todos. —Con un gesto bien aprendido y casi melodramático, tía Nikku se hizo a un lado para mostrar el orgullo y alegría del comité... y una sacudida psíquica atravesó el cuerpo de Índigo como la afilada hoja de un cuchillo.

En el centro de la habitación se alzaba una peana que, como todo lo demás en aquel mausoleo, estaba acordonada, pero esta vez con dobles cuerdas como para recalcar que éste no era un artículo corriente, sino algo de un valor especial. Sobre la peana había un almohadón, en sí mismo una rareza en Alegre Labor. Y sobre el almohadón descansaba una corona. Estaba hecha de un metal que parecía bronce, y muchas de las afiladas y uniformes puntas que la adornaban estaban rotas o desgastadas por el tiempo. Debía de tener muchos siglos de antigüedad.

Índigo aspiró involuntariamente por entre los apretados dientes mientras su sueño regresaba a su memoria con tremenda claridad. Volvió a ver el rostro del hombre bajo el flequillo de cabellos grises, los ojos oscuros con su engañosa suavidad, la nariz aguileña, la boca de pimpollo. Casi le parecía oír su voz tal y como la había oído en

el sueño, tajante y fría, exigiendo saber su nombre y su propósito al venir a Alegre Labor.

Y en su mente, como ecos fantasmales, resonó el sonido de unas risas infantiles...

## Capítulo 7

Tía Nikku no tuvo el menor inconveniente en contestar a las preguntas de Índigo una vez terminada la visita. Resultaba evidente que nada le gustaba más que exhibir sus conocimientos, y pareció considerar que el interés de la extranjera por el Benefactor aumentaba sobremanera su propio prestigio. Pero los esfuerzos de Índigo por descubrir lo que realmente quería averiguar se vieron obstaculizados por la implacable apreciación de la diminuta mujer sobre lo que era pertinente y lo que no.

La idea de que pudiera existir algún retrato o escultura del Benefactor pareció desconcertar a tía Nikku. De la misma forma en que Thia se había mostrado anonadada ante la idea de utilizar joyas como adorno, tía Nikku no encontraba que fuera necesario realizar un retrato de nadie, vivo o muerto, ya que tal cosa no podía poseer la menor utilidad. No, dijo; no se conocían detalles sobre el aspecto físico del Benefactor, y tales detalles carecían de importancia. Todo lo que importaba era que en estatura, energía y vigor había marcado un ejemplo a seguir por todas las personas sensatas. ¿Había sido qué? ¿Un rey? Tía Nikku no estaba familiarizada con la palabra. ¡Ah, un gobernante! Sí, así era, pues en aquella época era la costumbre en la Nación de la Prosperidad que el mando se heredase, pasando de padres a hijos. De todos modos, el Benefactor había comprendido que ésta no era la forma correcta de hacer las cosas. Y, cuando le llegó el turno de tomar el mando, abrazó y reveló la gran verdad de que tan sólo bajo los auspicios de muchas mentes sabias reunidas en comités podrían efectuarse auténticos progresos. Fue así como decretó que, a partir de ese momento, la gente no tendría un único gobernante, sino muchos guías, y estos jefes deberían ser escogidos no por su linaje, sino por sus méritos. De su brillante ejemplo había surgido, pues, enmienda y mejora, y la supresión de todo aquello que no contribuyera directamente a la superación mediante un trabajo diligente.

Al llegar a este punto Koru empezó a mostrarse inquieto, de modo que, cuando tía Nikku finalizó su sermón e inclinó la cabeza para solicitar la siguiente pregunta, Índigo vaciló cortés, dio las gracias y se despidió. Una vez de regreso por la polvorienta carretera, con otros miembros del grupo filtrándose más despacio por el portillo tras ellos, Koru dijo:

—Hiciste muchas preguntas, Índigo. ¿Te interesa realmente tanto el Benefactor?

—No, en realidad, Koru, no —sonrió Índigo—. Es sólo que me gusta aprender cosas. Lo siento si te aburríste.

El niño parpadeó sorprendido.

—No me aburrí. Pero yo podría haberte dicho todas las cosas que dijo tía Nikku. Yo también hice esas preguntas cuando mis padres me trajeron aquí. Tuvimos un guía diferente pero nos contó exactamente lo mismo.

—¡Oh! —exclamó Índigo—. Comprendo. —Miró de reojo al chiquillo que caminaba junto a ella—. ¿Te importó volver a escucharlas?

—Ni una pizca. —Koru sonrió ampliamente—. Me gustan. —De improvisto

levantó la cabeza, y sus ojos, que eran muy brillantes y tan azules como los de Calpurna, se clavaron en los de ella llenos de inocente alegría—. Creo que el Benefactor debió de ser una especie de persona mágica, ¿no te parece?

*Grimya* lanzó un curioso sonido, rápidamente truncado, al tiempo que Índigo se detenía.

—¿Mágica? —repitió—. ¿Por qué lo dices, Koru?

Una leve nube ensombreció el rostro del chiquillo, como hubiera advertido de repente haber cometido un terrible error.

—Bueno, claro —se apresuró a añadir—, todo el mundo sabe que no existen cosas como la magia...

*Grimya*, consciente de lo que pensaba Índigo en aquellos momentos, intervino en silencio: «*Sí; sé sincera*».

Índigo se agachó y tomó las manos de Koru entre las suyas.

—Yo no, Koru. Yo creo en la magia.

—¿Tú crees? —Parecía todavía indeciso, no muy seguro de sí mismo.

—Sí.

El chiquillo reflexionó sobre sus palabras, cauteloso todavía pero deseoso de confiar en ella; deseoso, comprendió ella, de confiar en alguien que compartiera su misma creencia. Por fin el deseo venció a la cautela.

—Bueno... —Arrastró un pie por el polvo—. Bueno..., es esa corona, ¿sabes? La corona del Benefactor. Es mágica; lo percibo. Y siempre creo que..., que si me dejaran tocarla, o sostenerla, yo... —Su voz se apagó y sus mejillas enrojecieron—. Es estúpido. Pero si tan sólo pudiera *tomarla*, creo que podría ver en el interior de otro mundo, donde las cosas son diferentes y la gente es más feliz.

Sabiduría inconsciente de labios de un niño... Con una punzada de dolor y pena Índigo pensó: «¿Es esto lo que la vida en este país ofrece a todos los que caen bajo su influencia? Tristeza, desánimo; la incapacidad de conocer o experimentar cualquier otro placer aparte de la lúgubre satisfacción del lucro material». Pensó en Thia y su desapasionada y limitada satisfacción ante la perspectiva de un matrimonio con un esposo a quien no había visto nunca pero que disfrutaba de gran mérito en la comunidad y tenía posibilidades de ser rico. Pensó en tío Choai, astuto y codicioso y dispuesto en todo momento a utilizar a otros para la propia promoción. Pensó en Calpurna y Hollend, atrapados en la misma telaraña seductora y ahora incapaces ya de disfrutar del placer por el placer. Sin arte, sin música, sin juegos. Nada que hiciera la vida agradable. Incluso Ellani había sucumbido a la infección, a pesar de no tener más que diez u once años. De todas las almas que había encontrado en Alegre Labor tan sólo Koru mantenía encendida en su interior una brillante chispa. ¿Y cuánto tiempo pasaría, se preguntó Índigo, antes de que la presión resultara excesiva y, también él, se perdiera?

En el fondo de su corazón, Índigo creía saber qué se ocultaba tras esta terrible enfermedad, y sólo pensar en ello le provocaba un horrible y helado sentimiento de



desesperación. Si estaba en lo cierto, el destino le había jugado una broma terrible, ya que parecía que aquello de lo que huía y que la había empujado a refugiarse en este país había estado aquí todo el tiempo, esperándola; esperando para desafiarla a retomar la misión que tan duramente había intentado abandonar. Índigo había encontrado a su sexto demonio.

En un principio se negó a pensar en ello, intentó incluso negarse a aceptar lo que sabía que era la verdad. *Grimya* sabía lo que pensaba, pero no dijo nada, ya que éste era un dilema que Índigo debía resolver sin que nadie interviniera. Además, la loba no estaba muy segura sobre sus sentimientos acerca de esta cuestión. Hasta hacía un año había sido distinto, pero eso fue antes de su estancia en la Isla Tenebrosa. *Grimya* seguía reviviendo en sus pesadillas los días pasados en aquella tierra húmeda y sofocante; para ella, la Isla Tenebrosa había sido un infierno en vida, y había sentido un terrible impulso de aullar de puro alivio el día en que por fin pusieron pie en la cubierta de la nave que las iba a conducir lejos de aquellas costas fétidas y plagadas de enfermedades. Pero, antes de marcharse, Índigo había tomado una decisión y dado un paso que había puesto fin a la pauta que sus vidas habían seguido durante más de medio siglo.

Hacía ya mucho tiempo, Índigo había recibido un regalo; un guijarro en cuyo centro vivía y se movía una diminuta e inquieta chispa dorada. Durante cincuenta años ella y *Grimya* habían ido allí adonde les indicaba la piedra-imán, en pos de los demonios que la mano impulsiva de la misma Índigo había liberado de la Torre de los Pesares, para encontrarlos y destruirlos. Antes de llegar a la Isla Tenebrosa, la muchacha jamás se había cuestionado lo que debía hacer, pero aquella prueba y sus repercusiones lo habían cambiado todo. La noche que abandonaron definitivamente la ciudadela del farallón, la muchacha había arrojado la piedra-imán desde lo alto de la elevada escalera al fondo del enorme lago resplandeciente que yacía a sus pies. Era una irónica ofrenda a la siniestra deidad del lago, una forma de dar las gracias por la lección aprendida; y, mientras el agua emitía un momentáneo destello al aceptar el tributo, Índigo había tomado una decisión: ya no volvería a dejarse conducir, no volvería a dejar que la mandasen, pues empezaba a comprender tanto la naturaleza como el alcance de sus propios poderes, y tenía intención de utilizarlos para una causa que le importaba más que la caza de demonios. Al derrumbarse la Torre de los Pesares, su amor, Fenran, había quedado atrapado en un limbo de tormentos situado fuera de las dimensiones físicas del mundo; vivo pero fuera del alcance de la muchacha. Durante cincuenta años, mientras se esforzaba por cumplir su misión, Índigo siempre había creído que sólo cuando los siete demonios hubieran sido destruidos podían esperar ella y Fenran volver a reunirse. Pero en la Isla Tenebrosa había averiguado que esto no tenía por qué ser necesariamente así... y que la elección entre continuar con su misión o dedicarse a un nuevo objetivo era suya y sólo suya.

Para Índigo la elección había estado muy clara. Así pues, había dado la espalda a

la piedra-imán y a lo que ella consideraba su tiranía y, dejando de lado todo pensamiento de demonios, había jurado que se dedicaría a la única cosa que le importaba más que nada en el mundo: encontrar a Fenran y liberarlo. En la Nación de la Prosperidad había buscado una tregua, tiempo para descansar y recuperarse y preparar sus planes. Pero ahora *parecía* que, por muy fuerte que fuera su voluntad, aquellas viejas obligaciones no estaban dispuestas a renunciar a su dominio sobre ella, y un nuevo demonio le había seguido los pasos y se alzaba ante ella.

En un primer arrebato de cólera —cólera que, sabía, era íntima compañera del temor—, Índigo decidió que no se dejaría arrastrar. Se había hecho un juramento a sí misma y a Fenran; mantendría ese juramento, y ningún demonio ni niño fantasma ni benefactores muertos tiempo atrás la desviarían del sendero escogido. Así pues, al día siguiente de su desafortunada visita a la Casa, se sumergió en un torbellino de trabajo. Era un desafío, y también la forma más segura de que disponía para deshacerse de los pensamientos, temores y conjeturas que se amontonaban en su cerebro.

Tío Choai se sintió a la vez sorprendido y satisfecho al enterarse, por intermedio de la Oficina de Tasas para Extranjeros, de que la doctora Índigo estaría lista para recibir pacientes en la casa de la plaza del mercado a la mañana siguiente. Thia, que fue a recogerla puntualmente después de la hora del desayuno, le transmitió el mensaje de que tío Choai se felicitaba por la expeditiva recuperación de Índigo, y confiaba —una ligera alusión, pero inconfundible— en que no se produciría una repetición de su desafortunada enfermedad. Mientras se dirigían a la plaza mezcladas con los primeros grupos de personas, Índigo era consciente de alguna que otra mirada disimulada pero llena de curiosidad por parte de la adolescente, y sospechó que Thia lo sabía todo sobre su «lapsus», aunque la muchacha era demasiado educada y reservada para hacer referencia a ello o preguntar.

En la casa del médico, la viuda de Huni volvió a recibirlas con una reverencia antes de acompañarlas a la vacía habitación de lo alto de la escalera. La anciana tenía una expresión rígida y retraída esa mañana, y se veía una gran actividad en la planta baja: muebles y objetos que se sacaban, hombres que discutían en voz baja pero enérgica. Cuando Índigo preguntó qué sucedía, Thia se encogió de hombros con indiferencia y dijo que la viuda de Huni tenía que buscarse nuevo alojamiento aquel día, y sin duda estaba ocupada en vender aquellos objetos domésticos que le quedaban después de que sus hijos e hijas se hubieran llevado la parte que les correspondía.

—¿Adónde irá? —Índigo se detuvo ante la puerta de la habitación del médico y se volvió para contemplar el ajetreo del piso inferior.

Thia volvió a encogerse de hombros, antes de responder:

—Eso dependerá de cuántas piezas reciba. Probablemente tendrá suficientes para pagar su alojamiento en casa de su hija menor.

—¿Quieres decir... que tiene que *pagar* a sus propios hijos para que le den

cobijo?

Thia le dirigió una perpleja mirada.

—Claro; es demasiado vieja para trabajar. ¿De qué otra forma podría resultar valiosa si no? —Inspeccionó el astroso dispensario con ojo crítico—. Habrá muchos pacientes esperando. ¿Llamo al primero?

Índigo estuvo ocupada todo el día. En su primera incursión en su nuevo papel había tropezado con muchas suspicacias, pero ahora daba la impresión de que la actitud de la gente había variado un poco. De hecho, tuvo toda impresión de que muchos de sus pacientes venían impelidos más por la curiosidad de ver a la médica extranjera que por una auténtica necesidad de sus conocimientos curativos, aunque también era cierto que ningún poder en la tierra habría podido arrancar tal confesión de ninguno de ellos, y se preguntó qué historias habría estado esparciendo tío Choai sobre sus habilidades. Thia se lo tomó todo con tranquilidad, como era de esperar, y, con aire satisfecho que recordaba a tía Nikku, parecía dar por sentado que la popularidad de Índigo aumentaba su propia reputación.

Al mediodía, Índigo volvió a decretar una pausa para descansar y tomar algo —esto, informó a Thia, era una costumbre suya a la que todo el que trabajara para ella debía acostumbrarse—, y mientras comían (Calpurna había avituallado a Índigo con carne y pan), Thia la sorprendió al empezar a hablar de improviso *motu proprio*.

—Doctora Índigo, ¿se me permite hacerte una pregunta?

Índigo levantó la cabeza, sobresaltada, y se tragó precipitadamente la comida que tenía en la boca.

—Desde luego, Thia. ¿Qué quieres saber?

La jovencita inclinó la cabeza con cuidada gratitud.

—Me han dicho —empezó tras una pequeña pausa— que posees un animal. Una perra.

—Es cierto. Se llama *Grimya*.

—¿El animal tiene un nombre? Ah; eso es... muy interesante. Lo que me gustaría preguntar es ¿para qué te sirve este animal?

Índigo ocultó una leve sonrisa con la mano, gesto que disimuló fingiendo aclararse la garganta.

—*Grimya* tiene muchas utilidades y aptitudes, Thia. Es una cazadora experta, con lo que puede facilitarme carne; es también mi guardiana, lo que me permite aventurarme por lugares que de lo contrario no resultarían muy seguros para una mujer sola.

—Tal necesidad, claro está, no se plantea en Alegre Labor —dijo Thia con una sonrisa—, aunque comprendo que en otras zonas las normas de conducta son diferentes. —Se produjo otro silencio, y luego agregó—: ¿Podría un animal como ella..., como esta *Gri...* —forcejeó con el desconocido vocablo—, esta *Grimya*, ser también útil para vigilar ganado, o incluso conducirlo?

Índigo empezó a comprender hacia dónde quería ir a parar Thia, e intentó imaginar a *Grimya* en el papel de perro pastor... o ganadero. Sin comprometerse, respondió:

—*Grimya* es muy inteligente. Sí, creo que podría hacerlo. ¿Por qué lo preguntas?

—Como creo haber mencionado ya, mi futuro esposo tendrá seis parcelas propias. Esto es suficiente para criar un rebaño rentable, y un perro de fiar para cuidarlo resultaría una gran ventaja. —De repente en los ojos de Thia apareció un curioso destello que Índigo no había visto jamás en ellos—. Se mencionó un regalo, doctora Índigo, lo que te agradezco enormemente. A lo mejor podrías considerar apropiado darme un perro con habilidades parecidas al tuyo...

Cuando la muchacha terminó de hablar, Índigo percibió algo tan inesperado que la sobresaltó. Por primera vez desde que conocía a Thia, acababa de detectar algo más que fría y pragmática lógica en su voz; por difícil que resultara de creer, por un instante Thia había hablado con *ilusión*.

Entonces, mientras seguía contemplando a la adolescente, vio algo que le puso la carne de gallina.

La imagen de una niña empezaba a materializarse en la habitación. Se encontraba justo detrás de la silla en la que estaba sentada Thia y era una figura vaga e insustancial, un espectro, que permitía ver claramente la puerta a través del delgado cuerpecito. La visión sonrió, y unas manos espectrales, como las manos de los niños que la habían visitado aquí dos días antes, se extendieron hacia ella en un gesto de desvalida súplica, los oscuros ojos llenos de muda añoranza. Y, aunque los cabellos eran diferentes, más largos y suaves y no cortados de forma austera, la fantasmal criatura tenía el rostro de Thia.

De los labios de Índigo escapó un sonido; un estertor inarticulado que no pudo contener ni controlar. Thia —la auténtica Thia— se puso de pie de un salto.

—Doctora, ¿sucede algo?

El fantasma se había desvanecido, desaparecido como si jamás hubiera existido. Pero *había* existido; ella lo *había* visto.

—Creo que me he atragantado con un poco de comida.

Thia se dirigió hacia la mesa con enérgica eficiencia y cogió un frasco que descansaba sobre ella.

—Yo recomendaría agua para eliminar la obstrucción.

Índigo no la contradijo, tomó el frasco y bebió mientras se esforzaba por recuperar el control de su mente y su cuerpo.

—Gra... —Tragó, tosió, volvió a tragar—. Gracias, Thia. Sí, sí; eso es suficiente, ya estoy bien ahora. —Contempló cómo la muchacha volvía a dejar el frasco sobre la mesa, intentando en vano hacer que el repentino regreso a la normalidad concordara con lo que acababa de ver. En su cabeza, una voz interior gritaba salvajemente en silencio: ¡No! ¡No dejaré que me manejes! ¡No permitiré que me gobiernes! ¡Déjame..., déjame tranquila!

—Hablábamos de perros. —Thia volvió a sentarse.

—¿De... perros? —dijo Índigo, parpadeando.

—Sí.

Thia sonrió, y todo rastro de aquella otra Thia momentáneamente melancólica había desaparecido, como si acabaran de borrar de improviso la pizarra de escribir de una criatura. La muchachita ya no pensaba ahora en compañía, amistad o amor. Volvía a ser ella misma, y para ella, como para cualquier buen ciudadano de Alegre Labor, un perro no era otra cosa que una propiedad potencialmente valiosa.

—Aceptaría encantada el regalo de un perro, doctora Índigo —dijo con tranquila indiferencia—. Un animal de esta índole creo que resultaría un bien muy útil.

La tarde, calurosa y húmeda, volvía sofocante la habitación de la casa de Huni, y cuando por fin se despidió el último paciente, Índigo estaba tan agotada que todo lo que deseaba era irse a dormir. Thia se había ido ya tras lanzar una nueva indirecta a modo de recordatorio sobre el regalo prometido, y la actividad en el piso inferior también había cesado. Índigo abandonó la casa tan rápido como le fue posible. Con la inquietante experiencia vivida aquella mañana y la anterior visita espectral fresca en su mente, no sentía el menor deseo de permanecer en el dispensario más tiempo del necesario; la lúgubre habitación la desasosegaba, y se sintió agradecida de poder salir al ambiente algo más fresco y respirable de la plaza.

El mercado había finalizado su actividad por aquel día, lo que, pensó Índigo mientras miraba al cielo, era natural ya que el sol se había puesto y el cielo había adquirido un amenazador tinte metálico que anunciaba tormenta. Los puestos vacíos del mercado semejabán esqueletos, abandonados en medio de aquella pegajosa atmósfera en la que no soplabá una gota de aire. Ninguna luz brillaba aún en las ventanas de las casas, no obstante la falsa penumbra, y de no haber sido por el distante cloquear de las gallinas y la momentánea visión de una mujer solitaria que se alejaba apresuradamente por una de las callejuelas, toda la ciudad habría parecido abandonada.

Índigo empezó a cruzar la plaza. Una leve brisa efímera sopló veloz procedente del sudoeste, y a lo lejos le pareció oír un trueno ahogado. Una vez en la calle principal, la joven se encontró ya con otras personas que también se apresuraban hacia sus hogares para llegar a ellos antes de que empezara a llover; un muchacho desgarrado pasó a grandes zancadas por su lado sin dedicarle ni un vistazo, una pareja de mediana edad la adelantó andando sobre la acera destinada a las personas de más categoría, y delante de ella una jovencita, con la banda blanca de extranjera casi fluorescente bajo la luz de la tormenta, corría en dirección al enclave. Índigo apresuró el paso a un trotecillo, con la esperanza de alcanzarla. Las puertas del enclave tenían vigilantes durante las horas más bulliciosas del día, y aunque en teoría sus residentes podían entrar y salir con tanta libertad como quisieran, algunos guardas se deleitaban perversamente en mostrarse difíciles, y dos personas tendrían más

posibilidades que una de escapar a pesados retrasos.

La jovencita andaba muy deprisa, y las puertas del enclave estaban ya ante ellas cuando Índigo se encontró lo bastante cerca como para llamarla. La muchacha hizo bocina con las manos, lista para gritar, pero de improviso se detuvo en seco mientras el corazón le daba un vuelco.

Allí donde un momento antes había habido una única figura corriendo delante de ella, había ahora de improviso dos. Y la segunda —cuyo aspecto era exactamente como una versión más joven e infantil de la primera, excepto por el hecho de que Índigo veía claramente las puertas a través de su cuerpo insustancial— volvió la cabeza y la miró.

Un rostro menudo, agraciado y delgado le sonrió con coquetería, y el fantasma saludó con una mano. El corazón de Índigo se detuvo y volvió a latir; la joven cerró los ojos con fuerza y ahogó un juramento.

Cuando volvió a mirar, el espectro había desaparecido.

—Estás muy silenciosa esta noche. —Calpurna cerró la puerta del horno de ladrillos situado junto al fuego de la cocina y sonrió por encima del hombro a Índigo, que se encontraba preparando las verduras para la cena de la familia—. ¿Fue un día agotador?

Índigo devolvió la sonrisa, a la vez que se obligaba a ocultar su preocupación.

—Podría haber sido mucho peor —dijo—. Sospecho que la mitad de mis pacientes sólo acudieron movidos por la curiosidad, para ver a la nueva curandera extranjera.

—No te preocupes —se echó a reír Calpurna—; la novedad pronto pasará y regresarán a sus taciturnas vidas. ¿Están ésas listas? Bien; ponlas en la sartén, y encontrarás sal en el tarro de la última estantería de la alacena. Gracias. —Echó una rápida ojeada por la ventana al cielo cada vez más encapotado. La tormenta no había estallado aún, pero el retumbar de los truenos se oía cada vez más próximo y frecuente, y alguno que otro relámpago hacía bailar las sombras en la cocina—. Espero que Hollend tenga el suficiente sentido común como para traer a Koru a casa antes de que empiece a llover. Los tendremos a los dos en cama con pulmonía si los atrapa el aguacero.

—Yo misma temí que me atrapara —repuso Índigo, y una vez más centelleó en su mente la imagen de una jovencita de cabellos rubios ataviada con la banda de los extranjeros corriendo delante de ella por el sendero. Una y otra vez intentaba borrar la imagen de su cerebro, y una y otra vez ésta regresaba...

Se mordisqueó el labio inferior.

—Calpurna, ¿cuántas familias viven en el Enclave de los Extranjeros?

La mujer pareció algo sorprendida por el cambio de tema, pero no hizo preguntas.

—Oh... yo diría que una docena.

—¿Las conoces a todas?

—Bueno, todos nos hablamos, claro, porque estamos todos aquí aislados en cierta forma; después de todo, si tuviéramos que depender de los lugareños para la vida social... —Una ceja enarcada subrayó con elocuencia las palabras de Calpurna—. Pero no diría que muchos de ellos sean buenos *amigos*. ¿Por qué lo preguntas?

—Es simplemente que otra persona entró en el enclave delante de mí. —Índigo esperó que su voz sonara indiferente y no levantara las sospechas de Calpurna—. Una chica, un poco mayor que Ellani, de cabellos rubios. Sencillamente me preguntaba quién sería.

—Cabellos rubios... ¿Más o menos a la altura de los hombros? Ah, entonces probablemente se trataba de Sessa Kishikul, la hija de los comerciantes de minerales. —Se produjo una pausa—. ¿Hablaste con ella?

—No.

Calpurna meneó la cabeza juiciosamente.

—Es una criatura extraña. Bastante triste, en realidad. La familia proviene de Scorva; personas decentes, aunque tienden a ser algo reservados. Hay algo que no es normal en Sessa, me parece. —Se golpeó la sien—. En su cabeza. No sé cuál es la palabra adecuada, pero la pobrecilla debe de tener ya diecisiete años, y todavía tiene el cerebro de una criatura.

El pestillo de la puerta chasqueó en ese momento, y Ellani entró en la habitación. Dos pequeñas lecheras de metal se balanceaban de un balancín pasado sobre sus hombros, y mientras las depositaba con un suspiro de alivio sobre las baldosas del suelo, anunció:

—Padre y Koru vienen de camino. Los vi cruzar las puertas.

—Menos mal. Vamos, dame el agua. —Calpurna tomó los recipientes y añadió algunos sarcásticos comentarios sobre el Comité de los Extranjeros y su imposición de instalaciones tan primitivas e inconvenientes—. Ve a lavarte las manos; luego puedes poner la mesa. Oh, Ellani... Tú conoces a Sessa Kishikul ¿verdad?

—Sí —respondió Ellani con expresión cautelosa.

—Claro que la conoces; das clase con ella. ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé —repuso Ellani, encogiéndose de hombros—. Rosiris Pia dice que tiene dieciocho, pero no puede ser cierto. No se comporta como un adulto. De todos modos, nunca me relaciono con ella.

Tras tal aplastante declaración Ellani abandonó la cocina, y mientras lo hacía un rayo volvió a centellear en silencio en el exterior. Quizá se trató de una ilusión producto del momentáneo destello en la habitación —e Índigo intentó convencerse de que no podía haberse tratado de otra cosa— pero, por un instante, le dio la impresión de que otra Ellani la miraba por encima del hombro y le lanzaba una sigilosa sonrisa conspiradora.

## Capítulo 8

Los acontecimientos de aquel día, como Índigo no tardó en descubrir, fueron sólo el principio y apenas una leve muestra de lo que tenía que venir. A partir de la mañana siguiente todas las horas de su actividad diaria se vieron implacable y alarmantemente perseguidas por cada vez más de aquellas visiones espectrales.

En un principio no encontró una pauta para las apariciones. Parecían manifestarse en cualquier momento y cualquier circunstancia, y no parecía existir un denominador común que uniera una con otra. Un muchacho que cruzaba la plaza del mercado con un rebaño de ovejas, golpeando a las que se desmandaban con un pesado bastón sin dejar de gritar a sus animales con voz ronca, tuvo de repente un gemelo que bailaba y saltaba a su lado. A un anciano con una banda azul que denotaba su categoría superior, al que guiaba por la calzada reservada un criado de rostro avinagrado, lo siguió por unos instantes una juvenil y transparente caricatura de sí mismo. Una madre, terriblemente recelosa de la forastera, pero impelida por la necesidad, le llevó a un niño con una pierna llagada para que se la curara, y por un momento Índigo tuvo la impresión de que eran dos los niños que tenía delante en lugar de uno solo. Durante todo aquel primer día, las manifestaciones se volvieron más y más frecuentes, y con la llegada de la tarde, los nervios de la muchacha estaban a punto de estallar. Ni en casa de Hollend pudo encontrar reposo, ya que en dos ocasiones vio a Ellani seguida por una sonriente melliza.

Finalmente se dio cuenta de que *sí* existía un denominador común, y ese denominador era la infancia.

—O más bien no la infancia en sí —dijo a *Grimya*; eran altas horas de la segunda noche y ambas se encontraban sentadas sobre la cama de la habitación—, sino una mente infantil. ¿Recuerdas lo que te conté sobre el anciano y su criado? Era evidente que apenas podía valerse; me da la impresión de que su mente debe de haber retrocedido a la infancia como sucede a veces con la gente mayor. Luego tenemos a la hija del comerciante de minerales, Sessa Kishikul. Calpurna dice que está enferma, que su cerebro es todavía el de una niña pequeña. Y todos los otros... —Se interrumpió, recapacitando. Ellani, Thia, el pastor, el paciente de la pierna llagada... Sí, tenía razón—. Todos los demás eran niños. Todos ellos.

—¿Entonces, pi... piensas —dijo la loba con su voz gutural— que *únicamente* los niños tienen estos extrraños dobles?

—Sí; o a lo mejor... —Otra posibilidad acechaba en un rincón del cerebro de Índigo pero no se veía capaz de enunciarla—. No lo sé, *Grimya*. Puede que ésos sean los únicos que vemos.

*Grimya* permaneció silenciosa un buen rato. También ella había presenciado estas manifestaciones, no sólo en compañía de Índigo, sino también en la de Koru, pues sin nada que pudiera interesarle en la casa del médico, se había aficionado a acompañar al niño a los campos de labor, donde encontraba abundantes oportunidades de ser útil.



Lo que no sabía era si Koru había visto a los fantasmas. Además, existía otra cosa; algo que empezaba a desconcertarla.

—¿En qué piensas? —preguntó por fin Índigo.

*Grimya* parpadeó y clavó la mirada en el espacio cuadrado de la ventana en el que sólo se veía la tenue luz de las estrellas.

—Pen... saba dos cosas —repuso despacio—. Primero, me preguntaba cómo es que nosotras vemos a estas criaturas fantasmales mientras que otros no lo hacen. Y luego, también me preguntaba cómo es que Koru no parece tener uno de estos dobles.

Índigo la miró sorprendida al darse cuenta de que era cierto. De todos los niños de Alegre Labor, Koru era desde luego el que tenía más probabilidades de atraer un gemelo fantasma; sin embargo, hasta el momento tal gemelo no había hecho su aparición.

—He pas... sado muchas horas con Koru en los campos —añadió la loba, volviendo la cabeza para mirar a Índigo—. Pero jamás he visto nada.

—No; ni yo tampoco. No obstante, es mucho más criatura que Ellani; uno pensaría, ¿no te parece?, que sería más lógico que fuera él quien tuviera un doble espectral y no ella.

—A menos —acotó *Grimya*, pensativa—, que no *necesite* uno.

Índigo volvió a clavar la mirada en ella.

—¿Qué quieres decir, *Grimya*?

La loba sacudió la cabeza.

—No lo sé. No es más que una idea, ¡y no sé por qué se me ha ocurrido! Pero parece que a lo me... jor Koru no ha *crecido* lo suficiente para que esto le suceda. —Se lamió el hocico, como hacía a menudo cuando se sentía perpleja—. Cuando yo era un cachorrillo, no necesitaba buscar cosas de que maravillarme; lo encontraba en todas las cosas. Fue cuando crecí que la sensación de asombro empezó a desaparecer a medida que aprendía que la vida puede ser muy dura. Ahora, lo que yo me pregunto es si estas personas que tienen mentalidad de niños han aprendido también que la vida es dura.

—¿Y Koru no? —Índigo empezó a comprender lo que quería decirle.

—Sssí. Al menos, ésa es la única respuesta que se me... ocurre.

No obstante el calor de aquella noche de otoño, Índigo sintió de repente un terrible escalofrío. No era por lo que *Grimya* había dicho, no era nada lógico o explicable; pero sintió, sin saber cómo o por qué, que alguna inteligencia cuya naturaleza aún no entendía se reía de ella con suavidad pero de buena gana.

—¿Entonces qué son? —susurró, y el escalofrío apareció en su voz, proporcionándole un peculiar tono tembloroso que no pudo reprimir—. ¿Qué son esas criaturas espectrales?

—No podemos estar seguras —respondió *Grimya* con un débil gemido—. Pero si lo que he dicho es cierto... entonces creo que son los fantasmas de lo que estas personas podrían haber sido.

Como si la misma inteligencia que se había reído en el cerebro de Índigo hubiera decidido ahora fastidiarla y burlarse de ella, los fantasmas empezaron a aparecer más a menudo y con mayor nitidez. Casi todos los niños o adolescentes con los que Índigo se encontraba, en la calle, en la plaza o en su propio dispensario, eran seguidos por un sonriente gemelo que la llamaba, que le suplicaba, que le enviaba un silencioso llamamiento al que ella daba la espalda con energía mientras el corazón empezaba a latirle con fuerza otra vez. Y por la noche los niños fantasmas regresaron. *Grimya* fue la primera en oírlos, y se despertó bruscamente de su sueño para correr a la ventana. Con las patas delanteras sobre el alféizar, clavó los ojos en actitud defensiva e inquieta en la vacía oscuridad por la que nada se movía; luego se volvió para mirar al interior de la habitación y se encontró con Índigo, también despierta, que escuchaba el pequeño coro de voces que le susurraban: «Ven con nosotros, ven a jugar, juega con nosotros». A la mañana siguiente empezaron a ver breves atisbos de menudas caritas tristes, pero a la vez ansiosas, que miraban furtivamente desde detrás de un puesto del mercado, o desde el centro de una gavilla de maíz, o que le sonreían desde los lóbregos rincones de la escalera mientras Índigo ascendía hasta su consulta en casa del médico. Tras tres o más días de lo mismo, en los que los rostros y las llamadas se volvieron más nítidos si cabe, Índigo comprendió que aquella inteligencia, ese *algo*, se iba apoderando despacio pero sin tregua de ella.

Se resistió; luchó contra ello con todas sus fuerzas. Fuera lo que fuera o lo que quisiera, ella estaba decidida a no atender a sus impertinencias. Los demonios podían atormentar sus sueños, pero ya no poseían el poder de manipularla. No se dejaría tentar, no aceptaría el desafío. Había acabado con los demonios —había hecho esa solemne promesa en la Isla Tenebrosa— y ya no quería saber nada más de ellos. Todo lo que quería, todo lo que ansiaba, era *paz*; paz para recuperar su resolución interior, y obtener las fuerzas y la orientación necesarias para embarcarse en su nueva misión: la búsqueda de Fenran.

Para aumentar sus tribulaciones, pero en un nivel más prosaico, había habido algún problema con referencia a la viuda del doctor Huni. Según Thia, y tal y como había pronosticado, la anciana vivía ahora con su hija menor, pero al parecer el arreglo no había resultado muy satisfactorio, ya que la viuda —cuyo nombre, averiguó Índigo, era Mimino— se dedicaba a regresar a su antigua casa. No intentaba entrar en ella, sino que se limitaba a permanecer en la plaza del mercado a una prudente distancia de la puerta, con los ojos fijos en el piso superior donde trabajaba la muchacha. En dos ocasiones, al descubrirla allí, Índigo bajó y salió a la plaza, con la intención de hablar con ella e invitarla a entrar en la casa que había sido su hogar durante tantos años. Pero en cuanto aparecía en la puerta, Mimino sacudía la cabeza como si la reprendiera, realizaba una curiosa reverencia ladeada a modo de disculpa y se alejaba a toda prisa antes de que Índigo pudiera acercarse lo suficiente para hablar. Thia se encogía de hombros ante la preocupación de Índigo y decía que, como la anciana estaba senil, era un ser inútil, y que la doctora no debía malgastar su tiempo

con alguien que ya no tenía ningún valor, y por último inquiría si estaba lista para recibir al siguiente enfermo. Pero la diminuta y triste figura de Mimino siguió persiguiendo a Índigo igual que lo hacían los niños fantasmas, y ésta no podía olvidar la expresión melancólica de los ojos de la viuda mientras montaba guardia fuera de la casa que en una ocasión había sido su hogar.

Dos noches más tarde, Hollend y Calpurna fueron convocados —no existía, dijo Calpurna con acritud, otra definición para ello— a una recepción organizada por el Comité de Extranjeros. Tales acontecimientos se celebraban tres o cuatro veces al año y eran, como añadió Calpurna con aún mayor rencor, una excusa para que los tíos y tías de las esferas superiores aceitaran los engranajes del comercio extranjero que mantenía en pie su miserable comunidad, y exigieran el pago por los favores realizados y las concesiones hechas. Hollend, más optimista que su esposa, dijo que el acontecimiento era sencillamente una rara oportunidad de comer comida pasable a cargo del comité y de preparar el camino para nuevas y provechosas transacciones. Pero no era lugar para niños, de modo que ¿sería Índigo tan amable de cuidar de Koru y Ellani aquella noche, ocupándose de su cena y asegurándose de que se acostaran a su hora?

Índigo aceptó encantada, pues le pareció que sería una mínima forma de recompensar a los agantianos por la hospitalidad que hasta la fecha le habían impedido retribuir. En aquellos momentos tenía amasada una pequeña fortuna en fichas, pues tío Choai había regresado a la casa y, con gran aparatosidad, le había hecho entrega del pago por sus servicios como médica; todo en Alegre Labor tenía su precio y las artes curativas no eran una excepción, aunque Índigo sospechaba que un buen porcentaje de las cuotas de los pacientes iba a parar a los amplios bolsillos de tío Choai. Pero Hollend y Calpurna siguieron sin querer aceptar una sola pieza como recompensa. Ella era su invitada, dijo Calpurna, y también su amiga. Incluso en esta tierra incivilizada conservaban las pautas de comportamiento de Agantia, y una invitada y amiga no pagaba dinero por su estancia.

Los anfitriones de Índigo abandonaron la casa bajo un cielo que se tornaba negro no sólo por la puesta de sol, sino también por la proximidad de otra tormenta. Calpurna masculló que parecerían dos pollos mojados cuando regresaran, pero Hollend le recordó con sensatez que en esa época del año no podían esperar otra cosa y que ello no perjudicaría a las cosechas. Índigo contempló cómo se alejaban hacia las puertas del enclave discutiendo alegremente, y luego cerró la puerta. En el interior de la casa encontró a Koru que iba de ventana en ventana, cerrando y asegurando con sumo cuidado los postigos interiores.

—¿Crees que es buena idea, Koru? —le preguntó con una sonrisa—. Hace bastante calor esta noche; no queremos asfixiarnos.

El chiquillo volvió la cabeza hacia ella con una mezcla de inquietud y turbación, y Ellani, que cosía sentada a la mesa, dijo despectiva:

—Le dan miedo las tormentas. Uno pensaría que ya es lo bastante mayor para eso, pero no es así.

Las mejillas de Koru enrojecieron, e Índigo lanzó a Ellani una penetrante mirada.

—Bueno, la verdad es que no creo que sea nada de lo que avergonzarse, Ellani. —Señaló a la loba, que había entrado tras ella—. Las tormentas también ponen nerviosa a *Grimya*. —Y en silencio añadió: «*Por favor, perdona la mentira, cariño, pero lo hago por Koru*».

«*No me importa*», comunicó *Grimya*. «*Aunque no comprendo por qué se muestra Ellani tan cruel. No es propio de ella*».

Una expresión de alivio apareció en el rostro de Koru, que se iluminó como si amaneciera, y el niño repuso con valentía:

—Estaré bien, Índigo. *Grimya* y yo nos consolaremos mutuamente.

—Eso está bien. —Índigo le sonrió—. Ahora, lo mejor será que nos ocupemos de la cena. Ellani, ¿te importa dejar tu costura y preparar la mesa?

—No, Índigo.

Ellani seguía contemplando a Koru, y su rostro mostraba una expresión sorprendente: entre enojada y resentida, pensó Índigo, y con un inexplicable atisbo de temor. Desconcertada pero no deseando provocar un escándalo haciendo preguntas a la chiquilla, se dirigió a la cocina. La tormenta estalló mientras comían. Incluso a través e los postigos el primer fogonazo de luz irrumpió tan súbitamente en la habitación que Koru dio un salto y volcó el vaso de zumo de frutas diluido. Mientras el trueno retumbaba por encima del techo de la casa, Ellani levantó los ojos al cielo en un gesto de exasperación, y se puso en pie.

—Iré a buscar un trapo —anunció en el tono de voz de quien está hastiado de la vida—. Eres tan *torpe*...

*Grimya* dirigió a Índigo una significativa mirada mientras la chiquilla abandonaba la habitación con aire enojado; luego lanzó un ahogado gemido y, colocándose bajo la mesa, se apretó contra las piernas de Koru. El niño se inclinó a acariciarla.

—Estoy bien —dijo al cabo con voz débil—. De verdad. Es que me sobresaltó.

—Lo comprendo. Escúchame, acaba tu cena deprisa y buscaremos algo que hacer que te impida pensar en la tormenta.

Ellani regresó entonces y se habría puesto a limpiar la mesa con gran teatralidad de no haber sido porque Koru le arrebató el trapo y tozudamente se puso a hacerlo él mismo. Volvió a dar un respingo cuando un segundo relámpago centelló en la habitación pero se mordió el labio inferior, llevó el trapo de regreso a la cocina y se sentó de nuevo a la mesa para terminar su comida. La cena concluyó en una atmósfera de hostilidad tácita entre las dos criaturas, e Índigo se sintió agradecida cuando por fin se pudo limpiar la mesa y buscar otra distracción. Ellani volvió a tomar su costura y se sentó cerca de la lámpara más grande, donde la luz era mejor.

—Bien —dijo Índigo—, ¿ahora qué os gustaría hacer?

—Koru debería irse a dormir dentro de poco —le respondió Ellani.

Koru la miró con ansiedad.

—No quiero irme a la cama. ¡No podría dormir, Elli, *no podría*, no hasta que haya pasado la tormenta!

—¡No seas tan estúpido! No son más que truenos, no pueden hacerte daño. Piensa en nuestros padres; ellos tendrán que venir andando desde la Casa del Comité en medio de la tormenta, pero ¡no tienen miedo!

Índigo decidió que había llegado el momento de poner fin a la discusión.

—No, Ellani —dijo, aunque sin dureza—, me parece que podemos hacer una excepción por una vez, especialmente ya que tu madre no está aquí. Con toda seguridad la tormenta no durará mucho —el estrépito de un nuevo trueno desmintió sus palabras, pero ella continuó adelante—, y hasta que pare, encontraremos una forma de distraernos con algo.

—Muy bien, como quieras —respondió Ellani con un encogimiento de hombros—. ¿Qué hacemos?

—Bueno... tengo mi arpa arriba. Podría tocarla para vosotros, y a lo mejor podríamos cantar algunas canciones.

—Yo no sé ninguna canción —replicó Ellani.

—¡Yo sí! —El rostro de Koru se iluminó—. Yo sé una...

Su hermana se revolvió contra él.

—¡No, no sabes!

—¡Sí que sé, y tú también! Es la que Sessa cantó esa vez...

—No la sabes y yo tampoco, y, además, Sessa ya no la canta.

Koru se hundió en un entristecido silencio, e Índigo, perpleja, intervino:

—Bueno, entonces *yo* cantaré para vosotros. ¿Os gustaría eso?

Koru asintió y, tras unos momentos de silencio, Ellani dijo:

—Si eso es lo que deseas, Índigo...

Mientras iba a buscar el arpa a su habitación, Índigo se devanó los sesos en busca de una explicación para el extraño comportamiento de Ellani. Jamás la había visto tan irritable con su hermano, y el motivo de la extraordinaria mirada que le había dedicado antes era un completo enigma. A lo mejor Ellani se sentía incómoda con una extraña en la casa y sin sus padres presentes, pero Índigo no creyó que fuera ése el motivo. Se trataba de algo más fundamental.

Cuando volvió a reunirse con los niños, Ellani había devuelto su atención a la costura y Koru estaba enroscado en el rincón más alejado de las ventanas, con *Grimya* a su lado. La muchacha se sentó y, con cierta timidez, afinó el arpa antes de interpretar unos compases. *Grimya* emitió un alegre gañido —adoraba la música—, y los ojos de Koru se abrieron apreciativos. Ellani también levantó la vista, pero su sonrisa fue algo vacilante y un poco artificial. Sintióse de improviso como un intérprete que sale al escenario a enfrentarse a un auditorio poco predispuesto, Índigo anunció:

—Tocaré una canción que aprendí cuando tenía más o menos tu edad, Ellani.

Tiene un estribillo muy simple, de modo que os podéis unir a él si queréis.

Al cabo de un par de estrofas le pareció que Koru tarareaba la canción, pero Ellani se limitó a permanecer sentada con aquella sonrisa artificial clavada en el rostro, escuchando con educación pero claramente indiferente a lo que oía. Al terminar la canción Koru aplaudió y pidió otra, y, con la esperanza de sacar a Ellani de su enfurruñamiento, Índigo interpretó una canción cómica aprendida años antes en Bruhome de la Compañía Cómica Brabazon. Ellani no rió, y cuando terminó, Índigo arrancó un suave arpegio del arpa y preguntó con suavidad:

—¿Te gustó la canción, Ellani?

La sonrisa de la chiquilla se volvió un poco más forzada.

—Sí, gracias. Fue... muy bonita. —Tras una pausa, agregó—: ¿Tocas y cantas a menudo?

—Sí, bastante a menudo.

—¿Por qué? ¿Qué se consigue con ello?

La pregunta sorprendió bastante a la muchacha.

—Bueno... simplemente me gusta tocar y cantar. Pero en cuanto a lo que se consigue... la verdad es que no comprendo a lo que te refieres, Ellani.

La niña contemplaba el arpa como si se tratara de algo totalmente extraño a ella cuyos misterios intentara desentrañar.

—Mi padre dice que en otros países hay personas que ganan piezas tocando y cantando. ¿Es cierto?

—Sí, sí lo es. Yo misma me gané la vida con mi música durante algunos años, en el continente occidental.

—¡Oh! —De nuevo aquella expresión perpleja—. Eso parece muy extraño. Quiero decir, ¿qué *beneficio* se obtiene pagando por escuchar música?

—A lo mejor —repuso Índigo con dulzura—, el beneficio depende de si la música proporciona o no placer a quienes la escuchan.

Ellani frunció el entrecejo, pero antes de que pudiera continuar el debate, Koru intervino:

—A mí me gustan las canciones. ¡Otra, Índigo! ¡Canta otra! —suplicó. La mirada de su hermana resbaló oblicuamente hacia él; luego, con gran dignidad, dejó a un lado su costura.

—Me parece, si no te importa, que me iré a la cama —anunció—. Estoy muy cansada.

—No..., no, claro que no me importa. —Índigo hizo intención de dejar el arpa—. ¿Quieres que suba contigo?

—Gracias, pero puedo arreglármelas. ¿Puedo coger una de las lámparas?

—Desde luego... Bien, buenas noches, Ellani.

—Buenas noches, Índigo. —La débil sonrisa apareció otra vez, todavía tan perpleja como antes, y, como si de repente recordara sus buenos modos, la niña añadió—: Gracias por tu interesante música.

Tras la marcha de Ellani se produjo un largo silencio. Koru tenía la vista fija en el suelo, e Índigo se sentía demasiado desanimada por la actitud de la niña para volver a coger el arpa y seguir tocando. Por fin Koru levantó los ojos.

—Por favor, Índigo, no prestes atención a mi hermana. Ella no comprende.

—No era mi intención aburrirla —suspiró Índigo—. Pensé que le divertiría la música.

El chiquillo sacudió la cabeza con energía.

—No; no le gusta la música porque no entiende por qué alguien puede querer escucharla. La música no *hace* nada, ¿sabes? —De improviso, de una forma alarmante, su rostro mostró una comprensión inaudita para alguien de sus pocos años—. Todos piensan de ese modo. Incluso papá y mamá. Pero yo sé que eso no es así... y tú también lo sabes, ¿verdad?

—Oh, Koru...

Índigo no sabía qué decir; percibía la confusión y pena del chiquillo y lo compadecía de todo corazón. Pero ¿tenía derecho a ir contra la influencia de sus padres? Koru no era su hijo; ¿podía entonces ayudarlo a combatir la progresiva influencia de la fría y triste filosofía de esta tierra, cuando ella no tardaría en marcharse mientras que él debería quedarse y vivir su vida aquí?

En ese momento, para su mortificación, Koru dijo:

—Vi lo que le sucedió a Ellani. Vi el fantasma que la seguía.

Índigo se quedó como paralizada. En los ojos de Koru había una curiosa expresión casi maliciosa mientras observaba su reacción, y con un pequeño sobresalto la muchacha se dio cuenta de que el niño había leído sus pensamientos mucho mejor de lo que cualquier niño de su edad habría sido capaz de hacer.

—Sé que tú también lo has visto, Índigo. Intentaste fingir que no estaba allí, pero lo sé. —Bajó la mirada al suelo bruscamente—. Me ha sucedido cientos de veces, pero ya no se lo digo a nadie porque todo lo que hacen es enfadarse y decir que estoy equivocado. *No* estoy equivocado. —Volvió a levantar los ojos, desafiante—. ¿Lo estoy?

Índigo no podía negarlo.

—No —dijo en voz muy baja—. Tienes razón.

—Y no se trata sólo de Ellani. Hay otros, muchos otros. No hago más que verlos y oírlos, como los niños de los que te hablé. —Volvió a callar unos instantes—. Y ahora sé quiénes son.

Índigo lo miró con fijeza. Un nuevo relámpago iluminó la habitación, pero Koru ni se movió. Tenía otras cosas en que pensar ahora, cuestiones más importantes que su miedo a las tormentas.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó Índigo muy despacio y con sumo cuidado.

—Sí. Antes pensaba que eran fantasmas; por eso me daban miedo, porque los fantasmas son gente muerta. Pero ahora ya no lo creo. Creo que son tan reales como nosotros, pero que viven en un mundo diferente del nuestro. —Una nueva vacilación,

mientras Koru se miraba las pequeñas manos que tenía apretadas sobre el regazo. Luego siguió—: Índigo, ¿crees que existen otros mundos?

Índigo se sintió incapaz de mentirle, ni siquiera por hacer un favor a los padres del chiquillo.

—Sí —respondió—. Creo que existen más mundos aparte del que vemos a nuestro alrededor. Muchos más.

Él asintió.

—Todos dicen que no hay otros mundos —dijo—. Nosotros somos los únicos que creemos en ellos; de modo que es por eso que somos los únicos que podemos ver a los niños, ¿verdad?

Su mirada se clavó en la de ella y había en sus ojos tal expresión de solemne certeza que Índigo se sintió momentáneamente confundida. Antes de que pudiera decir nada, no obstante, Koru continuó hablando, inclinándose al frente ahora, confidencial.

—Ellani los ha visto, aunque finge que no. Como quiere creer lo que todo el mundo le dice, está asustada, y por eso se enoja tanto si intento hablar con ella de esto. Creo... —Con expresión repentinamente furtiva, se arrastró más cerca de Índigo—. Creo que sabe que hay algo que la sigue, y ha estado intentando hacer que se vaya.

—¿Lo ha dicho ella?

—No. Pero la he visto mirar por encima del hombro a veces como si notara que hay algo detrás de ella, y luego se marcha escalera arriba y no quiere hablar con nadie durante horas, y a veces la he oído llorar. Creo...

Un peculiar sonido procedente de *Grimya*, medio gruñido y medio gañido ahogado, lo interrumpió a mitad de la frase. Alertada en ese mismo instante por una veloz pero desesperada advertencia procedente del cerebro de la loba, Índigo levantó la cabeza.

Ellani estaba en el umbral, al pie de la escalera, donde no llegaba la luz de la lámpara. Su rostro mostraba una expresión de furia e indignación y, mientras Koru se volvía al ver la reacción de Índigo, Ellani cruzó la habitación y agarró al chiquillo por los cabellos.

—¡Eres un mentiroso horrible y repugnante! —chilló—. Contando historias a mis espaldas... Te pegaré, te mataré...

—¡Ellani!

Índigo se puso en pie de un salto, dejando caer el arpa al suelo al incorporarse para separar a las dos criaturas. *Grimya*, prefiriendo mantenerse al margen, se escabulló rápidamente a un rincón mientras Índigo separaba a Ellani de su hermano. Koru se acurrucó asustado en tanto Ellani retrocedía tambaleante; entonces la chiquilla se revolvió de improviso contra Índigo.

—¡Déjame! —gritó, el rostro contorsionado por lágrimas de rabia mientras intentaba deshacerse de las manos de Índigo que la sujetaban—. ¡Eres tan mala como



él! ¡He oído todo lo que has dicho, y son todo mentiras!

—¡No, no es verdad! —le espetó Koru, recuperada la confianza ahora que no estaba bajo ataque directo—. ¡Es cierto y sabes que lo es! Simplemente finges que no lo es.

—¡No es verdad! ¡Eres tú quien...!

—¡Basta! —La voz de Índigo sonó enojada; sacudió a Ellani y luego señaló a Koru con la mano libre—. ¡Tú también, Koru, cállate! —ordenó con severidad.

Se produjo un silencio lleno de resentimiento, mientras los niños clavaban la vista en ella y luego se miraban entre sí. Entonces, con tiesa dignidad, Ellani se desasíó de su mano.

—Me disculpo por haber perdido los nervios —dijo con una vocecilla tensa y distante; sus ojos, al encontrarse con los de Índigo, reflejaban un odio total—. Iré a mi habitación hasta que regresen mis padres. —Luego una desagradable sonrisita triunfal afloró a las comisuras de sus labios—. Pero cuando regresen pienso contarles *exactamente* lo que ha sucedido. Koru volverá a oír hablar de esto, Índigo... ¡y tú también!

Sin esperar una respuesta dio media vuelta sobre sus talones y, con la cabeza bien erguida, abandonó la estancia.

—Así pues, estoy seguro, Índigo, de que comprendes nuestros sentimientos. —Holland se negaba a mirar a la joven directamente a los ojos durante más de unos segundos cada vez—. Sencillamente no podemos permitir que este tipo de cosas vuelva a suceder, y Koru es un chiquillo muy impresionable. No estoy de acuerdo en ser demasiado estricto con los niños, pero me parece que ha llegado el momento de poner fin a esto.

—Lo comprendo, claro. Sólo siento haber sido la responsable de todo este trastorno.

—Tú no tienes la culpa, Índigo —dijo Calpurna con firmeza—. Koru fue totalmente responsable de ello, y debe aprender que estas estúpidas ideas no se le van a tolerar más. Ahora —se puso en pie—, no se hable más. Los niños deben de dormir ya, así que en mi opinión deberíamos irnos a la cama y dar el asunto por finalizado.

Índigo asintió, pero no obstante las apaciguadoras palabras de Calpurna, sabía que en aquellos momentos no era santo de la devoción de sus anfitriones. Puede que no la culparan a ella directamente de lo sucedido, pero estaba claro que no podían comprender por qué ella había animado a Koru en lo que consideraban insensatas y censurables fantasías. Ellani les había relatado con desconcertante exactitud todo lo que había escuchado, y Koru había recibido una severa y deshonrosa reprimenda de ambos progenitores antes de ser enviado hecho un mar de lágrimas a su habitación. Para mortificarlo aún más, Calpurna le había hecho prometer que nunca pondría en un aprieto a Índigo ni la comprometería pidiéndole que tocara el arpa y cantara para él, y, sobre *todo*, jamás volvería a incitar a su invitada a hablar de cosas tan

disparatadas e inexistentes como fantasmas de otros mundos.

Ellani, mientras seguía a su hermano con toda seriedad escalera arriba, había lucido una expresión farisaica que dejaba bien claro lo satisfecha que se sentía de lo llevado a cabo aquella noche. No había dirigido la palabra directamente a Índigo desde el regreso de sus padres, pero era evidente que creía que no había hecho más que lo que era su obligación.

—No la comprendo —dijo Índigo a *Grimya*, cuando todos estuvieron en la cama por fin y la casa quedó en silencio—. Parecía..., no sé, casi *vengativa*. No creí que Ellani tuviera un lado así.

«*El miedo es algo muy poderoso*», observó *Grimya* en silencio. «*Puede crear rabia de la nada, y transformar a los seres más amables en crueles*». Volvió la cabeza hacia su amiga. «*Las dos lo sabemos por propia experiencia*».

—Supongo que es cierto. Pero es tan joven... —Suspiró—. Tengo que intentar arreglarlo, *Grimya*. Debo intentar que las cosas se arreglen entre los dos niños, y entre Koru y sus padres.

«*Se fue a la cama llorando*», dijo *Grimya*. «*No es justo que sea él quien tenga que sufrir cuando no ha hecho nada malo*».

—Estoy de acuerdo. Intentaré compensarlo de alguna forma, aunque la Madre sabe cómo podré hacerlo.

Aunque Hollend y Calpurna no se lo habían dicho directamente a ella, se habían mostrado muy claros: no habría más música para Koru, ni canciones, ni cuentos, ni juegos o pasatiempos inocentes. Eso, pensó Índigo mientras se tumbaba lentamente en la cama para intentar dormir, dejaba muy pocas cosas con las que alegrar el corazón de un chiquillo.

Pensaba que no podría dormir aquella noche, pero el sueño llegó por fin y cuando despertó se encontró con que una desvaída luz diurna se filtraba ya a su habitación desde un cielo descolorido y encapotado. *Grimya* no estaba; abajo se oía ruido y, como no sabía qué hora era, Índigo se vistió deprisa y descendió por la escalera.

Se encontraba casi al final de la escalera cuando se dio cuenta de que se escuchaban muchas voces en la sala principal. Oyó a Calpurna, con voz aguda y agitada, y luego unas voces desconocidas que se expresaban en la lengua local. Al cabo de un segundo la puerta de la calle dio un golpe; enseguida se abrió la puerta interior y aparecieron dos personas. Una, un desconocido, atravesó la habitación corriendo hasta la cocina; la otra era Ellani.

Ellani vio a Índigo y se detuvo. La expresión de la chiquilla dejó perpleja a Índigo, que preguntó vacilante:

—Ellani..., ¿qué sucede? ¿Pasa algo?

—Oh, sí, claro que pasa algo. —Ellani la miró con franco disgusto—. Koru se ha ido. No ha dormido en su cama. Ha desaparecido... ¡y es todo culpa tuya!

## Capítulo 9

Fue *Grimya* quien alertó a la familia. Se había despertado al amanecer, como siempre, y se había encaminado en silencio al diminuto dormitorio de Koru, pensando que a lo mejor lo encontraría despierto y esperando poder animarlo un poco. Koru no estaba allí, y con sólo una mirada a la cama, pulcra e intacta, la loba comprendió al instante que la ausencia del niño no se debía simplemente a que se había levantado antes incluso que ella y salido al exterior.

*Grimya* no perdió el tiempo. No quiso despertar a Índigo, le explicó más tarde, porque estaba cansada y necesitaba dormir; así pues, corrió directamente a la habitación donde dormían Hollend y Calpurna, y gimoteó y arañó la puerta hasta que consiguió que despertaran; luego los condujo a la habitación de Koru para que vieran lo sucedido por sí mismos.

Índigo deseó que *Grimya* la hubiera despertado, pero ahora ya era muy tarde para lamentarse. Apenas si había transcurrido una hora desde que la loba había hecho su descubrimiento, pero toda la casa estaba ya alborotada. Lo primero que había hecho Hollend fue despertar a sus vecinos, y rápidamente habían registrado el enclave. Se tardó muy poco en comprobar que Koru no se encontraba allí, y tan pronto como esto quedó claro, se envió corriendo a la Oficina de Tasas al larguirucho hijo mayor de uno de los vecinos para que comunicara la noticia de la desaparición de Koru. Dos tíos y una tía del Comité de Extranjeros hicieron su aparición casi de inmediato, y Hollend, con expresión sombría e interrumpido frecuentemente por la aturullada Calpurna, les relató lo sucedido la noche anterior y comunicó que había llegado muy a su pesar a la ineludible conclusión de que Koru había huido.

A pesar de toda su pomposidad y formalismos, cuando se trataba de una emergencia, los funcionarios del Comité de Extranjeros estaban bien organizados y reaccionaban con rapidez. Cuando Índigo entró en escena se había reunido un pequeño ejército de adolescentes, trabajadores del campo e incluso algunos de los tíos y tías más jóvenes que no consideraban la tarea por debajo de su dignidad, y tío Choai, que parecía haberse hecho cargo, se dedicaba a dar instrucciones para el registro de Alegre Labor. Los vecinos de la familia en el enclave, informó Hollend a Índigo, habían formado ya un grupo de búsqueda propio y habían salido hacía pocos minutos. Toda ayuda sería bien recibida, agregó Hollend, y, tras una mirada a su rostro cansado y a Calpurna —despeinada y aturdida y próxima a la histeria—, Índigo no hizo ningún intento de consolarlos y se limitó a decir:

—Dime dónde puedo ser más útil.

Se la asignó a uno de los grupos que partían a registrar los campos que rodeaban Alegre Labor, un grupo escogido por su juventud y energía. La sorprendió ver que Thia se encontraba en él; al ver a Índigo, la adolescente le dedicó una grave inclinación y sacudió la cabeza de una forma que venía a expresar tanto educada simpatía por Hollend y Calpurna como tácita desaprobación por la precipitada huida

de Koru.

Habían abandonado la casa y se acercaban a las puertas del enclave cuando una menuda figura solitaria hizo su aparición, cojeando decidida hacia ellos. Índigo se asombró al reconocer en ella a Mimino, la viuda del doctor Huni, y se sobresaltó aún más cuando mientras el grupo pasaba a toda prisa junto a la anciana ésta gritó con voz aguda:

—¡Doctora!

Todo el mundo volvió la cabeza, enarcando las cejas. Índigo dejó el grupo y fue al encuentro de Mimino.

—Señora... —Le dedicó una cortés reverencia—. ¿En qué puedo ayudarlos?

La mirada de Mimino se movió de un lado a otro y al fin se fijó en un punto algo a la derecha de Índigo.

—A casa de mi hija ha llegado la noticia sobre el pequeño extranjero —dijo furtivamente—. Por lo tanto se me ha ocurrido que la doctora no estará en su puesto hoy. Si lo deseas, esperaré en la plaza para informar a los pacientes de la doctora del motivo de su ausencia.

Índigo se sintió conmovida por la preocupación que Mimino intentaba sin demasiado éxito ocultar.

—Sois muy amable, señora. Pero no quisiera causaros ninguna molestia.

—No es molestia. —Por un instante, y con curioso candor, Mimino la miró directamente a los ojos—. No tengo otra cosa que hacer. Y me alegraría, por el bien del pequeño, ser de alguna utilidad.

Índigo vaciló un instante; luego, llevada por un impulso, extendió los brazos y aferró las arrugadas manos de la anciana.

—Te estoy agradecida, Mimino —dijo—. Gracias. Eres muy amable.

Mimino liberó las manos e intentó quitar importancia al hecho con un gesto de humildad.

—No, no. No es nada. —Pero se la veía agradecida—. Lo que importa es que se encuentre al pequeño. Te deseo buena suerte, doctora Índigo. —Luego, ante el total asombro de la muchacha, le dedicó una sonrisa que iluminó todo su rostro como una estrella—. Sí, te deseo buena suerte.

Y, sin esperar la respuesta que hubiera podido darle Índigo, se dio la vuelta y se alejó cojeando en dirección a las puertas del enclave.

Los grupos de búsqueda regresaron a la Oficina de Tasas para Extranjeros poco después de la puesta del sol, y muy sombríos informaron de su fracaso. No se había encontrado ni rastro de Koru; nadie en la ciudad ni en los campos en varios kilómetros a la redonda lo había visto ni podía proporcionar ninguna pista de dónde podría estar. Incluso el finísimo olfato de *Grimya* había resultado inútil, ya que la lluvia no había cesado hasta casi el amanecer y había borrado cualquier rastro que hubiera podido dejar el niño.

Índigo, por su parte, no había esperado otra cosa, pues a medida que transcurría el día se había ido convenciendo más y más de saber adonde había ido el chiquillo... o, al menos, adonde había pensado ir. Mientras peinaba los campos con sus compañeros, con *Grimya* avanzando silenciosa a su lado, su mirada se había sentido atraída con frecuencia hacia el sur a la lejana y solitaria colina donde se alzaba la Casa del Benefactor tras su elevado muro. No comunicó sus sospechas ni siquiera a *Grimya*, y en un principio intentó hacerlas a un lado, diciéndose que era imposible, que aunque Koru hubiera intentado llegar a la casa, la barrera que significaba el muro era suficiente para derrotar a un adulto, y aún más a una criatura de ocho años. Además, otro grupo recorría la zona que rodeaba la colina, de modo que si Koru estaba allí, sin duda lo encontrarían.

Pero ahora se había hecho ya de noche, se había dado por finalizada la búsqueda por aquel día y no había la menor pista del paradero del niño. Calpurna se mostraba inquietantemente tranquila ahora después de su anterior estado frenético, y permanecía sentada en silencio junto a Hollend en la Oficina de Tasas mientras tío Choai —que parecía haber asumido todo el control de la operación de búsqueda— informaba de los resultados de los grupos, o más bien de su falta de ellos, con una precisión despiadadamente detallada que sobresaltó a Índigo. Mañana, anunció, la batida seguiría, y a aquellos que por su laboriosidad eran propietarios de caballos se les pediría que prestaran a sus animales de modo que los buscadores pudieran llegar más lejos. Hasta entonces, con gran pena, se veía obligado a declarar que no podía hacerse nada más.

Hollend dio las gracias débilmente a tío Choai y a los grupos de ayudantes; luego se llevó a Calpurna a casa, con Ellani andando a su lado e Índigo y *Grimya* siguiéndolos algo más atrás. En la casa los esperaban vecinos para ofrecerles su simpatía y compañía; una mujer de Scorva, que Índigo imaginó que era la madre de la desdichada Sessa, había preparado comida, y mientras la sala principal se llenaba de gente, Índigo se retiró a su habitación. Necesitaba pensar, ya que, con el fracaso de los buscadores, su esperanza —su seguridad casi, tuvo que admitir— de que se encontrara a Koru en los alrededores de la Casa del Benefactor se había ido al traste.

Permaneció sentada en la deshecha cama durante varios minutos, sin hablar, con los ojos fijos en la ventana pero sin ver la oscuridad del exterior. Al cabo, con voz apenas perceptible, *Grimya* rompió el silencio.

—Está ahí, Índigo. Sé que está ahí. Y me pa... rece que tú también lo sabes.

Los hombros de la muchacha se relajaron cuando su negativa a aceptar lo evidente dio paso por fin a la resignación.

—Sí, *Grimya*. Es la única posibilidad que tiene sentido, ¿no es así? Después de lo que dijo anoche, y después de la reprimenda de Hollend y Calpurna, la Casa es el único lugar al que se le ocurriría ir para curar sus heridas.

—Cuando estuvimos allí —dijo *Grimya*—, parecía considerarla como otro hogar.

—Lo sé. —Índigo hizo un gesto de impotencia—. Pero seguramente, si hubiera

conseguido de alguna forma entrar en ella, alguno de los guías del comité lo habría encontrado.

—Puede que no. Existen muchos lugares en los que oc... cultarse en esa casa, o en los jardines que la rodean. Además —añadió la loba con aire misterioso—, no sabemos a donde puede haber ido *después*.

Índigo tardó unos instantes en comprender lo que *Grimya* quería decir, pero cuando lo hizo sintió que un repentino escalofrío la recorría.

—Nos dijo que cree en otros mundos...

—Sssí; y nosotras sabemos que está en lo cierto. —*Grimya* hizo parpadear los ambarinos ojos—. Índigo, si entró en esa casa, y...

—No lo digas. —Extendió el brazo para posar la mano sobre el hocico de la loba mientras mentalmente escuchaba la voz de Koru y recordaba lo que éste le había dicho sobre la corona del Benefactor: «Si tan sólo pudiera tocarla, realmente creo que podría ver en el interior de otro mundo, donde las cosas son diferentes y la gente es más feliz».

Ambas permanecieron en silencio unos momentos; luego Índigo volvió a hablar en voz muy baja.

—Tenemos que ir tras él. ¡Si ha conseguido introducirse en cualquiera que sea la otra dimensión que contiene esa casa, hemos de intentar seguirlo y traerlo de vuelta!

*Grimya* suspiró con suavidad, e Índigo supo que eso era lo que ella estaba esperando aunque no había querido decirlo. *Grimya* sentía un gran cariño por Koru... y de repente esa certidumbre trocó la indecisión de la muchacha en clara y fría resolución.

—Iremos esta noche —declaró con voz enérgica—, cuando todos duerman. —Sus ojos se entrecerraron cuando miró de nuevo a la ventana—. Si tengo razón con respecto a ese lugar, entonces la medianoche será la hora más apropiada.

—¿Se lo diremos a alguien?

—No. No quiero suscitar falsas esperanzas en Hollend y Calpurna... y, de todos modos, ¿cómo podría explicarles nuestro razonamiento? Pensarían que estoy loca. —«Y a lo mejor», se dijo para sí con amargura, «tendrían razón; porque esto es exactamente lo que he intentado evitar desde que llegamos a Alegre Labor».

Resultaba irónico; tan irónico que a lo mejor, de encontrarse con otro estado de ánimo, Índigo se habría echado a reír. No obstante su arrogante decisión de hacer caso omiso de las aňagazas y desafíos que aparecieran en su camino, este nuevo demonio había acabado por utilizar su propia conciencia como un arma en su contra, y eso había tenido éxito allí donde todo lo demás había fracasado.

Muy bien, pues, pensó. Muy bien: recogería el guante. No por ella, ni por la misión que había decidido abandonar, sino por Koru. Le gustara o no, sentía que no le quedaba elección. Y tampoco podía negar que, aunque sólo fuera por eso, sentía curiosidad por averiguar qué le tenía preparado este demonio.

La suerte estuvo de parte de Índigo esa noche. Los bondadosos vecinos se marcharon con la promesa de regresar al alba dispuestos a un nuevo día de búsqueda, y cuando hubo despedido el último visitante, Hollend convenció a su esposa para que se fuera a la cama. Índigo había regresado para ayudar en los deberes de anfitrión, y, una vez que Calpurna, desanimada y con los ojos hinchados, hubo ascendido la escalera hasta el piso superior, Hollend entró en la cocina, donde la muchacha se ocupaba de limpiar las tazas y apagar el fuego de la cocina.

—No es necesario que lo hagas, Índigo.

—No me importa. Es muy poca cosa —repuso ella con la sonrisa compasiva. Hollend se frotó el rostro con una mano. Tenía un aspecto cansado, agotado; viejo, pensó.

—Calpurna dice que no puede dormir. Supongo... —Vaciló—. Supongo que no hay nada que puedas darle, ¿verdad? Si permanece despierta toda la noche sin dejar de darle vueltas a la cabeza, no estará en condiciones de enfrentarse a la mañana.

Índigo apenas se había atrevido a esperar que algo así sucediera, pero tuvo buen cuidado de ocultar su alivio e impaciencia.

—Claro que sí, Hollend. Prepararé una mezcla de hierba para que la beba. Le asegurará toda una noche de descanso y por la mañana no habrá ningún efecto secundario. —Colocó el último de los vasos limpios en su sitio y le dirigió una mirada evaluativa—. Quizá también te gustaría que preparase otra bebida para ti...

Todo él se relajó de forma visible.

—No diré que no te lo agradecería. Gracias, Índigo. Eres muy amable.

Así pues, al cabo de una hora Hollend y Calpurna estaban profundamente dormidos. Tras cerrar los postigos de planta baja y apagar todas las luces, Índigo esperó en la oscuridad con *Grimya* hasta que le pareció que podía arriesgarse a que se oyera el ruidito de la puerta principal al abrirse. Salieron a una noche sin nubes y con un penetrante frío otoñal en el ambiente, y se dirigieron a las puertas del enclave. La guardia de la puerta se relajaba tres horas después de la puesta de sol, hora en que se suponía que todo hombre de bien estaba ya en cama, y las dos atravesaron en silencio una ciudad totalmente desierta y sin una sola ventana iluminada. Índigo estaba nerviosa, y *Grimya* se dio cuenta de que pensaba en los niños fantasma, temiendo y medio esperando que en cualquier momento un sonriente rostro fantasmal apareciera ante ella en medio de la oscuridad. Pero nada aparte de las propias sombras alteró la quietud de la noche, y no tardaron en llegar a la empalizada de la ciudad. Atravesaron otra puerta sin centinela, y ante ellas apareció la pedregosa carretera que se dirigía hacia el sur, extendiéndose como una pálida cinta que se perdía en las colinas.

Si el silencio de la ciudad había resultado desconcertante, los sordos sonidos nocturnos que impregnaban los campos en forma de terraza resultaban más aterradores. Suaves brisas irregulares agitaban el follaje de las altas matas de habichuelas sujetas a las apretadas hileras de palos; insectos invisibles susurraban y

chasqueaban las pinzas en los arcones cubiertos de hierbas; en una ocasión un animal indefinido, veloz y ágil, atravesó el camino ante ellas a toda velocidad para desaparecer entre las matas menos desarrolladas del otro lado, de las que al cabo de un instante surgió un débil chillido, rápidamente acallado al caer el animal sobre la presa que había estado siguiendo. Las formas resultaban más extrañas y engañosas aquí fuera, lejos de la familiaridad de calles y edificios. Las siluetas adoptaban una apariencia de vida a la que el viento añadía la ilusión del movimiento, lo que impulsaba a Índigo a pensar en cosas extrañas y de pesadilla; viejas leyendas de su país, relatos de horrores medio entrevistados en la oscuridad, recuerdos de otras tierras y de otros encuentros. La muchacha no dijo nada e intentó ocultar sus pensamientos a *Grimya*, pero se alegró cuando la carretera empezó a serpentear cada vez más hacia arriba y, destacándose bajo la luz de las estrellas en lo alto de la colina, vio la silueta del elevado muro que rodeaba la Casa del Benefactor. Por siniestro que pareciera, se sentiría agradecida cuando llegara a su destino.

Llegaron a la puerta de postigo por fin, y *Grimya* levantó los ojos hacia la pared que se alzaba ante ellas.

—La puerta estará cerrada. —Su voz mostraba repentino desaliento—. ¿Có... cómo entraremos?

Índigo sonrió. Ya había pensado en aquel inconveniente antes de salir y había decidido que no había tiempo para sutilezas, de modo que sacó su cuchillo de una pequeña funda que colgaba de su cinturón junto con una gruesa broqueta cogida de la cocina de Calpurna.

—Forzaré la cerradura. —Se acercó a la puerta—. Además ya está medio oxidada; me di cuenta cuando vinimos el otro día. Será bastante fácil de romper, y, como aquí no hay nadie por la noche, el pestillo no puede estar corrido en el otro lado.

—Por la mañana sse darán cuenta de que ha es... tado aquí alguien —objetó *Grimya*, dubitativa.

—No me importa. —Con destreza, Índigo empezó a insertar la broqueta en el agujero de la cerradura—. Que piensen lo que quieran; no... —Se interrumpió. De la cerradura había surgido un débil pero claro chasquido, y la puerta pareció temblar ligeramente. Índigo apartó la mano de la broqueta, que cayó al suelo con un golpe sordo; ella y *Grimya* intercambiaron una mirada de sorpresa.

—Empuja la puerta... —indicó la loba. Se abrió nada más rozarla, balanceándose hacia atrás con un crujido de goznes descuidados. *Grimya* lanzó un gruñido que ahogo al momento, y juntas atisbaron por el postigo abierto a la profunda oscuridad del jardín que se extendía tras él.

—Bueno —dijo al fin Índigo en voz muy baja—, parece como si alguien nos esperara.

La loba mostró los dientes amenazadora.

—Alguien... o algo.



—No. —Índigo olvidó la broqueta, así como el cuchillo que también había caído al suelo—. No lo creo, *Grimya*. Creo que lo que encontraremos aquí dentro es humano. —Sonrió para sí en la oscuridad y cruzó el umbral—. O lo fue, en una ocasión.

Los niños seguían sin aparecer, lo que desconcertaba a Índigo, que había esperado que al menos aquí en el jardín de la Casa darían a conocer como mínimo alguna señal de su presencia. Pero, mientras ella y *Grimya* recorrían los senderos de tablas en dirección a la curiosa mole de la Casa, nada rompió el silencio; incluso la brisa había cesado, excluida por la elevada pared circundante, y la única luz que tenían para guiarse era el débil brillo de las estrellas, aumentado por el resplandor cada vez más potente de la luna que empezaba a alzarse. Cuando Índigo levantó la vista hacia el edificio, cuya silueta parecía inclinarse hacia ellas como la de un hombre borracho, vio cómo la luz de la luna se reflejaba en dos de las ventanas del último piso, creando la extraordinaria ilusión de que se trataba de dos ojos que las contemplaban desde un enorme rostro sin facciones. La muchacha desvió rápidamente la mirada y siguió a *Grimya* hasta la puerta principal.

—Está abierta. —*Grimya* habló en un tono de voz que venía a indicar que no había esperado otra cosa. La loba levantó los ojos hacia su amiga—. Yo entr... raré primero, Índigo. No me asusta este lugar.

—No, *Grimya*, aguarda...

Pero, antes de que pudiera expresar los temores que apenas si empezaba a experimentar, la loba ya había desaparecido por la puerta abierta y penetrado en la oscuridad del interior. Se produjo un breve silencio; luego escuchó el roce de las zarpas de *Grimya* contra el suelo sin alfombrar, y le llegó la voz de la loba, que sonaba hueca en aquel lugar cerrado.

—Es difícil ver bien. Pero distingo la escalera. Si subimos, a lo mejor encontraremos más luz.

Con cautela, resistiendo el impulso de mirar atrás por encima del hombro, Índigo entró en la Casa. Sus ojos no eran ni mucho menos tan agudos como los de la loba, pero un minuto o dos después, empezó a distinguir leves diferencias en las tonalidades de la oscuridad, lo que le permitió atravesar la habitación con cuidado hasta donde *Grimya* esperaba al pie de la escalera.

«*No hay nada que nos interese aquí abajo*». *Grimya* cambió a comunicación telepática cuando Índigo se reunió con ella. «*Lo percibo con toda claridad. Me parece que tenemos que ir hasta el último piso*».

Índigo asintió. También ella presentía de forma intuitiva que lo que fuera que las esperara se encontraba arriba, y juntas iniciaron la ascensión. El segundo piso, como el primero, estaba silencioso y abandonado: sus suaves pisadas crearon ecos vacíos a medida que avanzaban hacia el siguiente tramo de escalera. Llegaron al tercer piso, y de nuevo volvió a suceder lo mismo: silencio, quietud, ninguna señal de otra presencia. Al acercarse al tercero y último tramo de escalera, Índigo notó cómo el

pulso se le aceleraba y se tornaba irregular, y junto a ello percibió una sensación de náusea en la boca del estómago. Reprimió la sensación mientras se repetía que se había enfrenado a terrores mucho peores que la simple oscuridad de la casa vieja y vacía, pero, aun así, cuando inició el asenso, las palmas de sus manos se aferraban sudorosas a la barandilla.

Había luz en el último piso: la luz de la luna, débil y nueva y opacada por las sucias ventanas por las que se filtraba, pero suficiente para mostrar la peana con el doble abordaje que la rodeaba en el centro de la habitación hexagonal. Un rayo de luz de luna que atravesaba un cristal que, o bien estaba roto o más limpio que sus vecinos, caía oblicuamente sobre la vieja corona del Benefactor e iluminaba el deslustrado bronce con un misterioso halo fosforescente.

La voz de *Grimya* resonó en su cabeza.

«Sí..., sí. Hay algo aquí. Lo percibo».

Índigo también lo percibía, pero no contestó; permaneció inmóvil con la mirada fija en la peana y en la corona que descansaba sobre el almohadón. Nada se movía; la presencia, o lo que fuera que fuese, seguía sin mostrar la menor señal de que deseara darse a conocer. Sin embargo estaba allí: una conciencia que las observaba y esperaba para ver qué harían. Era casi como si la habitación misma estuviera viva...

Índigo avanzó muy despacio hasta tocar con los muslos la barrera de cuerda que mantenía la corona lejos de la contaminación de manos curiosas. Empezó a extender los brazos hacia ella, pero se detuvo al darse cuenta de que no deseaba tocar aquello. Y de improviso otra cosa le vino a la mente: un breve y, al parecer, insignificante recuerdo de su primera visita al lugar.

Se apartó de la barrera y giró en redondo. Sí, seguía allí; el objeto tapado situado entre dos de las ventanas. Tía Nikku no lo había mencionado y por lo tanto carecía de importancia evidente. No obstante...

«¿Índigo?», inquirió *Grimya*, curiosa.

La muchacha hizo un gesto de advertencia a la loba para que permaneciera en silencio y se acercó al objeto. La embargó el impulso irracional de adoptar la táctica del cazador mientras se aproximaba, casi como si lo que hubiera bajo la funda no fuera una cosa inanimada, sino un ser vivo. Extendió la mano y, agarrando la burda tela, tiró bruscamente de ella...

La sábana se deslizó hasta el suelo con un suave ruido, levantando una ondulante nube de polvo, e Índigo y *Grimya* se encontraron frente a un espejo rectangular, tan alto como un hombre, desde cuya superficie sus propias imágenes las contemplaron con solemnidad, curiosamente iluminadas por la luna; en las profundidades del cristal la corona de la peana resplandecía mortecina entre las sombras.

—Un esseejejo. —*Grimya* avanzó vacilante, la voz llena de asombro. Desde su primer encuentro con un espejo en Khimiz hacía muchos años, se sentía fascinada por los espejos, aunque sin poder del todo desterrar una innata desconfianza hacia ellos. Se acercó aún más con mucho cuidado y sólo se detuvo cuando su aliento empezó a

empañar la superficie; entonces levantó los ojos hacia su amiga—. Esto es muy extraño.

—Mucho.

¿Para qué, se preguntó Índigo, habría querido el Benefactor algo así? En Alegre Labor no se utilizaban espejos; era un concepto extraño a sus habitantes, y el Comité de la Casa se había ocupado de ocultar el objeto bajo una sábana, en lugar de exhibirlo con las otras reliquias de una era pasada. Resultaba evidente que no deseaban que nadie lo viera, lo que encajaba a la perfección con su filosofía; pero, si lo consideraban un trasto inútil, ¿por qué no lo habían destruido?

*Grimya*, con el cuello muy estirado hacia el espejo, olfateaba con gran interés. La punta del hocico rozó la superficie y empezó a decir: «Huele a...», pero de repente las palabras se transformaron en un gáñido de asombro cuando un brillante haz de luz brotó del cristal e iluminó la habitación. La loba retrocedió de un salto, y también Índigo se hizo atrás bruscamente. Cuando se serenaron lo suficiente para volver a mirar, descubrieron que sus propios reflejos habían desaparecido y que el espejo les mostraba ahora la imagen de otro mundo totalmente diferente.

—¡Madre de mi corazón! —Índigo intentó sofocar el sobresaltado palpitar de su corazón, mientras *Grimya* lloriqueaba atemorizada y se acurrucaba detrás de ella con las orejas pegadas a la cabeza, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

El espejo mostraba un paisaje de ondulantes colinas, cubierto aquí y allá con pequeñas extensiones boscosas. No se veía ningún sol, pero la escena resplandecía con la clara y brillante luz de un mediodía de verano. A lo lejos se distinguía el brillo tenue de lo que parecían ser unas altas torres de color pastel, refulgentes bajo la luminosidad, y el pie del espejo surgía un sendero de piedras que se perdía en la distancia. A la derecha del camino se veían prados llenos de flores y, más allá de ellos, el centellear del agua. A la izquierda se insinuaba más terreno boscoso, que se apiñaba hacia el marco superior del espejo de tal manera que sólo el extremo del dosel de ramas resultaba visible.

Cuando Índigo se inclinó hacia adelante para ver mejor, las hojas se agitaron brevemente.

—¡*Grimya*! —Estiró el brazo para agarrar a la loba, obligándola a acercarse—. Ahí, mira... ¡Algo se mueve!

*Grimya*, que empezaba a serenarse y a recuperar la compostura, contempló también el cristal.

—Sssí —dijo tras unos segundos—. Lo veo... ahí, en el límite del bosque.

—¿Distingues lo que es?

—Nnno... no. Ahora se ha detenido. —Levantó la mirada hacia Índigo y mostró los colmillos, vacilante—. ¿A lo mejor un animal? Y, si lo es, es un animal grande.

Juntas volvieron a escudriñar el espejo. Entonces, de una forma tan repentina e inesperada que por un momento el cerebro de Índigo fue incapaz de registrar la importancia de lo que veían sus ojos, una figura emergió de entre los árboles y

penetró en el sendero. Cabellos rubios, una figura menuda y robusta... La identificación de la figura sacudió a Índigo como un mazazo, y ésta gritó:

—¡Koru!

El chiquillo no prestó la menor atención. Estaba de espaldas al espejo y había iniciado ya la marcha por el camino. Tras él, procedentes del bosque, emergían otras figuras menudas: niños; debía de haber una docena o más que salían a gatas de entre las matas, se cogían de las manos y corrían y saltaban en pos de Koru. Índigo pudo ver que reían, pero el sonido de las risas no atravesaba la barrera del espejo.

—¡Koru! —chilló Índigo—. ¡No, Koru, regresa!

Desesperada por conseguir que la oyera, dio un salto al frente y golpeó el cristal con las palmas de las manos. Se escuchó un agudo pitido que retronó en su cabeza, y el cristal pareció astillarse en mil brillantes pedazos. Índigo cayó hacia adelante; perdido el equilibrio, se hundió en un brillante caleidoscopio de luz y quedó tendida en el suelo a gatas. Notaba las duras tablas del suelo de la Casa bajo las rodillas, mientras que las manos...

Sus manos escarbaban entre el polvo y las piedras del sendero del otro mundo.

Levantó la cabeza, mareada. Luces y sombras giraban como un torbellino a su alrededor en una danza enloquecida. A su espalda, en la estancia iluminada por la luna, *Grimya* ladraba su nombre; pero delante de ella las menudas figuras de los niños, con Koru ahora en su centro, corrían y saltaban por el sendero. Confusión y desorientación se vieron súbitamente eclipsadas por la imperiosa necesidad de alcanzarlo, de modo que Índigo gritó con todas sus fuerzas:

—¡Koru! ¡Koru, espera!

El chiquillo aminoró la velocidad hasta detenerse y giró en redondo. La consternación apareció en su rostro, y casi al momento ésta se vio sustituida por el horror.

—¡No! —La voz llegó hasta Índigo como un nítido pero lejano trino—. ¡No! ¡Vete, déjame en paz! ¡No puedes entrar aquí! ¡Déjame en paz! —Y, con una velocidad que asombró a la muchacha, abandonó corriendo el sendero y se dirigió de regreso al bosque. Los otros niños corrieron tras él en tropel como la cola de un cometa, y en cuestión de segundos todo el grupo desapareció entre los árboles.

—¡Koru! —volvió a gritar Índigo, desesperada—. ¡Koru!

Empezó a incorporarse, con la intención de correr tras ellos, pero una fuerza contrapuesta tiró de ella hacia atrás. La escena que contemplaba dio una violenta sacudida, y sintió que algo la arrastraba... Luego el mundo del interior del espejo se hizo añicos al dar *Grimya* un último y desesperado tirón que hizo que Índigo volviera a caer al interior de la oscura sala.

—¡Índigo! ¡Índigo! —La loba saltó a su alrededor, lamiéndole el rostro con una mezcla de agitación y alivio—. ¡Estabas desapareciendo en el interior del espejo! ¡No te veía!

Caída de bruces, sin aliento, Índigo contempló de nuevo el cristal cuya superficie

le devolvió únicamente su propia imagen, con la figura borrosa de *Grimya* a su lado. El bosque, los prados, el sendero: toda la luminosa escena había desaparecido. A su espalda se escuchó una sonora risita divertida.

Índigo giró sobre sí misma a tal velocidad que volvió a perder el equilibrio, y su rodilla derecha golpeó violentamente contra el suelo. La peana acordonada ya no se encontraba allí. En su lugar había un atril; y, detrás del atril, con la pluma de escribir apoyada sobre un enorme libro abierto y la vieja corona de bronce brillando con fuerza sobre su cabeza, había una figura que le era muy familiar.

Índigo contempló los cabellos canosos y bien cortados, los oscuros ojos, la nariz aguileña sobre la menuda boca rosada.

—¡*Oh, diosa mía...!*—musitó.

El Benefactor le devolvió la mirada, y una jovialidad no exenta de una ligera sombra de malevolencia centelleó por un instante en sus ojos. Luego los regordetes labios rojos sonrieron.

—Te esperaba un poco antes, doctora Índigo —dijo—. De todos modos, una visita que llega tarde es mejor que ninguna visita. Siéntate, por favor. Creo que tenemos cosas que discutir.

## Capítulo 10

—He ido siguiendo tus progresos desde que llegaste a Alegre Labor —empezó el Benefactor—. Y los encuentro muy interesantes, aunque a veces resultan algo difíciles de comprender.

Índigo lo contempló con sorpresa. Acuclillada de buen principio con una rodilla apoyada en el suelo, el sobresalto de las primeras palabras del Benefactor la había hecho caer hacia atrás desmañadamente y ahora se encontraba sentada en el polvoriento suelo, como él había solicitado, muda por la sorpresa. El hombre parecía tan *real*... De carne y hueso, y no un espectro sin forma definida. Y, no obstante, estaba muerto desde hacía siglos...

Los rojos labios se fruncieron en un mohín.

—¿Te has recuperado ya lo suficiente para hablar? Si es así, nos ahorraría tiempo y molestias a ambos si lo hicieras.

—Eres... —farfulló Índigo, recuperando por fin la voz; leí polvo le cosquilleó en la garganta haciéndola toser—. ¿Eres el Benefactor?

—Sí; o al menos eso tengo entendido. —El mohín se transformó en una seca sonrisa—. No se me dio ese apelativo hasta transcurrido un tiempo de mi... *desaparición* es quizá la palabra adecuada, y por lo tanto su idoneidad podría ser discutible.

La muchacha sintió que le empezaba a dar vueltas la cabeza. ¿A qué clase de criatura se enfrentaba? ¿A un fantasma? ¿A una ilusión?

El ser volvió a hablar antes de que ella pudiera serenarse.

—De todos modos, la cuestión de mi título no es de especial importancia en este momento. Lo que sí tiene importancia ahora eres tú, y tus intenciones.

—¿Mis intenciones? —Involuntariamente, Índigo dirigió una rápida mirada al espejo por encima del hombro.

—De momento ya has descubierto el secreto, o debería decir uno de los secretos, de esta entrada. La verdad es que me impresionó sobremanera ver que casi conseguías pasar al primer intento. Por regla general, sólo los niños pueden hacerlo. Resultó muy calentador.

«Niños..., claro», pensó Índigo. El misterio empezaba por fin a tener sentido.

—Así pues, están bajo tu poder —dijo ella con aspereza—. Empiezo a comprender.

El Benefactor sacudió la cabeza apesadumbrado.

—Más bien me parece que no es así, doctora Índigo. Pero espero poder explicártelo todo, y confío en que cuando lo haya hecho, tú y yo seamos aliados en una causa común.

La audacia de tal afirmación hizo que Índigo reprimiera un resoplido de risa incrédula.

—¿*Aliados*? —coreó—. ¿Después de haber atraído a Koru hasta aquí y de

haberlo atrapado en tu mundo de fantasmas para que se convierta en otra de esas desdichadas criaturas? ¡Vas muy lejos en tus suposiciones!

El Benefactor no pareció afectado por su enojo. Con gran deliberación se inclinó al frente y realizó una breve anotación en el libro abierto ante él.

—Hummm, sí —dijo al cabo—. Ya veo que existe un malentendido.

—¡Yo veo claramente que *no* existe! —replicó Índigo, exasperada—. Has robado un niño, lo has conducido hasta este mausoleo y has conseguido con engaños que...

La interrumpió, con la misma suavidad que si ella no hubiera estado hablando.

—¿Crees que soy otro de tus demonios, doctora Índigo?

Índigo se quedó boquiabierta sin poder pronunciar una sola palabra. El Benefactor efectuó otra anotación en su libro, y luego levantó la cabeza.

—¿Y bien? —repitió con amabilidad—. ¿Es así?

Un músculo se crispó violentamente en la garganta de Índigo.

—Tú no puedes estar enterado de...

—¿De la misión que te ha llevado a vagar por el mundo durante medio siglo y que ahora has decidido arbitrariamente abandonar? Sí, sé muchas cosas sobre ti.

*Grimya* gruñó por lo bajo, e Índigo inquirió con voz extrañamente aguda:

—¿*Cómo*?

—Porque te conozco. O, al menos, conozco lo que definiría mejor como un aspecto tuyo; creo que lo conozco considerablemente mejor que tú. Ahora, volvamos a mi pregunta; y tú, *Grimya*, querida loba, no vuelvas a gruñirme. Al contrario de lo que parece no soy de carne y hueso, de modo que tus dientes no tendrían ningún efecto en mí. —Dedicó una sonrisa a *Grimya*—. Habla, si tienes algo que decir. Conozco tu secreto y te aseguro que no tengo intenciones de darlo a conocer al mundo.

*Grimya* miró a Índigo, anonadada.

«¡*Sabe que puedo hablar!*», comunicó. «¿*Cómo lo sabe? ¿Cómo?*».

Índigo meneó la cabeza, y la loba se volvió hacia el Benefactor con rostro enfurecido y atemorizado a la vez.

—¡No ten... go nada que decirte! —gruñó.

El Benefactor la contempló por un instante, y luego levantó la mirada otra vez hacia Índigo.

—Te pregunté si crees que soy un demonio. *Grimya* parece haber decidido que sí lo soy. ¿Pero qué piensas tú?

Índigo giró la cabeza; sentía náuseas.

—No veo motivo —dijo, con la voz cargada ahora de amargura— para no estar de acuerdo con *Grimya*. Y no quiero tratos contigo. Vine aquí para *huir* de los demonios, no para enfrentarme a otro más. —Volvió de nuevo la cabeza hacia él—. ¡Cualquiera que sea el desafío que quieras lanzarme, no tengo intención de aceptarlo!

El Benefactor unió las yemas de los dedos de ambas manos y las contempló con atención.

—Lamentablemente —dijo—, puede que descubras que no tienes elección en este asunto. Me da la impresión de que no has considerado con atención suficiente la auténtica naturaleza de los demonios en general, y de los tuyos en particular.

—¡Hablas en clave! —exclamó Índigo con repugnancia.

—No, no. En absoluto. Puede que vea la cuestión desde el punto de vista de un filósofo, lo cual a la mente profana puede parecerle a veces un poco difícil de entender. Pero pregúntate esto: te has enfrentado con cinco poderes que para los propósitos de nuestra discusión denominaremos demonios, y los has derrotado. Pero ¿qué eran? ¿Eran seres de carne y hueso? No, no lo eran, aunque algunos puede que imitaran o incluso hubieran tomado posesión de los cuerpos de seres humanos cuando eso convenía a sus propósitos. ¿Eran, entonces, los espectros de seres humanos? No. ¿Deidades? Otra vez no, aunque uno pareció tener esa apariencia durante un tiempo. Así pues, llegamos a...

—Aguarda.

Índigo interrumpió aquel torrente de palabras. El Benefactor se detuvo en mitad de la frase y sonrió solícito.

—¿Sí? ¿Empiezas a comprender?

—¡No! ¡Esto es de locos! —Extendió uno de los brazos, abarcando la sala iluminada por la luna y todo lo que allí había—. Vine aquí para localizar a un niño perdido, no para sentarme a discutir con una..., una..., *¡una sombra!* —Se puso en pie con cierta dificultad—. No me importa más que una cosa. ¿Liberarás o no a Koru de tu mundo espectral?

Durante varios segundos reinó un silencio total. Luego el Benefactor suspiró. Había tal melancolía en el sonido que cogió a Índigo totalmente por sorpresa.

—Ah, doctora Índigo, quizá fui un estúpido al poner en ti mi fe y mi esperanza. Tal vez debería haber comprendido que tú, al igual que yo, no eres más que un ser humano y como tal presa de muchos de los defectos de los humanos. Pero, claro, el optimismo fue uno de mis mayores defectos durante muchos años.

—No disimules conmigo, Benefactor. —Índigo se obligó a alejarse del ambivalente riachuelo por el que sus pensamientos intentaban deslizarse—. Sólo quiero una respuesta a mi pregunta.

Los suaves ojos castaños se clavaron en ella una vez más.

—Muy bien, entonces la contestaré. No puedo liberar a este niño del lugar que tú llamas mi mundo espectral. No está en mi poder liberarlo, porque yo no lo tengo prisionero. Koru penetró en ese mundo, que, dicho sea de paso, no es *mío* en el sentido que tú imaginas, por su propia voluntad, y puede salir de él cuando lo desee. No obstante —una sonrisita mordaz frunció los rojos labios—, parece ser que él no desea regresar. Y eso, me parece, nos devuelve al estudio de la naturaleza de los demonios.

De forma espontánea, en la mente de Índigo apareció la imagen de Koru cuando, a punto de atravesar por completo el espejo-puerta, ella lo había llamado. El rostro



del chiquillo había mostrado horror al verla, y con repentina perspicacia la muchacha comprendió el motivo. Koru había huido de casa. No lo habían secuestrado los niños fantasmas ni ningún otro poder; se había ido, como había dicho el Benefactor, por su propia voluntad. Koru buscaba un refugio donde no lo privaran de sus placeres infantiles, y donde pudiera encontrar amigos que no lo castigaran por atreverse a creer en algo más aparte de los rudos preceptos de Alegre Labor. Para él, Índigo representaba ahora el mundo cruel del que había huido. La había visto como a un enemigo venido para arrastrarlo de regreso al desolado mundo de la realidad, y había huido de ella atemorizado. Koru tenía sus propios demonios, e Índigo figuraba ahora entre ellos.

El Benefactor contemplaba las cambiantes expresiones del rostro de Índigo, quien se sentía ahora incapaz de mirarlo; su confusión interior era demasiado grande. Pero por fin, con suavidad, él dijo:

—¿Cuál es la naturaleza de los demonios, doctora Índigo? Los dos sabemos que no poseen una auténtica forma, sino que son cosas abstractas. Podemos darles nombre de vez en cuando, pero un nombre no es una realidad; sólo es una etiqueta conveniente. La materialidad de los demonios proviene de nuestro interior, creo. Así pues, ¿no podría muy bien decirse que encuentran la auténtica forma en los temores y preocupaciones que nos asedian a todos?

A su lado *Grimya* gimió, pero los dedos de Índigo se cerraron con fuerza sobre el pelaje del cuello de la loba, instándola a callar.

—Has dado nombres a muchos de tus demonios —continuó el Benefactor—. Tiranía, Entropía, Venganza, Odio... Sin embargo, ¿no eran todas esas fuerzas, todos esos demonios, parte de ti? ¿No llevabas en tu interior una sombra de cada uno de ellos, y no fue cada triunfo en realidad una victoria sobre tu propia parte negativa..., sobre la criatura a la que has aprendido a llamar Némesis?

Una sensación desagradable sacudió a Índigo cuando aquellas palabras apenas susurradas dieron en el blanco. Abrió la boca y unas palabras de rechazo se amontonaron en su lengua, pero no les dio voz. En su cerebro se había formado una imagen de una criatura de cabellos plateados, la malvada criatura que le seguía los pasos y la llamaba en tono burlón «hermana»: Némesis, creada de las malignas profundidades de su propia psique, la corrupta y homicida criatura que había intentado frustrar sus planes en todo momento. Némesis la había hecho caer en muchas ocasiones en las trampas de los demonios, pero ella había triunfado siempre, y con la muerte de cada demonio la influencia de la diabólica criatura se había ido debilitando hasta que ya no tuvo poder para seguir atormentándola. Hacía mucho tiempo, mucho tiempo, se dijo Índigo, que aquel rostro cruel y siempre sonriente no la atormentaba...

Si el Benefactor estaba al tanto de sus pensamientos no lo demostró.

—Todos buscamos cabezas de turco para encarnar a aquellas cosas que llevamos dentro que odiamos o tememos —dijo él pensativo—. Incluso Koru ha cometido ese

error, como pudiste comprobar no hace mucho. Y tú, Índigo..., tú puedes haber decidido dejar atrás a tus demonios, pero ¿cómo puedes hacerlo si el ser que, a tus ojos, es la personificación de todos ellos todavía tiene vida propia?

—¡Eso no es cierto! —La cólera tornó aguda la voz de Índigo—. ¡Némesis ya no tiene vida propia! La vencí. Ya *no existe*.

—No lo creo. Creo que todavía vive, y que tenéis que volver a encontraros. —Hizo una pausa—. Mira en tu corazón. Allí adonde vas, ¿no llevas a Némesis contigo? Has encontrado otro demonio aquí en Alegre Labor, y la forma que toma en tu interior se refleja en esta tierra, pero, si le das la espalda y te vas, te seguirá. —De improviso los oscuros ojos se volvieron más profundos—. Viniste aquí como curandera. Pero ¿puedes curarte a ti misma, doctora Índigo? ¿Puedes expulsar a este demonio de tu alma, y al mismo tiempo liberar a mi gente de este cáncer?

Índigo sintió cómo el pulso se le aceleraba.

—¿Tu gente? —repitió.

—Sí; incluso después de todo el tiempo transcurrido siguen siendo míos, ya que mis palabras y mis hechos son la ley en Alegre Labor. Ésa es mi aflicción, ¿te das cuenta? Ésa es la maldición que lancé sobre ellos, y sobre mí mismo. —La roja boca sonrió, y la sonrisa era agridulce—. Compartimos una pena común, tú y yo.

En el cerebro de Índigo resonó una voz:

*«Índigo, hay algo extraño aquí. No estoy segura, y sé que hemos cometido errores parecidos en el pasado, pero no creo que este Benefactor sea un demonio; ni siquiera un siervo del demonio. No percibo maldad en su mente. Sólo tristeza...».*

Índigo bajó los ojos hacia Grimya, y la loba lanzó un suave gañido al devolverle la mirada. Tenía la mirada inquieta, y se lamió el hocico con un gesto tembloroso, señal inequívoca de su confusión.

El Benefactor las contemplaba.

—¿Te habla? —Se percibía una curiosa nota melancólica en la pregunta.

—Sí —asintió Índigo—. Di... dice que es posible que te haya juzgado mal.

—¿Y tú estás de acuerdo con ella? —Ahora pareció como si la esperanza se añadiera a la melancolía.

Índigo y Grimya intercambiaron otra mirada, y la muchacha percibió la vehemente insistencia de su amiga. Por regla general se podía confiar en el instinto de la loba, pero el cambio de parecer de Grimya la había cogido por sorpresa; no conseguía confiar en él.

—No lo sé. —Volvió la cabeza para no mirarlo a la cara.

Mentalmente, Grimya empezó a decir:

*«Índigo...».*

*«No, cariño»,* dijo a la loba con firmeza. *«No intentes convencerme. Lo que sea que hayas percibido o visto, yo me siento incapaz de confiar en él. Aún no, no así. Necesito pruebas».*

El Benefactor suspiró. Por unos instantes permaneció inmóvil, ensimismado;

luego, con suavidad, extendió la mano hacia el registro que descansaba sobre el atril que tenía delante y lo cerró. El aire a su alrededor relució; muy despacio, el atril y su carga se desvanecieron y la peana con las cuerdas que la rodeaban volvió a aparecer. Sin perder su expresión pensativa, el Benefactor se quitó la antigua corona de bronce de la cabeza y la contempló durante unos segundos con una mezcla de pena y aversión antes de depositarla con sumo cuidado en el lugar que le correspondía. La corona brilló momentáneamente antes de regresar a su anterior opacidad. Luego el Benefactor pasó a través de las cuerdas, confundándose por un breve y perturbador momento con ellas, y avanzó hasta donde el enorme espejo reflejaba todavía la sombría imagen de la habitación.

—Muy bien —dijo—. Me doy cuenta de que ningún hombre razonable podría esperar que cambiases de opinión con tanta rapidez. Después de todo, los dos no somos más que simples humanos.

—¿Humanos? —Índigo se había sobresaltado terriblemente al verlo pasar por entre las cuerdas; lo había considerado corpóreo y ahora ya no sabía a qué atenerse.

—Desde luego que sí. Soy tan humano como tú, doctora Índigo. No soy un fantasma ni una sombra, aunque puede que tampoco sea un hombre vivo en el sentido corriente de la palabra. Y desde luego no soy ningún demonio. —Una sonrisa burlona le oscureció la boca cuando volvió la cabeza para mirarla—. Te lo puedo demostrar, si me lo permites.

Índigo tragó saliva, intentando serenarse. Deseaba pruebas, sí..., pero ¿qué prueba podía él darle? Las palabras no eran suficientes. Se necesitaba más. Y se recordó a sí misma que, aunque el Benefactor no fuera él mismo un demonio, en este lugar existía una activa presencia demoníaca.

El Benefactor aguardaba su respuesta. Por fin, frunciendo el entrecejo, ella lo volvió a mirar.

—Dices que puedes probar lo que dices. ¿Cómo?

Él volvió a señalar el espejo.

—Viniste aquí en busca del pequeño Koru. Tu intención es rescatarlo del mundo situado al otro lado del espejo y devolverlo a su familia. Tal y como ya he dicho, el chiquillo no es mi prisionero y no puedo influirlo directamente. Pero puedo ayudarte. Lo cierto es que sin mi ayuda puede que descubras que la misión que te has impuesto resulta imposible de cumplir.

—¿Es eso una amenaza? —Índigo dirigió una ojeada al espejo con expresión pensativa.

—No, no lo es. Ya has demostrado que posees la capacidad de cruzar el espejo, y yo no tengo ni poder ni el menor deseo de impedir que vayas a donde desees; pero tus ojos aún no están totalmente abiertos a lo que se oculta al otro lado. Yo puedo ayudarte a abrirlos. Y, cuando eso se consiga, quizá puedas encontrar y traer de regreso algo mucho más importante que un simple muchachito perdido. Algo de inestimable valor para ti, y también para Alegre Labor.

Los ojos de la muchacha se entrecerraron al devolverle la mirada. Se trataba de un esquema muy viejo y demasiado familiar y percibía la atracción de la trampa. Con tranquilidad pero con un tono lleno de veneno respondió:

—Quieres que te libre de un demonio.

Los hombros del Benefactor se encogieron mínimamente.

—Se podría decir que eso es cierto. Pero también, como ya hemos aceptado, los demonios del exterior son también los demonios interiores. Liberar Alegre Labor de su esclavitud significaría también liberarte a ti misma. —La oscura mirada varió de posición para clavarse en el suelo—. A menos que eso pueda llevarse a cabo, doctora Índigo, descubrirás que puede resultar mucho más bondadoso dejar a Koru donde está.

Por un momento, pensando en la situación de Koru, casi se sintió convencida. Pero una repentina ráfaga de escepticismo salió al paso de su indecisión. La explicación no la satisfacía.

—No —dijo—. Tus argumentos no son convincentes, Benefactor. Si las gentes de Alegre Labor son *tu* gente, ¿por qué no las ayudas? ¿Por qué me necesitas a mí?

—Porque carezco del poder para hacer lo que debe hacerse —respondió el Benefactor con sencillez.

—¿Y crees que yo lo poseo? —Sintió en su interior una aguda punzada de rabia.

—Sé que lo posees. Y puedo mostrarte cómo utilizarlo: no sólo por el bien de Koru, sino también por el tuyo.

¡Ah, otra vez esa enigmática insinuación! *No sólo por el bien de Koru, sino también por el tuyo.* Dando a entender que sin su ayuda ella no conseguiría nada, y a la vez intentando enredarla en alguna extraña intriga suya... No, se dijo Índigo, eso no serviría. A pesar del cambio en los sentimientos de *Grimya*, ella no podía quitarse de encima sus propias sospechas y confiar en el Benefactor, fuera éste un fantasma, un ser vivo o cualquier otra cosa. Su objetivo era encontrar a Koru, y no estaba dispuesta a poner en peligro la vida del niño.

—No —replicó—. Vine aquí con una intención, y no pienso dejar que se me aparte de ella. Si este otro mundo tuyo tiene secretos, eso no es asunto mío... y tampoco tus tribulaciones o las de Alegre Labor. Lo siento, Benefactor; pero no seré tu adalid.

El Benefactor le dedicó una curiosa sonrisita amarga.

—Muy bien —dijo—. Me doy cuenta de que no puedo convencerte. Lo había esperado; pero... —Realizó un leve gesto casi de despedida—. Que así sea, entonces. Sigue al niño y convéncelo para que regrese. Si puedes.

—Lo haré —repuso Índigo, firme en su postura.

—Como quieras. De todos modos, tengo la impresión de que fracasarás en tu empeño. Cuando eso suceda, espero que reconsideres mis palabras, y aceptes la ayuda que sólo yo puedo ofrecerte.

En lo más profundo del subconsciente de Índigo se agitó una tenue sensación de

incertidumbre, pero la reprimió. A su lado, *Grimya* permanecía en silencio y la joven dirigió una rápida mirada a la loba, inquiriendo en silencio:

«*Grimya, ¿hago lo correcto?*».

La respuesta de *Grimya* fue categórica:

«*No lo sé. Pero has tomado una decisión y a donde tú vayas, yo voy*».

El Benefactor se había acercado al espejo. Se detuvo frente a él, e Índigo se dio cuenta de que el cristal no devolvía ninguna imagen de su rostro y cuerpo, sino sólo la vacía habitación a su espalda. El Benefactor profirió otro profundo suspiro y se volvió.

—Es de buena educación desearte suerte —dijo con cierta frialdad—. Y lo hago. No obstante, también me atrevo a esperar que tu buena suerte no tome la forma que tú esperas en estos momentos. Si es así, volveremos a encontrarnos.

La miró directamente y le dedicó una profunda y cortés reverencia. Por un instante, mientras volvía a erguirse, los ojos de ambos se encontraron e Índigo se sobresaltó ante la triste intensidad de su mirada. Luego se produjo un tenue brillo en el aire, un ligero movimiento como si se tratara de motas de polvo danzando a impulsos de la brisa, y el Benefactor desapareció.

Durante unos segundos *Grimya* permaneció con la mirada fija en el punto donde él había estado. El aire en la oscura estancia permanecía totalmente inmóvil. Sobre su peana, tras las cuerdas protectoras, la vieja corona de bronce centelleó sombría. La loba volvió la cabeza para mirar a Índigo.

—Me pre... pregunto —dijo vacilante— adónde se ha ido...

—¿Quién sabe? A lo mejor sigue aquí pero invisible, espiándonos. —Pero no lo creía. La Casa daba ahora una sensación de vacío, como si una presencia y una vida... de un cierto tipo se hubieran retirado.

Reacia a teorizar más sobre la naturaleza de la existencia del Benefactor, Índigo extendió el brazo y acarició la cabeza de la loba para darle ánimos.

—¿Estás lista, cariño?

—Sssí —respondió *Grimya*, agitando la cola aunque con cierta indecisión. Levantó la vista una vez más—. Pero si no encontramos a Koru...

—Lo haremos. Hemos de hacerlo.

Índigo extendió el brazo y apoyó la palma de la mano sobre el cristal. Esta vez estaba preparada para la sacudida del cambio, pero de todas formas el corazón le dio un vuelco cuando la luz brotó como un torrente del centro del espejo para inundar la habitación. Y en el cristal volvió a aparecer el verde y ondulante paisaje del mundo fantasma.

El portal estaba abierto. Índigo percibía el hormigueante contacto de una brisa más cálida sobre los dedos extendidos, como si algo respirase suavemente sobre ellos. Extendió el brazo un centímetro más, y la mano empezó a desvanecerse en el interior del cristal... Aspiró con fuerza; luego, con *Grimya* pegada a ella, pasó al otro lado del espejo con la misma facilidad con que podría haber cruzado el umbral de una

casa amiga, y penetró en el mundo de los fantasmas.

## Capítulo 11

Lo primero que impresionó a ambas fue el silencio. No se trataba de un silencio siniestro ni tampoco amenazador, sino de una quietud extremada. La atmósfera poseía una cualidad casi traslúcida, y, aunque al igual que antes no brillaba ningún sol en el cielo, toda la escena estaba bañada por una luz suave. Se encontraban en el mismo sendero por el que habían huido Koru y los otros niños. A su izquierda se veía la moteada sombra del bosque mientras que a la derecha el destello del agua que Índigo había vislumbrado en el cristal se había transformado en un lento río de amplio cauce que serpenteaba a través de exuberantes prados en los que la hierba crecía hasta la cintura. Ante ellas, el paisaje se empañaba y dejaba entrever un lejano panorama de verdes colinas; entre dos de estas colinas una mancha de un color más brillante parecía señalar la posición de las torres que Índigo creía haber visto antes, aunque la suave luz impedía estar seguro de ello. Era una escena idílica, y sin embargo algo no encajaba del todo. La muchacha no podía señalarlo con precisión, pero estaba convencida de que faltaba algún elemento, algún ingrediente obvio y básico. ¿Sería acaso que esta dimensión era menos consistente que el mundo del otro lado del espejo? No, pensó Índigo; no era eso lo que estaba mal. Lo cierto era que en muchas cosas este mundo parecía más real que el mundo que habían dejado atrás, el aire más fresco, los colores más intensos. Pero faltaba algo.

*Grimya*, que había seguido sus pensamientos, irguió de improviso las orejas.

—Lo ten... go —anunció—. No se oye cantar a los pájaros. Escucha, Índigo.

Índigo se dio cuenta de que tenía razón. Incluso en Alegre Labor abundaban los pájaros, a los que se veía revolotear por entre los tejados y reñir por la comida en los campos de labor y en la plaza del mercado, y sus trinos y gorjeos eran una constante y deliciosa música de fondo que animaba la austeridad de la ciudad. Pero aquí, donde habría cabido esperar encontrarlos a cientos, ni un solitario silbido rompía el silencio.

*Grimya* alzó la cabeza y contempló el bosque situado un poco más allá, a su izquierda.

—No hay mov... movimientos en los árboles —añadió, perpleja—. No es que los pájaros no canten: es que ni siquiera están aquí.

No había canciones, no había pájaros... ¿Qué otra cosa le faltaba a este lugar?, se preguntó Índigo. Recordó a los niños: los pequeños duendecillos que reían detrás de la cerrada puerta de la enfermería, los espectrales dobles que avanzaban a saltitos junto a sus abstraídos gemelos; fantasmas incapaces de manifestarse por completo en una dimensión física... ¿Era éste su mundo, y sólo los fantasmas podían existir en su interior? Pero Koru había entrado sin impedimentos, y ella y *Grimya*, que también eran de carne y hueso, habían podido seguirlo...

El corazón le dio un nervioso vuelco al pensar en ello, y bajó la mirada rápidamente hacia su propio cuerpo como si esperara verse convertida en un espectro insustancial. Fue un temor infundado, pues se sentía y parecía tan sólida como

siempre; pero aquello hizo que su cerebro volviera bruscamente a la actividad.

—*Grimya*, no podemos perder tiempo. —Habló en voz baja, incapaz de deshacerse de la sensación de que alguien o algo podría estar escuchando—. Hemos de encontrar a Koru.

—Estoy de acuerdo —respondió *Grimya* agitando la lengua en el aire—, pero ¿por dónde empezamos? —Bajó el hocico hasta el suelo—. He intentado encontrar un rastro, pero no hay na... da. Ningún olor.

—Bueno, nos encontramos en el sendero por el que se marcharon él y los niños al huir de mí. —Índigo intentó formar una visera con la mano para ver mejor, pero al no existir resplandor solar que vencer nada cambió en su visión—. Tu vista es más aguda que la mía. ¿Puedes ver adónde conduce este sendero?

La loba miró con atención a lo lejos.

—Me parece que sssí. Creo que pas... sa por entre esas dos colinas más altas.

—¿Dónde están las torres..., si es que son torres?

—Sssí; y son torres. Las distingo bastante bien.

—Entonces seguiremos el sendero.

Existía una posibilidad de que Koru y sus extraños compañeros se hubieran dirigido a las torres; era lógico suponer que el chiquillo pensaría que ofrecían un escondite más seguro que las parcelas del bosque.

Se pusieron en marcha, y, cuando *Grimya* inició de forma natural su uniforme trote largo, Índigo descubrió con sorpresa que no le costaba nada mantener el ritmo del animal. *Grimya* olvidaba a menudo que su amiga sólo tenía dos piernas, pero por primera vez Índigo parecía capaz de mantener la velocidad de la loba. Era una experiencia desorientadora pero deliciosa. A Índigo le pareció casi como si nadara pero sin el freno del agua para dificultar su avance. Su cuerpo parecía ingrávito y las suelas de los zapatos apenas rozaban el suelo mientras corría, aunque existía el contacto suficiente para confirmarle la tosca solidez del sendero que discurría bajo sus veloces pies. Y avanzaban tan *deprisa*... Los árboles pasaban volando junto a ellas en una mancha borrosa y el perezoso río se perdía ya en un recodo que desaparecía a su espalda.

—¡*Grimya*! —La voz surgió en un ahogado jadeo, que el cálido viento le arrebató al chocar contra su rostro—. ¿Qué me sucede?

—¡No lo sé! —fue la entusiasta respuesta de la loba—. ¡Pero yo también lo noto, Índigo! ¡Jamás había corrido tan rápido! ¡Esss ex... traño y maravilloso!

Extraño y maravilloso... y estimulante. De pronto Índigo empezó a reír de pura alegría. Aquella velocidad, aquella libertad... ¡Qué carrera! Sí, hacían una carrera, competían entre ellas, ¡corrían por correr!

—¡Índigo! —chilló *Grimya*—. ¡Atrápame! ¡Atrápame si puedes!

Y, antes de que ella pudiera responder, la loba abandonó el sendero y corrió al interior del bosque. El dosel de hojas se agitó y regresó a su puesto y, con un coletazo de la gruesa cola, la loba desapareció en el follaje.



—¿*Grimya*? —Índigo frenó en seco—. ¿*Grimya*, dónde estás?

Del interior del bosque llegó una lejana llamada:

—¡Sssí! ¿Dónde? ¡Encuéntrame!

La risa y la falta de aliento le producían a Índigo un agudo dolor en el pecho pero la sensación la deleitó.

—¡Te encontraré! —respondió a gritos—. ¡No puedes esconderte de mí!

Se lanzó al interior del bosque, a una fresca y húmeda penumbra en la que danzaban la luz y las sombras. Había zarzas y matorrales por todas partes y una gruesa capa de mantillo en el suelo, pero nada dificultó su avance en busca de *Grimya*.

Ahí estaba; ante ella se abría un claro, y en el claro se veía una figura gris. *Grimya* estaba agachada, con el hocico casi pegado al suelo y los cuartos traseros levantados, como un cachorro excitado. En cuanto Índigo salió de entre los árboles, la loba saltó a un lado con extraordinaria agilidad y volvió a salir corriendo; cruzó por delante de su amiga, que estiró un brazo para agarrarla, y regresó a toda velocidad al sendero. Índigo salió tras ella y al abandonar el bosque se encontró con *Grimya* que la esperaba en el sendero, la cola balanceándose furiosamente, la lengua colgando y las cuatro patas listas para emprender la huida.

—¡Corr... rre! —gritó *Grimya*—. ¡Cooorre! ¡Cógeme! ¡Cógeme! —Y echo a correr.

Fue una persecución salvaje, enloquecida y maravillosa. Ninguna de las dos podría haber dicho cuánto duró, pero en aquellos momentos les pareció interminable; un anárquico y jubiloso juego infantil de «atrápame si puedes» a través de verdes praderas y cortos y flexibles mantos de césped, por entre bosquecillos y por encima de diminutos arroyos, zigzagueando a un lado y a otro. Ora era *Grimya* quien iba a la cabeza, ora era Índigo quien llevaba la delantera; sin dejar de gritarse la una a la otra llenas de excitación, corriendo, agachándose, saltando, sin pensar en nada que no fuera la propia diversión. Por fin llegó un momento en que Índigo alcanzó a *Grimya* —o *Grimya* la alcanzó a ella— en lo alto de un pequeño montículo cubierto de maleza. La loba dio un salto en el aire; Índigo, llorando de risa, la agarró por el pelaje del cuello, y las dos perdieron el equilibrio y cayeron rodando por la verde ladera para ir a detenerse en la base hechas un ovillo de pelo, patas, piernas y brazos. Al intentar incorporarse, Índigo se golpeó un codo con una piedra medio oculta entre la hierba, y la momentánea punzada de agudo dolor del brazo tuvo un repentino y sorprendente efecto en ella.

«¿Qué estamos haciendo?». La comprensión la golpeó con la misma fuerza que si le hubieran arrojado un cubo de agua helada al rostro, y sacudió la cabeza como si despertara de un profundo sueño. Jugaban; estaban jugando como criaturas cuando deberían estar buscando a Koru...

—¡Índigo! —A menos de dos metros de distancia *Grimya* giró sobre sí misma en un triple círculo, sin dejar de mover la cola violentamente—. ¡Te echo una car...

rrrera otra vez hasta la cima!

—¡No! —Mientras la loba tensaba los músculos para iniciar otra vez la persecución, Índigo estiró el brazo en un gesto frenético para impedirselo—. ¡No, *Grimya*, no lo hagas!

La loba echó las orejas atrás y luego al frente, y una expresión confusa apareció en el brillo ansioso de sus ojos.

—¡Índigo! ¿Qué quieres decir, qué sucede?

—*Grimya*... —Empezó a ponerse en pie muy despacio. El dolor del brazo había desaparecido, pero la sensación desencadenada seguía allí, y notó cómo el corazón le empezaba a latir con fuerza como si tuviera un martillo bajo las costillas—. *Grimya*, ¿qué es lo que hacemos? Vinimos aquí en busca de Koru y en cambio... —No pudo expresarlo, no encontró las palabras que quería decir. Se llevó de improviso las manos al rostro y se oprimió las sienes con las puntas de los dedos—. ¿Qué se ha apoderado de nosotras?

Súbitamente, el hechizo que ya se había roto para Índigo se rompió también para *Grimya*. La cola y las orejas de la loba cayeron flojamente contra el cuerpo, y la comprensión fue abriéndose paso en sus ambarinos ojos para ser sustituida casi al momento por la desolación.

—¿Cómo sucedió? ¡No lo comprendo! Hace un momento simplemente corríamos, y entonces..., y entonces...

Índigo se encontraba ya en pie y se acercó a la loba con paso no muy firme. Todavía se sentía algo aturdida, y sacudió la cabeza para intentar despejarla y eliminar un impulso residual de volver a empezar a reír desenfrenadamente.

—Yo tampoco lo comprendo. —Volvió a sentarse sobre la hierba y apretó a *Grimya* contra su cuerpo—. No se me ocurre qué idea estúpida se apoderó de mí. A lo mejor fue... no sé; a lo mejor fue la velocidad a la que íbamos, la excitación que producía... —Se habían comportado como chiquillos, corriendo y gritando y riendo... Hizo una pausa y aspiró con fuerza—. Pero ahora ya ha pasado, ha perdido su poder. ¿Estás bien?

—Sssí. —*Grimya* inclinó la cabeza—. Estoy bien aho... ra. —Agitó las orejas; luego volvió a levantar la mirada... y de improviso su cuerpo se tensó—. ¡Índigo, mira por encima del hom... bro! ¡Mira adónde hemos llegado!

Índigo volvió la cabeza sorprendida. A menos de quinientos metros del punto en el que se encontraban, unos muros de piedras pulidas relucían en la nebulosa luz.

—¡Las torres!

La voz de Índigo se transformó en un grito de asombro. Pocos minutos antes, o al menos eso parecía, la extraña y reluciente estructura se había encontrado a enorme distancia, apenas visible por entre los pliegues de dos colinas lejanas, pero de alguna forma el febril juego zigzagueante había conducido a Índigo y a *Grimya* hasta estas colinas y casi a los pies de las torres. Era imposible que hubieran cubierto una distancia así, pensó Índigo; no era posible, y se frotó los ojos, convencida de que su

visión se aclararía de pronto y las torres se disolverían hasta desaparecer.

Pero no desaparecieron. Siguieron allí altas, esbeltas y sólidas, elevándose en un elegante racimo desde detrás del elevado telón del muro que se extendía entre las dos colinas protectoras. Eran cinco las torres, todas ellas aparentemente construidas en mármol, aunque cada una brillaba con un leve tono pastel diferente, verde y azul y gris entremezclándose con rosa y oro. Gran cantidad de ventanas reflejaban la luz diurna como diamantes incrustados en las paredes, y, rematando cada torre, una brillante banderola ondeaba al viento.

Índigo volvió a ponerse en pie. Sin decir nada empezó a ascender la suave ladera de la colina con la mirada fija en el muro que tenía delante. *Grimya* saltó tras ella y la alcanzó en tres zancadas, y las dos ascendieron juntas en dirección a las torres, que parecían reflejar la luz como espejismos.

El elevado muro quedaba ya a pocos metros de distancia cuando la loba se detuvo de improviso.

—¡Índigo! —llamó, haciendo que la muchacha se detuviera en seco—. ¡Oigo cantar!

Repentinamente alerta, Índigo aguzó el oído. Débil pero claro, también ella lo oyó: el lejano sonido de voces infantiles en alegre aunque no muy perfecta armonía surgiendo del otro lado de la pared.

Levantó la mirada, pensativa, hasta lo alto del muro. Medía por lo menos tres metros y medio y estaba cortado a pico, sin un solo asidero en toda su lisa superficie. Imposible escalarlo; sin embargo, tampoco había la menor señal de una puerta ni de ningún otro modo de acceso. ¿Cómo habrían entrado los niños? La canción terminó bruscamente y se escuchó el sonido de risitas seguidas de ahogados murmullos, como si los niños discutieran algo entre ellos. Aprovechando rápidamente la ocasión, Índigo colocó las manos sobre la boca a modo de bocina e hizo intención de llamar; pero, antes de que pudiera emitir ningún sonido, *Grimya* la atajó en silencio:

«¡Espera! ¡Escucha!».

Los niños volvían a cantar, con voces discordantes en un principio que se fueron tornando más sonoras y seguras a medida que otras nuevas se unían a la canción. Durante unos instantes, quizá porque era tan familiar, el cerebro de Índigo no registró de forma consciente lo que cantaban, pero *Grimya* lo reconoció al momento. Los ambarinos ojos de la loba se abrieron de par en par y levantó la vista hacia el rostro de Índigo, la lengua colgando de la boca.

«¡Esa canción! ¡Es la que cantaste a Koru la noche anterior a su huida!».

Y, mientras los niños seguían cantando, Índigo recordó.

*Canna mho ree, mho ree, mho ree,  
canna mho ree na tye;  
si inna mho hee etha narrina chee  
im alea corro in fhye.*

Las palabras, en la melodiosa lengua de las Islas Meridionales, sonaban pervertidas, como si los niños se limitaran a repetir lo que habían oído como lo hacen los bebés. Pero Índigo conocía esta canción desde que había empezado a andar..., y aquella noche aciaga la había cantado para Koru, mientras Ellani la miraba ceñuda desde su rincón.

—¡Koru debe de haberles enseñado la canción! —Su voz era un murmullo—. La recordó, y se la enseñó. Tiene que estar con ellos, *Grimya*, detrás del muro...

Terminó el primer verso, pero dio la impresión de que los niños no estaban tan seguros del segundo verso, ya que el canto se interrumpió y empezaron a susurrar y murmurar de nuevo. Índigo tomó aliento, y, antes de que ellos pudieran iniciar otra vez la canción, la voz de la muchacha se elevó fuerte y clara.

*Canna mi har, mi har, mi har,  
canna mi har enla sho;  
si anna lo mhor essa kerria vhor  
por incharo serró, im Iho.*

Las colinas repitieron la canción a modo de extraño y melodioso carillón, y, cuando ella terminó y las últimas notas se apagaron en el aire al otro lado del muro, el silencio era absoluto.

—*Bonito* —se oyó entonces.

—*Sí; bonito.*

—*Me gusta la canción. Y ella la canta muy bien.*

—*Mejor que nosotros. Mejor que nosotros. La sabe mejor que nosotros.*

—*¿Sabrá otras canciones? ¿Sabrá juegos?*

—*Oh, sí. Claro que debe saberlos. Seguro, ¿verdad?*

—*¿Le pedimos que cante y nos enseñe juegos?*

—*¡Sí! Sí, pídeselo. Pídeselo.*

Se produjo un largo silencio. Índigo aguardó, sin atreverse a hablar por temor a que los niños volvieran a huir asustados. Entonces, con gran cautela y una cierta timidez, se escuchó la voz de un único niño.

—*Señora que canta...*

No era la voz de Koru, pero de todos modos Índigo respiró aliviada.

—*Sí; estoy aquí.*

—*¿Nos cantarás otra canción?*

—*Me encantaría* —respondió Índigo—. *Y también os puedo enseñar un baile. Es muy fácil de aprender.*

La respuesta provocó un coro de voces ansiosas.

—*¡Oh, sí, sí!*

—*Pero* —añadió la muchacha— *no puedo enseñaros el baile a menos que nos veamos los unos a los otros. El muro se interpone entre nosotros.* —*Vaciló y cruzó*

una rápida mirada con *Grimya*—. ¿Salís vosotros, o puedo entrar yo?

Se escuchó un vehemente intercambio de susurros desde sus palabras, pero, por mucho que lo intentaron, ni Índigo ni *Grimya* pudieron escuchar lo que decían los niños. Índigo empezaba a temer que cambiaran de opinión cuando *Grimya* le envió un aviso telepático. «¡Mira! ¡Allí, junto a la colina!».

Índigo se volvió rápidamente. En el punto en el que la pared se unía a la suave ladera de la colina había empezado a brillar una luz. El resplandor formó, al pie de la pared, como un diminuto arco iris terrestre que brillaba con toda una gama de colores. En el interior del arco apareció la silueta de una puerta, nebulosa al principio, que fue tornándose cada vez más sólida hasta convertirse en una pequeña puerta de madera, pintada de blanco, con un pestillo de oro. El pestillo se descorrió, y la puerta se abrió hacia atrás unos centímetros. Se escucharon nuevos murmullos y una risita ahogada; luego una carita solemne enmarcada en una mata de revueltos cabellos negros miró al exterior. Unos ojos enormes contemplaron a Índigo y a *Grimya* con suma atención durante unos instantes, y al cabo la niña dijo:

—¿Eres tú la señora que canta?

—Sí —contestó Índigo con una sonrisa.

La niña hizo una pausa antes de añadir:

—Koru dijo que tienes un instrumento que hace música. ¿Dónde está?

—¿Mi arpa? No la traje conmigo. —La niña mostró una expresión alicaída, por lo que Índigo se apresuró a añadir—: Lo siento.

Las pequeñas facciones se enfurruñaron en pensativa consideración.

—¿Pero sabes más canciones? ¿Y juegos?

—Sí; canciones, juegos y bailes.

Tras meditarlo un poco más, la niña asintió con energía.

—¡Sí! Está bien. Puedes entrar y jugar con nosotros. —Y, haciéndose a un lado, abrió la puerta de par en par.

Indecisa al principio, pero luego con más rapidez por temor a que los niños cambiaran de idea, Índigo se encaminó a la puerta con *Grimya* tras ella. Se agachó para trasponer el umbral, y al momento infinidad de pequeñas manos se extendieron hacia ella para cogerla y agarrándose a sus ropas, brazos y cabellos, la introdujeron en la seguridad del recinto delimitado por el muro.

Índigo entró en un jardín. Se encontró sobre una extensión de verde césped sembrado de margaritas blancas, mientras que alrededor de todo el muro florecía una profusión de otras flores: escaramujos y madreselvas, girasoles con sus brillantes corolas vueltas hacia el cielo, las altas y elegantes agujas de las dedaleras y las valerianas... En medio de aquel derroche de color, las cinco torres, pálidas y brillantes, se elevaban esbeltas hacia el cielo con sus banderolas revoloteando en lo alto por encima de su cabeza. Pero no tuvo tiempo más que para esta breve impresión del refugio, ya que de inmediato se elevó a su alrededor un ansioso parloteo de voces infantiles como el gorjeo de pájaros felices.

—¡La señora que canta! ¡La señora que canta!

—¡Cántanos otra bonita canción!

—¡Baila con nosotros!

—¡Juega con nosotros! ¡Sabemos muchos juegos!

Un poco mareada por la multitud de impresiones que se amontonaban sobre ella, Índigo devolvió su atención a los niños. Debía de haber veinte o más de ellos, entre chicos y chicas, que saltaban y brincaban excitados mientras la rodeaban cada vez más pegados a ella. Iban vestidos con una extraordinaria mezcla de colores que nada tenía que ver con el anodino estilo de Alegre Labor... y eran, como no tardó en darse cuenta, tan sólidos y reales como ella. No eran fantasmas estas criaturas; o, al menos, no en esta dimensión.

Algunos de los niños se dedicaban en aquellos momentos a abrazar y acariciar a *Grimya*, alabando su suave pelaje, e Índigo no pudo contener una sonrisa ante la evidente satisfacción que la loba demostraba frente a tanta adulación. Pero, al explorar aquel pequeño mar de rostros, no encontró en él el de Koru. Intentó averiguar dónde estaba pero sus ansiosas preguntas fueron desoídas.

—¡Canta una canción! Canta una canción y nosotros bailamos. ¡Conocemos un baile, te lo enseñaremos! ¡Cántanos una canción!

Alborotados, empezaron a formar un círculo a su alrededor, sonriendo ilusionados, y la muchacha comprendió que no podía esperar ninguna ayuda para encontrar a Koru hasta haber satisfecho sus ansiosas exigencias. Pensó en transmitir un mensaje a *Grimya* para pedirle que buscar a Koru mientras ella divertía a los niños, pero la loba se encontraba felizmente ocupada, absorta en el cúmulo de atenciones que recibía. La muchacha tendría que resignarse a esperar el momento oportuno.

Recordó la divertida canción de la Compañía Cómica Brabazon que había interpretado para Koru la aciaga noche anterior a su desaparición. Quizá fuera arriesgado repetirla ahora, pero en su momento a Koru le había encantado y el extraordinario ritmo de la canción la hacía muyailable. Existía la posibilidad de que consiguiera sacar a Koru de su escondite.

Índigo dio unas cuantas palmadas para anunciar la canción, y empezó. Durante unos cuantos compases los niños permanecieron inmóviles, las cabezas ladeadas, escuchando con atención; luego un niño pequeño empezó a mover los pies dando pequeños saltitos, y casi de inmediato se le unieron otros hasta que todo el grupo empezó a girar alrededor de la joven, moviendo los pies con rapidez sobre la hierba. La danza carecía de pauta y de auténtico ritmo, pero la juventud y la exuberancia de los danzantes la dotaba de elegancia propia, y su júbilo y energía resultaban contagiosos. Cuando la canción terminó se abrazaron entre ellos, abrazaron a Índigo y empezaron a dar saltos exigiendo nuevas canciones a voz en grito.

—¡Muy bonita, muy bonita!

—¡Ha sido divertido!

—¡Más canciones, más bailes!

—¡Enséñanos otro baile!

Inopinadamente, sus súplicas proporcionaron una idea a Índigo. Había otro baile de la Compañía Cómica, uno que era el favorito de los miembros más jóvenes de la familia Brabazon, en el que se llamaba a la pareja por su nombre para que penetrara en el centro del círculo. Era muy sencillo; a los niños les encantaría... y tal vez consiguiera atraer a Koru, cosa que no había hecho la primera canción.

Levantó las manos para pedir silencio y dijo:

—Muy bien, os enseñaré un baile. Un baile precioso. Pero antes de empezar, tengo que conocer algunos de vuestros nombres.

La miraron sin comprender. Luego uno de los niños preguntó:

—¿Por qué?

—Porque os llamaré, de uno en uno, para que entréis en el corro y bailéis conmigo. Bien —dedicó una sonrisa de ánimo a una niña de expresión traviesa—, ¿cómo te llamas?

—Viento, hierba, flor. Señora que canta —respondió ella con una risita.

Perpleja, Índigo se volvió hacia el chiquillo situado junto a la niña.

—¿Cómo te llamas tú?

Todos los niños empezaron a reír, como si aquello fuera un juego nuevo y fascinante.

—¡Río! —declaró el chiquillo—. ¡Árbol, bonito!

¿Acaso no la comprendían? ¿O es que le gastaban una broma? ¿O —y la idea conmocionó a Índigo nada más pasarle por la cabeza— es que acaso no tenían nombres propios? Fuera cual fuera la verdad, lo cierto es que no serviría de nada insistir con sus preguntas; así pues, improvisó con rapidez y cambió de método.

—Bueno, de todos modos no importa. La canción tiene un estribillo; cada vez que cante el estribillo señalaré... de este modo, ¿veis?, y aquél al que señale tiene que entrar en el corro y bailar conmigo la siguiente estrofa.

No sabía si la habían comprendido pero tampoco importaba demasiado; si tan sólo entendían los rudimentos sería más que suficiente para satisfacerlos, y a ella le serviría en sus propósitos. Cantó el estribillo una vez para que lo conocieran, dejando que saltaran y giraran mientras lo hacía, y luego inició la primera estrofa. Mientras cantaba transmitió a la loba:

*«Grimya, te llamaré a ti primero para enseñarles cómo se hace. Luego dejaré que uno o dos tomen parte, y entonces llamaré a Koru».*

Las palabras de la estrofa eran sencillas, casi disparatadas. Cuando Índigo llegó al final de ellas señaló a la loba con el dedo y cantó:

*¡Grimya, Grimya, baila y canta!  
¡Baila conmigo esta alegre danza!*

*Grimya* no era nada vergonzosa, y en la época pasada junto a los Brabazon nada le había gustado más que tomar parte en sus espectáculos. Le encantaba tener un público y ahora saltó al interior del corro donde la esperaba Índigo e inició una danza propia, girando y girando sin dejar de agitar la cola con alegría. Los niños quedaron extasiados, y cuando finalizó la siguiente estrofa y la exhibición de la loba, todos gritaron para ser el siguiente. Índigo señaló a la seria chiquilla que le había abierto la puerta —se inventó un nombre ridículo que no pareció importar a nadie— y la niña se unió a ellas al iniciarse la tercera estrofa, haciendo todo lo posible, al parecer, por copiar las cabriolas de *Grimya*. El siguiente fue un chiquillo de cabellos enmarañados, al que siguió otro, y luego una chiquilla más alta; para entonces la danza se había convertido en un baile veloz y frenético, y los niños estaban totalmente cautivados por ella y decididos a que la diversión no terminara hasta que todos ellos hubieran sido llamados al centro del corro.

Entonces, finalizada la séptima estrofa, Índigo no señaló a nadie, sino que levantó ambos brazos al cielo.

*¡Koru, Koru, baila y canta!  
¡Baila conmigo esta alegre danza!*

Nadie se adelantó. Desconcertados, los niños se detuvieron desordenadamente y se miraron entre ellos. «Perfecto», se dijo Índigo. Volvió a llamar:

*¡Koru, Koru, baila y canta!  
¡Baila conmigo esta alegre danza!*

Siguió sin haber la menor señal de la presencia de un chiquillo de cabellos rubios entre los otros niños. Índigo fingió mirar con suma atención a su alrededor, y luego meneó la cabeza entristecida.

—No quiere salir. ¡Ha estropeado el baile!

La comprensión se abrió paso en el círculo de pequeños rostros, y con ella la indignación.

—¡Koru! ¡Ha llamado a Koru!

—No está aquí. ¿Dónde está?

—Tiene que venir. ¡Koru!

—¡Encontradlo, encontradlo, o se habrá acabado la diversión!

—¿Dónde está Koru? ¡Encontrad a Koru!

—¡Koru! ¡Koru! ¡No te escondas! ¡Sal, Koru, sal y baila con nosotros! —gritaron en ansioso coro.

«Ahí está... junto a la torre verde», comunicó de improviso *Grimya*.

La torre verde era la más cercana de las cinco, y en una puerta baja situada en la



base se veía una pequeña figura solitaria. El niño intentaba ocultarse entre las sombras, pero los otros niños ya lo habían descubierto y corrieron hacia él en alegre y ruidoso tropel.

—¡Koru! ¿Por qué te escondiste?

—¡Ven a ver a la señora que canta y a su precioso perro!

—¡Ven a jugar!

Saltaron sobre Koru y, besándolo y palmeándolo como un hermano perdido, lo arrastraron hasta donde aguardaban Índigo y *Grimya*. Mientras se acercaban Índigo pudo ver con claridad el rostro del chiquillo; su expresión era de total desolación y miedo, y el terror se pintaba en sus azules ojos.

Índigo se agachó cuando los niños lo dejaron ante ella de modo que su rostro quedara a la misma altura que el niño y no lo intimidara tanto.

—Hola, Koru —saludó con dulzura.

—¡No pienso regresar! —exclamó él, girando la cabeza un lado con violencia.

—Koru, no tienes por qué tenerme miedo. Sólo quiero hablar contigo.

—¡No, no lo quieres! —Volvió a mirar, y de repente su voz se llenó de desesperado veneno—. ¡No es cierto! ¡Lo sé! ¡Has venido para llevarme de vuelta, has venido para hacer que regrese contigo! ¡Y no lo voy a hacer, *no lo haré*, y tú no puedes obligarme! Ya no eres mi amiga. ¡Vete! ¡Eres igual que los otros; que papá y mamá y Elli y todos los tíos y tías! ¡Haces lo que ellos te dicen porque eres igual que ellos! ¡Pensé que no lo eras, pero lo eres! ¡Han hecho que estés *muerta*!

Se produjo un silencio largo y espantoso. Incluso los niños se daban cuenta de que algo no iba bien, y se apartaron de Koru mirándolo con ojos asombrados. Algunos se llevaron el pulgar a la boca con expresión de preocupada desilusión, y una niña muy pequeña empezó a llorar.

Koru se quedó solo en actitud desafiante, contemplando a Índigo como un pequeño pero feroz animalillo. Índigo intentó desesperadamente encontrar algo que decir, pero no halló nada que no amenazara con empeorar aún más la situación. Y las últimas palabras de Koru todavía resonaban en su cabeza: «Eres igual que los otros. Han hecho que estés muerta».

Entonces, inesperadamente, *Grimya* se adelantó. Avanzaba con mucha cautela y muy despacio, con los ojos ambarinos clavados en Koru. El chiquillo la vio, le dedicó una rápida mirada, y frunció el entrecejo como si por un momento vacilase. En ese momento, ante el asombro de Índigo, *Grimya* habló.

—K... Koru... —dijo con su ronca voz vacilante—. ¿Estoy yo muerta, como los otros? ¿Me od... odias también a mí? ¿A mí?

Koru abrió los ojos de par en par, asombrado.

—*Grimya*..., ¡puedes *hablar*!

—Sssí. Hablo. —La loba envió un silencioso mensaje a Índigo: «*No digas nada; no hagas nada*». Inclino la cabeza con aquel aire tímido tan suyo—. No te lo dijimos antes. No nos atrevimos a decírtelo ni a ti, Koru. No porque lo dijeran los

otros, sino porque teníamos miedo de lo que hicieran.

Koru tiró de su labio inferior con un dedo vacilante.

—¿También les teníais miedo?

—Sssí. No habrían comp... prendido, y nos habrían echado. Es por eso que... — vaciló, e Índigo escuchó su muda disculpa por la inocente mentira que venía a continuación—... vinimos a este lugar. No a llevarte de vuelta: a estar contigo.

Índigo contempló a la loba con estupor. Jamás se le había ocurrido que *Grimya* pudiera ser tan tortuosa; pero tortuoso era una calificación injusta. La loba comprendía a Koru a un nivel profundo y fundamental que ella jamás podría alcanzar; Koru era un niño, y también *Grimya* era infantil. Ella conocía y compartía las sencillas pero a la vez vitales esperanzas, sueños y temores de un niño; emociones libres y sin restricciones que para Índigo, como para la mayoría de los humanos, se perdían irremisiblemente cuando la infancia quedaba atrás. De improviso, le vino a la mente el recuerdo de *Grimya* corriendo, saltando y ladrando durante su febril persecución a través de prados y bosques, y con él otra imagen que Índigo jamás había presenciado pero sí imaginado a menudo: el pequeño y ansioso cachorro explorando el extraño nuevo mundo del bosque del País de los Caballos en el que acababa de nacer, antes de que los suyos se dieran cuenta de su mutación y lo expulsaran como un paria. Repentinamente angustiada, la muchacha se llevó una mano al rostro...

—¡Índigo! —Era la voz de Koru, bastante cambiada ahora—. ¡Estás llorando!

—No... —Fue una negativa automática, un impulso; Índigo sorbió con fuerza y se secó los ojos con el dorso de la mano—. No, no lloro. Ahora no.

—Mi madre dice que no está bien llorar, pero yo no la creo. No está mal, no aquí. Yo... —Koru luchó consigo mismo durante un momento; la juventud y la inocencia le impedían comprender más que una ligera parte—. Yo..., yo no quería decir lo que dije. Sobre lo de que estabas muerta. Lo siento, Índigo.

Le fue imposible contestarle pero hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Si me hubieras dicho lo de *Grimya*. —Koru miró a la loba con expresión admirada—. Si lo hubiera sabido, todo podría haber sido diferente. Pero pensé que habíais venido a sacarme de aquí, y no pienso regresar. —Sacudió la cabeza—. No lo haré.

—Koru...

Pero la voz mental de *Grimya* interrumpió lo que Índigo había estado a punto de decir.

«No, Índigo. Creo que no sería sensato discutir con él ahora».

Índigo reprimió sus palabras, y suspiró. Luego, de pronto, sintió que le tiraban de la manga.

—Señora que canta. —Se trataba de la chiquilla de rostro solemne. Más atrevida que sus compañeros, se había adelantado y ahora miraba a Índigo con mirada seria y

atenta—. Le toca bailar a Koru.

Lo incongruente de su preocupación, declarada con tanta firmeza, hizo que Índigo se atragantara con un inesperado ataque de risa. Koru sonrió de oreja a oreja.

—¡Sí, Índigo! ¡Bailemos! —Hizo una pausa—. Estaba en la torre. Te oí y quería tomar parte, pero no me atrevía. Ahora ya no tengo miedo. —De improviso extendió los brazos hacia ella para ayudarla a ponerse en pie—. Ojalá hubieras traído el arpa; me gusta. Pero de todos modos no importa, porque supongo que el Benefactor te puede hacer otra si se lo pides.

No fue hasta que la hubo ayudado a incorporarse que Índigo se dio cuenta de lo que el niño acababa de decir.

—¿El Benefactor? Koru, háblame del Benefactor. ¿Qué es? ¿Quién es?

Koru torció el rostro, pensativo.

—Bueno, la verdad es que no lo sé muy bien —contestó—. Verás, sólo lo he visto una vez, y no le hablé. Pero todos mis amigos lo conocen. A veces todos fingimos que es un rey. Eso es divertido... En una ocasión tuve un libro en el que salían reyes, de modo que lo sé todo sobre ellos y se lo puedo contar a los otros.

Índigo se dio cuenta de que *Grimya* observaba a Koru con gran atención. Vaciló y luego aventuró, intentando mantener la voz neutral:

—¿Así que no os... tiene prisioneros aquí?

—¿Prisioneros? —Los ojos de Koru se abrieron desmesuradamente, y el niño se echó a reír con fuerza—. ¡Índigo, tienes unas ideas tan tontas! Todos mis amigos quieren al Benefactor. Dicen que no es lo que en Alegre Labor creen que es, y que todos los de allí saben la historia al revés. Creo que eso es muy divertido, ¿no te parece?

*Grimya*, intervino antes de que Índigo pudiera responder.

«Índigo, no le hagas más preguntas. No ahora. Su confianza en nosotras pende de un hilo muy fino, me parece, y sería mejor asegurarse de ella antes de intentar convencerlo para que regrese a casa. Además», agitó la cola, indecisa, «no quiero decepcionar a los niños».

Había un leve deje de tristeza en su voz mental, como si no estuviera convencida de la necesidad de conseguir que Koru regresase a casa. Índigo iba a protestar cuando se dio cuenta con gran consternación por su parte de que no estaba totalmente en desacuerdo. El contraste entre la felicidad de Koru y la clase de vida que lo esperaba allá en Alegre Labor era enorme. ¿No sería posible, sólo posible, que el niño estuviera mejor en este mundo...?

La insidiosa idea la horrorizó. No podía permitirse considerar tal posibilidad; era poco escrupuloso y una terrible traición a Hollend y Calpurna que habían sido tan buenos con ella. Sacudió la cabeza para desterrar aquellos pensamientos, y advirtió que los niños volvían a amontonarse a su alrededor.

—¡Señora que canta, señora que canta! —¡Terminemos el baile!

—¡No, no; empecémoslo otra vez! ¡Será aún más divertido!

Koru le tiró de la mano.

—¡Vamos, Índigo! ¡Vuelve a empezar, canta la canción!

*Grimya* ladró, la cola agitándose ansiosa ahora, e Índigo cedió. Los niños formaron un nuevo corro y empezaron a saltar a su alrededor, con la loba y Koru entre ellos. Índigo levantó los ojos hacia las cinco relucientes torres de color pastel que se elevaban hacia el cielo; luego aspiró con fuerza y comenzó a cantar.

## Capítulo 12

La diversión continuó indefinidamente hasta que Índigo perdió por completo el sentido del tiempo. Los niños parecían incansables, y la finalización de cada baile o juego provocaba sonoras y apasionadas súplicas de uno nuevo hasta que llegó un momento en que Índigo sintió que ya no podía entonar ni una sola nota más.

Alzó ambas manos en señal de protesta al estallar un nuevo grito en demanda de otro juego.

—¡Por favor, por favor! —suplicó.

«¡Dulce Señora!», pensó con desesperación. «¿Cuántas horas han transcurrido? ¿Qué estará sucediendo en Alegre Labor... y qué deben de pensar Hollend y Calpurna?».

—¡Mi garganta está demasiado cansada! —La rodeó con una mano y sacó la lengua haciendo una horrible mueca; los niños se echaron a reír divertidos, e Índigo les siguió la corriente—. ¡Soy demasiado vieja para mantener vuestro ritmo mucho tiempo!

Se llevó la otra mano a la espalda y empezó a dar torpes saltitos como una anciana en una obra cómica. La exhibición fue recibida con estruendosas carcajadas, e Índigo se sintió ligeramente sorprendida ante lo fácil que le había resultado adoptar el papel de compañera de juegos y animadora; también se dio cuenta de que se estaba divirtiendo enormemente con todo aquello, igual que se había divertido en su anterior juego con *Grimya*, cuando se olvidó de todo en aras de una total y desenfrenada diversión.

Pero ¿había algún mal en tan inocente juego? Los rostros embelesados de los niños habrían sido recompensa suficiente en cualquier circunstancia; en este entorno tranquilo y a la vez estimulante, el encanto se multiplicaba por diez.

Ahora estaban silenciosos, o al menos tan silenciosos como les permitía su entusiasmo. Índigo abandonó la pose cómica y anunció:

—Debo descansar un rato. Tengo la voz ronca, y los pies destrozados. —Necesitaba encontrar algún modo de separar a Koru del resto sin despertar sus sospechas ni las de ellos. Tenía que hablar con el niño.

Una de las niñas tomó la palabra.

—¡Ya sé! *Nosotros* te cantaremos una canción a ti. —Se volvió a sus compañeros más próximos—. Nosotros sabemos canciones, ¿no es verdad? ¡Muchas canciones!

Se elevó un murmullo de voces.

—¡Oh, sí, claro que sí, muchas! ¡Cantemos una ahora!

—¿Cuál?

—La que más me gusta es la canción de los saltitos.

—No, no, ya hemos cantado ésa. Cantemos la otra. Ya sabéis, la del bote.

—¿Qué es un bote?

—¡Yo sé lo que es un bote! Va sobre el agua, y flota. ¡Sí, cantemos ésa!

Se escuchó un coro de aprobación general, y dos chiquillas menudas pero enérgicamente maternas se adelantaron corriendo para aplastar la hierba y convencer a Índigo de que se sentara.

—Vamos, señora que canta, siéntate aquí y te cantaremos. —Se ocuparon de que estuviera cómoda, y luego volvieron a incorporarse de un salto—. ¡Vamos, Koru! Tú puedes dirigirnos.

Koru, con las mejillas coloradas de satisfacción, sonrió a Índigo.

—Ellos me enseñaron esta canción —explicó algo avergonzado—. No la sé muy bien aún, pero lo intentaré.

—¡Vamos, vamos, Koru! —le instaron los otros, impacientes.

Koru se irguió en toda su estatura y, con voz aguda pero auténticamente de soprano, empezó a cantar.

Y a Índigo le dio la impresión de que el corazón le había dejado de latir.

Era imposible —o eso al menos se dijo— poder estar segura, porque la melodía no era exactamente como la recordaba y Koru no sabía toda la letra. Y existía siempre la posibilidad de que la canción, antigua como era, hubiera conseguido llegar a Alegre Labor y a las mentes de los niños fantasmas. Pero la canción que entonaba Koru le era tan familiar como lo había sido el anterior estribillo; una canción de las Islas Meridionales: una saloma marinera de su país natal que no había vuelto a escuchar desde hacía más de medio siglo.

Mientras Koru continuaba con su canción, ella permaneció inmóvil observándolo, desconcertada, y cuando se incorporaron las voces de los otros niños, alzándose en un alegre coro, ella apenas si se dio cuenta. Cuando la canción terminó por fin, Índigo seguía inmóvil, la mirada fija al frente.

Durante varios segundos reinó el silencio, que se fue volviendo más y más incómodo. Koru miró subrepticamente a sus amigos, pero se encontró con que estaban tan perplejos como él. Se acercó a Índigo y estudió su rostro con atención.

—Índigo, ¿he hecho algo malo? ¿No te gusta la canción? ¿Qué sucede?

Los demás niños también la rodearon, gorjeando y murmurando llenos de preocupación.

—¿Qué sucede?

—¿No se encuentra bien la señora que canta?

—¿Cómo podemos hacer que se ponga bien?

Súbitamente Índigo pareció salir de su trance. Parpadeó, sus ojos se clavaron en el montón de rostros que tenía adelante.

—Koru..., ¿dónde aprendiste esa canción?

Una de las niñas miró de reojo a Koru.

—¿No te gusta? —preguntó la chiquilla.

—Sí... oh, sí, me gusta mucho. Pero... —volvió la cabeza despacio y los fue mirando de uno en uno—, ¿dónde la aprendisteis?

Los niños fruncieron el entrecejo entre murmullos. Uno o dos se rascaron la

cabeza perplejos; luego un muchacho tomó la palabra.

—La aprendimos de Koru.

—No, no es cierto —protestó otro—. Nosotros *se la enseñamos* a Koru. ¡Lo acabamos de decir!

Una tercera criatura intervino entonces.

—Es cierto. —Sonrió con afectación—. Yo sé dónde la aprendimos.

—¿Dónde?

—En la torre del bosque. ¿Recordáis? Cuando fuimos a ver la torre. La torre nos la cantó.

—¡No seas ridículo! ¡Las torres no cantan!

—Ésta sí. Sabéis que lo hace; la hemos oído.

—No era la torre, tonto. Era el hombre dormido.

—Koru no estaba aquí entonces.

—No, por eso tuvimos que enseñarle la canción más tarde. Pero fue el hombre dormido. —El chiquillo miró triunfante primero a *Grimya* y después a *Índigo*—. El hombre dormido; él la cantó.

Una curiosa excitación se agitó en *Índigo*, que inquirió:

—¿Quién es el hombre dormido?

—En realidad no lo sabemos —respondió el niño encogiéndose de hombros—. Vive en la torre. Al menos lo hace de vez en cuando, aunque no siempre está allí.

—¿Dónde se encuentra esta torre?

—En los bosques. —Una mano señaló vagamente más allá del muro—. Está bastante lejos, por eso no vamos muy a menudo.

—Pensamos que era la torre que nos cantaba —apuntó una niña—. Pero eso es estúpido, porque las torres no cantan.

—¡Sí que pueden! ¡Ésta lo hace!

—No, no, no. Es el hombre quien canta. A veces, cuando está allí, canta mientras duerme, y memorizamos algunas de sus canciones. Fue muy ingenioso, ¿verdad? Las memorizamos. ¡Fuimos muy listos!

El cerebro de *Índigo* trabajaba a toda velocidad intentando comprender la embarullada cháchara de los niños. ¿Un «hombre dormido», que a veces estaba ahí y a veces no, que conocía canciones de las Islas Meridionales y que las cantaba mientras dormía? No tenía sentido. ¿Qué querían decir los niños? Resultaba imposible seguir de forma lógica el funcionamiento de sus mentes, ya que revoloteaban de un tema a otro como pájaros al tiempo que daban su propia e indescifrable interpretación a todo. Mentes de fantasmas... Reprimió un escalofrío que le subió por la espalda e intentó cogerla por sorpresa. Debía descubrir qué había detrás de todo esto. A lo mejor no conduciría a nada, se quedaría en nada; pero —y en ese momento no habría podido explicar por qué— tenía que *saber*.

—Niños —empezó a incorporarse—, niños, me gustaría mucho ver al hombre dormido. ¿Me llevaréis hasta él?

Todos pusieron caras largas.

—¡Oh, pero nosotros queremos cantar más canciones!

—Está lejos. Muy, muy lejos.

—Es mejor quedarse aquí. ¡Es mejor seguir jugando!

La contrariedad se apoderó de Índigo, pero al momento la reprimió.

—Por favor —dijo, y entonces, con repentina inspiración, añadió—: Me he quedado sin canciones que cantar. Si el hombre dormido está en la torre hoy, a lo mejor podemos aprender de él algunas nuevas.

Era evidente que esto no se les había ocurrido y saludaron la idea con cauteloso interés. Mientras murmuraban y discutían entre ellos, Índigo se volvió hacia Koru.

—Por favor, Koru, ¿puedes convencerlos de que me lleven?

Él le devolvió la mirada; los azules ojos la contemplaron solemnes y llenos de una comprensión peculiarmente adulta.

—¿Es eso algo muy importante para ti, Índigo?

—Creo que puede serlo —asintió ella.

El niño no dijo nada más pero extendió la mano y la posó sobre el brazo de ella en un gesto tranquilizador. Luego se dirigió a los otros niños.

—¡Vamos, vayamos a ver al hombre dormido! No está tan lejos. ¡Índigo quiere verlo, y ella es nuestra amiga!

La simple lógica funcionó a la perfección. Primero unos pocos, luego más, y por fin todos los niños aceptaron la sugerencia de Koru.

—¡Sí, vayamos!

—Koru tiene razón; ¡no está tan lejos!

—Y el bosque es muy agradable. ¡Me gusta el bosque!

—Ven con nosotros, señora que canta. ¡Ven a ver al hombre dormido y veremos si nos canta una canción nueva!

Como una pequeña bandada de estorninos que se encamina hacia el nido, los niños giraron como uno solo en dirección a la parte del muro donde la puerta por la que Índigo y *Grimya* habían entrado en el jardín todavía permanecía abierta de par en par. Koru se rezagó unos instantes, y sus ojos observaron llenos de curiosidad a Índigo.

—¿Estás segura? —preguntó.

*Grimya*, en su cerebro, añadió:

«Índigo, no sabemos lo que podemos encontrar. Puede haber peligro».

Índigo no miró a ninguno de los dos. Su mirada estaba clavada en la pared, los ojos fijos en algo situado más allá de ella; no, al parecer, en otro lugar, sino en otra época. Asintió.

—Estoy segura.

—No es que yo quisiera huir. —Koru levantó los ojos hacia Índigo con expresión pesarosa—. Pero tuve que hacerlo, después de lo que pasó y lo que mamá y papá



dijeron. No quería hacerlos desgraciados, pero tenía que irme. Lo comprendes, ¿verdad, Índigo?

Seguían a los niños por la mullida alfombra de hierba de otra suave colina, la tercera o la cuarta que cruzaban desde que habían abandonado las torres y el jardín. Índigo sabía que Koru hubiera preferido ir delante junto con sus amigos, cuyas voces resonaban alegres mientras corrían y saltaban y se entregaban a fingidos combates, persiguiéndose unos a otros entre la maleza. Pero los lazos de la amistad, emparejados quizá con los restos de un sentimiento de deber o culpabilidad, lo habían impulsado a permanecer junto a ella y a intentar explicar lo que había hecho.

—Sí, Koru, claro que lo comprendo —respondió Índigo.

Le habría resultado fácil añadir que aunque simpatizaba con él también simpatizaba con su afligida familia, y pedirle que pensara en la tristeza que les había ocasionado. Pero compartía el punto de vista de *Grimya* de que aún no había llegado el momento de la persuasión, y que de todos modos no sería honrado intentar manipular la conciencia de Koru. No había la menor duda de que el niño conocía perfectamente las consecuencias de su acción, y aprovecharse de ello no haría más que añadir confusión a su ya trastornada mente. No obstante existían zonas en las que se podía penetrar con tranquilidad, y por eso preguntó:

—¿Cómo encontraste la forma de llegar aquí, Koru? ¿Cómo sabías que este mundo existía?

El niño meditó un buen rato antes de responder.

—Creo... que siempre he sabido que estaba aquí. Siempre que iba a la Casa del Benefactor era como si lo *sintiese*. Y luego, cuando... bueno, cuando... esa noche... simplemente supe que tenía que regresar a la Casa. Pensé que me asustaría entrar en ella en la oscuridad, pero no fue así. El portillo estaba abierto cuando llegué, de modo que entré. —Una gran sonrisa le iluminó el rostro de repente—. Ellos me esperaban, todos mis amigos estaban allí esperando. Dijeron que sabían que vendría, y me enseñaron cómo pasar al otro lado del espejo.

—Hablas de tus amigos como si los conocieras desde siempre —comentó Índigo con una sonrisa.

Koru pareció algo perplejo.

—Bueno..., no es cierto, claro. Pero los había visto, cuando venían y me llamaban y querían que jugara con ellos, y ahora es como si los conociera desde hace siglos, de modo que no importa realmente. —De nuevo le dedicó aquella rápida y brillante sonrisa—. Es como lo que sucede con los amigos de verdad, ¿no es cierto?

Índigo escogió sus siguientes palabras con sumo cuidado. Necesitaba hacer la pregunta, pero también se daba cuenta de que la confianza de Koru en ella pendía todavía de un hilo y de lo fácil que sería perderla.

—Koru... —Miró al frente donde los niños chillaban y reían y se perseguían unos a otros—. ¿Crees que tus amigos son... fantasmas?

—¿Fantasmas?

Ella había esperado indignación, posiblemente enojo, miedo incluso; lo que no había esperado era la carcajada que brotó de la garganta de Koru, como si ella le acabara de contar un chiste muy gracioso.

—¡Oh, no, no son fantasmas! —Se acercó un poco más a ella y añadió en tono de confianza—: Antes pensaba que podrían serlo, y por eso les tenía miedo. Pero no son fantasmas, Índigo. Son personas, igual que nosotros.

—Pero no son *exactamente* iguales a nosotros, ¿verdad? —insistió Índigo con cuidado—. ¿Cómo viven? ¿Qué comen?

—No tienen que comer nada —respondió Koru, encogiéndose de hombros—. Eso es lo que resulta tan maravilloso. ¡No tenemos que hacer nada que no queramos hacer! No tenemos que estudiar, o trabajar en los campos, o irnos a la cama cuando nos lo dicen. Podemos dedicarnos a jugar y cantar y bailar y divertirnos todo el tiempo, y no hay nadie que nos diga que está mal, o que no podemos creer en cosas, o... —Su voz se apagó bruscamente al darse cuenta, algo tarde, de adonde conducía el ligero sondeo de la muchacha. Su rostro se ensombreció y la miró con algo parecido a la desconfianza.

»No voy a regresar. —La voz mostraba un tono de desafío—. Lo de antes lo dije en serio, Índigo. No quise decirlo de una forma tan horrible, pero era cierto de todos modos. Las personas de Alegre Labor, incluso mis padres, no sienten nada; nunca ríen, ni juegan ni cantan. Eso es casi como estar muerto; cuando toda la felicidad y la alegría de tu interior se marchitan y ya no existe, y ellos dicen que no era real y no debes volver a hablar sobre ello. —Su boca se contrajo con una mueca de tristeza—. Son ellos los que son como fantasmas, no mis amigos.

«*Yo lo comprendo, Índigo*», dijo Grimya en la mente de su amiga. «*Me parece que tiene razón. Eso es una especie de muerte; y todo lo que Koru quiere es seguir vivo*».

Índigo se mordió el labio inferior. Se había sentido muy conmovida por las palabras de Koru y se compadecía de su situación; pero también se compadecía de Hollend y Calpurna. Fuera lo que fuera lo que el niño pensara de ellos, por muy amargado y traicionado que se sintiera, Koru no había considerado su dolor. Ella no podía abandonar su deber para con ellos.

—Koru... —Haciendo caso omiso de los niños que les gritaban que se dieran prisa, la muchacha dejó de andar y se volvió para mirar al chiquillo—. Koru, tu madre y tu padre... realmente te quieren muchísimo, y están terriblemente preocupados por ti. Sé que no eras feliz en Alegre Labor, pero a lo mejor si te ayudara a hablar con ellos, si te ayudara a explicar...

—¿Explicar qué? —inquirió Koru, lastimero.

—Lo de este mundo. Lo de tus amigos, y las cosas que quieres hacer...

—No. —Sacudió la cabeza con tanta energía que ella comprendió incluso antes de que él dijera otra palabra que su causa estaba perdida—. No te creerían. Dirían que son todo mentiras y que nosotros lo inventábamos. Ya se lo han hecho a Ellani; ella

creía antes pero ahora ya no.

Índigo realizó un último esfuerzo.

—Pero si ven a tus amigos...

Los brillantes ojos azules de Koru se clavaron en los de ella con una comprensión aterradoramente adulta.

—Pero ellos no los verán, ¿no es cierto? —dijo—. Incluso aunque miren no verán nada, porque no quieren verlo. —Volvió entonces la cabeza con brusquedad—. Por favor, Índigo, no hablemos más de esto. Sé que eres mi amiga y sé que sólo intentas ayudar y hacer lo que crees mejor. Pero eso no me hará cambiar de idea. Echaré de menos a mamá y a papá, y también a Ellani; pero soy feliz aquí. Y me quedaré para siempre jamás.

*Para siempre jamás...* Las palabras produjeron una aterradora sensación en la mente de Índigo al darse cuenta la muchacha de que podían resultar literalmente ciertas.

«Nadie tiene que comer aquí», había dicho Koru; «podemos hacer lo que queramos». Recordó las torres de color pastel, y la puerta del muro que había aparecido sólo cuando los niños querían entrar o salir. Recordó la carrera con *Grimya*, volando sobre el terreno más rápido de lo que podía correr cualquier ser vivo. Un mundo no de fantasmas, se dijo, sino de sueños... Y, en los sueños, un niño no tiene más que desear y el deseo se vuelve realidad. Renovados gritos por parte de los niños interrumpieron sus pensamientos de repente, y al levantar los ojos para mirar descubrió que todo el grupo se había detenido y que una media docena corría hacia ellos.

—¡Señora que canta, señora que canta!

—¿Por qué no corres con nosotros? ¡Ya no está muy lejos!

—¡Ven a ver al hombre dormido! ¡Ven a ver la torre!

—¡El bosque es muy bonito, te gustará el bosque!

—¡Corramos y juguemos!

—¡Koru, vamos!

Manos menudas y decididas agarraron los brazos de Índigo e intentaron tirar de ella. Ésta paseó la mirada de uno a otro de los ansiosos rostros que se agitaban a su alrededor; eran tan felices, tan inocentes, tan superficiales... ¿Podría Koru vivir como vivían ellos? Seguramente no, pensó. Seguramente, al igual que Alegre Labor, este mundo no podría ofrecerle más que media vida.

Pero era demasiado tarde para explicar, o intentar hacer comprender a Koru. En aquellos momentos se alejaba saltando alegremente de la mano de dos de los niños mientras que los otros cuatro daban impacientes saltitos frente a Índigo y la instaban a seguirlos. La muchacha lanzó una veloz mirada de impotencia a *Grimya*, que la loba devolvió al momento.

«Sé lo que piensas», proyectó la loba. «Pero todavía me pregunto qué sería peor, Índigo: ¿estar medio vivo aquí, o medio vivo en Alegre Labor? Ya me he hecho esa

*pregunta y todavía no conozco la respuesta».*

El bosque donde habitaba el hombre dormido estaba en la hondonada de un pequeño valle. Desde lejos los árboles parecían formar una masa sólida e impenetrable como un oscuro lago, pero a medida que el grupo se fue acercando, Índigo descubrió que existían espacios despejados bajo el dosel de hojas. El bosque estaba dominado por altas coníferas, aunque había zonas de árboles de hoja ancha entre sus apiñados grupos, y cuando iniciaron el descenso por la ladera en dirección al linde del bosque, los niños dejaron de jugar y avanzaron cogidos de las manos.

Desde su pequeño enfrentamiento daba la impresión de que Koru estaba decidido a no conceder a Índigo otra nueva oportunidad de hablar. No es que la evitara exactamente, pero siempre que ella se hallaba lo bastante cerca de él para hablar, el niño tenía buen cuidado de asegurarse de que al menos uno y preferiblemente varios de sus amigos estuvieran a su lado. No obstante, cuando se encontraron más cerca de los primeros árboles, Koru fue hacia ella, con una de las niñas danzando a su lado.

—Éste es el lugar —dijo con ansiedad—. Tenemos que entrar en el bosque, pero todos conocemos el camino, de modo que no tienes que temer que nos perdamos.

—Nosotros *nunca* nos perdemos —informó la niña a Índigo con gran orgullo—. Somos muy listos, ¿verdad?

Los niños que iban a la cabeza gritaron entonces:

—¡Vamos, vamos! —Y un niño añadió—: Te gustará el bosque. A nosotros nos gusta. —Sin esperar respuesta volvió a ponerse en marcha, y los otros lo siguieron en fila al interior de la sombría espesura.

Índigo, que iba detrás de todos con Koru y la niña, preguntó:

—¿Dónde vive el hombre dormido?

—En una torre —le explicó Koru—. No puedes verla hasta que estás muy cerca, porque no es tan grande como nuestras torres. Tampoco es tan bonita como ellas, pero supongo que a él le gusta o no viviría allí.

—¿Qué aspecto tiene?

—No lo sé exactamente —contestó Koru—. Verás, sólo he estado aquí una vez y, cuando yo vine, él no estaba ahí, de modo que todavía no lo he visto.

—¿Adónde había ido?

—A algún lugar —repuso con indiferencia—. Sólo viene a la torre a veces, ¿sabes?, y nunca sabemos cuándo estará y cuándo no.

—¿Y vosotros, o más bien tus amigos, habéis hablado con él?

—No —dijo Koru, negando con la cabeza—. Cuando está aquí, siempre está dormido.

—Siempre intentamos despertarlo —explicó la niña con animación—, pero no se despierta. Debe de estar muy cansado; pero de todos modos nos canta canciones muy bonitas —añadió, como si cantar dormido fuera la cosa más natural del mundo.

De las borrosas sombras que tenían delante surgió una voz que les gritó:

—¡Koru! ¡Señora que canta! ¿Dónde estáis?

Koru cogió a Índigo de la mano y tiró de ella.

—Vamos, o los otros nos dejarán atrás.

Corrieron en pos de los niños, y Koru no volvió a hablar. Pero a medida que penetraban más y más en el bosque, Índigo se dedicó a meditar sobre los escasos datos mortificadores que había podido obtener del niño sobre el hombre dormido. ¿Qué *era* él exactamente?, se preguntó. ¿Un habitante de este mundo, como los mismos niños? Esto en sí mismo daba pie a nuevas preguntas sin respuesta. ¿O alguien que, como Koru y ella misma y *Grimya*, había encontrado una puerta de acceso entre esta dimensión y el mundo físico y que había aprendido a moverse a voluntad entre ambas? ¿Se hallaba bajo un hechizo? ¿O existía una respuesta más extraña que todavía no se le había ocurrido?

Delante de ella, los niños habían empezado a cantar una canción con ritmo de marcha en la lengua de Alegre Labor. Koru y la niña se unieron a ella y al cabo de uno o dos minutos también lo hizo Índigo, atrapada por la contagiosa alegría de la canción. Entonces se dio cuenta de que los árboles empezaban a ser más escasos, y al cabo de unos instantes un claro apareció ante sus ojos, con una solitaria torre irguiéndose en su centro. No se parecía en nada a las cinco torres de color pastel del jardín de los niños. En muchos aspectos recordaba más a alguna clase de extraño árbol achaparrado que a un edificio construido por manos humanas, ya que su forma era algo ondulada y sus paredes, de sólo dos pisos de altura, estaban profusamente cubiertas de hiedra y musgo y de exuberantes madreselvas trepadoras por entre las que se atisbaban unos pequeños ventanucos redondos. Había algo tranquilizador en la robustez de la torre, una sensación de permanencia y —tal como Índigo advirtió con gran sorpresa por su parte— de bienvenida. Mientras se acercaba por entre la maleza sin dejar de escuchar las voces de los niños que seguían canturreando su canción, comprendió por un fugaz instante lo que un trovador vagabundo debía de sentir al tropezarse de improviso con una casa acogedora en medio de un lugar inhóspito. La idea dibujó una triste sonrisa en su rostro; entonces la canción terminó, y el pequeño grupo llegó junto a la torre.

El último estribillo se perdió en el bosque y, como si siguieran un acuerdo tácito o una costumbre ya establecida, los niños se colocaron en semicírculo ante la torre.

—¡Hombre dormido! —La voz de una única niña se elevó en el silencio—. Hombre dormido, ¿estás ahí? Hemos venido a oírte cantar, y hemos traído a una amiga para que te conozca.

—A lo mejor todavía no ha regresado —susurró Koru a Índigo—. Pero, si está ahí, puede que cante una canción.

Más voces se unieron a la de la niña.

—¡Hombre dormido! ¡Hombre dormido!

—¿Estás ahí, hombre dormido? ¡Canta para nosotros! ¡Canta una canción!

—Hemos aprendido canciones y juegos nuevos. La señora que canta nos los

enseñó.

—Despierta, despierta, por favor, despierta. ¡Si despiertas, la señora que canta te cantará una canción!

Aguardaron pero no hubo respuesta. Por entre la maraña de ramas y hojas que cubría la base de la torre, Índigo distinguió una puerta baja de madera en forma de arco, pero la puerta estaba cerrada, y no existía ninguna grieta en los marcos de las ventanas del piso superior.

La niña que había hablado primero suspiró.

—No va a salir. No se despenará.

—A lo mejor no está ahí dentro —sugirió Índigo sin dejar de contemplar la puerta.

Todos los niños consideraron con atención sus palabras.

—Quizá no está. Pero, si está, ¿por qué no despierta?

—Nunca se despierta.

—¡Sí que lo hace, sí que lo hace!

—¡No lo hace!

—Pero nos canta...

—Mientras duerme. Canta mientras duerme.

—¡Oh! ¡Ah, claro, mientras duerme! No, nunca se despierta, ¿verdad?

—Y a veces cuando entramos en la torre ni siquiera está ahí. A lo mejor no está ahí ahora. A lo mejor es por eso que no nos canta.

De la maraña de su oscura e ilógica discusión una frase llamó la atención de Índigo: «Cuando entramos en la torre...». La muchacha envió un mensaje mental a *Grimya*.

«*Grimya, creo que deberíamos entrar y verlo por nosotras mismas*».

Su mirada se paseó por los niños, que seguían charlando entre ellos y parecían haberla olvidado.

«*Si esperamos a los niños, tendremos que aguardar mucho*», coincidió *Grimya*, y algo parecido a un suspiro silencioso resonó en el cerebro de Índigo. «*A veces resultan difíciles de comprender. ¡Tienen tan poco sentido la mayoría de las cosas que dicen!*».

Con una sonrisa cargada de ironía, Índigo se dirigió hacia la puerta de la torre. La vieja madera era cálida al tacto; el pasador se levantó y la puerta se abrió con facilidad. Eso la sorprendió, pues había esperado —aunque en realidad no sabía muy bien por qué— que estuviera cerrada.

Un grito sonó de improviso a su espalda.

—¡Señora que canta, señora que canta!

—Señora que canta, ¿adónde vas?

—Va a entrar en la torre. Quiere ver si el hombre dormido está ahí.

—¡Eso es muy inteligente! ¡La señora que canta es muy inteligente!

—Nosotros también entraremos, ¿no os parece?

—Sí, entraremos a ver si el hombre dormido está en casa.

—¡Espéranos, señora que canta, espéranos! ¡Nosotros también vamos!

Los niños se amontonaron detrás de Índigo y *Grimya*, ansiosos y vociferantes, lo que provocó que la muchacha tuviera que contener un arrebatado de irritación ante su irreprimible alegría, que de improviso chocaba con su propio estado de ánimo. De forma inconsciente apretó el puño izquierdo dejando que el brazo colgara a un costado mientras con la mano derecha empujaba la puerta a un lado. Tras vacilar unas décimas de segundo, agachó la cabeza y penetró en la torre.

La habitación de forma circular que ocupaba toda la planta baja estaba sorprendentemente iluminada. Las hojas de las enredaderas que cubrían la casa formaban una capa sobre las ventanas y daban a la luz un tono verdoso, pero era una tonalidad agradable, en ningún modo opresiva. Lo que más sorprendió a Índigo, no obstante, fue que la torre estuviera vacía a excepción de un solitario sillón, de brazos amplios y respaldo alto, colocado en el otro extremo de la habitación y vuelto hacia la pared, de espaldas a ella.

Los otros niños habían entrado tras ella y ahora se empujaban unos a otros, entre murmullos y risitas divertidas.

—¿Está ahí?

—¡No lo veo! ¿Está ahí, señora que canta? ¿Está?

—¡En su sillón! Allí es donde estará.

—¡Chisst! ¡Ella no es tonta, eso ya lo sabe! ¡No empujéis!

Índigo contempló el sillón. Había pensado que estaba vacío, pero ahora, cuando por fin el último de los niños consiguió entrar en la torre y sus cuerpos ya no impedían el paso de la luz procedente de la puerta, se dio cuenta de que sí que había alguien sentado —o más bien desplomado— en sus profundidades. Avanzó... pero casi al momento aflojó el paso, titubeante. De improviso la asustaba seguir adelante; la asustaba lo que podía encontrar. Entonces, al desviarse un poco a un lado y cambiar su ángulo de visión, vio la figura recostada, inmóvil, con las manos inertes sobre los brazos del sillón, y la cabeza apoyada en el alto respaldo. El corazón se le contrajo como si una mano se hubiera cerrado a su alrededor y lo oprimiera con fuerza, dejándola sin aliento y produciéndole un agudo dolor en las costillas. En ese momento lo supo...

Se acercó hasta el sillón, y sus ojos vieron lo que la repentina intuición ya le había revelado. Se lo veía tan inmóvil y tranquilo como si se hubiera quedado dormido una plácida tarde ante un fuego acogedor. El cabello negro, algo revuelto; la tan familiar estructura de su rostro, la curva de los labios, las oscuras pestañas proyectando sombras sobre las mejillas. Cincuenta años no lo habían cambiado ni un ápice. Y cada uno de los músculos y cada uno de los nervios de Índigo pareció agarrotarse mientras sus ojos contemplaban al hombre dormido.

En una voz tan sorprendentemente baja que sólo *Grimya* pudo oírla, musitó:

—*Fenran...*

## Capítulo 13

Esta vez no se trataba de una falsa ilusión. En esta ocasión no había ventisca, ni la engañosa luz de un farol, ni tampoco el aturdimiento del cansancio que pudiera trastornar su cerebro como había sucedido anteriormente en El Reducto. Esta vez no existía posibilidad de error. Desde que se había iniciado su exilio tan sólo lo había visto en sus sueños, o por períodos atormentadoramente breves cuando sus poderes —aún no dominados por completo— le habían permitido por un momento franquear las barreras que los separaban. Pero ahora, por vez primera en medio siglo, Índigo contemplaba el rostro y cuerpo vivos de su amor perdido.

No podía hablar. Había musitado su nombre pero ya no podía decir o hacer nada más. En un plano irreal, como procedente de otro mundo, percibía los ansiosos pensamientos de *Grimya* en su cerebro, escuchaba a su espalda la voz preocupada de Koru, quien también se había percatado de que algo no iba bien; pero no podía responderles, no podía ni pensar. Se limitó a permanecer inmóvil, sin respirar, con los ojos clavados en la dormida figura.

Los otros niños, despreocupadamente ajenos a lo que le sucedía, empezaron a gritar otra vez.

—¡Hombre dormido, hombre dormido!

—¿Está ahí? ¿Se despertará?

—¡Despierta, hombre dormido; despierta y mira a la señora que canta!

—¡Todos juntos podemos cantar más canciones!

Cada vez se apretujaban más hacia el frente, abriéndose paso a codazos en sus esfuerzos por echar una ojeada al sillón y ver lo que había encontrado Índigo. De improviso algo en el interior de Índigo se quebró. La muchacha giró en redondo, y *Grimya* tuvo la impresión de que en aquellos pocos segundos su amiga había envejecido veinte años.

—¡Koru, haz que se vayan! ¡Sácalos de aquí, llévatelos!

Los ojos de Koru se abrieron de par en par, llenos de contrariedad.

—Índigo, ¿qué sucede? ¿Qué hemos hecho?

Ellos no habían hecho nada; no era su culpa, pues ellos no sabían lo que se tramaba. Pero si no se iban, y de prisa, Índigo sabía que estallarían hecha una furia sin pensar en las consecuencias.

*Grimya*, percibió el torbellino de emociones que dominaba su cerebro y, volviéndose, cortó el paso a Koru, que había empezado a avanzar hacia Índigo. Fue un gesto protector, pero cuando Koru retrocedió nervioso descubrió que no había agresividad en sus ambarinos ojos, sino sólo tristeza.

—Koru —dijo *Grimya* con suavidad—, por fff... favor, haz lo que Índigo pide, y ssaca a los niños de aquí.

—¿Por qué? —inquirió el niño con perplejidad—. ¿Qué le sucede, *Grimya*?

*Grimya* dejó escapar un sonido parecido a un suspiro humano.



—No pu... puedo explicártelo todo, porque crreo que no lo comprenderías.

—¿Es el hombre dormido? ¿Tiene que ver con él? —El niño lanzó una inquieta mirada a la figura inmóvil de Índigo junto al sillón; luego volvió a mirar a la loba al encenderse en él un destello de intuición—. ¿Lo conoce Índigo?

*Grimya* inclinó la cabeza.

—Sssí; lo conoce.

El rostro de Koru se llenó de aflicción.

—¡Oh, *Grimya*, yo no quería disgustarla! —La esperanza iluminó su rostro de improviso—. ¡A lo mejor podemos despertarlo! A lo mejor...

—No ahora, Koru. Por fff... favor. Haz que se vayan.

La profunda emoción y urgencia que se ocultaban tras la súplica de la loba debieron de llegar hasta Koru, ya que éste asintió con seriedad y se volvió hacia sus amigos. Índigo no supo lo que les dijo; su cerebro estaba paralizado, encerrado dentro del pequeño cuadro viviente que formaban ella y Fenran, y ni siquiera se había dado cuenta de la conversación entre *Grimya* y el chiquillo. Pero por fin, muy despacio, como si despertara de un terrible sueño, advirtió que los niños habían salido al exterior y que únicamente quedaba la loba, que la contemplaba con silenciosa y atroz preocupación.

—*Dulce Madre...*

Pero los dientes de Índigo se clavaron con fuerza sobre la lengua, comiéndose las palabras antes de que ella perdiera el control y empezara a repetirlas inútilmente, locamente, una y otra vez. Por fin, al ver que no dejaba escapar ningún otro sonido, *Grimya* se atrevió a decir con suavidad:

—Tal vez se lo puede despertar. Quizá sea posible.

—Los niños dijeron...

—Pueden estar equi... vocados.

Índigo la miró, y una loca esperanza brilló en sus ojos como el fuego de un horno. No podía engañarse con la idea de que empezaba siquiera a comprender lo que le sucedía; era demasiado increíble, casi demasiado grotesco para creerlo. *Fenran aquí...* Pero...

—Sí —susurró—. ¡Oh, sí, sí! ¡A lo mejor se equivocan! —Y en su corazón rogó en silencio y con desesperación: «Por favor, gran diosa, ¡haz que estén equivocados!».

Se dejó caer de rodillas junto al sillón. Muy despacio, alargó las manos, y sus dedos tocaron la inmóvil figura de Fenran.

Era real, de carne y hueso; no un fantasma, sino un ser vivo y real. La piel estaba caliente al tacto, curtida por el sol y el viento, tal y como ella la recordaba. Y bajo sus temblorosos dedos percibió la prueba definitiva de que todo esto no era una ilusión: el latido regular de su corazón.

—Fenran. —Musitó el nombre como una letanía—. Fenran. Oh, mi amor, mi amor... Despierta. Por favor, amor mío. Despierta. Despierta.

Pero sabía, incluso al mismo tiempo que las palabras salían de su boca, que sus súplicas y sus plegarias serían en vano. Le cogió las manos, lo besó en los labios, y sus lágrimas cayeron sobre el rostro de él mientras rogaba; pero siguió dormido, tranquilo como un niño, sin moverse y sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

*Grimya* había salido en silencio de la torre. No podía soportar ser testigo del dolor de Índigo; se sentía como una intrusa y no podía hacer nada para ayudar. Índigo no la vio salir: toda ella estaba concentrada en Fenran.

Así pues, cuando la nueva voz le habló desde las sombras, el sobresalto que le produjo su identificación fue aún mayor.

—No puedes despertarlo, Índigo —dijo la voz—. Aún no..., no tú sola. Pero yo puedo ayudarte.

Índigo alzó la cabeza con la misma rapidez y violencia que si alguien la hubiera golpeado en la mandíbula. Se volvió, y su mano derecha voló al cinturón, dispuesta a sacar el cuchillo de la funda. Pero el cuchillo no estaba allí; lo había olvidado en el otro mundo, tras dejarlo caer en la Casa del Benefactor cuando intentaba forzar la cerradura de la puerta del muro. No pudo hacer otra cosa que mirar, enfurecida y llena de incredulidad, a la figura que tenía delante.

Némesis, la criatura-demonio que representaba su propio lado siniestro, no se arredró. Sus ojos brillaban como monedas de plata en la penumbra; su pequeño rostro felino era como el rostro de un fantasma.

—Hermana... —empezó a decir.

—¡No te *atrevas* a llamarme eso!

Apretó los puños con rabia mientras, a renglón seguido del primer sobresalto, surgía de su interior un torrente de repugnancia; recuerdos de los actos y engaños perversos de Némesis, recuerdos de sentimientos de amargura y odio, y las cicatrices de una enemistad inmortal e implacable. Quiso chillarle a aquella criatura a la cara, pero no consiguió encontrar palabras suficientemente groseras. Deseó arrancarle los plateados cabellos, sacarle los plateados ojos, aplastar su puño una y otra vez contra aquel rostro odioso de perpetua sonrisa...

Pero Némesis no sonreía. Despacio y de forma casi subliminal, Índigo empezó a darse cuenta de que, por una vez, no aparecía aquella mueca burlona en sus labios, no había ironía en sus ojos. La expresión de despiadado triunfo que había perseguido sus sueños durante medio siglo había desaparecido, reemplazada por una expresión de melancólico anhelo. El descubrimiento hizo vacilar la resolución de Índigo. De improviso dejó de estar segura del terreno que pisaba, y, aunque apenas podía hablar, obligó a las palabras a salir.

—¿Qué quieres?

—Hermana —repitió Némesis—, podemos despertarlo. Juntas, tú y yo. Tenemos ese poder.

A Índigo se le hizo un nudo en la garganta al sentir en ella el zarpazo de una

intuición que no quería aceptar. *¿Juntas?*

—¡No!

La intuición se hizo pedazos cuando los malos recuerdos afloraron otra vez a la superficie como un torrente, y con un violento gesto Índigo se puso en pie de un salto, ocultando el derrumbado cuerpo de Fenran de la vista de Némesis.

—¡Maldita seas! No lo tocarás. ¡No lo harás! ¡Inténtalo y te aniquilaré!

Némesis vaciló. En ese momento, el débil sonido de un suspiro surgió del sillón.

—¡Fenran! —Índigo giró en redondo con tal brusquedad que casi pierde el equilibrio, mientras la esperanza y el terror la envolvían como una violenta marea.

El sillón estaba vacío. Fenran se había desvanecido.

—¡No! —chilló Índigo, enloquecida, lo que provocó un aullido de respuesta de *Grimya* y los gritos de los niños que esperaban fuera.

Se escuchó un sonido de patas en el exterior, y una voz —la de Koru— gritó su nombre, asustada. Némesis volvió la cabeza y, en el mismo instante en que la sombra de *Grimya* se proyectaba en el umbral, la figura de la diabólica criatura se esfumó.

—¡Índigo! —La loba corrió a su lado, con la mirada salvaje y los colmillos al descubierto listos para atacar a quienquiera que amenazara a su amiga—. ¿Índigo, qué es? ¿Qué sucede?

A Índigo le fue imposible hablar al principio. Con el cuerpo convulsionado, las manos apenas bajo control, señaló el sillón sin decir nada. *Grimya* lo miró.

—¡Se ha ido! Pero...

—Né... Némesis. —La voz de Índigo surgió por fin, trémula y poseída de un trasfondo de terrible violencia—. Estaba aquí, *Grimya*. Es... taba aquí. Dijo..., dijo... Y entonces Fenran, se..., se *desvaneció*... —Se cubrió el rostro con las manos.

*Grimya* paseó la mirada de Índigo al sillón y luego otra vez a Índigo. No comprendía, pero, antes de que pudiera intentar calmar a su amiga lo suficiente para hacer preguntas, Koru entró corriendo.

—Índigo. Índigo, ¿qué pasa? —El niño estaba sin aliento—. ¡Chillaste!

La muchacha había conseguido dominarse ya, y agitó una mano en un veloz gesto negativo.

—Estoy bien, Koru. No hay nada de que preocuparse.

En absoluto tranquilizado, el niño echó una ojeada al sillón.

—¡Oh! —exclamó entonces, creyendo comprender—. El hombre dormido se ha marchado. —Dirigió una furtiva mirada a *Grimya* y añadió en un susurro—: ¿Fue eso, *Grimya*? ¿Fue eso lo que trastornó a Índigo?

*Grimya* no intentó responder a su pregunta. Índigo se dirigía ya a la puerta, despacio, con pasos rígidos. Estaba claro que seguía aturdida, y la loba corrió a su lado, la mirada levantada hacia ella llena de ansiedad. Koru se hizo a un lado cuando la muchacha pasó por su lado, pero ésta hizo como si no lo viera.

—Voy a regresar a Alegre Labor, *Grimya* —anunció, deteniéndose—. No..., no puedo quedarme aquí. *No puedo*.

Fuera, las voces de los niños se alzaron con renovada animación. *Grimya* no les prestó atención; no sentía el menor interés por el juego que estuvieran llevando a cabo ahora.

—Índigo, essspera —imploró—. No com... prendo.

La muchacha sacudió la cabeza. Carecía de palabras para explicarlo. Más tarde, quizá, le sería posible, pero no ahora. Volvió a iniciar la marcha... y entonces las dos escucharon lo que los niños gritaban en el exterior.

—¡Está aquí, está aquí!

—¡Ha venido a jugar con nosotros!

—¡Ven y juega con nosotros! ¡Ven a ver a la señora que canta y a su perra gris!

—¡Oh, teníamos tantas ganas de que vinieras a jugar! —exclamó una solitaria voz aguda.

Índigo y *Grimya* se pararon en seco, y la absurda posibilidad pasó dando tumbos por la mente de la muchacha. *¡Fenran! Había regresado...*

Inclinando la cabeza para franquear el bajo dintel, corrió al exterior, a la moteada luz del sol..., y se detuvo. Los niños ya lo habían rodeado, ansiosos y excitados como una carnada de cachorros que saludara a su muy adorado amo. Se aferraban a sus mangas, le tiraban de la túnica, estiraban los brazos para tocarle el rostro. En el centro, riendo entre dientes, gastando bromas y disfrutando todas luces de su adulación, el Benefactor extendía los brazos en gesto de bienvenida general.

Índigo dejó caer los hombros mientras volvía la cabeza, reprimiendo las lágrimas. Por un momento, sólo por un momento, había creído que... Tendría que haberlo sabido claro. La esperanza había sido falsa. La presencia de Némesis lo había demostrado.

—¿Índigo? —El Benefactor la había visto. Ella se negó a mirarlo.

—Regreso a Alegre Labor. No intentes disuadirme; no intentes siquiera *hablar* conmigo, o yo... —Las palabras murieron al darse cuenta de que no haría nada, incluso aunque fuera posible, no tendría sentido. Volvió a repetir para sí las palabras dichas a Némesis—: *Maldito seas...*

—Ah. —*Grimya* había salido también de la torre, y vio la expresión de los ojos del Benefactor aunque Índigo no la viera—. Creo comprender. —Miró a los niños que alborotaban a su alrededor y alzó ambas manos pidiendo silencio—. ¡Pequeños, pequeños! Claro que jugaré con vosotros, pero dentro de un rato.

—¡Ohhh! —gimieron.

—¡Chitón, chitón! Hay algo que tengo que hacer primero. En cuanto haya terminado, jugaremos un juego nuevo.

Se intercambiaron guiños, apaciguados sólo en parte.

—Bueno... —dijo uno, indeciso.

—¡Mirad! —El Benefactor juntó las manos—. Tengo un regalo para vosotros. —Separó las manos, y una pelota, que relucía multicolor, se materializó entre sus dedos—. ¡Atrapad la pelota, pequeños! ¡Atrapad la pelota, si podéis!

El Benefactor arrojó el brillante juguete al aire, donde flotó como un pájaro; luego, con voluntad propia, salió despedido como una flecha en dirección a los árboles. Los niños se lanzaron tras él entre agudos gritos de alegría; Índigo vio cómo la niña que los había acompañado al bosque cogía de la mano a Koru y lo arrastraba con ella a la tumultuosa marea de vociferantes niños.

El Benefactor los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista, sus voces lejanas ahora y apenas audibles en las profundidades del bosque, y entonces se volvió para mirar a Índigo.

—Así pues —dijo—, has encontrado lo que buscabas.

Índigo giró por fin para encontrarse con sus firmes ojos castaños, pero el rostro de la muchacha estaba descompuesto.

—¿Qué clase de criatura eres? —inquirió en voz baja y cargada de veneno—. Si querías atormentarme, o jugar conmigo a otro de tus estúpidos juegos infantiles, ¿no podías encontrar otra forma?

—¡Ah, sí; ya veo! De modo que todavía no comprendes.

—¡Lo comprendo muy bien!

—No, no creo que lo hagas. No invoqué una imagen de Fenran para atormentarte, Índigo. El hombre que vista durmiendo en la torre no es menos real que tú; no menos real que *Grimya*, o Koru, o incluso los niños a los que todavía insistes en considerar como fantasmas.

—¡Pero no pude despertarlo! —Las emociones se apoderaron de ella.

—Es cierto. Ni lo despertarás, a menos que comprendas la auténtica naturaleza de este mundo y vuelvas a encontrar la parte perdida de ti misma que reside aquí.

Al hablar había ido avanzando hacia ella; la muchacha irguió la cabeza con brusquedad, y el Benefactor se detuvo.

—¿Parte de *mí misma*?

—Sí —asintió el Benefactor con severidad—. La parte que llamas Némesis.

—¡No aceptaré eso! —exclamó con expresión rígida—. No puedes decirme que...

—Índigo —la interrumpió el Benefactor—, mira en tu corazón. Durante muchos años has sabido que Némesis era una parte de ti, y has intentado destruirla. Pero, si tuvieras éxito, ¿qué sucedería? Perderías la única oportunidad de convertirte en lo que fuiste una vez, antes de que se iniciaran todas estas duras pruebas. Perderías, para siempre, la oportunidad de estar *completa*. Porque tú y Némesis formáis parte de una misma entidad; una entidad que, hace mucho tiempo, se llamaba Anghara.

Índigo no quería escucharlo. El recuerdo de Némesis estaba demasiado nítido, el odio demasiado fuerte. Pero en alguna parte de ella misma brillaba una diminuta llama de incertidumbre. Incertidumbre, y algo más. ¿*Nostalgia*?

—¿Sabes cuál es la auténtica naturaleza de este mundo, Índigo? —inquirió con suavidad el Benefactor—. ¿Sabes por qué los niños viven aquí en esta desamparada, lastimosa simplicidad? ¿Por qué tu amor, Fenran, descansa en esta torre, inmerso en

un sueño del que nadie puede sacarlo? ¿Y por qué Némesis ha buscado, y encontrado, una especie de consuelo aquí? Te lo diré. Es porque este mundo es un refugio para los espíritus. No para los espíritus de los muertos, porque el cuerpo de cada uno todavía vive y respira en el mundo físico. Pero aquéllos cuyos espíritus han encontrado refugio aquí están incompletos. Han perdido su integridad o han renunciado a ella; han perdido esa preciosa esencia de sí mismos que los convierte en algo más que seres de carne y hueso. Y así pues, expulsadas y desnutridas, estas esencias han tomado otra forma y huido a un lugar en el que puedan vivir seguras. Los amigos que ha hecho Koru aquí, esos niños felices y bulliciosos, son los espíritus de los habitantes de Alegre Labor; espíritus que, al contrario que sus envolturas físicas, no han destruido su propia habilidad para soñar.

Índigo tenía la mirada fija en el Benefactor; una mirada extraña, casi ciega. «El cuerpo de cada uno todavía vive y respira en el mundo físico», había dicho...

—¿Intentas decirme que Fenran..., que el espíritu de Fenran está aquí?

—Su alma, su espíritu, su esencia. —El Benefactor realizó un gesto de impotencia—. Tantos nombres diferentes para algo que las palabras no pueden abarcar. Pero, al igual que los niños, su mente ha buscado un refugio.

—Y... —Casi no se atrevió a articular la pregunta—. ¿Y su cuerpo?

—Eso no lo puedo decir, porque no lo sé. Todo lo que puedo decirte es que, cuando su cuerpo duerme, su espíritu encuentra un respiro aquí, ya que la mente inconsciente puede atravesar los portales que separan las dimensiones.

—Entonces está realmente vivo...

—Sí, está realmente vivo. Pero tú ya lo sabías, Índigo. ¿Qué otra cosa te habría dado la energía y voluntad necesarias para buscarlo durante estos cincuenta años?

Índigo aspiró con fuerza. Esto era monstruoso; el Benefactor intentaba manipular su cerebro, intentaba encaminarla hacia alguna loca ambición propia... Y entonces recordó su anterior encuentro. Éste era el anzuelo, la trampa dispuesta para atraerla: Fenran —o la imagen de Fenran, pues aunque lo había tocado y sentido seguía sin poder confiar en nada en este mundo— colocado ante ella como un refulgente trofeo a conquistar. ¿Y el precio? Ayuda a mi gente, le había pedido él. Libéralos de este cáncer diabólico...

—¿Qué quieres? —Siseó las palabras por entre los apretados dientes—. ¿Qué quieres en realidad de mí?

El Benefactor suspiró.

—Nada más ni nada menos que lo que ya te he dicho: tu ayuda para hacer que las gentes de Alegre Labor vuelvan a estar completas.

—¿Y a cambio de eso... me ofreces a Fenran?

—No. —Sacudió la cabeza—. Yo no puedo devolverte a tu amor; yo no hago milagros. Pero, si haces lo que pido, obtendrás el poder para despertarlo.

Uno de los músculos de la mejilla de Índigo empezó a temblar violentamente sin que ella pudiera hacer nada por detenerlo.

—¿Cómo?

—Reuniendo a todos estos espíritus perdidos con sus correspondientes cuerpos, para que ya no necesiten buscar refugio en este mundo. Pero, para poder curarlos, debes curarte antes a ti misma. —Los dulces ojos castaños adoptaron de improviso una expresión penetrante—. Ésa es la única forma de ayudarlos, Índigo, y sólo de este modo podrás conseguir despertar a tu Fenran a la vida. Lo has encontrado, pero todavía os separa una barrera. Para romperla, y ayudar a mi gente a recorrer el sendero, tú y Némesis debéis reconciliaros. —Hizo una pausa—. A alguien como yo le resulta difícil suplicar, pero te suplico ahora. ¡Ayúdanos, Índigo! Acepta a Némesis, vuelve a ser una criatura completa, y conduce a estos espíritus perdidos a su hogar.

Volvió a quedar en silencio tras estas palabras, ligeramente encogido de hombros como para dar a entender le había hecho todo lo que estaba en su mano y ya no había nada más que pudiera decir o hacer. Durante un buen rato, Índigo permaneció inmóvil con los ojos fijos en él mientras su cerebro absorbía la fantástica petición. Confiar en Némesis... Era una locura, una obscenidad. Némesis era su peor enemiga, un ser cuya existencia estaba dedicada por completo a acabar con ella.

Las palabras de la criatura de ojos plateados volvieron a resonar en su cerebro: «Hermana, nosotras podemos despertarlo. Juntas, tú y yo. Tenemos el poder».

—¡No!

La palabra saltó por fin. El Benefactor la tentaba con aquello que más deseaba su corazón, le prometía la felicidad que durante cincuenta años había constituido su único sueño. Pero no era más que eso: un sueño. No podía confiar en él.

—No —repitió Índigo, y esta vez el timbre de su voz denotaba total decisión. De pronto se sentía totalmente tranquila—. Me dices que si quiero despertar a Fenran, primero debo ayudar a los habitantes de Alegre Labor, y dices que tengo el poder para hacerlo. Muy bien. ¡Si es así, entonces removeré cielo y tierra para conseguirlo! Pero lo haré sola. Némesis ya no forma parte de mí. La he vencido, y ahora la aparto de mí. No necesito a esa criatura diabólica, ¡porque *estoy completa!*

El Benefactor le devolvió la mirada sin parpadear.

—Estás equivocada, Índigo —declaró con gran pesar.

Los labios de la muchacha se torcieron en una sonrisa desdeñosa.

—Siento diferir, Benefactor; y creo que me conozco mejor de lo que tú jamás me conocerás. Voy a regresar a Alegre Labor. ¡Voy a llevar la buena noticia de que he encontrado a Koru, y voy a mostrar a tu gente la verdad sobre este mundo y lo que contiene!

Giró sobre sus talones, dando la espalda al Benefactor. A su espalda escuchó un suspiro.

—Sea como desees, entonces. Regresa junto a los míos. Diles la verdad, y muéstrales lo disparatada que es su incredulidad.

El aire empezó a relucir, y de repente Índigo se encontró mirando un rectángulo

de apagado brillo que flotaba en el aire ante ella. En sus profundidades se vislumbraba la habitación del piso superior de la Casa de Alegre Labor, espectral y sombría.

—Yo no necesito el espejo para moverme entre los mundos —dijo el Benefactor—. Se trata simplemente de un artilugio; uno de muchos. Si deseas regresar aquí y cuando lo desees, puedes utilizar cualquier medio que te dicte tu voluntad. Te llevas contigo mis mejores deseos, pero creo que descubrirás que la esperanza y la buena voluntad no son remedio suficiente para otorgar la vista a un ciego.

Sus palabras mostraban una tranquila resignación, y, cuando Índigo volvió la cabeza para mirarlo, vio que su rostro estaba impassible. Parecía haber aceptado la derrota, y la joven se vio sorprendida por una efímera sensación de intensa tristeza que emanaba del Benefactor. No obstante, seguía sin confiar en él; seguía sin saber qué clase de ser era: fantasma o criatura que hubiera regresado de entre los muertos, amigo o enemigo. Pero fuera lo que fuera, o lo que hubiera sido en una ocasión, no era un demonio. Índigo sintió lástima... y, a pesar de lo extraño que resultaba reconocerlo, se dio cuenta de que en otras circunstancias podría haber sentido un gran afecto por él. Bajó los ojos para mirar a *Grimya*, y su voz sonó curiosamente ronca cuando preguntó:

—¿Vienes, cariño?

*Grimya* no contestó de inmediato. No había pronunciado una palabra ni proyectado un solo pensamiento al cerebro de Índigo desde la llegada del Benefactor, y ahora lo miraba a él y a la torre con expresión apenada. Por fin se pasó la lengua por el hocico.

—Sssí, voy.

Índigo se aproximó al rectángulo de suave luz; luego, tal y como había hecho *Grimya*, volvió la cabeza para mirar al Benefactor.

—Demostraré que te equivocas. Puedo... y lo haré.

Su mano atravesó la luz, seguida del brazo y el hombro. Dio otro paso; se produjo un leve resplandor, como si se hubiera removido brevemente un estanque de aguas oscuras, y la muchacha desapareció.

—Pequeña loba —dijo el Benefactor cuando el animal empezó a avanzar para seguirla—, si me necesitas en algún momento, siempre me encontrarás en la Casa.

*Grimya* vaciló. Sintió que tenía que decir algo pero su cerebro carecía de las palabras adecuadas y no las encontró. Dejó caer orejas y cola y, con un breve y triste gemido, siguió a Índigo a través del portal.

En el mismo instante en que la loba desaparecía, se escuchó un revuelo entre los árboles que bordeaban el claro, seguido de voces infantiles. El Benefactor levantó los ojos y movió rápidamente las manos; el rectángulo de luz se esfumó mientras los niños, con Koru a la cabeza, aparecían corriendo y gateando ante él.

—¡La cogimos, la cogimos!

—¡Cogimos la pelota!



—¿Verdad que somos listos? ¿Verdad que sí?

Se pusieron a bailar a su alrededor entre gritos y risas. Entonces, de repente, Koru se detuvo a mitad del baile y miró a su alrededor. Sus azules ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Dónde está Índigo?

—Ha regresado a Alegre Labor, Koru —respondió el Benefactor dirigiéndole una dulce sonrisa.

—¡Oh! Pero yo creí que se iba a quedar con nosotros...

—No podía quedarse —repuso él, negando con la cabeza—. Tiene... trabajo que hacer.

Koru adoptó una expresión alicaída.

—¿Regresará? Pensé que se quedaría. Confié en que lo haría... para siempre jamás. —Las comisuras de sus labios se doblaron hacia abajo pesarosas—. La echaré de menos.

—¿Lo harás? —La mirada del Benefactor se volvió más pensativa—. Pero seguramente te sientes feliz aquí con todos tus amigos...

—Sssí, pero... —Koru le dedicó un curioso encogimiento de hombros—. Ellos sólo quieren jugar. A mí también me gustan los juegos, pero a veces me..., me gustaría hacer otras cosas. —Se interrumpió y lanzó un suspiro—. Echaré de menos a Índigo y a *Grimya*.

—Podrías haber regresado con ellos a Alegre Labor.

—No. —La pequeña cabecita rubia dio una enérgica sacudida—. No podría. *No podría*.

El Benefactor no dijo nada más. Los otros niños reclamaban a gritos que volviera a lanzar la reluciente pelota, y dos de ellos corrieron hasta Koru y, cogiéndolo de las manos, lo instaron a que se uniera a su frívola danza. Koru dejó que lo arrastraran; pero, cuando el chiquillo se dio la vuelta, el Benefactor descubrió el tenue brillo de una lágrima indecisa en el rabillo de uno de sus azules ojos.

Una vez más tuvo lugar el suave y sutil cambio entre mundos, la sensación de traspasar un simple umbral. En cuanto se fundió con aquella puerta sobrenatural, Índigo olió el seco y mohoso aroma de la Casa de Alegre Labor y percibió el cosquilleo del polvo en la nariz. Las sombras la envolvieron y se encontró de vuelta en el último piso, en el sanctasanctórum del Benefactor.

Se produjo una segunda perturbación en el espejo, una ondulación del cristal, y apareció *Grimya*, retorciéndose y agitándose mientras cruzaba la barrera. La loba saltó al suelo y se sacudió, parpadeando.

—¡Estamos de vuelta! —Su voz denotaba alivio; luego volvió la cabeza para mirar por encima del lomo—. El otro mundo ha desaparecido.

El cristal del espejo no mostraba ahora más que sus propios reflejos, y la pálida luz del alba penetraba a raudales por la más oriental de las seis ventanas mugrientas

que se abrían sobre sus cabezas, iluminando la desnuda estancia, la deslustrada corona sobre la peana acordonada, el espejo con su guardapolvo caído en el suelo. Índigo se frotó los ojos como si se despertara poco a poco de un sueño, y durante unos segundos permaneció inmóvil.

—Voy a regresar a la ciudad, *Grimya* —anunció al fin—. Voy a ver a Hollend y a Calpurna.

No quería hablar sobre lo sucedido y la loba no dijo nada, limitándose a inclinar la cabeza en señal de asentimiento. Las dos se pusieron en marcha en dirección a la escalera, cuando de pronto *Grimya* se detuvo en seco e irguió las orejas al frente, vigilante.

—¡Índigo! ¡O... oigo algo!

Los ojos de la loba estaban fijos en la negra boca del hueco de la escalera, y al cabo de un instante también la muchacha oyó el ruido. Alguien se movía en el piso inferior. Por un instante Índigo se sintió casi convencida de que el Benefactor había regresado al mundo físico y llegado a él antes que ellas. Luego, haciendo añicos la sospecha, se escuchó una aguda voz femenina.

—¿Quién anda por ahí? ¿Qué hacéis?

Índigo corrió a la barandilla y, al mirar por encima de ella, se encontró con el inadecuado rostro de tía Nikku, la guía de la Casa.

—¿Qué es esto? —Tía Nikku empezó a subir hacia ellas, y las suelas de madera de sus zapatos repiqueteaban con fuerza sobre los peldaños. Sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en rendijas mientras ascendía hasta lo alto de la escalera y se enfrentaba con Índigo, congestionada por la furia—. ¿Qué es esto? —volvió a exigir—. ¡La Casa está prohibida a estas horas! ¡Expílicate al momento, por favor!

Índigo abrió la boca para hablar, pero se dio cuenta de que no podía ofrecer ninguna explicación que esta diminuta y entrometida mujer pudiera comprender, y mucho menos aceptar. La aguda mirada de tía Nikku escudriñó la sala y fue a detenerse en el descubierto espejo.

—¿Qué? —exclamó, señalando con la mano—. ¿Qué has hecho aquí?

Tras empujar a la joven a un lado corrió hasta el espejo y lo contempló horrorizada como si esperara verlo desintegrarse ante sus ojos. Luego giró en redondo.

—¡No se puede tocar ningún objeto de la Casa! ¡Esto es una grave desobediencia! —Se inclinó para recoger el guardapolvo, que agitó vigorosamente antes de intentar devolverlo a su lugar sobre el espejo. Al ver que era demasiado baja para alcanzar la parte superior del marco, y con la idea de apaciguarla, Índigo hizo intención de ayudarla, pero tía Nikku lanzó un chillido y le golpeó las manos.

—¡Ah, ah! ¡Ahora me atacas! ¡Eres una criminal! ¡Una ladrona!

Índigo perdió los estribos ante aquello.

—¡No seas ridícula! Sólo intentaba...

—¡Ladrona! —gritó tía Nikku—. ¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Has venido aquí a robar los

tesoros de la Casa y a llevártelos contigo!

Volvió a golpear a Índigo como enloquecida, y la muchacha intentó sujetarla por los brazos, en un intento de detenerla; *Grimya* corrió en defensa de Índigo, y en medio del revuelo se perdió repentinamente el control de la situación. La conmoción no duró más que unos segundos, pero cuando terminó las uñas de tía Nikku habían arañado el brazo de Índigo mientras que la guía se encontraba sentada en el suelo entre los pliegues revueltos del guardapolvo, sujetándose una mano que sangraba por efecto de un mordisco de *Grimya*. Durante un tiempo todo permaneció en silencio.

—¡Ahhh! —Había más rabia que daño en el grito de la mujer cuando intentó incorporarse, se enredó con la ropa otra vez y por fin consiguió ponerse en pie algo vacilante—. ¡El animal me ha embestido! ¡Me ha herido!

Índigo se frotó el brazo mientras contemplaba enfurecida a la menuda mujer.

—Se limitaba a defenderme de ti. Y no es más que una herida superficial; ya casi ha dejado de sangrar. Te la limpiaré y...

—¡Ésta no es la cuestión! —gritó tía Nikku con voz estridente—. ¡He sido atacada y tal cosa no se puede tolerar!

—¡Tía Nikku, por favor, cálmate! —rogó Índigo, dirigiendo una rápida mirada al espejo—. Hay muchas cosas que explicar...

—¡Desde luego! ¡Y será explicado de inmediato, ante el comité!

—¡Por favor, quieres escucharme! Vine aquí...

—¡Sé muy bien por qué viniste aquí! ¡Para robar! ¡Para hurtar! ¡Responderás de este delito, y se te impondrá el castigo adecuado!

Índigo comprendió que no se podía razonar con ella. La menuda mujer se mantenía muy rígida, diminuta pero temible como una arpía ultrajada, con los ojos llameando con justificado fervor. De improviso, con gran teatralidad, tía Nikku señaló el espejo.

—Volverás a colocar la tela sobre el artefacto, y luego vendrás conmigo para presentarte ante el comité adecuado. ¡Al momento!

Índigo suspiró. Habría resultado muy simple apartar a tía Nikku a un lado y abandonarla allí bufando de cólera pero impotente mientras ella y *Grimya* escapaban del edificio. Pero eso no haría más que complicar la situación. Era mejor dejar que la mujer se saliera con la suya, al menos hasta que Índigo pudiera transmitir al comité la noticia con la que había regresado a Alegre Labor. Eso, y nada más, era lo que importaba por encima de todo. Tenía que mostrar a los habitantes de Alegre Labor la verdad sobre el mundo fantasma y los niños que lo habitaban. No con la ayuda del Benefactor, ni tampoco con la de Némesis, sino mediante su propia voluntad.

No dijo nada a tía Nikku, sino que se limitó a recoger el guardapolvo caído y a colocarlo otra vez sobre el espejo. Sus ojos contemplaron por un instante el cristal, pero éste sólo le devolvió su propia imagen. El mundo fantasma seguía invisible... y aguardando. Índigo acomodó el último pliegue de ropa sobre el espejo, ocultándolo por completo a la vista, y, siempre en silencio, se volvió y siguió a tía Nikku en

dirección a la escalera.

## Capítulo 14

Tío Choai no acostumbraba levantar la voz, y por ese motivo el sobresalto que provocó su repentino rugido en demanda de silencio tuvo el efecto deseado y triunfó allí donde todo lo demás había fracasado. Incluso las chillonas acusaciones de tía Nikku se interrumpieron antes de tocar a su fin, y la mujer se quedó mirándolo con la boca abierta por la sorpresa.

Tío Choai se irguió adoptando una expresión de dignidad herida y recorrió con la mirada los rostros agitados, interesados o simplemente desconcertados, que lo rodeaban.

—Éste no es el comportamiento que se espera de los diligentes ciudadanos de Alegre Labor —anunció con severidad—. ¡Tal alboroto no es decoroso y no se permitirá que continúe! Existen procedimientos adecuados, y serán éstos los que se seguirán, por favor.

De improviso todos los reunidos parecieron reacios a mirarse entre ellos a la cara, y todos los ojos se clavaron en el suelo. Alguien carraspeó para disimular. Sólo Índigo continuó mirando a tío Choai, pero —al menos por el momento— no dijo nada. Había sido pura casualidad que Choai estuviera realizando una visita de rutina a la Oficina de Tasas para Extranjeros cuando tía Nikku penetró en ella inflamada de virtud y proclamando a grandes voces sus quejas contra Índigo y *Grimya*. Como miembro del Comité de Extranjeros, y único miembro de edad disponible inmediatamente, Choai se autonombró al instante arbitro de la disputa y exigió saber qué era lo que sucedía. Tía Nikku se lanzó a una locuaz diatriba; los demás, llenos de curiosidad, se acercaron para averiguar qué sucedía, y en cuestión de minutos la zona situada frente al mostrador de la recepción de la Oficina de Tasas quedó atestada de espectadores, muchos de los cuales se unían a la disputa con preguntas y opiniones de su propia cosecha. Índigo descubrió que Thia estaba allí, y detrás de toda la multitud incluso vislumbró el tímido rostro de Mimino, la viuda del doctor Huni; pero, con gran contrariedad por su parte, no vio la menor señal de la presencia de Hollend o Calpurna ni de ningún otro residente del enclave.

La muchacha no creía poder controlar su genio durante mucho más tiempo. Al principio, al negarse tía Nikku a escuchar una sola palabra de lo que le explicaba, dirigirse al comité había parecido la única línea de conducta sensata; aunque ahora empezaba a arrepentirse ya de esa decisión. Tío Choai estaba claramente empeñado en que se observaran rígidamente las formalidades, y eso no presagiaba nada bueno.

—Respetada tía Nikku... —Choai habló en medio del restituido silencio, dedicando una protocolaria reverencia a la menuda mujer al tiempo que le dirigía una mirada que dejaba bien patente la antipatía que le inspiraba—, tengo entendido que deseas efectuar una queja contra la médica extranjera llamada Índigo, y que afirmas haber sufrido un innoble ataque en tu persona. Agradeceré des más detalles.

Tía Nikku no precisaba de una segunda invitación. Empezó al momento a relatar

su propia versión de la historia llena de dramatismo y exageraciones: cómo había descubierto a Índigo y a *Grimya* en la Casa del Benefactor, cómo había desenmascarado a la extranjera que no era más que una delincuente despreciable cuyo único interés era el pillaje y el robo, y cómo había sido atacada su persona, sin la menor duda siguiendo órdenes de su ama, por la perra de la extranjera. Tendió la mano mordida hacia tío Choai, exhibiendo las marcas de los dientes de *Grimya*, y exigió que se hiciera justicia, preferiblemente en la forma de un severo castigo impuesto a la culpable y abonado a ella. Su público estaba intrigado y empezó a hacer comentarios propios, y de repente Índigo ya no pudo soportarlo más.

—¡Tío Choai! —Su voz se escuchó por encima de los agudos chillidos de tía Nikku, lo que provocó que la diminuta mujer callara sorprendida. Todas las cabezas se volvieron, y todos los ojos se abrieron de par en par en consternada desaprobación ante tal violación del protocolo. Sin prestarles la menor atención, Índigo realizó la acostumbrada reverencia al anciano, pero tanto el movimiento como su voz demostraron impaciencia—. Pido disculpas, respetado tío, ¡pero no hay tiempo para ocuparse de la cuestión de este modo! Tengo noticias, noticias muy urgentes...

—¡Doctora Índigo! —Choai estaba escandalizado—. ¡Esto no es correcto! Tendrás tu turno para hablar a su debido tiempo; hasta entonces, por favor, permanece en silencio.

—No comprendes... ¡Esto es importante! Se refiere a...

—¡A lo que se refiera o no, no es pertinente hasta que llegue el momento adecuado! —la interrumpió tío Choai admonitorio—. Te lo repito otra vez: por favor, controla estos arranques y permanece en silencio.

Su tono era tan perentorio, su actitud tan altiva y altanera, que acabó con la poca paciencia que le quedaba a Índigo. Dejando de lado toda cautela —y con ella cualquier esperanza de redimirse ante los ojos de Choai—, aulló:

—¡Maldito seas, viejo estúpido, quieres escucharme! ¡*He encontrado a Koru!*

Durante quizá tres segundos la habitación quedó totalmente en silencio; luego estalló un gran alboroto. Tío Choai, eclipsada su cólera por la revelación de Índigo, empezó a golpear el mostrador y a gritar pidiendo orden, pero nadie le prestó atención. La gente se amontonó alrededor de Índigo, dándole golpecitos con el dedo, sacudiéndola, atosigándola a preguntas; tía Nikku chilló que la extranjera debía de estar mintiendo y empezó a discutir con vecinos que se ponían de parte de la joven. Únicamente dos personas no tomaron parte en la refriega: la anciana Mimino, que había abandonado ya la Oficina de Tasas, consciente de su baja posición social y deseosa de no llamar la atención, y Thia, quien, tras abrirse paso por entre la muchedumbre, llegó hasta la puerta, se escabulló por ella y empezó a correr en dirección al enclave.

Cuando Hollend y Calpurna penetraron en la Oficina de Tasas unos minutos más tarde, la asamblea se encontraba en completo desorden; daba la impresión de que todo el mundo hablaba a la vez, y tío Choai intentaba todavía hacer valer su

autoridad. Por suerte, la llegada de los padres del niño perdido, con Thia que sonreía humildemente detrás de ellos, provocó un repentino y sobrio silencio.

Calpurna se abrió paso por entre los reunidos; tenía el rostro manchado por las lágrimas y demacrado, lo que la hacía parecer más vieja de lo que era.

—¿Es cierto? —gritó—. Mi pequeño... ¿lo has encontrado? ¿Dónde está? ¡Dímelo!

El parloteo estalló de nuevo, y habría reinado el caos de no haber sido por Hollend. Tío Choai no se sintió en absoluto complacido cuando merced a su fuerte personalidad el agantiano se puso al mando y consiguió reinstaurar algo parecido al silencio y al orden, y por fin Índigo consiguió hablar.

—Sí —dijo respondiendo a la desesperada pregunta de Calpurna—; he encontrado a Koru... o al menos sé dónde está. Se encuentra vivo y bien, pero...

—¿Dónde, Índigo, *dónde*? —interrumpió Calpurna.

—En la Casa del Benefactor.

Tía Nikku, que había estado escuchando con tanta atención como los demás, se mostró visiblemente ofendida.

—¿Qué? —exclamó—. ¡Eso no es así! ¡Si fuera cierto, yo lo habría sabido!

—¡Por favor, escuchad! —Índigo levantó ambas manos, y tras una furiosa mirada de Hollend, las protestas de tía Nikku se apagaron hasta convertirse en un malhumorado murmullo.

—Koru está en la Casa del Benefactor, pero existe una razón por la que tía Nikku, con todo mi respeto —Índigo hizo una reverencia no exenta de sarcasmo en dirección a la enfurecida guía—, no pudo encontrarlo.

—Lo siento —intervino Hollend—, pero no comprendo.

—Es difícil de explicar. Fui a la Casa anoche para registrarla..., qué me impulsó no es importante en este momento..., y encontré un... camino para pasar a otro lugar.

—¿Alguna especie de escondrijo secreto, quieres decir?

Como analogía era lo que más se aproximaba a lo que podrían creer en estos momentos, pensó Índigo, de modo que asintió.

—Sí. Tía Nikku no conoce su existencia; en realidad dudo que ningún ser vivo la conozca. Pero lo encontré, y ahí es donde está Koru.

—¿Por qué no lo trajiste contigo? —gritó Calpurna—. ¿Por qué no? ¿Está herido, está atrapado en alguna parte?

—No, no, no le ha pasado nada. Pero... —Índigo vaciló, y luego decidió que tenía que ser sincera—. No quiso venir conmigo, Calpurna. Intenté convencerlo, pero no quiso escuchar. No..., no quiere que lo lleven a casa.

Calpurna lanzó una exclamación ahogada y se aferró al brazo de su esposo. Durante un segundo o dos Hollend siguió con los ojos fijos en Índigo como si intentara leer en sus ojos todo lo que sospechaba que ésta no había dicho. Por fin se volvió para mirar a todos los reunidos.

—¿Por qué estamos aquí de pie perdiendo el tiempo? ¡Por piedad, vayamos

inmediatamente a la Casa!

Todos los presentes en la Oficina de Tasas quisieron unirse al grupo que no tardó en ponerse en marcha; pero Hollend, respaldado con energía por tío Choai, que estaba ansioso por salvar todo lo que pudiera de su perdida autoridad, estuvo en contra. Demasiada gente asustaría a Koru, dijo, y si el niño realmente tenía miedo o era reacio a regresar a casa por su propia voluntad, aquello no haría más que empeorar las cosas. Este sentido común prevaleció al fin, y cinco personas —Hollend y Calpurna, Índigo, tío Choai y tía Nikku— fueron las que finalmente marcharon hacia la Casa. *Grimya* iba a seguirlas pero tío Choai alzó una mano.

—El animal no —dijo con firmeza—. El animal se quedará aquí. La cuestión del vergonzoso ataque de esta criatura contra nuestra respetada tía Nikku sigue pendiente de consideración y quedan aún por decidir las medidas que deben tomarse. Hasta entonces, el animal permanecerá en la Oficina de Tasas bajo la custodia del Comité de Extranjeros.

Índigo protestó a voz en grito pero tío Choai se mostró inflexible y al cabo, para no retrasar la marcha del grupo por más tiempo, se vio obligada a ceder.

«*Lo siento, cariño*», dijo a la loba mentalmente. «*Pero no nos deja otra elección. No te preocupes; tan pronto como regresemos me aseguraré de que se arregle toda esta estupidez*».

*Grimya* se pasó la lengua por el hocico.

«*No me sucederá nada. Pero estaré inquieta por ti*». Hizo una pausa. «*¿Estás segura de hacer lo correcto? Si el Benefactor estaba en lo cierto en lo que nos advirtió, esto puede crear aún más problemas*».

«*Lo sé. Pero no creo que él estuviera en lo cierto. Puedo hacerlo, Grimya*». Recordó el rostro de Némesis. «*¡Y no necesito la clase de ayuda que me ofrece el Benefactor!*».

La servicial y siempre presente Thia no había conseguido conquistar un puesto en el grupo de búsqueda pero, como muestra de su aprobación por su perspicacia al ir a buscar a Hollend y Calpurna, Choai le encargó a ella el cuidado de *Grimya* hasta que regresaran. Thia se sintió muy satisfecha con la misión, y en cuanto se cerró la puerta de la Oficina de Tasas agarró a la loba por el cogote y la arrastró hacia una habitación trasera, a la vez que ordenaba autoritaria que se trajera un plato de agua para calmar la sed del animal. Como no quería agravar más su situación actual, *Grimya* no protestó; pero, cuando trajeron el agua y Thia la colocó sobre una estantería lejos de su alcance antes de volverse hacia ella, la loba empezó a sentirse claramente inquieta. Su mente percibía la esencia de los pensamientos de Thia; éstos eran codiciosos, y bajo la codicia subyacía un destello de algo aún menos agradable.

De hecho Thia tenía sus propios planes para *Grimya*. Ya había sugerido a la doctora Índigo que el animal, o uno similar, resultaría un regalo adecuado y aceptable



como pago por los servicios prestados, y le ofendía la falta de atención prestada a su indirecta. Ahora que ella estaba en mejores relaciones con tío Choai que Índigo, Thia consideraba muy probable poder resolver la cuestión a su favor. La posesión de esta perra la convertiría en la envidia de sus semejantes, y el animal le resultaría muy útil bien adiestrado. Él amaestramiento, según creía Thia sin la menor duda, era, como con todos los animales, sencillamente una cuestión de disciplina.

—Tendrás agua si me obedeces, sólo si lo haces —dijo, clavando los ojos en la loba.

Desde luego que el animal no comprendería el lenguaje humano, pero le habían dicho que los perros eran capaces de aprender a reconocer los sonidos de ciertos vocablos si eran repetidos con frecuencia y con la firmeza suficiente. Señaló el cuenco y luego el suelo para ilustrar su mensaje, y dio una palmada.

—¡Siéntate, por favor!

A *Grimya* le había desagradado Thia desde el principio, de modo que le devolvió la mirada, fingiendo no comprender, y la muchacha frunció el entrecejo.

—¡Siéntate, por favor!

Su voz mostraba un cierto deje colérico, pero *Grimya* siguió sin obedecer. La muchacha suspiró impaciente. Esto no resultaría; no era suficiente. Estaba claro que Índigo controlaba al animal, y no existía una razón lógica por la que ella no pudiera ejercer ese mismo dominio. La perra debía aprender quién mandaba aquí... y lo haría.

Su jubón estaba sujeto alrededor de la cintura por una correa lisa de cuero. Thia desató el cinturón y lo blandió.

—Aprenderás —afirmó autoritaria—. ¿Me comprendes? ¡Aprenderás! —Pasó la correa por entre los dedos y, levantándola, la dejó caer como un látigo en dirección al hocico de *Grimya*.

Ésta se movió veloz. Se retorció a un lado y abrió la boca en dirección al improvisado látigo; cuando sus dientes se cerraron sobre el cuero, tiró con tanta fuerza que casi desencajó el brazo de Tilia. La muchacha lanzó un chillido de sorpresa y rabia, dio dos pasos al frente tambaleante y se encontró cara a cara con los furiosos ojos ambarinos de la loba. *Grimya* tiró de la correa, sacudiéndola como si se tratara de una presa; luego la dejó caer con gesto despectivo, y sus labios se tensaron para mostrar los colmillos en un gruñido feroz mientras los pelos de su lomo se erizaban.

—Tócame otra vez —dijo con su rasposa voz gutural—, ¡y te desgarraré la gargaaaannnta!

Los ojos de Thia parecieron a punto de saltar de sus órbitas. ¡*Hablaba!* ¡*El animal le había hablado!* Entonces, con una vertiginosa oleada de terror, el rechazo ocupó el lugar de la comprensión: ¡*no, no, tales cosas eran imposibles!*

Retrocedió con cautela unos pasos y luego corrió a la puerta, donde forcejeó desesperadamente con el picaporte mientras dirigía una última mirada aterrorizada a *Grimya*, sin saber si la asustaba más el ataque físico o el insensato, inconcebible,

*insostenible* hecho —no, no era un hecho; se había tratado de una ilusión, un lapsus momentáneo de su cerebro— de que el animal le había hablado a ella en su propio idioma. Thia huyó y, pesarosa pero no sin cierta satisfacción, *Grimya* escuchó cómo corrían un pestillo al otro lado de la puerta. Se encontraba prisionera ahora; pero al menos le quedaba la satisfacción de estar segura de que Thia no regresaría.

Tía Nikku realizó toda una ceremonia para abrir y empujar la puerta de postigo del muro que rodeaba la Casa del Benefactor, al tiempo que se lamentaba ruidosamente del trastorno que sin duda produciría esta inaudita desviación de la rutina y procedimientos correctos. Durante todo el trayecto hasta el edificio, ella y tío Choai habían estado enzarzados en una discusión ferozmente educada sobre la cuestión de quién tenía prioridad, y tan sólo la intervención de Hollend, enfurecido por el efecto de su disputa sobre la ya trastornada Calpurna, consiguió por fin acabar con el debate. Para alivio de todos —exceptuando posiblemente a tía Nikku— era todavía demasiado temprano para la llegada de visitantes para la primera visita del día, y así pues, la puerta fue abierta y el pequeño grupo penetró en el recinto de la Casa. Había varias personas trabajando en el reglamentado jardín, pero a una orden de tío Choai todos ellos dejaron las herramientas y, con curiosidad pero en silencio, desfilaron por la puerta para esperar en el exterior hasta que los mayores y el resto del grupo hubieran acabado lo que habían ido a hacer.

El familiar olor a moho provocó un cosquilleo en la nariz de Índigo cuando penetraron en la Casa. Tía Nikku los condujo al interior de la claustrofóbica penumbra, y allí se volvió.

—¿Ahora qué, por favor? —inquirió, contemplando desafiante a la muchacha.

Índigo señaló con la cabeza en dirección a la escalera.

—El último piso —indicó.

Ascendieron estrepitosamente los tres tramos de escalera sin decir nada más. Al llegar al último tramo Calpurna estuvo a punto de perder el control, pero Hollend la rodeó con el brazo y la mujer siguió adelante.

La habitación del último piso estaba tal y como Índigo y tía Nikku la habían dejado, con tan sólo unas marcas borrosas en el polvo para dar testimonio del pequeño incidente acaecido. Calpurna pareció sentirse fascinada muy a su pesar por la corona que descansaba en su peana; mientras su esposo la conducía por la habitación, la mujer no consiguió apartar la mirada del antiguo objeto y en dos ocasiones se estremeció como si la hubiera rozado un aliento frío e invisible. Por fin se agruparon todos frente al espejo cubierto por la funda, y cuatro expectantes pares de ojos se clavaron en el rostro de Índigo.

Índigo había tenido tiempo de pensar en lo que iba a decir en este momento, y estaba todo lo lista que podía estarse.

—Hollend..., Calpurna. —Paseó la mirada del uno a la otra—. Lo que tengo que mostraros no será fácil que lo aceptéis. Pero creo, *espero*, que puedo demostrar que

todo lo que os he dicho es cierto.

Tío Choai fruncía el entrecejo, y tía Nikku se mostraba hosca; Hollend y Calpurna se limitaron a contemplar a Índigo en tenso silencio. La muchacha se volvió entonces y tiró de la funda que cubría el espejo.

—¿Un espejo? —Se percibía una cierta irritación en la voz de Hollend—. ¿Qué tiene esto que ver con el corredor del que nos hablaste?

—Por favor, Hollend, escúchame. Os dije que Koru había encontrado un..., un escondite secreto fue el nombre que le diste, creo. No es tan sencillo como eso. El lugar al que ha ido Koru no es un escondite en el sentido que tú le darías, sino... otro mundo.

—¿Qué? —Hollend se mostraba incrédulo, y el labio inferior de Calpurna empezó a temblar—. En nombre de lo racional, ¿quieres decirme de qué estás hablando?

Índigo empezó a desanimarse. Había contado con que Hollend al menos no había sido víctima del temperamento de Alegre Labor y que por lo tanto estaría dispuesto, aunque fuera de mala gana, a aceptar la posibilidad de la existencia del mundo fantasma. Sin embargo ahora, al ver el duro y furioso centelleo de sus ojos, comprendió que había cometido un terrible error de cálculo.

—Hollend, por favor. —La desesperación se apoderó de ella—. Ten paciencia..., deja que te lo muestre. He encontrado a Koru, y puedo llevarte con él. —Se volvió otra vez de cara al espejo—. Mira..., ¡mira lo que sucede cuando toco el cristal!

Extendió la mano hacia el espejo, y ésta se encontró con la dura superficie; cuando la apretó contra él, el espejo se limitó a balancearse suavemente en su marco.

—¡No! —Índigo giró en redondo y miró más allá de los rostros hostiles de sus cuatro compañeros, hacia la corona que descansaba en su peana—. ¡No me hagas eso, no puedes! ¡Abre el portal!

Calpurna empezó a llorar. Tío Choai miró a tía Nikku, y ésta realizó una expresiva mueca.

—Es tal y como ya he intentado contaros: la extranjera intenta engañarnos y disfrazar sus auténticas intenciones. O bien es eso o está totalmente loca.

Índigo la oyó y se revolvió contra ella.

—¡No estoy loca! ¡Os digo la verdad! ¡El espejo es una puerta a otro mundo, a otra dimensión! ¡Koru la encontró, y huyó allí porque se lo castigó por creer que tales cosas eran posibles! ¡Oh, dulce Madre, estáis todos tan ciegos! —Dio otro nuevo empujón al espejo con tal violencia que casi lo derribó, y se acercó a grandes zancadas hacia la acordonada peana—. Vuestro precioso Benefactor, a quien veneráis tanto..., ¡lo sabía! Yo lo he visto, he hablado con él... Puede que lleve muerto siglos pero su espíritu, su fantasma, algo, no lo sé, todavía vive; y esta aquí, ¡controla el portal! ¡Lo sé! He visto el mundo fantasma... he estado allí, y Koru está allí, y...

Su voz se apagó cuando un destello de razón en algún rincón de su cerebro la devolvió bruscamente a la realidad. Su mirada se paseó frenética de un rostro a otro,

pero no había ayuda ni comprensión para ella. Calpurna había ocultado la cara en el hombro de su esposo y sollozaba con amargura, mientras que Hollend contemplaba a Índigo con una mirada de total y horrorizado desprecio. La expresión de tía Nikku era de pesadosa reivindicación, en tanto que tío Choai se limitaba a contemplarla impassible con rostro inexpresivo.

Fue Choai quien por fin rompió el silencio.

—Hollend, mi muy respetado amigo. —Resultaba casi inconcebible que uno de los ancianos de Alegre Labor se dirigiera a un extranjero en tales términos, y era considerado una muestra de gran estima—. Creo que lo mejor será que te lleves a tu valiente y noble esposa de este lugar y le ofrezcas todo el consuelo del que seas capaz en estas tristes circunstancias.

La mirada de Hollend se deslizó brevemente hasta el anciano, y luego asintió. No volvió a mirar a Índigo mientras conducía a Calpurna fuera de la estancia y escalera abajo. Cuando consideró que ya no podían oírlos, Choai se volvió hacia Índigo.

—Doctora Índigo —dijo con voz fríamente distante—, no estoy en posesión de todos los hechos y por lo tanto aún no estoy en condiciones de dar un veredicto final sobre tu comportamiento. Puede que estés enferma, como ya se creyó que era el caso en otra ocasión anterior; o puede ser que poseas un temperamento cruel y del todo indeseable que encuentra satisfacción en fingir locura. Si es éste el caso, el castigo será severísimo. —Dedicó una cortés inclinación de cabeza a tía Nikku—. Regresaremos ahora a la Casa del Comité, donde se averiguará la verdad. —Al ver que Índigo abría la boca para protestar, le advirtió—: No hables, por favor. Fuera de la Casa se encuentran ciudadanos fuertes y leales y se utilizará la fuerza si tu comportamiento lo hace necesario. —Señaló la escalera—. Haz el favor de ponerte en marcha.

No había nada que Índigo pudiera hacer o decir. Esta vez ni siquiera dirigió una mirada al espejo, pues sabía que no haría más que mostrarle su propia imagen derrotada. Asintió una vez, con sequedad, para demostrar que estaba de acuerdo, y por segunda vez en aquella mañana dio la espalda a la Casa y a todo lo que ésta contenía.

Hollend y Calpurna se habían adelantado; ninguno de los dos quería estar en presencia de Índigo ahora. Los trabajadores se inclinaron respetuosos cuando tío Choai y tía Nikku abandonaron el edificio acompañados por la extranjera de elevada estatura que avanzaba silenciosa y sombría delante de ellos, y luego regresaron a sus tareas. Mientras el polvo volvía a asentarse en la habitación del último piso de la Casa, nadie pudo ver el peculiar juego de luces, surgido de la nada al parecer, que brilló de improviso alrededor de la vieja corona de la peana; ni tampoco nadie pudo escuchar el débil eco espectral de un sonido que, con un poco de imaginación, podría haberse tomado por un apagado y entristecido suspiro.

## Capítulo 15

En esta ocasión no hubo nada espontáneo ni improvisado en la delegación que se reunió ese atardecer en una de las habitaciones superiores de la Casa del Comité que daba a la plaza del mercado. Durante toda la tarde Índigo había permanecido prisionera de hecho en la Oficina de Tasas, sin poder ver a *Grimya* y sin poder hablar con nadie que conociera. Se le había dado comida y agua, pero sus preguntas, protestas y ruegos no recibieron como respuesta más que un pétreo silencio hasta que, poco antes de la puesta del sol, la escoltaron a la Casa del Comité a enfrentarse con el tribunal.

Ya la esperaban cuando entró. Seis ancianos, de los cuales tío Choai era el de menor categoría, aguardaban tras una larga mesa, mientras que una legión de secretarios, notarios y otros funcionarios de menor categoría estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas formando una hilera a un lado de la habitación. Al otro lado se encontraban alineados Hollend, Calpurna y Ellani, que se había reunido ahora con sus padres, junto con tía Nikku y —algo que sorprendió en cierto modo a Índigo— Thia. En el centro de la habitación se había colocado un solitario taburete de tres patas, y fue aquí donde se le dijo a Índigo que se sentara.

No le habían permitido llevar a *Grimya* al interrogatorio. Más tarde comprendió que debería haber previsto las implicaciones de tal prohibición, pero como en aquellos momentos tenía otras preocupaciones más urgentes, no le dio demasiada importancia aparte de sentir una gran irritación por la rígida actitud de los ancianos. Eso, como no tardo en descubrir, fue un terrible error.

El anciano de más edad, una mujer muy vieja de rostro afilado que respondía al nombre de tía Osiku, que lucía una banda azul y una expresión de permanente hostilidad, no perdió el tiempo con preámbulos. La cuestión que se presentaba ante este comité provisional, dijo, era muy sencilla. La extranjera Índigo, que hacía poco tiempo había sido recibida con los brazos abiertos por la feliz y pacífica comunidad de Alegre Labor, había deshonrado tanto sus privilegios como sus deberes al intentar burlarse de aquellos que habían tenido la amabilidad de trabar amistad con ella. Estaba claro ahora para el comité que la joven había intentado pervertir la impresionable mente de un niño de ocho años confiado a su cuidado; el niño había huido de su casa y aún no había sido localizado. Cualquiera persona de recto proceder se daría cuenta ahora, declaró tía Osiku, de que eran las acciones sediciosas de la extranjera Índigo las únicas responsables de la desaparición del niño llamado Koru. Ahora, como si tal traición no fuera suficiente, la extranjera había intentado descaradamente atraer hasta esta misma enmarañada telaraña de invenciones disparatadas con la que ya había seducido a un niño indefenso no sólo a los propios padres del niño —quienes, sin duda, ya habían sufrido bastante—, sino también a dos respetados ancianos del comité. Por si esto fuera poco, gracias a la evidencia de tía Nikku, cuya honorabilidad era desde luego indiscutible, se había descubierto un

motivo oculto, ya que tía Nikku había detenido a la extranjera Índigo justo cuando intentaba robar los tesoros de la Casa del Benefactor.

Índigo escuchó este sermón condenatorio con creciente incredulidad y enojo. Abrió la boca en varias ocasiones para protestar furiosa, pero no se le ocurrieron las palabras apropiadas; el ataque que se lanzaba contra ella era una tergiversación tan monstruosa de todo lo sucedido que desafiaba la razón y la dejaba sin habla. Miró una vez en dirección a la familia de Koru, pero Calpurna desvió el rostro inmediatamente y sólo Ellani le sostuvo la mirada. Los ojos de la niña brillaban con un rencor que rayaba en el odio, e Índigo volvió la cabeza.

—Así pues —siguió la antipática anciana—, es ahora tarea de este comité decidir qué medidas tomar sobre este asunto.

—Respetada tía... —De improviso, Thia se puso en pie rápidamente y dedicó una reverencia a la mesa—. Si se permite hablar a una adolescente sin importancia, significaría un gran favor hacia mi persona.

La anciana la contempló sorprendida.

—Adolescente... —consultó sus notas—, adolescente Thia. ¿Posees información que sea de valor para el comité?

Thia volvió a inclinarse.

—Sí, respetada tía. Se refiere a otra queja contra el animal que pertenece a la extranjera Índigo.

El pulso de Índigo se aceleró, y la expresión de la anciana se tornó más ansiosa.

—Puedes informar al comité de lo que sepas. Habla, por favor.

Los labios de Thia se torcieron en una sonrisita de satisfacción.

—Respetada tía, se me confió la responsabilidad de custodiar a este animal, que es una perra grande y fuerte, mientras la extranjera Índigo intentaba de una forma tan vergonzosa engañar a nuestros estimados ancianos y a la desdichada familia del niño Koru. El comité está al corriente de que este animal había realizado ya un ataque salvaje y totalmente injustificado en la persona de la respetada tía Nikku. Es ahora mi deber ineludible informar al comité que, mientras se encontraba a mi cuidado y sin provocación, la criatura también me atacó a mí.

—¿Qué? —chilló Índigo, y tía Osiku le lanzó una mirada furibunda.

—La extranjera Índigo permanecerá en silencio, por favor. —Mientras Índigo se calmaba de mala gana, la anciana volvió a mirar a Thia—. Esto es muy grave, adolescente Thia. ¿Se produjo alguna herida?

—No, respetada tía. Gracias a la rapidez de reflejos y a una actuación prudente conseguí evitar los dientes del animal.

—Me alegra oírlo. ¿Qué ha sido del animal?

—Se encuentra bien encerrado en una habitación de la Oficina de Tasas para Extranjeros, respetada tía. No consideré prudente permanecer en presencia de la criatura, y ya he dado aviso de que para una persona desprevenida puede resultar peligroso entrar en la habitación.

—Muy juicioso —asintió tía Osiku con sagacidad—; sí, muy juicioso. Has actuado de forma correcta y diligente. —Hizo una señal a uno de los secretarios—. Que quede constancia de que este comité reconoce y elogia la conducta responsable de la adolescente Thia.

El secretario inclinó la cabeza y empezó a tomar nota, mientras Thia y su mentor, tío Choai, no hacían el menor esfuerzo por ocultar su alegría. Tía Osiku aguardó a que el secretario hubiera terminado de escribir, y luego movió la cabeza satisfecha.

—Muy bien, sigamos. Este comité toma nota de que Hollend y Calpurna, padres del niño perdido, exigen reparación y embargo sobre la extranjera Índigo en justa compensación por la ofensa causada. Tía Nikku también exige embargo, y además solicita la destrucción de la perra de la extranjera Índigo por ser una amenaza a la seguridad pública...

Consciente de que su anterior interrupción no había servido precisamente para ayudarla, Índigo se había esforzado por controlarse y guardar silencio. Esto, sin embargo, era demasiado, y se puso en pie de un salto, derribando el taburete.

—¿*Destruir a Grimya?* —aulló—. ¡Eso es monstruoso! Por la Madre, no pienso seguir tolerando esto...

La anciana hizo un gesto, y antes de que pudiera decir nada más, Índigo se encontró con que dos hombres le inmovilizaban los brazos a los costados. Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia en la sala; debían de haber estado a su espalda, y no dudaba que los habían enviado para impedir tales arrebatos por su parte.

Tía Osiku le lanzó una mirada furiosa y le espetó:

—¡La extranjera Índigo permanecerá *sentada!*

Uno de los capturadores de la muchacha volvió a colocar en pie el taburete mientras que el otro zarandeaba violentamente el brazo de Índigo. Ésta lo apartó con un furioso gesto y, blanca de rabia, volvió a sentarse. El corazón le latía desbocado, pero se obligó a permanecer callada.

Tía Osiku devolvió su atención a Thia, que había contemplado el enfrentamiento con expresión de compasivo desdén.

—Adolescente Thia, ¿deseas añadir tu nombre a los de Hollend, Calpurna y tía Nikku en esta petición de embargo sobre la persona de la extranjera Índigo?

—Si se me permite hacerlo, respetada tía, ése es mi deseo —respondió Thia con una exagerada reverencia.

—Muy bien. —Dirigió otro gesto en dirección a los secretarios, y otro de ellos tomó nota—. Regresa a tu asiento, por favor, adolescente Thia.

Mientras Thia se sentaba, los seis ancianos juntaron las cabezas y empezaron a conferenciar en voz baja. Hubo numerosos asentimientos e innumerables gestos obsequiosos por parte de tío Choai, pero, por mucho que Índigo agudizó el oído para intentar escuchar lo que decían, no consiguió captar ni una palabra. Por fin, tía Osiku se enderezó y dio unas palmadas.

—Muy bien. Este comité ha estudiado el tema y está ahora listo para dar su

sentencia.

Por un momento Índigo no pudo creer lo que escuchaba.

—¿Sentencia...? —inquirió, boquiabierta.

Se hizo el silencio, y los ancianos la contemplaron con asombro. Luego tía Osiku dijo con frialdad:

—Desde luego.

—Pero..., ¡pero esto es absurdo! ¡No habéis escuchado más que una versión de la historia!

La anciana pareció atravesarla con la mirada.

—Todos los testimonios necesarios para las deliberaciones del comité han sido dados y considerados. No hay nada más que decir. La extranjera Índigo permanecerá en silencio, por favor, o será necesario sacarla de la sala y pronunciar sentencia sin que esté presente.

—¡Malditos seáis, no pienso permanecer callada! —gritó Índigo, volviendo a incorporarse de un salto.

Los dos hombres corrieron hacia ella, pero esta vez los esperaba; con la mano derecha apartó a uno con fuerza mientras un golpe bien calculado con el codo izquierdo hacía retroceder tambaleante al otro.

Tía Osiku se puso en pie, roja de indignación.

—¡Esto no puede tolerarse!

—Tienes mucha razón, respetada tía: ¡desde luego que no puede tolerarse! —le espetó Índigo—. ¿Cómo podéis pronunciar sentencia sin escuchar lo que yo tengo que decir? ¡Si se me está juzgando, lo que evidentemente es así, entonces tengo derecho a hablar!

—Es bien sabido que un acusado sólo puede hablar si así lo decide el comité ante el que ha sido llevado —replicó la tía con aspereza—. Si así se desea, se debe elevar la petición correspondiente y solicitar permiso.

—¡Entonces hago esa petición ahora! —dijo Índigo apretando los dientes.

La tía volvió a hacer un gesto con la cabeza en dirección a su secretario.

—Que quede constancia de que la extranjera Índigo solicita permiso para presentar su caso ante este comité. Que también quede constancia de que no se le concede tal permiso. —Su fría mirada volvió a posarse sobre Índigo—. La acusada se sentará ahora.

Ni siquiera «extranjera» ahora, sino «acusada»...

—¡Esto es una parodia! —protestó Índigo—. Una parodia, una burla... que la Señora me ayude, ¿qué clase de locos fanáticos y ciegos sois?

Tía Osiku no se mostró nada afectada por su diatriba, e Índigo comprendió de improviso que nada de lo que dijera o pudiera hacer cambiaría las cosas un solo ápice. El comité la había juzgado y encontrado culpable. Por muy violentamente que protestara, su decisión estaba tomada, y ni el razonamiento ni ninguna otra forma de súplica alteraría. Estupefacta ante aquella idea, la muchacha sintió de repente que las



fuerzas la abandonaban, e involuntariamente se desplomó sobre el taburete, con el rostro muy pálido.

Se produjo un silencio expectante, hasta que tía Osiku carraspeó y anunció:

—Este comité encuentra mérito en las quejas presentadas contra la extranjera Índigo, y considera culpable a dicha extranjera en todos los aspectos. Que quede pues constancia de que el castigo se aplicará como sigue: la persona de la culpable ya no es deseable en la vecindad de Alegre Labor, y por lo tanto se la transportará a un lugar situado a ocho kilómetros al este de la ciudad y una vez allí se la dejará marchar; esta acción se llevará a cabo mañana una hora después del amanecer. No se le concede permiso para regresar a Alegre Labor en el futuro, y el castigo a su desobediencia será inmediato y severo.

Índigo la miró perpleja. ¿Un simple exilio? Había esperado algo mucho peor... Pero la mujer no había terminado aún.

—En cuanto a las peticiones de embargo recibidas de Hollend y Calpurna, de tía Nikku y de la adolescente Thia, el comité decreta lo siguiente: que los bienes y posesiones de la culpable Índigo sean decomisados y entregados a los solicitantes por riguroso turno, en una proporción de tres, dos y uno; el valor total de este embargo se fijará en ciento cincuenta piezas.

Vaya, de modo que ahí estaba el quid de la cuestión. Índigo se sintió embargada por la amargura al comprender hasta dónde llegaba el cinismo de estas personas. ¿De qué podía servir la prisión o incluso la ejecución, cuando se podía sacar un provecho de todo aquello? Un prisionero ocupaba espacio productivo y comía comida valiosa, y un cadáver no le servía a nadie. Una severa pena monetaria resultaba una opción mucho más práctica.

Dirigió la mirada al otro extremo de la estancia, donde se encontraban Hollend y Calpurna. Ésta estaba sosegada, apesadumbrada aún pero asintiendo con severidad a la sentencia de la anciana. Hollend parecía fatigado pero aliviado. Y Ellani... Ellani sonreía. ¿Era eso todo lo que Koru significaba para ellos?, se preguntó Índigo con un escalofrío interno. ¿Estaban tan contaminados por la forma de ser de este país monstruoso que valoraban la vida de su propio hijo y hermano tan sólo en términos monetarios? No podía creer tal cosa de ellos. ¡Tal cosa no era posible!

Sus tristes reflexiones se vieron interrumpidas cuando tía Osiku volvió a tomar la palabra.

—Por último, llegamos a la cuestión de la perra de la culpable. Queda claro por la evidencia presentada ante este comité que el animal en cuestión no es una presencia deseable dentro de los límites de Alegre Labor. Por el momento ya ha lanzado dos ataques, en ambos casos sin mediar provocación, sobre honrados e inocentes ciudadanos. La culpa de tales ataques queda atribuida a la rea Índigo, ya que es bien sabido que un simple animal carece del poder de razonar y por lo tanto no se lo puede considerar culpable de sus acciones. No obstante, es la obligación de este comité tener en cuenta no sólo la seguridad de los buenos ciudadanos de Alegre Labor, sino

también el bienestar de los habitantes de otros distritos a los que pueda ir a parar la rea en el futuro. El animal ha demostrado ser una amenaza para el mantenimiento de la paz y el orden, y permitirle vagar en libertad significaría una negligencia en nuestro deber para con nuestros vecinos. Así pues, el comité decreta que el animal sea confiscado y destruido.

Índigo se quedó helada. No podía mover ni un músculo; ni siquiera era capaz de respirar...

Tía Osiku dirigió una mirada complacida a los presentes.

—La actuación de este comité se da por concluida. Todos pueden retirarse.

Los otros ancianos se incorporaron, asintiendo y hablando entre ellos. Los secretarios y notarios se pusieron a recoger sus papeles. Hollend empezó a conducir a su esposa e hija a la salida; detrás de Índigo alguien abrió las dobles puertas, dejando entrar una oleada de aire fresco...

—¡¡No!! —aulló Índigo, haciendo añicos el apagado bullicio.

Luchó contra ellos. Se debatió con todas sus fuerzas cuando otros tres hombres acudieron corriendo a la llamada de tía Osiku para ayudar a los dos que se esforzaban por sujetar a Índigo, pero, aunque los dos primeros no habían podido con ella, no tenía la menor posibilidad contra cinco. Le ataron las manos a la espalda; luego, cuando todavía intentó patearlos, le ataron los pies, y por fin la sacaron sin miramientos de la habitación a la vista de todos los reunidos.

Tía Osiku contempló cómo la sacaban de allí con aire de desaprobador pesar, y sólo cuando Índigo y sus guardianes hubieron desaparecido escalera abajo, se permitió suspirar entristecida para acto seguido recoger sus papeles y disponerse a marcharse. Encontrándose entonces con la mirada de Hollend, hizo un gesto a éste para que se acercara.

—Extranjero Hollend... —La reverencia que le prodigó no podía ser más cortés—. El comité lamenta este infortunado arranque. Ha sido muy desagradable, y una afrenta para tu buena esposa que ya ha sufrido mucho a manos de la rea.

Una disculpa tan clara de labios de un anciano situado en la categoría de los portadores de banda azul resultaba una auténtica rareza, y Hollend devolvió la reverencia con gran énfasis.

—Me conmueve profundamente tu amabilidad, la cual aprecio en todo lo que vale, respetada tía.

Un amable gesto de asentimiento acogió sus palabras.

—El embargo de las posesiones de la rea se celebrará esta misma tarde una hora después del anochecer. Será el momento más adecuado para todos los interesados. Designaré a dos monitores para que regresen contigo a tu casa y recojan todos los bienes pertinentes para su inventario y evaluación, y todos pueden reunirse aquí a la hora convenida.

—Gracias —repuso Hollend y, tras cierta vacilación, añadió—: Lo cierto, respetada tía, es que mi esposa y yo no queremos nada de Índigo.

—¿Nada? —La anciana se sorprendió.

—Los dos sentimos que..., que tener algo que... nos recuerde este triste episodio sería... desagradable. —Sus ojos sostuvieron la curiosa mirada de la mujer—. Y ninguna riqueza de este mundo podría compensarnos por la pérdida de nuestro hijo.

Era evidente que a tía Osiku le resultaba imposible comprender algo así, pero, teniendo en cuenta las peculiares costumbres de los extranjeros, lo aceptó lo mejor que pudo.

—Bien, vosotros decidís, desde luego. No obstante, te aconsejaría que recuerdes que la ley de embargo está pensada no sólo para compensar los perjuicios sufridos por la víctima, sino también para castigar adecuadamente al malhechor.

—Desde luego, claro que comprendo eso. —Hollend volvió a hacer una pausa—. Hay únicamente un objeto que a mi hija le gustaría mucho tener, y que ruego se nos ceda.

—¿Cuál es?

—Un instrumento musical. No sé qué nombre recibe, pero está hecho de madera y tiene forma triangular, con un cierto número de cuerdas tensadas sobre el armazón. Tengo entendido que Índigo... lo tocó para Koru, la noche antes de... —Su voz se apagó.

—¿Una estructura de madera para producir sonidos musicales? No veo ninguna ventaja a un objeto así.

—En efecto; pero mi hija pide que se le conceda su custodia.

Totalmente desconcertada ahora, la anciana se encogió de hombros.

—Muy bien. Ordenaré que lo separen. —Le dedicó un cortés gesto de cabeza para indicar que no tenía nada más que decir, e hizo intención de salir, pero entonces se detuvo y volvió la cabeza—. ¿Por qué quiere tu hija este instrumento? ¿Lo sabes?

Hollend sonrió tristemente.

—Sí, respetada tía. Desea reducirlo a cenizas.

—No me importa —suplicó Índigo con desesperación—. No me importa lo que os quedéis, lo que cojáis... Os lo podéis quedar todo: mis ponis, mi dinero, mis pertenencias, todo lo que poseo..., ¡pero no hagáis daño a *Grimya*!

Pero, mientras les imploraba otra vez, sabía que era inútil. El comité había dictado sentencia, y nada, ni la compasión, ni la misericordia, ni siquiera el soborno, los haría cambiar de idea. *Grimya* estaba condenada a morir y nada podía hacer ella para evitarlo.

La habían sacado de su improvisada celda en la Oficina de Tasas para que presenciara el embargo de sus bienes, y en otras circunstancias, la forma tan escrupulosa en que éste se realizaba habría resultado totalmente ridícula. Aunque su intención real era robarle casi todo lo que poseía —ciento cincuenta piezas compraban muchas cosas en Alegre Labor— el comité realizó un gran alarde para demostrarle que no pensaban tomar ni una pizca más de lo que correspondía a la

multa impuesta. E incluso esperaban que se mostrase agradecida por ello.

Índigo apenas si prestó atención mientras se desarrollaba todo aquel batiburrillo de discusiones y trueques, la mayoría del cual —no; para ser justos, *todo él*— se centraba en tía Nikku y Thia, ya que ambas querían uno de los dos ponis de la joven. La disputa quedó zanjada cuando un notario anunció que el valor de cada poni se había fijado en treinta piezas y por lo tanto la adolescente Thia, a la que sólo correspondían veinticinco piezas, no podía reclamarlo. Tía Nikku no realizó el menor esfuerzo por ocultar su regocijo ante esto, y por las restantes veinte piezas que le quedaban exigió los arreos del poni, las mejores ropas de Índigo —incluido su grueso abrigo de lana—, su cuchillo y la funda —que ella misma había encontrado allí donde Índigo los había dejado caer junto al muro de la Casa, lo que, según dijo tía Nikku, confirmaba su derecho a ellos—, y sus utensilios para cocinar, que estaban hechos de una clase de hierro de mucha mejor calidad que la que podía encontrarse en la zona. Thia, colérica, empezó a discutir sobre las ropas y el cuchillo, y otra anciana menuda y apergaminada, a quien Índigo no había visto nunca antes, se vio obligada a intervenir y arbitrar hasta que finalmente las dos interesadas se dieron por satisfechas.

Durante todo aquel regateo y enfrentamiento verbal, Hollend y Calpurna se mantuvieron el uno junto al otro a un lado de la habitación, contemplando lo que sucedía en silencio pero sin tomar parte. De vez en cuando algún funcionario perseverante intentaba hacer que participaran, instándolos a tomar lo que en justicia era suyo, pero en cada ocasión ellos se limitaron a negar con la cabeza, rechazando lo que se les ofrecía. Envolvía a ambos un aire de triste y estoica dignidad que, no obstante sus anteriores sentimientos de desprecio, a Índigo le resultó dolorosamente conmovedor; pero ellos no la miraron ni una sola vez.

Ellani, en cambio, era otra cuestión. Sus ojos se habían mantenido fijos en Índigo desde el mismo inicio de la reunión, y la expresión que aparecía en ellos mostraba el mismo odio que la muchacha ya había visto antes, aunque aumentado ahora por un jubiloso triunfo. Y, cuando por fin se hubieron repartido las partes correspondientes a Thia y a tía Nikku y todas las demás personas presentes en la sala contemplaron expectantes a Hollend y Calpurna, fue Ellani quien dio un paso al frente. Tras dedicar una respetuosa reverencia a los ancianos presentes, la niña señaló una bolsa de cuero que descansaba sobre el suelo entre los diversos objetos pertenecientes a Índigo.

—Si sois tan amables, respetados tíos y tías, me gustaría tener eso —dijo.

Índigo la contempló asombrada. ¿Su arpa? No lo comprendía. Entonces, de improviso, Calpurna habló; miraba a Índigo directamente a la cara por primera vez, y su rostro mostraba una expresión de amarga desdicha.

—Solicitamos este instrumento y nada más —anunció con frialdad—. No nos ensuciaremos las manos con ninguna otra posesión de la criatura que ha traicionado nuestra confianza de una forma tan cruel. Pero esto... —Señalo el arpa y se estremeció—. ¡Esto, al menos, lo cogeremos y quemaremos, para que jamás vuelva a ser utilizado para corromper la mente de un niño inocente! —Luego, mientras Índigo

la contemplaba perpleja, su voz se apagó hasta convertirse en un ronco gemido hueco —. ¿Cómo pudiste hacernos algo así? ¿Cómo pudiste?

—Querida... —Hollend tiró de ella hacia atrás y Calpurna se revolvió violentamente, mordiéndose los labios mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Quiero irme a casa. Sácame de aquí, Hollend, llévame a donde no la vea. ¡Quiero ir a casa!

—Calpurna... —Índigo intentó levantarse del taburete en el que la habían colocado, pero las manos de tres de los hombres más fornidos de Alegre Labor le impidieron hacerlo—. ¡Calpurna, espera, por favor! Si sólo...

—¡Permanece en silencio! —rugió uno de los hombres.

Hollend se llevaba ya a Calpurna, aunque de todos modos la mujer tampoco la habría escuchado. De repente, Índigo se cubrió el rostro con una mano y empezó a llorar en silencio, llena de desesperación.

Tía Osiku, que había presidido la reunión tal como antes la parodia de juicio, dio unas palmadas.

—Todo ha acabado ya, creo. La sesión para proceder al embargo de los bienes de la rea ha finalizado. Los bienes confiscados pueden ser reclamados mañana una hora antes del mediodía, cuando todos los inventarios y trámites correspondientes hayan quedado concluidos. Esto es todo ahora. Marchaos, por favor. —Mientras todos se dirigían lentamente hacia la puerta siguiendo los pasos de Hollend y Calpurna, la anciana se volvió hacia los guardas de Índigo y les hizo una autoritaria señal—. La rea será encerrada en una habitación segura hasta la hora en que se la escoltará fuera de Alegre Labor. Si desea comer antes de irse, puede comprar su comida pagando tres piezas.

Se volvió para marcharse, pero Índigo la llamó:

—¡Espera! Por favor...

La anciana se detuvo. Se dio la vuelta otra vez, pero sus ojos se clavaron en la pared y no en el rostro de Índigo.

—No se responderán más preguntas ni se considerarán las peticiones —dijo en tono conciso.

—Respetada tía, tengo que hacerte una pregunta. *Por favor.* —Era un último y desesperado esfuerzo, y, si tenía que humillarse, se humillaría—. *Grimya...*, mi perra..., ¿dónde está? ¿Sigue... viva?

La mirada de la tía se mantuvo imperturbable.

—Puesto que la respuesta ni beneficiará ni ayudará a la rea, puede contestarse a esta pregunta. El animal está encerrado en otro sitio. Sigue vivo.

«Madre querida, al menos eso es algo», pensó Índigo, y en voz alta preguntó:

—¿Qué le sucederá?

Por un momento pensó que la anciana no contestaría, pero entonces ésta le dedicó el negligente encogimiento de hombros de costumbre.

—Se matará a la criatura en la misma forma en que se sacrifica a los animales:

cortándole el cuello. La tarea la realizará el matarife, mañana o al día siguiente, cuando sea conveniente.

Mañana o al día siguiente... Así pues, se dijo Índigo, todavía quedaba un atisbo de esperanza. De algún modo, *de algún modo*, debía encontrar una forma de escapar de este lugar antes de que fueran a buscarla por la mañana. O, si eso no tenía éxito, hallar la forma de regresar a Alegre Labor sin que la vieran; pues de una cosa estaba segura: si no conseguía rescatar a *Grimya*, entonces ninguna otra cosa —ni Koru, ni los secretos del mundo fantasma, ni siquiera su búsqueda de la forma de despertar a Fenran— volvería a importarle.

Thia no estaba del mejor de los humores cuando abandonó la Oficina de Tasas para Extranjeros. Todavía se sentía dolida por las disputas sobre la parte que le correspondía, y en particular la enfurecía el que se hubiera adjudicado a los ponis un valor que ella no podía pagar. Tía Nikku se mostraría insoportable ahora, y Thia estaba decidida a desquitarse a la primera oportunidad.

Había anochecido ya y las otras personas que también habían estado presentes en la Oficina de Tasas empezaban a dispersarse, por lo que Thia se sorprendió al descubrir una sombra de forma humana acechando cerca de la pared. Se detuvo, atisbó en la oscuridad, y su aguda vista distinguió una figura conocida.

—¡Tú! —Su voz resonó autoritaria en el silencio—. ¿Qué haces aquí?

La figura se acercó arrastrando los pies con un movimiento nervioso y furtivo, y Thia contempló con desprecio la inclinada cabeza de la vieja Mimino, la viuda del doctor Huni.

—¿Qué es lo que quieres, despreciable montón de huesos? —exigió rabiosa—. ¡Aquí no hay nada para la gente como tú, carroña! ¡Vete..., arrástrate otra vez hasta tu estercolero y acurrúcate entre los animales, y no te atrevas a dejar ver tu rostro otra vez por aquí, porque ahora ya no le sirves a nadie!

Mimino no protestó por los crueles y calculados insultos de la muchacha; no dijo ni una palabra. Inclino varias veces la cabeza, como un ave que realizara un curioso gesto de asentimiento, y luego retrocedió de nuevo al interior de las sombras con toda la rapidez que le permitieron sus debilitadas piernas. Los labios de Thia se torcieron en una mueca burlona, y la muchacha se alejó a grandes zancadas por el camino en dirección al centro de la ciudad. Convencida de haber puesto a la anciana en su sitio no volvió la cabeza, y por lo tanto no vio cómo Mimino observaba su marcha con ojos extrañamente brillantes y alertas. Tras contemplar durante unos instantes cómo la espalda de Thia se perdía en la distancia, la anciana sonrió, con una sonrisa peculiar y privada. Oh, sí, ella sabía lo que sucedía; ¿acaso esa noche no había encontrado un hueco en las últimas filas de la multitud, en la Oficina de Tasas, y oído todo lo que había sucedido? Mimino sabía. Mimino sabía mucho más de lo que nadie podía imaginar. La extranjera, la nueva médica, había sido amable con ella. Y Mimino tenía la intención de ayudarla si podía. Mimino tenía la intención de ser *útil*.

Aguardó unos segundos más, hasta estar segura de que Thia se había perdido de vista y nadie se acercaba. Luego se dio la vuelta y avanzó hacia la Oficina de Tasas con una facilidad que contradecía su acostumbrado paso lento y encorvado.

## Capítulo 16

*Grimya* estaba frenética. Nadie se le había acercado desde el momento —debía de hacer horas ya, aunque no tenía forma de estar segura— en que la habían introducido sin miramientos en el interior de un cajón de madera y la habían sacado de la Oficina de Tasas con destino desconocido. Cuando se marcharon sus capturadores se abrió paso a mordiscos fuera de la caja, que era endeble y estaba medio podrida, y se encontró en una habitación vacía y sin ventanas cuyo suelo era de tierra. La estancia apestaba a podredumbre, sangre reseca y carne tan rancia que ni el más despreciable de los carroñeros la tocaría. En la atmósfera se percibía también un olor a ser humano, a hombres que no se lavaban, desagradable y nauseabundo. Aparte de esto, no obstante, no había nada que pudiera darle una pista sobre el lugar en que se hallaba.

Lo primero en lo que pensó fue en averiguar el paradero de Índigo, pero cuando utilizó sus sentidos telepáticos descubrió consternada que su amiga estaba demasiado lejos para poder establecer contacto con ella. ¿Dónde, no obstante? ¿Todavía en la Casa del Benefactor? ¿Había encontrado otra vez la forma de pasar a través del espejo y regresado al mundo fantasma, o habían vuelto ella y sus acompañantes a Alegre Labor y algo no iba bien? *Grimya* no había averiguado nada de los hombres que habían acudido a llevársela, ya que éstos no habían intercambiado una sola palabra entre ellos, y mucho menos con ella.

Pero el que la hubieran transferido de la Oficina de Tasas a una prisión más segura la hacía temer lo peor. ¿Por qué se habían empeñado tanto sus capturadores en separarla de Índigo? ¿Por qué no regresaba Índigo? ¿Qué iba a ser de ellas dos?

Durante mucho tiempo *Grimya* había estado intentando llamar la atención de alguien, de cualquiera. Había ladrado, aullado y gemido a la puerta de su prisión, arañando la sucia madera sin pintar y deteniéndose a cada momento para escuchar con atención cualquier sonido que llegara del exterior como respuesta. Pero nada llegó hasta ella, y por fin llegó a la conclusión de que no había nadie en el edificio que pudiera oírla. Llena de tristeza, la cabeza y la cola gachas, se tendió sobre el suelo con la mirada fija en la puerta y deseando con todo su corazón que la fuerza de voluntad pudiera abrirla. ¿Dónde estaba Índigo? ¿Y por qué, *por qué* las mantenían separadas?

*Grimya* no supo cuánto tiempo permaneció allí tumbada, impotente y frustrada hasta casi la desesperación por culpa de su forzada inactividad. Percibió el anochecer, pero, sin una ventana por la que mirar, no tenía modo de calcular la hora con precisión. Su cerebro no dejaba de intentar imaginar lo que podría haber sucedido a Índigo, pero las posibilidades eran tantas que derrotaron su imaginación.

Entonces, de improviso, sus finos oídos percibieron un débil sonido al otro lado de la puerta.

*Grimya* se incorporó al instante, y la esperanza y el temor se apoderaron de ella



en igual medida. ¿Índigo? No, ya que la veloz llamada telepática enviada no recibió respuesta. Sin embargo había alguien allí fuera. Percibía su presencia... y volvió a escucharse aquel sonido cauteloso, casi furtivo, como si quienquiera que fuese estuviera ansioso por no ser visto ni oído.

Los sonidos se acercaron a la puerta y cesaron. Luego se escuchó un chirrido discordante y quejumbroso, como el roce de pedazos de metal oxidados y sin aceitar, y corrieron el pestillo del otro lado. *Grimya* retrocedió al instante, con los pelos del lomo erizados y lista para saltar si aparecía un enemigo o para correr si se presentaba la oportunidad, y esperó. La puerta vaciló como si se atascara, y al fin se abrió. Los ojos de la loba se abrieron sorprendidos al aparecer en el umbral la figura de una anciana.

Mimino sonrió y se llevó un dedo a los labios.

—¡*Chissst!* —dijo con un penetrante susurro—. No hagas ruido, por favor.

Se deslizó al interior de la estancia, sacudiendo la cabeza y sonriendo, los diminutos ojos ocultos casi entre los haces de arrugas, y cerró la puerta a su espalda.

—No debes tener miedo —dijo—. Soy amiga de la doctora Índigo, porque ella ha sido muy amable conmigo, y ahora seré también amiga tuya. —Una expresión de confabulación apareció furtiva en su sonrisa—. Conozco tu secreto, perra gris. Sé que puedes hablar, porque te he vigilado y he visto. Te he visto muchas veces, aunque tú no me has visto. Yo vigilo y escucho, y he llegado a comprender muchas cosas que los otros no comprenden.

*Grimya* recordó entonces que ya se había encontrado con Mimino en una ocasión. La anciana se había acercado a Índigo en las puertas del enclave cuando su grupo de búsqueda se ponía en marcha para localizar a Koru, y se había ofrecido a esperar en la casa del médico para explicar su ausencia a los pacientes que aparecieran. Más tarde, Índigo había explicado a *Grimya* que se trataba de la viuda del doctor Huni, considerada ahora inútil por ser demasiado vieja para realizar un trabajo provechoso. Índigo sentía lástima por ella y le había tomado cariño instintivamente. Ahora Mimino parecía ansiosa por retribuir su amabilidad... y, por si esto fuera poco, había presenciado la extraña habilidad de *Grimya* y la había aceptado como si fuera la cosa más natural del mundo. Mimino, al parecer, era la única de todos los ciudadanos de Alegre Labor que no necesitaba un doble espectral. Pero ¿se podía confiar en ella? Ésa era la pregunta que la loba no podía contestar.

Como si comprendiera el dilema de *Grimya*, Mimino se inclinó hasta que sus rostros estuvieron casi a la misma altura.

—No descubriré tu secreto —aseguró—. Aunque lo hiciera, no podría perjudicarte, pues ¿quién iba a creer a este inútil montón de huesos... —rió para sí por haber repetido las ponzoñosas palabras de Thia—... si contara que la perra gris puede hablar?

Eso era cierto... *Grimya* vaciló y de improviso decidió que debía aprovechar aquella oportunidad. Podría no haber una segunda ocasión.

Aspiró, y pregunten voz baja y ronca:

—¿Dónnnde está Índigo?

—¡Ah! —Mimino dio una palmada—. ¡Hablas, hablas! Eso está bien. Ahora confiarás en mí, creo, y te contaré lo que debes saber. La doctora Índigo tiene muchos problemas, y tú también los tienes.

*Grimya* irguió las orejas, alerta.

—¿Ha regresado Índigo?

—Sí, sí. No encontraron al pequeño, me parece, y ahora la doctora Índigo tiene que abandonar Alegre Labor con gran deshonra. Pero para ti es peor aún, porque los ancianos han dicho que debes morir.

Mientras *Grimya* la contemplaba anonadada, Mimino le contó todo lo que sabía. Su relato era fragmentario, ya que sólo había presenciado una parte de la vista del comité y el final del embargo, pero escuchando y observando todo lo que pudo, había conseguido juntar piezas suficientes para tener una idea concreta.

Cuando terminó el relato, *Grimya* gruñó en voz baja.

—¡Ten... go que llegar hasta Índigo! ¡Debo ir con ella de inmediato!

—¡No! —Mimino alzó una mano para detenerla—. Eso no sería muy sensato, ya que si te ven antes de la hora de la marcha de la doctora Índigo, volverán a capturarte. Tienes que esconderte, diría yo, hasta que la doctora Índigo haya abandonado Alegre Labor, y sólo entonces ir a reunirte con ella.

*Grimya* comprendió que aquello tenía sentido. Un escondite... ¿Dónde podía hallar un escondite seguro? Y entonces recordó lo que el Benefactor le había dicho: «Siempre me encontrarás en la Casa...».

Desde que había abandonado el mundo fantasma, *Grimya* no había dicho nada sobre sus propios sentimientos en la cuestión del Benefactor, pero su instinto la había llevado a una conclusión muy diferente de la de Índigo. Por lo que Mimino había dicho, dedujo que en la Casa había sucedido algo que corroboraba la afirmación del Benefactor de que Índigo no tendría éxito en su intento. Si era así, entonces el Benefactor había demostrado su integridad; había hecho todo lo posible para advertir a Índigo, y la mente telepática de la loba había percibido su gran pesar al fracasar. Muy bien pues, pensó. Regresaría a la Casa, y pediría la ayuda del Benefactor.

Volvió a mirar a Mimino. La anciana había regresado a la puerta y la mantenía abierta, sonriendo e indicando a la loba que la precediera. *Grimya* titubeó.

—Ha... ré lo que dices y me esconderé hasta mañana. Cuando Índigo sea sacada de la ciudad, ¿qué camino tomará?

—He oído decir a la tía que la enviarán hacia el este —respondió Mimino—. A once kilómetros por la Carretera del Espléndido Progreso, hay una caseta de un pozo que se utiliza para regar las cosechas, pero los campos del lugar están en barbecho ahora, de modo que la caseta está en desuso. Creo que la doctora Índigo pasará por allí, y sería prudente que la esperaras en ese lugar.

Las orejas de *Grimya* se volvieron al frente muy erguidas, y sus siguientes

palabras surgieron en un torrente de agradecimiento.

—No..., no sé qué puedo hacer para pagar tu bondad. Pero encontraré una forma. ¡Lo prometo!

—Eres una buena amiga, perra gris —repuso Mimino con una amplia sonrisa—. La doctora es también una buena amiga. No puede pedirse más.

Seguía sonriendo cuando *Grimya* cruzó la puerta a la carrera y se perdió en la noche.

La luna estaba en lo alto, aunque un velo de finas nubes difuminaba su luz lo suficiente para encubrir a *Grimya* mientras ésta escapaba de Alegre Labor y corría en dirección a la Casa del Benefactor. Aunque odiaba tener que huir de la ciudad sin Índigo, había aceptado la garantía de Mimino de que la joven no corría peligro. Su propia vida era la única en peligro, e ir ahora en busca de Índigo resultaría temerario. Mimino también había prometido que intentaría informar a Índigo de que *Grimya* estaba a salvo e ilesa. Lo mejor sería que lo hiciese, había añadido la anciana juiciosamente, pues de lo contrario se produciría un gran desastre cuando llegara el momento en que la doctora abandonara la ciudad por la mañana.

La elevada pared que circundaba la Casa del Benefactor se recortaba negra e imponente en el horizonte mientras *Grimya* corría colina arriba. Al acercarse a la puerta de postigo, la loba se sintió repentinamente invadida por el desaliento al darse cuenta de que a aquellas horas de la noche —y en especial después de los recientes acontecimientos— la puerta estaría cerrada con llave. En su ansiedad por encontrar al Benefactor había pasado por alto la cuestión de cómo entrar.

Al llegar a la puerta *Grimya* se detuvo y la miró con atención. Podía llegar hasta el pestillo con facilidad, pero un empujón tentativo con una pata le reveló que la puerta estaba bien cerrada por el otro lado.

Entonces, detrás de la puerta, una voz lanzó una risita ahogada.

Las orejas de *Grimya* se irguieron al frente, veloces. Había alguien allí. Despacio, impulsada por un instinto precario pero claro, lloriqueó. Y recibió inmediatamente una respuesta.

—¡Perra gris! ¿Eres tú, perra gris?

Los niños fantasmas estaban allí... *Grimya* sintió un destello de esperanza en su interior y respondió:

—Sssí, ¡estoy aquí! ¡Pero no puedo entrar!

Se produjo un silencio, durante el cual le pareció escuchar unos débiles murmullos furtivos.

—La puerta está cerrada y atrancada —oyó al fin—, pero nosotros podemos abrir los cerrojos; podemos dejarte entrar. —Otra pausa—. El Benefactor aguarda aquí para verte. Dice que todo va bien. Dice que debemos dejarte entrar.

Un nuevo murmullo de risas juveniles fue seguido por un chirrido, más susurros y una pregunta quejumbrosa pero ahogada. Luego la puerta rechinó y, con un

estremecimiento, se abrió. Tres rostros menudos aparecieron en el hueco para mirar a *Grimya*, que reconoció a tres de los niños que ella e Índigo habían encontrado en el extraño mundo del espejo. Ahora, sin embargo, sus figuras ya no eran sólidas. La luz de la luna proyectaba una curiosa y débil aureola a su alrededor, y la loba pudo ver los contornos del edificio y de su jardín a través de sus espectrales cuerpos.

Se deslizó al otro lado, agitando la cola en señal de agradecimiento.

—¿Dón... de está Koru? —inquirió.

Los niños sacudieron la cabeza con aire solemne.

—Koru no está aquí. No quiso venir. Pero el Benefactor te espera. Ven, perra gris, ¡ven! —Como uno solo se dieron la vuelta y echaron a correr hacia la vieja casa que se alzaba en la oscuridad, y *Grimya* se lanzó tras ellos.

El Benefactor, que esperaba de pie ante la puerta principal del edificio, dedicó una muy cortés reverencia a la loba cuando ésta llegó junto a él, y la menuda boca roja sonrió con dulzura.

—Me alegro de volver a verte, *Grimya*..., pero a la vez me entristece que las circunstancias no sean más alegres.

Los tres niños se habían desvanecido en la oscuridad del jardín, y *Grimya* y el Benefactor estaban solos. La loba inclinó la cabeza hasta que el hocico rozó casi el suelo.

—Índigo ha frac... sado. —Su voz estaba llena de pesadumbre—. No sé lo que ha sucedido, pero la gente no quiso creerla. Ni siquiera la madre y el paaaadre de Koru. —Volvió a alzar la cabeza—. Tú tenías rrazón.

El Benefactor asintió. Él había estado en lo cierto pero estaba claro que ello no le producía ninguna alegría. Se volvió y abrió la puerta.

—Hay muchas cosas que hacer ahora. Entra, *Grimya*. Entra en la Casa, y hablaremos.

Penetró en la penumbra del interior, y la loba lo siguió con cierta indecisión. Entre los artículos que se exhibían en la planta baja había un sillón de respaldo alto y aspecto incómodo. El Benefactor se sentó en él mientras que *Grimya* se acomodaba en el suelo.

—Siento mucho —empezó el Benefactor— que haya acabado así. Habríamos ahorrado mucho tiempo y esfuerzo si Índigo hubiera confiado en mí.

—¡No la culpo por eso! —gruñó *Grimya* con voz apagada.

—No, ya veo que no; y sin duda tienes razón. Pero ha llegado el momento de dejar a un lado la desconfianza. —Posó en *Grimya* una mirada penetrante—. ¿Puedes hacer eso, pequeña loba?

—No pu... puedo hablar por Índigo... —respondió ella vacilante.

—No te pido que lo hagas. Sólo te pido que hables por ti misma. ¿Confiarás en mí, *Grimya*?

La loba le sostuvo la mirada. La lógica decía que no; Índigo había dicho que no. Pero la lógica e Índigo no eran suficientes para negar su propio instinto animal.

«Además —reflexionó—, ¿cuál es la alternativa?».

—Sssí —respondió—. Lo haré. Creo que debo hacerlo.

El Benefactor asintió con la cabeza a modo de reconocimiento.

—Gracias, pequeña loba. Espero que no me consideres presuntuoso si te digo que eres más inteligente de lo que crees.

—Yo no esstaría de acuerdo con eso. Pero he dicho que confiaré en ti, y no rompo mis promesas. —*Grimya* calló unos segundos, antes de continuar—: ¿Qué quieres de mí?

—He visto la naturaleza del vínculo que existe entre Índigo y tú —dijo el Benefactor—. Y creo que posees el poder para convencerla de que me ayude. Eso es lo que quiero de ti.

La loba consideró sus palabras durante unos instantes.

—¿Quieres decir, ayudarte en la forma en que le pediste a ella antes? ¿Para... hacer que tu gente vuelva a estar completa?

—Sí.

*Grimya* recordó las risas y las caras alegres de los niños del otro mundo. Y recordó lo que Koru había dicho: que regresar a Alegre Labor sería parecido a morir. ¿Sería sensato, sería *correcto*, hacer lo que el Benefactor deseaba?

—No sé —respondió por fin, indecisa—. Los niños son felices en ese mundo, y yo fui feliz también allí. Es un lugar agradable.

—¿Lo es? Oh, ya sé que parece encantador y despreocupado, pero hazte esta pregunta, *Grimya*: ¿cuánto tiempo habría durado tu felicidad en este mundo antes de que empezaras a desear algo más que juegos interminables? Fuiste un cachorro; pero ¿habrías querido seguir siendo un cachorro para siempre? Ése es el destino de los niños.

La loba hundió la cabeza.

—No, no me hu... hubiera gustado eso. No sería una verdadera vida. —Gimoteó con suavidad—. Pero, al mismo tiempo, permanecer en Alegre Labor tampoco es vida. Es por eso que Koru huyó; porque en Alegre Labor no lo dejaban ssser él mismo.

—Eso es cierto. Pero tampoco puede ser él mismo en el otro mundo, como creo que empieza a comprender. —El Benefactor recordó la lágrima en el ojo de Koru cuando se enteró de que Índigo y *Grimya* se habían marchado y no era probable que regresaran—. Pobre Koru. Sea cual sea el mundo que escoja, el problema será el mismo para él. No es, como dices tú, una verdadera vida. —Su expresión se dulcificó—. Y por eso debe tener lugar la curación que deseo. No quiero traer la tristeza a los niños del otro mundo, *Grimya*; los quiero demasiado. Pero en sus corazones ellos saben que no están completos, y ansían volver a ser un todo. Claro que entonan sus canciones y juegan y bailan... pero la suya es una felicidad muy superficial. Y, cuando ya no les quedan más juegos que jugar ni canciones que cantar, suspiran por lo que han perdido, y entonces se aventuran a regresar a su viejo mundo para ir en

busca de su otra parte e intentar reunirse con ella. Pero estas otras partes de su ser, las gentes de Alegre Labor, no se dan cuenta de su presencia. Son como criaturas ciegas, y no los ven.

»Yo amo a mi gente, *Grimya*, igual que amo a los niños. Quiero que curen de su ceguera; que vuelvan a creer, como creían antes, que su parte espiritual existe y que hay más cosas en la vida que la codicia de los bienes materiales. Quiero reconciliarlos con los espíritus que han abandonado, de modo que tanto ellos como estos espíritus puedan encontrar la auténtica felicidad al volver a formar un todo. —Hizo una pausa—. Sin eso no puede existir un futuro feliz para Koru, ni para ninguno de ellos.

*Grimya* parpadeó despacio. Recordó los juegos en que había tomado parte con los niños, rememoró el sonido de sus risas. Había sido una época llena de gozo, pero...

«¿Habrías querido seguir siendo un cachorro para siempre?».

—Sssí —dijo, levantando los ojos por fin—, creo que comprendo. —Un débil lloriqueo se formó y murió en el fondo de su garganta—. Si esto pudiera hacerse, cre... creo que sería algo bueno, lo correcto. Pero... —Vaciló, y sus ojos escudriñaron ansiosos el rostro del Benefactor—. Pero ¿cómo puede Índigo aspirar a con... conseguirlo? Y... —sabía que esto era lo más importante; y la pregunta más difícil de hacer—... ¿cómo la ayudará a despertar a Fenran?

El Benefactor tardó casi un minuto en responder. Parecía estar meditando, discutiendo interiormente consigo mismo, y los poderes telepáticos de *Grimya* no consiguieron captar ninguno de sus pensamientos. Al cabo sus ojos volvieron a concentrarse en lo que lo rodeaba, y bajó la mirada hacia la loba.

—Pequeña loba, no resultará fácil. Lo sé, y no intentaré hacerte creer lo contrario. Existe una forma, sólo una, en la que Índigo puede curar a mi gente y obtener lo que más desea su corazón; pero se ha mostrado totalmente reacia a hacerlo, y no sé siquiera si tú podrías convencerla.

*Grimya* lanzó un débil suspiro, casi un gruñido.

—Quieres decir... Némesis. —No sentía la instintiva repulsión de Índigo por el nombre, pero pronunciarlo en voz alta le producía de todos modos un helado escalofrío.

—Así es —asintió el Benefactor. Su mirada se tornó penetrante de improviso—. Ella no puede huir de la verdad eternamente, *Grimya*. Así como los espíritus de mi gente deben reconciliarse para que exista alguna esperanza para ellos, también debe Índigo reconciliarse con Némesis. Némesis es parte de su ser. Hasta que acepte eso y se fusione con ese ser, la rueda que puso en marcha hace tantos años no podrá regresar al punto de partida y conducirla de vuelta a Fenran.

*Grimya* recordó que el Benefactor había intentado decirle esto a Índigo cuando se encontraban junto a la torre en el otro mundo; pero Índigo, víctima todavía del sobresalto provocado por la aparición de Némesis, había rechazado sus palabras con violencia y amargura. En aquel momento *Grimya* se había sentido muy confusa e incapaz de coordinar y mucho menos de interpretar sus propios sentimientos, pero

desde entonces —y en particular durante su encarcelamiento— había pensado largo y tendido en lo que el Benefactor había dicho. Sabía que Índigo todavía seguiría sin querer aceptarlo; pero *Grimya* había tomado una decisión, y creía que Índigo estaba equivocada. La idea de ir contra la muchacha resultaba desconcertante para la loba, ya que siempre la había apoyado plenamente. Ahora sin embargo, por una vez, estaba dispuesta a disentir.

—Tienes rrr... razón —dijo mientras dejaba escapar un nuevo gañido ahogado—. Te ayudaré en lo que pueda. Hay que convencer a Índigo. Es necesario.

Bruscamente, el Benefactor se inclinó hacia adelante en su sillón y, para gran sorpresa de la loba, sus manos rodearon su hocico en un gesto no sólo de gratitud, sino también de genuino afecto, que fue respaldado por una repentina oleada de cariño proyectada por su mente.

—Pequeña loba. —Su voz se quebró con una emoción que hizo que *Grimya* se sintiera de improviso extrañamente triste—. Eres la mejor amiga que se puede desear... Gracias, querida *Grimya*. Gracias.

*Grimya* se sacudió, contenta y desconcertada a la vez. Comprendió que le gustaba el Benefactor. Fuera lo que fuera —o lo que hubiera sido, lo cual constituía un enigma que percibía que estaba más allá de su sencillo poder de comprensión— era un hombre bueno.

—Por la mañana —dijo la loba—, expulsarán a Índigo de Alegre Labor. Lo sé; la anciana me lo dijo. Deeebo ir a su encuentro. Debo traerla aquí. ¿Qué he de decirle?

—No menciones nuestra conversación, pequeña. —Las manos del Benefactor seguían acariciando su rostro, y parecían tan sólidas y reales, se dijo la loba, como las propias manos de Índigo... Lanzó un sonido sordo, casi un canturreo, que apenas consiguió salir de su garganta, y el Benefactor, su amigo, se agachó aún más al frente, con sus oscuros ojos repentinamente atentos—. Escucha ahora. Escucha y te diré lo que quiero que hagas.

Los ancianos del comité que había dictado sentencia contra Índigo se sintieron sorprendidos y más que aliviados al descubrir que ésta se dejaba escoltar fuera de Alegre Labor sin el esperado alboroto. Como tía Osiku comentó más tarde a tío Choai, no había duda de que tras una noche de sensata reflexión la condenada reconocía y se arrepentía ahora de su desatino; incluso sus protestas sobre la desgraciada cuestión de la perra habían cesado. Una excelente respuesta, declaró la anciana, aunque no, desde luego, suficiente para redimir su crimen. Todo se desarrollaría ahora tal y como estaba dispuesto, y el desdichado episodio quedaría relegado al olvido.

El único incidente que estropeó la marcha de Índigo fue el descubrimiento de que, en algún momento durante la noche, el arpa prometida a Ellani había desaparecido. Se llevó a cabo un exhaustivo registro de la Oficina de Tasas, y las reducidas posesiones de Índigo, atadas con correas ahora al lomo del poni que le quedaba,

fueron descargadas y vueltas a examinar, pero sin que se hallara el menor rastro del instrumento. Los ancianos se mostraron desconcertados, pero Índigo no demostró ningún interés en el alboroto. Creía saber adonde había ido a parar el arpa, y no consideraba muy probable poder recuperarla jamás, pero eso ya no era importante; tenía otros asuntos más vitales de los que preocuparse.

A altas horas de la noche anterior, mientras yacía sin poder dormir y atormentada por sus temores sobre *Grimya*, unos pasos vacilantes habían resonado en la calle al otro lado de su celda en la Oficina de Tasas y una vocecita tímida había musitado su nombre. Sobresaltada, Índigo se incorporó rápidamente y corrió hasta la alta y atrancada ventana. No pudo ver más que la sombra de una figura humana, pero reconoció tanto la silueta como la suave voz de Mimino. La anciana habló en voz baja y rápida; Índigo escuchó, y luego, aferrándose a la esperanza pero sin apenas atreverse a creer en lo que había oído, siseó:

—Mimino, ¿dónde encontraré a *Grimya*? ¿Dónde debo buscarla?

La borrosa figura se golpeó la nariz con un dedo en ademán conspirador.

—Ha abandonado Alegre Labor ahora. Ha ido a un lugar en el que puede ocultarse de todos los que quieren hacerle daño. No te quejes cuando te saquen de la ciudad, y la perra gris irá a tu encuentro. Le he hablado de un lugar seguro, y allí te esperará. —Describió el lugar donde se hallaba el pozo que ahora no se utilizaba, y después vaciló—. Hay una cosa más que tengo que decir, doctora. Se refiere a tu instrumento, el que hace música. Hay una gran conmoción porque el instrumento ha desaparecido. Te puedo asegurar que, por muy diligentemente que los ancianos lo busquen, no encontrarán el instrumento... y desde luego no será quemado.

Realizó una pequeña reverencia rápida en dirección a la ventana, y luego, como una simple sombra entre tantas otras, se desvaneció en la oscuridad antes de que Índigo diera con las palabras para darle las gracias.

Ahora, con el sol del amanecer oculto bajo una capa de nubes y con la amenaza de lluvia en el aire, Índigo volvió la cabeza por última vez para contemplar la empalizada de Alegre Labor. El poni que le quedaba aguardaba paciente a su lado, moviendo una oreja adelante y atrás, mientras los ojos de la muchacha se paseaban por el monótono panorama de los edificios cuadrados y sin adornos, los altos tejados del Enclave de los Extranjeros y, más allá de la ciudad, el verde montículo de la colina desde donde la Casa del Benefactor contemplaba la ciudad. Nadie había salido a verla marcharse; los únicos testigos de su partida eran los dos hombres en quienes los ancianos habían delegado el cumplimiento de sus órdenes, y que ahora permanecían inmóviles con los brazos cruzados esperando a que ella se pusiera en marcha. Iban armados con gruesos bastones y ninguno tenía un aspecto muy inteligente; Índigo sabía que tenían instrucciones de no hablar con ella, y así pues, tras dedicarles una mirada de indiferencia, se dio la vuelta, chasqueó la lengua para que el poni se pusiera en marcha y empezó a alejarse.

Los guardas la siguieron durante casi dos horas, dejando atrás un bien ordenado



campo cultivado tras otro, sin mirar jamás a uno u otro lado y manteniendo siempre una meticulosa distancia entre ellos y la joven. Por fin, no obstante, ésta miró por encima del hombro y descubrió que habían dado media vuelta, sin que ella se diera cuenta y sin una palabra o señal, y regresaban a Alegre Labor. Dando una rápida ojeada al arcén, Índigo descubrió una losa de piedra con el número «8» toscamente tallado en su superficie en la sencilla escritura de la región, y sonrió con cinismo. Los hombres habían cumplido su deber al pie de la letra y no tenían intención de dar un solo paso más allá de lo que se esperaba de ellos.

Bien, se había librado de ellos y de Alegre Labor, aunque a un alto precio. El embargo la había dejado con poco más que las ropas que llevaba, sus bolsas de hierbas, un cazo y unos pocos utensilios, y desde luego el poni. Incluso le habían quitado la ballesta y el carcaj de saetas, reclamados alegremente por Thia a pesar de que tales armas eran desconocidas en Alegre Labor y la adolescente jamás aprendería a utilizarlas como era debido. Aquel grado de mezquindad hizo que Índigo sintiera una oleada de amargura, aunque la principal fuente de amargura era la conciencia de su propia estupidez. Había venido a Alegre Labor buscando olvidar todo lo que tuviera relación con su misión, y había permitido que la atrajeran hacia otro embrollo diabólico que había terminado en desastre. Koru se había perdido, la amistad de Hollend y Calpurna se había transformado en odio —con un buen motivo, tuvo que reconocer— y ella misma era ahora un paria a los ojos de aquéllos a los que sólo había querido ayudar.

Y había estado muy cerca de encontrar a Fenran, para volver a perderlo una vez más...

Los ojos de Índigo se nublaron, y, enojada, se los frotó con fuerza para secar las lágrimas. No debía pensar en Fenran, no ahora, no aún, y no debía dar vueltas a su horrible experiencia en la torre del bosque. No creía lo que el Benefactor le había dicho, no quería creerlo, y no se dejaría atrapar en su conspiración. El hombre dormido había sido un truco, una ilusión. Ella encontraría al *auténtico* Fenran, y Némesis no tomaría parte en la búsqueda. «Mira al futuro —se dijo—, mira al frente. *Grimya* estará en el punto de encuentro ya. Debe de estar esperando».

Ese pensamiento desvaneció un poco su pesimismo, y la muchacha aceleró el paso hasta convenirlo en una zancada larga mientras el poni iniciaba un trotecillo a su lado. La Carretera del Espléndido Progreso, aunque no era ni con mucho la magnífica calzada que su nombre daba a entender, era de fácil recorrido con buen tiempo; no tardó mucho en dejar atrás otro mojón, y poco después divisó el tejado de paja de la caseta de un pozo algo más allá. Los campos de los alrededores estaban en barbecho tal y como había dicho Mimino, y la caseta del pozo se encontraba sin guarda y al parecer desierta.

Llena de ansiedad, Índigo envió un mensaje mental, buscando a la loba. Pero no recibió respuesta, y frunció el entrecejo. A lo mejor *Grimya* todavía no había llegado... Tiró de las riendas del poni y corrió en dirección al pozo. Seguía sin recibir

respuesta a su llamada telepática, y al llegar ante el torreón de techo de paja aminoró el paso y se detuvo.

«¡Grimya! Grimya, ¿estás ahí?».

Nada. La puerta de la caseta del pozo estaba entreabierta y, dejando que el poni pastara junto a la carretera, Índigo se acercó con cautela. La puerta cedió a un ligero empujón, y la muchacha agachó la cabeza para franquear el bajo dintel. El interior era exiguo, pero, aunque su propio cuerpo obstruía la entrada, pequeños resquicios en la paja del techo dejaban penetrar suficiente luz para proyectar un reflejo de la superficie del pozo en la pared. Y allí, sentada en el suelo y recortada contra las brillantes ondulaciones del reflejo, estaba *Grimya*.

—¡*Grimya!* —Alivio y alegría inundaron a Índigo en igual medida; la joven corrió a abrazar a la loba y se dejó caer de rodillas—. ¡Oh, cariño, estás a salvo, estás a salvo!

*Grimya* se retorció involuntariamente con la alegría del abrazo pero no dijo nada. Índigo, sin embargo, estaba demasiado absorta para darse cuenta.

—¡Bendita sea la vieja Mimino! Vino a verme anoche y me contó lo que había hecho... ¡Jamás olvidaré su bondad! —Se puso en pie otra vez y paseó la mirada por los exiguos confines de la caseta—. Debe de existir una forma de recompensarla, incluso aunque no podamos volver a verla personalmente. Una vez que estemos bien lejos del distrito pensaré en algo. Pero ahora deberíamos irnos, y rápido. Quiero poner tanta distancia entre nosotras y Alegre Labor como me sea posible antes del anochecer —declaró dirigiéndose hacia la puerta.

*Grimya* no se movió. Había estado temiendo este momento, pero estaba decidida a pasar por él, pues estaba convencida de que lo que iba a hacer era lo correcto; además, se lo había prometido al Benefactor, y romper una promesa era inconcebible.

—No —dijo con voz firme y clara.

Índigo se detuvo, giró en redondo y se quedó mirándola.

—¿Qué?

—He dicho que nno. No i... ré contigo.

Los ojos de la loba estaban tristes, pero se obligó a sostener la asombrada mirada de su amiga. Había ensayado lo que quería decir y sabía que debía decirse ahora, antes de que su resolución se tambaleara y la abandonara.

—No voy a abandonar Alegre Labor —anunció, las palabras surgían en un ronco torrente—. Lo siento, Índigo, pero estoy decidida y no pu... puedes hacerme cambiar. Intentamos ayudar a Koru y fracasamos. Voy a intentarlo otra vez. Regreso al mundo fantasma.

Estupefacta, Índigo empezó a protestar:

—*Grimya*, no puedes... —Pero su protesta se truncó cuando de improviso el brillante reflejo oval sobre la pared de la caseta del pozo pareció estallar. Una luz potente surgió de él e iluminó la estancia como si hubieran arrancado violentamente el techo, y, nítido y estable en medio del brillo, apareció el familiar panorama de

amplios prados ondulantes y verdes colinas.

*Grimya* dio un paso hacia la refulgente escena.

—El Be... nefactor me mostró esta entrada —dijo—. No es más que una de muchas, según dice.

—¡*Grimya*, no! Apártate...

—No. Voy a ir, y quiero que vengas conmigo.

Índigo negó violentamente con la cabeza.

—No puedo regresar ahí; *¡no puedo!*

—Entonces debo ir sola. —La voz de la loba estaba llena de pesar—. Lo siento, Índigo. No qui... quiero dejarte, pero si no hay otra forma de hacer esto, lo haré sin ti. —Gimoteó en voz baja—. Lo siento...

Antes de que la muchacha pudiera reaccionar, la loba saltó en dirección al brillante óvalo. El reflejo y la escena que aparecía detrás se agitaron brevemente, y *Grimya* reapareció al otro lado. Volvió la cabeza un instante y pareció decir algo, pero su voz era inaudible. Luego se dio la vuelta y se alejó corriendo del portal, lejos de Índigo, a través del césped del mundo fantasma.

## Capítulo 17

—Puede que no venga. —*Grimya* levantó los ojos hacia la alta figura que permanecía a su lado en el lindero del bosque—. Es eso lo que me asusta. Puede que ella no venga.

El Benefactor se inclinó para palmearle la coronilla en un gesto tranquilizador.

—Creo que sí que vendrá, pequeña. Ten paciencia.

Entre los árboles que se amontonaban tras ellos, unas voces musitaron y susurraron al unísono y se escuchó una repentina risita, rápidamente acallada. *Grimya* miró por encima del hombro, pero los niños resultaban invisibles en el juego de luz y sombras de las hojas. El corazón le latía con fuerza y la loba no sabía cuánto tiempo más podría soportar la tensión de la espera. Si Índigo no venía, si no la seguía a través del portal, ¿qué debería hacer ella? La idea de perder a su amiga era insoportable; y si Índigo creía que había sido traicionada, abandonada, que *Grimya* ya no se preocupaba por ella...

Desechó la idea con decisión, diciéndose que no conseguiría nada atormentándose. Si transcurría otro minuto e Índigo seguía sin aparecer, ella...

—Ahí. —La voz del Benefactor interrumpió bruscamente sus meditaciones, al tiempo que señalaba a lo lejos—. Mira, *Grimya*. Mira.

Las orejas de *Grimya* se irguieron al frente y sus ojos se clavaron en la extensa ladera de la colina que descendía desde el lindero del bosque. Allá abajo, lejos todavía, una figura a caballo se acercaba a ellos.

*Grimya* empezó a temblar con una combinación de alivio y excitación.

—¡Es Índigo! ¡Lo es!

—¡Chissst! —El Benefactor posó un dedo admonitorio sobre su hocico—. No debe oírte, aún no —le advirtió sonriente y, sin dejar de sonreír, se volvió hacia los árboles e hizo una seña—. ¡Koru, hijito, sal! Es hora de que empiece nuestro nuevo juego.

Se escucharon nuevos susurros y risitas ahogadas, y Koru surgió de entre las sombras.

—¿Viene Índigo? —Su voz estaba llena de ansiedad.

—Sí, viene. Mira ahí, cerca de la base de la colina. Y ha traído a su poni con ella. —El Benefactor dirigió una rápida mirada a *Grimya* y su sonrisa se ensanchó—. ¿Lo ves, pequeña loba? Índigo no te abandona. Debe de haberle costado mucho convencer al poni para que penetrara en el portal, pero no quiso dejarlo atrás porque no sabe cuándo regresará. Está claro que su intención es buscar hasta que te encuentre, sin importar el tiempo que tarde. —La cola de la loba empezó a agitarse violentamente, y el hombre añadió a modo de advertencia—: Cuidado ahora, ten cuidado. No dejes que Índigo escuche tus pensamientos y descubra dónde estás. Koru... —atrajo al niño hacia sí—, ¿sabes lo que tienes que hacer?

—Sé qué hacer... —asintió el niño—, pero todavía no estoy muy seguro del

*porqué*. —Sus azules ojos escudriñaron el rostro del Benefactor—. Parece un juego muy extraño.

El Benefactor giró completamente para mirarlo a la cara y, agachándose, lo tomó de ambas manos.

—Es un juego extraño, sí, Koru... pero te prometo que, si lo jugamos bien, nos traerá mucha felicidad a todos. —Su mano se cerró con suavidad, llena de ternura, sobre los pequeños dedos—. *A todos* nosotros, Koru. No tan sólo a ti y a tus amigos, sino también a Índigo y a *Grimya*... y a tu madre y tu padre, y a toda la gente que dejaste en Alegre Labor.

Koru se mordió el labio inferior ante esta mención de su familia.

—Dijiste antes..., dijiste que había una forma de hacer que creyeran en cosas mágicas. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Eso es lo que quiero decir: hacer que crean, y hacer que vuelvan a estar vivos.

—Entonces yo... —Las palabras se ahogaron en su garganta; Koru sorbió con fuerza y se secó los ojos con la manga—. Realmente los echo de menos —dijo con voz apenas perceptible; luego parpadeó con rapidez—. Sí. Sí, juguemos a ese juego. Quiero intentarlo. ¡Claro que sí!

—Muy bien. Eso está muy bien.

El Benefactor le soltó las manos y se incorporó. Sonriendo otra vez, esta vez con un cierto aire conspirador, introdujo la mano en una de las voluminosas mangas de su túnica y sacó una pequeña esfera que a primera vista parecía hecha de cristal transparente. Reflejos de todos los colores del arco iris se arremolinaban y titilaban en su superficie, y no parecía más sólida que una pompa de jabón.

—Toma, Koru —dijo, tendiéndole la esfera al chiquillo—. Aquí tienes la pelota que prometí traer para el juego.

Los ojos de Koru se abrieron de par en par, llenos de alborozo.

—¡Es preciosa! —Extendió la mano y entonces se detuvo, vacilante—. ¿No se romperá?

—No, no se romperá.

—¿Y has..., has puesto la magia en ella, como dijiste?

—Sí, hijo, lo he hecho. Cógela. Ya sabes lo que tienes que hacer con ella. *Grimya* te dará la señal.

La figura montada en el poni se encontraba ahora a menos de cincuenta metros de distancia. Koru cogió la esfera de cristal y la sostuvo con gran cuidado. El Benefactor se volvió hacia *Grimya*.

—Todo está listo, pequeña loba. —Le dedicó una reverencia—. Te deseo buena suerte, y espero fervientemente veros cuando haya concluido el juego.

*Grimya* inclinó la cabeza. Cuando volvió a levantarla, el Benefactor había desaparecido.

El poni no estaba muy dispuesto a darse prisa. Tras el susto de haber sido

obligado a pasar a través del portal estaba encantado con el nuevo mundo en el que se hallaba, y quería aprovechar al máximo los exuberantes pastos. Índigo mantenía las riendas tirantes y lo espoleaba regularmente con los talones, pero su intención era detenerse en lo alto de la colina y dejar que el poni pastara mientras ella escudriñaba el paisaje circundante en busca de algún rastro de *Grimya*.

Seguía enojada con la loba, pero su enojo empezaba rápidamente a transformarse en un frío nudo de preocupación en la boca del estómago, sensación que crecía a marchas forzadas a medida que sus ojos no encontraban nada y sus llamadas telepáticas no obtenían respuesta. No comprendía por qué *Grimya* se había comportado como lo había hecho; tal rebelión no era nada propia de ella, e Índigo estaba convencida de que una influencia exterior había actuado sobre la loba. Lo cual sólo podía significar, se dijo con amargura, el Benefactor. Pero ¿por qué había sido *Grimya* tan estúpida, tan crédula, como para sucumbir a su persuasión? A menos —y ésta era una posibilidad aterradora— que *Grimya* no hubiera podido hacer otra cosa...

Entonces, de improviso, una voz resonó en su cabeza.

«Índigo».

—¿*Grimya*? —Tiró con tanta fuerza de las riendas del poni que éste se alzó sobre las patas traseras y lanzó un relincho de indignada protesta. De inmediato, pasó a comunicación telepática: «¡*Grimya*! ¿*Dónde estás?*».

«*En el bosque que tienes delante, en lo alto de la colina*».

Índigo se irguió sobre los estribos y contempló con atención los árboles situados en lo alto.

«¡*No te veo!*».

Durante unos pocos segundos no hubo respuesta. Luego, de entre la frondosa confusión de ramas bajas, *Grimya* hizo su aparición y avanzó lentamente hacia ella. Una oleada contradictoria de furia, alivio y desconcierto recorrió a Índigo; saltando de la silla, dejó al poni que se las arreglara solo y corrió al encuentro de la loba.

—*Grimya*, ¿dónde has estado? ¡Te llamé y te llamé pero no contestaste! —Se dejó caer de rodillas al tiempo que extendía los brazos al frente—. ¿Por qué no contestaste? ¿Qué te sucede, *Grimya*, por qué has hecho esto?

*Grimya* se soltó de su abrazo con un brusco movimiento y retrocedió un paso. Su voz resonó con claridad en la mente de la muchacha.

«*Quiero que veas al Benefactor*».

—¿El Benefactor? —Índigo se puso en pie mientras una alarma mental se disparaba en su cerebro, y miró rápidamente en dirección al bosque como si esperara ver al Benefactor atisbando con malevolencia por entre las sombras de los árboles—. ¿Te ha hecho él esto, *Grimya*? ¿Ha conseguido ejercer algún poder sobre ti?

«*No, no me ha hecho nada, excepto abrirme los ojos. Ahora puede abrir los tuyos también. Quiero que lo veas*». La loba hizo una pausa antes de continuar: «*Es lo que te dije antes. Quiero ayudar a Koru... y te quiero ayudar a ti. Éste es el único modo,*

Índigo. Sé que no quieres abandonar Alegre Labor, pero que al mismo tiempo te asusta demasiado enfrentarte a lo que encontraste aquí. El Benefactor te puede ayudar; puede mostrártelo. No es un demonio; pero sabe cómo se puede vencer a los demonios».

Fue un discurso largo y apasionado para provenir de *Grimya*, pero incluso mientras realizaba su súplica, la loba comprendió que no tendría éxito. El cerebro de Índigo se cerraba a sus palabras, las rechazaba. La simple persuasión, tal y como había predicho el Benefactor, no era suficiente para superar su innato prejuicio y el temor que éste engendraba. La loba tendría que recurrir al otro plan más drástico.

Índigo se acercaba a ella otra vez para intentar agarrarla por el pelaje del cuello. *Grimya* retrocedió con una pirueta y, torciendo la cabeza a un lado, lanzó un agudo ladrido.

—*Grimya*, ¿qué...? —empezó a decir Índigo.

Una voz conocida gritó entonces desde los árboles:

—¡Coge la pelota, Índigo! ¡Coge la pelota!

—¿Koru?

Perpleja, Índigo alzó la mirada. En el aire, por encima de su cabeza, capturando la brillante luz del otro mundo, una reluciente esfera giró centelleante y empezó a caer hacia ella. Al momento comprendió que algo raro pasaba y, alarmada, intentó apartar la vista. Pero no pudo. La esfera era demasiado hermosa; la fascinaba, y de improviso la deseó. ¡Oh, cómo la deseaba! Deseaba sostenerla y poseerla y jugar con ella...

—¡No! ¡No, no me dejaré atrapar!

Pero sus manos se alzaban ya en dirección a la brillante pelota y no podía controlarlas; el deseo de tocarla y sostenerla era demasiado grande. Con una parte de su cerebro que seguía luchando por mantener la razón vio cómo Koru salía del bosque y la contemplaba, con rostro inquieto y ansioso a la vez, y entonces se olvidó de él y se olvidó de todo lo demás cuando la maravillosa esfera descendió describiendo una espiral hacia ella.

Se posó en sus manos levantadas y resultó más ligera que una pluma, frágil como una pompa de jabón, resistente como el acero. Durante un horripilante momento Índigo supo lo que era y percibió el poder que podía ejercer... De pronto la esfera pareció estallar en una brillante luz, y una especie de terrible onda expansiva recorrió todo el cuerpo de la joven. Lanzó un grito y se tambaleó hacia atrás, soltando la esfera.

—¡Coge la pelota, Índigo! ¡Coge la pelota! —Era la voz de *Grimya* que le ladraba un alegre desafío, y de repente otras voces se unieron a ella.

—¡Señora que canta, señora que canta!

—¡Coge la pelota! ¡Todos iremos a coger la pelota!

—¡Corre, señora que canta, corre!

—¡Corre y juega, Índigo! ¡Juega con nosotros!

—¡Juega con nosotros, princesa! ¡Juega, Anghara! ¡Coge la pelota!

Su mente era un torbellino: «Índigo, Señora que canta, Anghara...». No sabía quién o qué era; lugar y tiempo giraban como una peonza fuera de control y ella era una niña, una mujer, una esposa, una hija, un alma perdida...

De improviso se encontró corriendo. La brillante esfera, su tesoro, su juguete, había saltado de entre sus dedos y escapado fuera de su alcance dando volteretas en la brisa. *¡Debía recuperarla, debía atraparla!*

—¡Coge la pelota, coge la pelota! —Otros se unían a la carrera, surgiendo del bosque y corriendo a su encuentro. Niños: los niños, tantos niños, sus amigos, todos repitiendo a gritos la misma letanía una y otra vez—: *¡Coge la pelota, coge la pelota!* —Al tiempo que la envolvían y se la llevaban con ellos mientras el hermoso juguete giraba por los aires sobre sus cabezas.

Ella sería la primera, se dijo Índigo frenéticamente; lo sería. No importaba que fuera pequeña, que sus piernas fueran demasiado cortas para mantener el ritmo de los demás; ¡ella era una princesa y ganaría! Con los cabellos flotando en el aire, la falda de seda arremolinada —¿falda de seda? No, no podía ser; no había llevado ropas así desde..., desde...— corrió por la hierba, y sus pies parecían rozar tan sólo la superficie sin tocar apenas el suelo. La reluciente esfera descendía más y más, más y más veloz, y ella también empezó a correr más deprisa, los gordezuelos brazos extendidos y las manitas alzadas para reclamar su premio. Un chillido de júbilo escapó de sus labios cuando el hermoso y brillante objeto pareció deslizarse directamente hasta sus dedos ansiosos, y lo sostuvo triunfante sobre la cabeza.

—¡Tira la pelota! ¡Tira la pelota! —Sus amigos (no conseguía recordar quiénes eran, pero sabía que eran sus amigos) prorrumpieron en un ansioso clamor—. ¡Tira la pelota, y veamos dónde aterriza!

Índigo, la niña-Anghara, rió y asintió y, aspirando con fuerza, se encogió dispuesta a lanzar la pelota a lo alto con todas sus fuerzas. Pero al instante la pelota se tornó tan pesada que sus pequeñas manos apenas si podían sostenerla. Jadeó y se tambaleó...

—¡Yo te ayudaré!

Un niño corrió a su lado surgiendo del grupo. Índigo tuvo una fugaz impresión de unos ojos plateados y unos cabellos plateados; entonces las manos del recién llegado se cerraron sobre la pelota junto con las de ella, y de pronto el peso desapareció y la esfera volvió a ser tan ligera como una pluma.

—¡Juntos! —gritó la criatura de los cabellos plateados—. ¡Juntos! ¡Tira la pelota!

Saltaron como uno solo y arrojaron el centelleante juguete hacia el cielo. Éste salió despedido hacia lo alto y fue subiendo y subiendo, volviéndose cada vez más pequeño; justo cuando la niña-Índigo empezaba a temer que fuera a desvanecerse y lo perdieran, y estaba a punto de echarse a llorar de desilusión, la pelota describió una curva y comenzó a caer.

—¡Al otro lado de las colinas!

Había una enorme loba de color gris leonado entre ellos, y era su voz la que



ladraba, la que gritaba. ¡Un lobo que hablaba! ¿*Grimya*? ¿Quién era *Grimya*? Ella lo sabía, lo sabía, pero... La loba saltó hacia ella y, aunque Índigo sabía que debiera haber sentido temor, no sintió más que alborozo cuando la criatura volvió a gritar: «¡Al otro lado de las colinas!».

—¡Una carrera, una carrera! —Índigo empezó a saltar y a dar palmadas—. ¡Corramos tras la pelota!

Y todos echaron a correr. Mientras corría, con el viento azotándole el rostro y los pies volando casi sobre la hierba, Índigo se sintió embargada por la curiosa convicción de que aquello ya había sucedido antes —o volvería a suceder, mucho más adelante en el futuro— y a punto estuvo de gritar atemorizada a los otros que se detuvieran. Pero la carrera se había iniciado y nada podía detenerla; algo la controlaba, ejercía un poder sobre la muchacha y sobre todos ellos, y le habría sido tan imposible romper el hechizo como hacer que el sol y la luna detuvieran su curso. Siguieron corriendo, saltando sobre matas, chapoteando por los arroyos. En un instante de asombrosa lucidez, Índigo comprendió de repente que nunca volverían a encontrar la reluciente pelota, pero ya no importaba. Todo lo que importaba era tomar parte en la carrera, participar en el juego. El juego lo era todo: era vida, era alegría; había hecho desaparecer los años y las responsabilidades y la había convertido otra vez en una criatura despreocupada. El juego no debía terminar jamás; no debía terminar nunca, *jamás*, pues ella era una princesa, y todos sus queridos amigos estaban junto a ella, y gritaban su nombre: Índigo, Índigo, Anghara, Anghara...

Oh sí, claro que sí, existían juegos para que todos ellos jugaran. No encontraron la resplandeciente pelota, tal y como había adivinado que sucedería, y por fin se cansaron de la persecución y la búsqueda, y se sentaron en la cima de un pequeño montículo verde para recuperar aliento. Índigo intentó contar cuántos niños había, pero no tenía bastantes dedos. ¿Qué importaba? Todos eran sus amigos. Y sus mejores amigos, los más queridos, estaban junto a ella. La loba que hablaba yacía a sus pies, el niño de los cabellos dorados... ¿Koru? ¿Era ése su nombre? Jamás había oído un nombre parecido... sujetaba su mano derecha, mientras que el otro, el que era especial, el de los ojos y cabellos plateados, le sujetaba la izquierda. Cantaron canciones, pero, pronto cansados de la inactividad, volvieron a ponerse en pie y a correr. Luego hubo juegos en los que se bailaba y juegos en los que se saltaba; e Índigo cantó con su vocecita infantil: *Canna mho rhee, mho rhee, mho rhee; canna mho rhee na tye*... Encontraron un riachuelo lo bastante pequeño para poder saltarlo, de modo que se pusieron a jugar en sus orillas al *Dragón marino*, un juego en el que sólo los que llevaban el color elegido por el dragón podían cruzar las aguas sin peligro, y la criatura de los ojos plateados fue el dragón e Índigo-Anghara ganó porque sus elegantes ropas tenían muchos colores, y porque era una princesa. Luego, cuando este juego terminó y todos estaban agotados otra vez y salpicados de agua, se inició un juego de *Seguid al cazador*, y todos se pusieron en marcha en fila india, bailando y retorciéndose y saltando en un intento de imitar todo lo que hacía el

cazador.

Nadie supo ni le importó cuánto tiempo duró este juego, pero por fin, con el día todavía caluroso y la luz sin haber menguado en intensidad, llegaron al linde de otro bosque. Con la extraña agudeza visual que este mundo parecía otorgar, Índigo había visto la oscura masa de árboles desde muy lejos y a medida que se acercaban se sintió más convencida de que ya había visitado antes este lugar, aunque no podía recordar cuándo o cómo. El bosque se encontraba en el interior de un valle poco profundo, y si se contemplaba desde una posición elevada, las copas de los árboles daban casi la impresión de un lago oscuro e inmóvil. Una parte de su cerebro protestó diciendo que no quería acercarse más, y menos aún penetrar en el bosque, pero sus amigos se dirigían hacia él, y el niño de los ojos plateados la cogió de la mano y dijo que todo iría bien, y ella confió en él y le creyó.

Se detuvieron en el linde del bosque. Estaba muy silencioso; no cantaba ningún pájaro, y la brisa era tan suave ahora que ni siquiera agitaba el dosel de hojas. Índigo frunció el entrecejo y clavó los ojos en la hierba a sus pies. No quería penetrar en su interior, y a la vez sí quería hacerlo. ¿Qué le esperaba allí? Había algo allí dentro. ¿Alegre o triste? ¿Bueno o perverso? Justo o...

Las reflexiones se interrumpieron cuando se dijo con decisión: «¡Sea lo que sea, me enfrentaré a ello! ¡Soy una princesa, y las princesas no le temen a nada!».

Apretó los puños con resolución, y exclamó:

—¡Pájaros en los matorrales! ¡Juguemos a *Pájaros en los matorrales!*

De algún modo, aunque intuía que ninguno de ellos había jugado antes a aquel juego del escondite, todos parecieron conocerlo tan bien como ella.

—¡Escondeos, escondeos! —les chilló—. ¡Yo os encontraré a todos!

Todos se desperdigaron mientras ella se cubría los ojos y empezaba a contar. Ahora sabía contar hasta cien, y estaba orgullosa de ello; era una gran hazaña, ya que sólo tenía... ¿cuántos años tenía? ¿Seis?, ¿siete? No estaba segura, pero sabía que era mayor ahora que cuando habían estado descansando en el montículo. Entonces había tenido que contar con la ayuda de los dedos, pero ahora...

Ahora tenía...

Pero la fugaz inquietud desapareció rápidamente y ella terminó de contar en voz alta.

—Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve... ¡cincuenta! ¡Voy a buscaros, voy a cogeros!

No se veía ni rastro de nadie cuando levantó la vista, pero un rastro delator de hierba recién pisada se perdía zigzagueante entre los árboles. Índigo-Anghara sonrió y, satisfecha de su aguda vista de cazador, inició la persecución. Pero por mucho que mirara, por muy sigilosamente que rodeara el tronco de un árbol o atisbara detrás de un macizo de zarzamoras, no pudo encontrar a ninguno de sus amigos. Pronto empezó a sentirse molesta. Sin duda, nadie podía esconderse tan bien... Ella era muy buena en este juego; a estas alturas ya debería haber descubierto el escondite de

alguien; y ellos no podían haberse movido después de que ella acabara de contar, ya que eso iba en contra de las reglas.

Por fin se dio por vencida. Con los brazos en jarras clavó los ojos en los árboles que se alzaban a su alrededor, y gritó:

—¡Oh, está bien! No os encuentro. ¡Salid!

Nada se movió. Frunció el entrecejo, golpeando el suelo con un pie. Ésta no era la forma de jugar. Había admitido la derrota; sus amigos deberían salir ahora de donde estuvieran escondidos.

—¿Dónde estáis? —volvió a gritar, y una nota de auténtico malhumor empezó a aparecer en su voz—. Salid. ¡Ahora!

Siguió sin recibir respuesta; tan sólo percibió una leve variación de la brisa entre las ramas que se extendían sobre su cabeza. Índigo-Anghara lanzó un suspiro de cansancio muy propio de adultos, y volvió a iniciar la búsqueda, tomando lo que consideró el sendero más fácil a través de los árboles y sin dejar de estar ojo avizor por si se producía cualquier señal de movimiento. Estaba enojada con los otros. Una broma estaba muy bien, pero ya habían ido muy lejos. Cuando los hallara, les diría exactamente lo que pensaba, les advertiría que no podían tratar a una princesa de ese modo, incluso aunque hubiera permitido que fueran sus amigos. Les diría...

El combativo estado de ánimo desapareció en cuanto dio la vuelta al tronco de un enorme roble y se encontró en el claro.

El recuerdo se agitó fugaz, intentando arrancarla de su infantil estado para trasladarla a otro nivel de conciencia menos agradable. *Ella había estado allí antes...* Pero la reminiscencia se esfumó en un instante, y no quedó más que el interés mientras Índigo-Anghara contemplaba con atención la achaparrada torre que se alzaba solitaria en el pequeño claro. Cubierta y casi oculta del todo por la trepadora vegetación, la torre pareció devolverle la mirada, con sus redondas ventanas semejantes a benévolo ojos de mochuelo. Nunca había visto algo parecido —*oh, pero sí que lo había hecho, claro que sí*— y, llevándose el índice a los labios, la contempló con curiosidad cada vez mayor, a la vez que se preguntaba quién podía vivir aquí o si, en el caso de que no viviera nadie, podría reclamarla como suya.

Entonces, mientras continuaba con la vista fija en la torre, el chasquido de un pestillo resonó con fuerza en el profundo silencio del bosque, y en la base de la torre se abrió una puerta.

La curiosidad se transformó en total fascinación cuando Índigo-Anghara distinguió la figura que salía de la torre. Era una criatura, como ella misma, pero el rostro tenía una apariencia adulta y los ojos, ojos plateados, estaban llenos de experiencia. Ojos plateados y cabellos plateados; un menudo semblante felino que encontró hermoso de un modo peculiar. Había algo que resultaba familiar en él, y su cerebro buscó la conexión. «Coge la pelota...». ¿No habían jugado juntos? ¿No habían sido compañeros? Y había habido otros, entre ellos un chico de cabellos dorados y una loba que hablaba...

Inmediatamente la idea de una loba que hablara le resultó tan disparatada que Índigo-Anghara lanzó una involuntaria risita ahogada. La criatura de los ojos plateados ladeó la cabeza y le dedicó una sonrisa burlona.

—¿Por qué ríes, hermana? ¿Tan cómico resulta este encuentro?

¿*Hermana*? Pero éste no era su hermano Kirra, y ella no tenía más hermanos. Índigo-Anghara se sintió perpleja pero, recordando su rango y los modales que éste exigía, se inclinó con gran dignidad y dijo:

—Te deseo un buen día. Creo que no hemos sido presentados. Soy... —Pero entonces sus palabras se apagaron mientras un diminuto gusanillo de inquietud empezaba a revolverse en su interior. «Soy... ¿quién soy? ¿Quién?».

La criatura de ojos plateados se acercó a ella con paso airoso.

—¿No me conoces, Anghara? ¿No recuerdas?

Un terrible tumulto de emociones confusas se apoderó de la niña en que se había transformado Índigo. Conocía a aquel ser, lo conocía. Pero no conseguía recordar el nombre, y cuando se esforzaba por recordar los juegos en los que habían participado juntos no le venía a la memoria ni un solo detalle.

—Acuérdate de mí, hermana.

La criatura extendió una menuda mano hacia ella, pero aunque deseaba extender las manos y tocarla, no consiguió hacerlo, y no supo el motivo. Emociones contrapuestas de amor y odio hervían en su cabeza, y con ellas una sensación de tan terrible añoranza que parecía que le iba a partir el corazón.

Índigo-Anghara emitió un pequeño sonido atemorizado, como un lloriqueo. No comprendía esto y deseaba dar media vuelta y huir de ello, correr a algún lugar seguro, pero sus pies se negaban a obedecer. ¿Por qué no recordaba? ¿Qué le estaba sucediendo?

—¿Quién soy? —Su voz se elevó en un gemido infantil. «¡Pero yo no soy una niña! Soy...»—. No puedo recordar; ¡no puedo! —Dio un paso atrás—. ¡No lo sé! ¡No lo recuerdo! ¡*No sé quién soy!*

Némesis se adelantó, con la mano todavía extendida.

—Puedes recordar si lo deseas. Recuerda a la niña que fuiste en una ocasión. Recuerda a la mujer en que te has convertido. Acuérdate de mí, hermana; porque soy parte de ti. —Los dedos se encontraban a un par de centímetros de ella ahora—. Tócame, Anghara. Tú, yo, nosotros: no existe diferencia; es todo uno. Haz que vuelva a ser una sola cosa otra vez.

Muy despacio, sintiendo como si se encontrara al borde de un precipicio, Índigo-Anghara extendió la mano. Las puntas de los dedos se rozaron levemente, y algo parecido a una violenta punzada atravesó a la joven. Sintió un escozor detrás de los ojos, y notó de improviso en su garganta una sensación de sequedad y calor; entonces los recuerdos regresaron tumultuosos a su cerebro, nítidos, salvajes y terribles. En un mismo instante fue una niña que corría y jugaba bajo los oblicuos rayos del sol de las Islas Meridionales; y una adolescente nerviosa pero excitada que cabalgaba en su

primera cacería; y una joven, enamorada y ansiosa por la llegada del día de su boda; y estaba en la tundra, la tundra prohibida, y la Torre de los Pesares se derrumbaba y Carn Caille ardía, y ella aullaba el nombre de Fenran al cielo mientras acunaba su cuerpo ensangrentado, y... y...

Con una última y violenta convulsión su visión se aclaró. El pasado había huido, la niña-princesa había desaparecido. Volvía a ser ella misma otra vez.

Y delante de ella, cogiéndole la mano, se encontraba Némesis. No un demonio, no su enemigo en la forma en que ella siempre había creído, sino *ella misma*. Niña y adolescente y mujer. Némesis siempre había estado en su interior; ahora lo comprendía como nunca antes lo había hecho. Y sin Némesis, sin aquel oscuro compañero que ella había intentado durante tanto tiempo negar y destruir, Índigo sabía que una parte de ella misma moriría.

Clavó la mirada en los plateados ojos de Némesis, y por un momento, recordando otros días y otros encuentros, aguardó la llegada del torrente de emociones salvajes que había llegado a conocer tan bien con los años: repugnancia, desprecio, helado terror y odio ciego. Pero no aparecieron. No había más que una sensación de ligero desconcierto, y de tristeza.

Némesis no sonrió. En voz baja, tan apagada que Índigo apenas pudo oír sus palabras, dijo:

—¿No hemos luchado uno contra otro durante demasiado tiempo, inútilmente? — La criatura se interrumpió, y los ojos plateados aparecieron llenos de añoranza y pesar—. Hermana, no quiero morir; pero esa elección es tuya y sólo tuya. Tan sólo puedo pedirte, suplicarte: ¿no podemos reconciliarnos por fin, y volver a ser un solo ser?

Índigo sostuvo la mirada de Némesis y supo que era demasiado tarde para equivocarse. Había que tomar una decisión, solucionar de una vez por todas aquel conflicto permanente. «Tú, yo, nosotros: no existe diferencia». Era cierto; ya no podía negarlo. Ya no podía negarse a *sí misma*.

Cerró los dedos con más fuerza sobre la mano de Némesis, y con voz vacilante y apagada pidió:

—Ayúdame...

El ser avanzó hacia ella. Sintió cómo sus brazos la rodeaban, y de pronto los dos se fundieron con fuerza en un ardiente abrazo. Oleadas de calor y frío recorrieron el cuerpo de Índigo, y las lágrimas empezaron a resbalarle por el rostro. Escuchó musitar a Némesis: «Anghara, Anghara», y sus propios labios formaron y repitieron el nombre, su antiguo nombre, su auténtico nombre: Anghara...

La escena a su alrededor empezó a dar vueltas. Aunque sus pies no se movían, a su mente febril le dio la impresión de que ella y Némesis giraban más y más deprisa, giraban en redondo como en una danza salvaje sobre la que no existía ningún control. La torre, los árboles, la extensión de hierba: todo se difuminó en un caleidoscopio vertiginoso de verde y marrón, de luz y sombras, y en el centro de todo ello Némesis

era un destello plateado que se fusionaba, se derretía, calor y frío, fuego y agua. Sintió que una carga de tremenda energía crecía en su interior. Entonces la oscuridad creció y la luz estalló; sintió como si una fuerza terrible le separara la cabeza de los pies, y supo que iba a perder el conocimiento sin que pudiera hacer nada para evitarlo...

Estaba inconsciente antes de golpear contra el suelo.

## Capítulo 18

Desde una gran distancia, como algo que se oye a medias en un sueño, alguien pronunciaba su nombre.

—Índigo, Anghara... Despierta, hermana. Despierta.

Se agitó inquieta, y el suspiro que dejó escapar pareció tomar vida propia y alejarse a la deriva. Por fin, lánguidamente, dejó que sus ojos se abrieran.

Estaba tendida sobre la blanda hierba del claro del bosque, y la torre cubierta de enredaderas era una masa oscura que se alzaba a su espalda. Nada se movía en el claro ni entre los árboles circundantes, pero a pesar de ello Índigo tenía la abrumadora sensación de que no se encontraba sola. Había otra presencia aquí... o había estado...

Entonces en su cabeza volvió a sonar la voz que había oído llamándola:

*No otra presencia, hermana. Ya no.*

Había iniciado un movimiento para incorporarse, pero al escuchar esto se detuvo, paralizada, y de improviso sus vacilantes sentidos fueron recuperando la normalidad a medida que regresaban los recuerdos. Némesis...

*Sí, hermana. Volvemos a ser una unidad... y me siento muy feliz.*

Despacio, muy despacio, los músculos de Índigo empezaron a responderle, y se puso en pie. Lo recordaba todo ahora: las persecuciones, los juegos, la fusión del pasado y el presente en una nueva comprensión y una nueva percepción. Recordó que las manos de Némesis habían cogido las suyas, recordó la súplica de la criatura, «¿No hemos luchado uno contra otro durante demasiado tiempo, inútilmente?», y su propia súplica como respuesta: «¡Ayúdame!». Y en los delirantes momentos que siguieron, en el abrazo, la danza y el torbellino que le había hecho perder el sentido, Índigo y su más viejo enemigo, que en realidad no era tal, se habían reconciliado.

Poco a poco se fue dando cuenta de cómo había cambiado. Se sentía poderosa de un modo como nunca antes lo había sido. Se sentía despierta, viva. Estaba... completa.

*¡Hermana, volvemos a ser una sola! Las palabras parecieron cantar en su cabeza cuando la parte de ella misma que había sido Némesis volvió a hablar. Tenemos el poder ahora; el poder que hemos buscado durante tanto tiempo. Anghara, Anghara..., regresemos a la torre. ¡Acabemos con ese último pesar, y liberemos a Fenran!*

Índigo sintió una oleada de excitación, embriagadora como la brillante atmósfera del mundo fantasma. Era cierto: el poder estaba en su interior; lo sentía, lo sabía. Los largos años de angustia estaban a punto de finalizar, la definitiva y más maravillosa de las reconciliaciones estaba a su alcance. Ahora, a su contacto, al sonido de su voz, el hombre dormido despertaría.

Giró en redondo, ansiosa como la chiquilla cuyos ecos todavía vivían en su interior, para dirigirse a la torre que soñaba a su espalda bajo la suave e inmutable

luz...

Y se detuvo.

*Grimya* y el Benefactor habían salido de entre los árboles que rodeaban el claro y permanecían de pie junto a la torre. Índigo no sabía cuánto tiempo habían permanecido escondidos allí ni cuánto habían presenciado, pero tuvo la inquietante convicción de que estaban enterados de todo lo sucedido.

La ambarina mirada de *Grimya* estaba fija en ella, sin parpadear, inquebrantable, pero la loba no hizo el menor movimiento ni sonido. También el Benefactor contemplaba fijamente a Índigo, con expresión tranquila pero curiosamente melancólica.

*Hermana, instó la voz interior, ¿por qué esperamos? Fenran está aquí.*

Lo estaba; ella lo sabía. En aquellos instantes dormía en el sillón de la torre. Un roce, una palabra... Con el corazón golpeando con fuerza contra sus costillas, Índigo dio tres pasos en dirección a la puerta de la torre, y volvió a detenerse. *Grimya* y el Benefactor siguieron sin moverse y comprendió que, contrariamente a lo que había sospechado en un primer momento, el Benefactor no intentaría intervenir, ni persuadirla o engatusarla ni obligarla a ayudarlo en su propia causa. Podía reunirse con Fenran, y juntos ellos y *Grimya* podrían abandonar el mundo fantasma, abandonar estas tierras y no volver a acordarse jamás de Alegre Labor y sus problemas.

Y en ese mismo instante comprendió que, para ella, ese sencillo desenlace era imposible.

Se sintió atenazada por la pena y miró a *Grimya* mientras intentaba alcanzar los pensamientos de la loba.

«¡*Grimya*..., *Grimya*, lo quiero tanto y he esperado esto tanto! No puedo dejarlo de lado ahora; y sin embargo...». No podía explicar la confusión que la embargaba; sencillamente no encontraba las palabras justas.

La respuesta mental de *Grimya* estaba llena de tristeza.

«No puedo decirte qué debes hacer, Índigo. No puedo opinar; no soy quién para opinar. Debes decidir tú sola».

Resultaría una decisión muy fácil de tomar. Dar la espalda, endurecer el corazón. Cincuenta años de batallar: ¿no había hecho y sufrido lo suficiente para ganarse el derecho a ser egoísta ahora? No obstante, esta oportunidad, este momento, no habría llegado jamás sin el Benefactor. Y *Grimya*... De no haber sido por *Grimya* ella se encontraría ahora a kilómetros de distancia de Alegre Labor, recorriendo la Carretera del Espléndido Progreso con sus esperanzas deshechas, y sabía que a la loba debía de haberle costado muchísimo enfrentarse a ella y obligarla a abrir los ojos. Tenía una deuda con *Grimya*..., tenía una deuda con ambos. Y, aunque la loba era demasiado tímida y leal para expresar lo que pensaba, Índigo sabía lo que su amiga quería que hiciese.

Contempló la puerta de la torre con ansiedad y su resolución se tambaleó. Pero



había tomado una decisión; no la cambiaría.

—Sólo un poco más, mi amor —musitó, aunque sabía que el hombre que dormía en su torre no podría oírla—. Regresaré. —Hizo una pausa al percibir otra vez la presencia de aquella parte de ella que había sido Némesis, y sonrió irónica—. Regresaremos. Lo prometemos. —Luego se dio la vuelta y avanzó hacia las dos figuras silenciosas que aguardaban al borde del claro.

*Grimya* se adelantó para ir a su encuentro e introdujo el hocico en la mano extendida de Índigo.

—Oh, *Grimya*... —La voz de la muchacha surgió algo entrecortada—. Lo siento, cariño. Siento haber dudado de ti.

Había un extraño brillo en las profundidades de los oscuros ojos del Benefactor cuando la miró.

—Creo —dijo con suavidad— que todo está arreglado ahora. ¿No es así, Índigo? Ésta levantó la cabeza para devolverle la mirada.

—Sí. Todo está bien. También me disculpo ante ti, Benefactor. Estaba equivocada; cometí un gran error. Lo descubrí al intentar convencer a los ancianos de la verdad, pero era demasiado orgullosa, o tozuda, para reconocerlo entonces. —Parpadeó—. Lo reconozco ahora, y solicito tu perdón.

El Benefactor quitó importancia a sus palabras con un gesto de la mano.

—Por lo poco que vale, te lo concedo.

—Quiero ayudarte, si puedo. —Extraño, pensó, con qué facilidad acudían ahora las palabras—. Si lo que he aprendido aquí, lo que he encontrado aquí, puede también transmitirse a las gentes de Alegre Labor, entonces lo haré, si es que poseo ese poder. —Volvió la mirada hacia la torre, y reprimió un involuntario escalofrío al recordar algo que el Benefactor le había dicho en una ocasión—. Este mundo no debería existir —continuó—. No tendría necesidad de existir; ésa es la mayor tragedia. Pero ¿lo abandonarán los niños de buena gana? Es su refugio y parecen muy felices aquí. ¿No será demasiado tarde para que regresen?

*Grimya* emitió un ahogado sonido gutural.

—Pa... parecen felices, sí —repuso—. Pero incluso ellos comprenden, en su interior, que a pesar de toda su belleza este mundo no puede proporcionarles una vvv... vida.

La joven contempló a la loba sorprendida, pero el Benefactor sonrió.

—Tu amiga no hace más que repetir lo que ya me ha dicho a mí, Índigo. Tiene más de filósofa de lo que quiere admitir, me parece.

—*Grimya* es más sensata que yo. —La boca de Índigo se torció en una mueca—. Siempre lo ha sido.

La loba balanceó la cabeza de un lado a otro.

—No, te traje aquí, eso es todo. El rresto... eso lo hiciste tú. Fuiste tú quien eligió. Pero me alegro de tu elec... ción. No sólo por Koru, sino también por ti.

Índigo no contestó a eso, pero se arrodilló sobre la hierba y abrazó a la loba con

fuerza. No hacían falta palabras; *Grimya* comprendió. Transcurrido quizás un minuto la muchacha levantó la cabeza hacia el Benefactor.

—¿Es demasiado tarde para los niños?

—Con tu ayuda no, no lo es. —Parecía triste, pensó ella, y se preguntó por qué. Entonces él sonrió, y la pesadumbre desapareció de su rostro—. Será el juego más alegre e importante de todos para ellos. Y, si tienes éxito, el último que jugarán aquí. —Calló un instante, y luego añadió—: Aunque no puedo tomar parte en el juego con ellos y contigo, y por lo tanto no veré su resultado, atesoraré ese momento.

—¿No verás su resultado? —repitió ella, repentinamente confusa.

—No. Mis visitas al mundo físico no pueden ser prolongadas. Han transcurrido demasiados años, demasiados siglos, desde que busqué refugio aquí, y regresar durante más de unos minutos al mundo que abandoné significaría mi muerte. Pero esperaré y observaré, y te daré toda la ayuda que pueda.

Índigo lo miró con fijeza.

—Pero si los niños se van...

Se interrumpió al ver que el Benefactor se llevaba un dedo a los labios. Volvía a sonreír, y se dio cuenta de que él no quería que le hiciera las preguntas que acababan de pasar por su cabeza. ¿Conocía la respuesta? ¿Sabía qué sería de él si los niños que amaba abandonaban el mundo fantasma para siempre? ¿O era su futuro simplemente una incógnita que prefería no considerar?

Bajó los ojos, consciente de que no tenía derecho a exigir una respuesta y —tal vez como él— no muy segura de querer escuchar cuál sería esa respuesta.

—Cuando todo acabe, regresaré —dijo en voz baja.

—Desde luego. En busca de tu Fenran.

—No sólo para eso. Regresaré a..., a decir adiós. —Vaciló y enseguida añadió con una risita tímida que se desvaneció antes de formarse del todo—: Aunque eso no tenga demasiada importancia para ti.

El Benefactor dejó transcurrir unos instantes sin responder, y, al volver a levantar los ojos, Índigo vio que su expresión era reservada, como si estuviera absorto en sus pensamientos. Luego bruscamente el ser le dedicó una vez más su sonrisita conspiradora.

—Aunque no lo creas lo considero un gran cumplido, Índigo. Pero, si, como parece y pese a no merecerlo, tienes algún deseo de complacerme, hay algo que me agradaría sobremanera y que me gustaría solicitarte antes de que se inicie el último juego. Puedes considerarlo la excentricidad de un anciano, y una insignificancia además, pero me satisfaría muchísimo si estuvieras de acuerdo.

Había hablado de sí mismo con un tono marcadamente burlón, pero Índigo percibió un propósito más serio bajo la aparente gracia.

—Por favor —respondió—, di lo que desees. Si está dentro de mis posibilidades, lo haré.

—Oh, claro que está dentro de tus posibilidades. Es una cosa muy sencilla; de

hecho mi mayor temor es que me tengas menos consideración por imponerte tal aburrimiento. —Una vez más Índigo percibió el tono de burla en su voz, y otra vez tuvo la sensación de que enmascaraba algo mucho más serio—. Simplemente te pido, Índigo, que consientas en escuchar una historia. Puedes llamarla *mi* historia, aunque a lo mejor después de todo este tiempo resulta una arrogancia por mi parte realizar tal afirmación. Quiero contarte cómo fue que los habitantes de Alegre Labor se convirtieron en lo que son ahora.

*Grimya* gimoteó suavemente. Índigo le posó una mano tranquilizadora sobre la cabeza, y se puso en pie muy despacio. Antes de que pudiera hablar, no obstante, el Benefactor continuó:

—Espero no pecar de presumido si doy por sentado que recuerdas nuestro primer encuentro, en el lugar que ellos llaman mi Casa... Te dije entonces, creo, que mis palabras y mis acciones se habían convertido en la ley de Alegre Labor, y que ésa es mi carga y la naturaleza de la maldición que lancé sobre mi gente. —Bruscamente sus ojos parecieron llamear—. Ansío desprenderme de esa carga. Ansío contar la historia, para liberar mi espíritu de la vergüenza y el deshonor que ha soportado durante tantos años, y obtener el perdón. —Se interrumpió y la miró con renovada intensidad—. ¿Oirás mi confesión, Índigo? ¿Me concederás el descanso de contar mi historia, antes de que se inicie el último juego?

Los ojos de uno estaban clavados en los del otro, y por primera vez Índigo creyó ver en el alma del ser que era —o había sido— el Benefactor de Alegre Labor. Sintió una conmoción en su interior, una presencia que formaba parte de ella ahora pero que también sabía lo que era ser un proscrito y un portador de desgracias.

*Hemos de escucharlo, hermana*, dijo aquella voz interior que pertenecía a Némesis. *Después de todo, ¿qué derecho tenemos para negarle lo que nos ha concedido a todos?*

—Escucharé. De buena gana —repuso sonriente—. A lo mejor entonces conseguiré comprenderte tan bien como tú me comprendes a mí.

Por un momento, tuvo una fugaz visión del hombre que el Benefactor había sido. Un hombre que ya no era un anciano, que ya no se sentía agobiado, un hombre rejuvenecido y lleno de renovado vigor. Un príncipe, pensó, por extraño que eso pareciera en el caso de alguien cuyo nombre era venerado entre unas gentes para las que tales conceptos eran anatema. Un auténtico príncipe, un auténtico gobernante. Y un hombre bueno. Un hombre *bueno*.

—Índigo... —El Benefactor extendió una mano hacia ella en un gesto cortés impregnado de algo ya pasado y desaparecido que aún seguía vivo, tal como comprendió la muchacha en su corazón—. Si eres capaz de perdonar los caprichos de un anciano, entonces concédeme una satisfacción más: siéntate conmigo. Siéntate aquí, y cenemos a la antigua usanza; en la forma civilizada en la que, tengo la impresión, tú y yo fuimos criados desde nuestro nacimiento. Esta última vez, dejemos que sea como era en nuestros tiempos felices.

Índigo parpadeó sorprendida cuando, con un repentino resplandor que recordaba a un espejismo, una mesa circular se materializó sobre la hierba frente a la torre. Había comida sobre la mesa, y jarras de vino, y platos y copas... El Benefactor extendió un brazo y le tomó la mano; ella dejó que la condujera hasta la mesa y que apartara uno de los dos sillones de respaldo bajo allí dispuestos. Contempló la comida, la extraña aureola que brillaba a su alrededor. Contempló las jarras de vino que relucían con un brillo sobrenatural.

—No, no es real. —El Benefactor sonrió nostálgico—. Pero creo que, durante un rato, puede resultar agradable hacer como a los niños les gusta tanto hacer, y fingir. Hará que la narración resulte mucho más agradable.

Índigo titubeó. Recuerdos antiguos, muy antiguos, empezaban a despertar en su cerebro: recuerdos del hogar perdido, Carn Caille; recuerdos de Khimiz, el país de su madre. La antigua usanza, la forma civilizada...

Extendió la mano y tocó una de las jarras. Parecía frágil en sus manos, y el vino que cayó de ella a su copa y a la de él era tan insustancial como la niebla; pero selló la alianza entre ellos.

—Un brindis —dijo Índigo, alzando su copa—. Por las antiguas costumbres...

—Mi familia reinó sobre el territorio durante trescientos años —empezó el Benefactor—. En aquellos días nuestro país tenía otro nombre, como también lo tenía Alegre Labor; pero imagino que deben de haber caído en el olvido ya. —Jugueteó con el pie de su copa pero no hizo el menor movimiento para beber—. Creo que, en general, fuimos gobernantes benéficos. Mi mismo padre era un buen hombre, creo..., pero no fue hasta que él murió y la corona recayó sobre mí que comprendí la auténtica naturaleza de lo que había heredado.

Los tres, Índigo, *Grimya* y el Benefactor, estaban sentados a la mesa; *Grimya* en un taburete bajo que había aparecido por voluntad del Benefactor. La apetitosa colección de comida dispuesta ante ellos seguía intacta; parecía que ni siquiera la loba tenía apetito.

—Mi preparación y mis inclinaciones eran las de un estudioso —continuó el Benefactor—. Estudié historia, filosofía y las artes mágicas... ¡Ah, sí; puedes sorprenderte! El concepto de magia ya no existe en Alegre Labor, pero en aquellos tiempos las cosas eran muy diferentes. La Casa que el comité tan orgullosamente muestra a los visitantes no era el hogar en el que me crié. En mi infancia existía un palacio en el lugar que ocupa ahora la casa; un edificio maravilloso creado por artesanos de gran clarividencia y ampliado por cada una de las generaciones de mi familia. Existía belleza allí, y erudición, música y risas; todos los placeres y diversiones que realzan la existencia humana. La Casa no existía. Alegre Labor, con sus edificios mediocres y sus calles grises y bien alineadas, no existía. Pero las semillas estaban allí, y cuando yo llegué al poder vi cómo esas semillas empezaban a echar raíces.

»En mi opinión, Índigo, la riqueza es un estado mental y no posesión material.

Puedes objetar, como hicieron muchos, que mantener tal opinión era muy fácil para un hombre que poseía toda la riqueza que podía desear. Yo discreparía. Yo diría, y mis palabras quedan corroboradas por mi propia amarga experiencia, que todo el oro y las posesiones que puede ofrecer el mundo no valen nada sin la sabiduría de un corazón alegre.

Índigo bajó los ojos hacia la copa de vino que sostenía entre las manos, y sonrió con tristeza.

—Yo fui rica, en una ocasión —dijo—. De haber sabido lo que me reservaba el futuro, habría cambiado de buen grado todo lo que tenía por un instante de sensatez.

El Benefactor la contempló fijamente.

—Puede que, en ese caso, comprendas mejor que la mayoría de la naturaleza humana es algo de una compleja perversidad. Mi gente vivía bien bajo nuestro gobierno. Mis antepasados habían trabajado con ahínco para mejorar todos los aspectos de la vida, y habían conseguido muchas cosas. La fertilidad de nuestro suelo y el éxito de nuestro comercio con otras tierras proporcionaba cada vez más prosperidad a todos; y la gente tenía la libertad de llegar a la grandeza, si es que la grandeza se encontraba en su interior. Cuando llegué al trono me satisfizo pensar que cualquier niño nacido en mi país podía algún día llegar a ser un estudioso respetado o un aventurero de fama, o un gran músico, o un noble estadista. Yo era un idealista, Índigo. Un idealista, y, como no tardé en descubrir, un estúpido.

»Mi padre había intentado abrirme los ojos a la realidad, pero fracasó. Yo no veía más que el brillo de mayores y mayores progresos, que iluminaba un largo y feliz sendero que conduciría a un futuro de auténtica dicha. Mis súbditos también veían esa luz... pero, para ellos, el progreso tenía un significado diferente. Desde luego que estaban dispuestos a esforzarse, a trabajar, a mejorar. Pero al hacerlo no los movía más que un propósito: acumular riqueza tan sólo por el hecho de tenerla. La riqueza podía comprarles más de todo; en un principio más de lo que necesitaban, luego más incluso de lo que querían o podían utilizar. Pero aun cuando no pudieran utilizar los atavíos de la riqueza, poseerlos lo era todo; y obtenerlos empezaba a eclipsar toda otra consideración. Todavía teníamos nuestros músicos y nuestros estudiosos; pero un músico rico era tenido en más estima que un músico de posibilidades más modestas, aunque su talento fuera mucho menor. Y un hombre que no tuviera ni una sola cualidad redentora en su espíritu no necesitaba más que ser rico, y a los ojos de sus congéneres era un rey.

El Benefactor suspiró profundamente antes de continuar:

—Cuando empecé a gobernar, descubrí que mis preciosos ideales no significaban nada para mis súbditos, y que todo lo que deseaban de mí era que los condujera a una mayor y mayor prosperidad. La única riqueza que querían eran las posesiones y la posición social. Durante siete años intenté hacerles comprender; me esforcé por conducirlos hacia una filosofía más amplia. Pero todos mis esfuerzos, toda mi lucha, fueron en vano.

Calló de repente y contempló la torre, con la mirada vuelta hacia su propio interior. *Grimya* se removió inquieta y gimoteó en voz baja, e Índigo preguntó con suavidad:

—Así pues... ¿te retiraste del mundo? ¿Es así como encontraste este mundo?

Él volvió la cabeza y la miró.

—¡Oh, no, desde luego que no! Debiera haberlo hecho; debiera haber aceptado que no podía moldearlos según mi percepción de las cosas, e inclinarme ante lo inevitable. Si lo hubiera hecho, a lo mejor alguno de mis ideales habría sobrevivido. Pero no me retiré. En lugar de ello, decidí vengarme. —Le dirigió una veloz mirada de reojo—. Sí, he dicho venganza; aunque veo por tu expresión que te resulta difícil creerlo. ¿Venganza sobre quién?, te preguntas. ¿Y por qué motivo? Te lo diré. Quise vengarme de mi gente, por traicionarme.

—Diosa bendita... —musitó Índigo—. Pero ¿cómo puede un hombre vengarse de un país? Eres... —Se detuvo y rectificó al momento el lapsus con una sonrisa irónica—: *Eras mortal*. Hechicero o no, no podías poseer tal poder.

—Tienes razón, desde luego. Los gobernantes no son dioses, por mucho que algunos intenten convencer al mundo de lo contrario; y nunca fui estúpido hasta ese punto. Pero sí tenía el poder de vengarme de la forma que yo quería, sí poseía el poder de hacer que mis súbditos tomaran un rumbo que, con el tiempo, haría que esa venganza tuviera lugar. Así pues, como el capitán que gobierna su barco hacia un arrecife mortal, eso es lo que hice.

»Mi estrategia era simple. Dije: muy bien, si las cosas materiales son todo lo que mis codiciosos muchachos desean, entonces tendrán cosas materiales... con la exclusión de todo lo demás. Que no haya más música, que no haya más filosofía, que desaparezca la espiritualidad. Se acabaron los adornos, ya que los adornos no son útiles. Se acabaron los juegos y pasatiempos, ya que no son algo tangible; no producen nada ni dan a ganar nada. Ni placeres ni frivolidades, ya que el placer no es un bien que se pueda vender o cambiar para obtener una ganancia. Y en cuanto a las cosas que se encuentran en otros mundos, otras dimensiones..., bien: si no podemos verlas y tocarlas y poseerlas, ¿cómo puede ser que existan? No hay fantasmas, ni espíritus, ni demonios; no existen los poderes del bien y el mal. No tendrán cabida en esta nueva era ilustrada, pues eso es lo que se merece mi gente.

»Yo provoqué todo esto, Índigo; e incluso ahora, después de tantos siglos, me produce escalofríos pensar con qué facilidad se realizó. Ordené que demolieran mi propio palacio, proclamando que su belleza no tenía una función útil. Hice que araran sus preciosos jardines y los convirtieran en campos de cultivo que deprimían la vista pero llenaban los bolsillos, y declaré que esta acción era un ejemplo que debían seguir todas las personas diligentes. Construí la Casa sobre la colina en la que se encuentra, un lugar estrictamente funcional sin un solo adorno, e insté a mis súbditos a hacer lo mismo con sus propias viviendas, de modo que también ellos se librasen de todas las cosas que no poseían un valor claro. Luego los exhorté a aferrarse a lo que

tenían y a construir sobre ello; a trabajar y ganar riqueza y a acumular los frutos de su trabajo; a alzarse por encima de sus vecinos y a ser juzgados a los ojos de esos vecinos sólo por lo que poseían y no por ninguna otra cosa; a que se sintieran orgullosos de su avaricia, orgullosos de su lógica, orgullosos de la existencia miserable y triste que se estaban labrando.

Dejó de hablar. Índigo levantó su copa y la hizo girar entre el índice y el pulgar, aunque no bebió.

—Y eso echó raíces —dijo sombría.

—Sí, echó raíces. Con tanta facilidad y rapidez que en menos de cinco años comprendí que ya no necesitaban mi guía, sino que por sí mismos seguirían inexorablemente y sin titubear el camino hasta la propia perdición. Mi trabajo había finalizado. Así que decidí... bueno, para expresarlo con precisión, decidí retirarme del mundo y dejar que se las apañaran solos.

Índigo recordó su primera visita a la Casa y el improvisado parlamento de tía Nikku sobre los cambios que había implantado el Benefactor.

—Y tu regalo de despedida —dijo—, ¿fue derribar el último símbolo de los viejos tiempos: tu propio trono?

—Lo fue. Lo consideré un último y apropiado chiste, y estaba tan repleto de rencor y ganas de venganza en aquellos tiempos que reí en voz alta ante la idea. ¡Se acabaron los reyes! Dejemos que tengan comités de hombres y mujeres insignificantes, dije; y que disfruten para siempre del mezquino placer de reñir y competir en busca de la preeminencia entre ellos mismos. Estaba harto de todo aquello. Sería *libre*.

La última palabra la pronunció con tal rabia que cogió a Índigo por sorpresa. Era muy consciente de la amargura y el remordimiento que sentía el Benefactor, pues éste no había hecho el menor intento de ocultarlos; pero esto era algo totalmente distinto.

—Dijiste... —Vaciló, escogiendo las palabras con sumo cuidado—. Dijiste que *encontraste* este mundo. ¿Fue así como... evitaste morir?

El Benefactor no contestó al punto. Durante unos instantes permaneció allí sentado sin moverse, con un nudillo presionado contra los labios, los ojos mirando al vacío y la expresión hermética. Luego, bruscamente, respondió a su pregunta.

—Sí, encontré este mundo, y huí a él, como tú dices, para escapar de la necesidad de morir. —Levantó la vista—. Pero no tardé en descubrir que no estaba solo aquí. Otros también buscaron su consuelo, —dijo contemplándola fijamente—: el hombre dormido en su torre, tu propio Némesis, otros... Ha habido muchos otros; algunos que se han quedado y algunos que no. A lo mejor el hecho de que yo fuera el único ser vivo completo de este mundo me otorgó una clarividencia especial; ésa es una pregunta que no puedo contestar. Pero sus historias y sus cuitas eran en cierta forma un libro abierto para mí; sabía qué eran y por qué había venido cada uno. Y luego, al poco tiempo, los niños de Alegre Labor empezaron a venir, y comprendí la enormidad de mi crimen. —Suspiró profundamente—. Así que aquí he vivido, entre

los espíritus perdidos a los que se ha negado el derecho a una auténtica vida. Y una generación sigue a la otra, y cada una languidece aquí hasta que las mentes que han dejado atrás se vuelven a abrir para admitirlos, o hasta que mueren los cuerpos que abandonaron.

Índigo sintió un nudo en la garganta y tuvo que hacer un gran esfuerzo para recuperar la voz.

—¿Qué sucede a sus espíritus, cuando los cuerpos mueren?

—Se desvanecen de este mundo y se pierden —respondió con sencillez el Benefactor—. Muchos se han ido de esa forma. Adónde van, qué es de ellos, no lo sé; ésa no es una cuestión para un simple hombre mortal. Pero supongo que es una especie de muerte.

—Y... ¿qué sucede contigo? ¿Qué eres tú?

—Soy un ser vivo, en cierta forma. Mi envoltura física y la espiritual no se separaron, y por lo tanto penetré en este mundo como un ser completo por derecho propio. Aquí, mi cuerpo no envejece y por lo tanto no puedo morir. Así son las cosas en esta dimensión. —Sonrió no sin cierta tristeza—. No obstante mis pretensiones filosóficas y mágicas, no afirmo comprender por qué es así, pero acepto lo inevitable. Mi envoltura espiritual puede regresar a Alegre Labor sin sufrir daño, pero no me atrevo a regresar bajo mi forma completa durante más de algunos minutos, ya que si lo hiciera... bueno, eso es algo que ya hemos comentado y quizá no merece ser repetido.

Cuando terminó de hablar se produjo un largo silencio. Índigo contemplaba la abarrotada mesa, pero sin ver, sin apreciar sus espléndidas galas. Ahora sabía qué sería del Benefactor si tenía éxito en su misión. No existía lugar para él en Alegre Labor, pero, a la vez, sin los niños que tanto quería tampoco le quedaría nada aquí.

Levantó la vista por fin, y sus ojos perdieron aquella mirada vacía para clavarse en el rostro del hombre.

—¿Es esto lo que realmente quieres? —preguntó.

—Sí —contestó el Benefactor en un susurro—. Sí, es lo que quiero. Es la única esperanza para los niños, y creo que quizás es la única esperanza para mí. —Hizo una pausa—. ¿Lo comprendes?

—Creo que puedo —dijo ella asintiendo despacio—. Eres un hombre muy valiente.

—No, no lo soy. Soy simplemente un estúpido que por fin ha aprendido lo suficiente para arrepentirse de su estupidez. —Extendió el brazo y su mano se cerró sobre la de ella—. Yo no puedo moverme libremente entre el mundo del espíritu y el físico. Pero tú puedes, y ahora tienes el poder de transportar las cosas de este mundo de regreso a Alegre Labor. Conduce a mis niños a casa, Índigo. Devuelve a mi gente la espiritualidad que les robé hace tanto tiempo, y muéstrales cómo pueden volver a estar completos.

Sus dedos apretaban los de ella con fuerza, casi con desesperación, e Índigo



devolvió el apretón con energía.

—Los llevaré. —Tenía el poder; lo sabía, lo sentía vibrar en su interior, completa como estaba...—. No tienes más que mostrarme el modo. Dime lo que debo hacer, y lo haré.

El Benefactor pareció vacilar, pero enseguida su rostro se iluminó con una radiante sonrisa.

—El modo de hacerlo es muy fácil. De hecho tú misma has experimentado algo de ello. —Cerró con fuerza una mano; cuando volvió a abrirla, una pequeña esfera reluciente apareció en ella—. ¡Atrapa la pelota, doctora Índigo!

Se la lanzó y, sin detenerse a pensar, ella la cogió por puro reflejo. Al instante la escena ante sus ojos pareció deformarse como si ella hubiera encogido de repente a la mitad de su tamaño real y contemplara al mundo desde una perspectiva totalmente distinta. Por un momento volvió a tener seis años...

Luego la ilusión se desvaneció, y se quedó mirando al Benefactor con la reluciente esfera sujeta entre ambas manos. Muy despacio, su boca se torció en una sonrisa irónica.

—Ya me habías dicho que eras un hechicero, pero hasta ahora no he comprendido el grado de poder de que dispones.

Pero el Benefactor negó con la cabeza.

—Oh, no, me sobrestimas. Esta chuchería no es más que un objeto, y sus habilidades, al igual que las mías, muy limitadas. No es más que un punto de enfoque... o un espejo, si lo prefieres... para despertar, brevemente, los recuerdos de la juventud y la imaginación juvenil de aquellos que lo capturan mientras vuela por los aires. —Lanzó una risita satisfecha—. Koru lo llama mi juguete mágico; pero no es realmente un juguete, ni tampoco es mágico en realidad. —Se detuvo y contempló pensativo la pequeña esfera—. A lo mejor, cuando eras pequeña tenías un pequeño cofre de tesoros en el que guardabas todas aquellas cosas íntimas que tenían un gran valor para ti. No eran cosas valiosas tal y como las considerarían los otros, sino simples recuerdos o fruslerías que mantenían con vida el recuerdo de momentos felices.

Índigo recordó haber tenido un cofre así, y después de todos estos años le vino a la memoria de improviso el recuerdo de todo lo que había contenido. Una concha marina, una pluma de ave, un mechón trenzado de cabellos procedentes de la crin de su primer poni: docenas de pequeños recuerdos personales que había valorado más que otras riquezas más evidentes.

—Estas lindas chucherías son como tu cofre de los tesoros —explicó el Benefactor con dulzura, leyendo en su rostro lo que pasaba por su mente—. En ese cofre se conservaban y alimentaban tus recuerdos, y cada vez que levantabas la tapa era como si mirases tu propia vida en un espejo. Eso es lo que pueden conseguir mis juguetitos; ése es su poder. Atrapaste la pelota; levantaste la tapa del cofre de los tesoros y recordaste. Y... —alzó las dos manos, con las palmas extendidas— una

chuchería puede ir seguida de otra, y otra, y otra...

Índigo y *Grimya* soltaron un respingo cuando de pronto el aire pareció llenarse de una lluvia de relucientes y frágiles esferas. Danzaban mecidas por la brisa, describiendo espirales, giros en redondo, flotando y balanceándose, al tiempo que reflejaban la luz en deslumbrantes arcos iris. El Benefactor permanecía allí sentado en medio de ellas mientras más y más de aquellos «juguetes mágicos» brotaban de sus manos extendidas. Luego, bruscamente, chasqueó los dedos... y la brillante tormenta desapareció.

—Puedo crear tantos de estos preciosos juguetes como necesites —dijo el Benefactor, dedicándole de nuevo aquella sonrisa suya tan extrañamente dulce—. Uno para cada espíritu desconsolado de Alegre Labor... para que les sea ofrecido, quizás, en la misma forma en que un médico ofrecería una pócima curativa.

Índigo comprendió lo que quería decir e, inesperadamente, sus recuerdos retrocedieron muchos años y muchos kilómetros hasta otro país y otros amigos. Los Brabazon; aquella alegre, pícara y bulliciosa familia de comediantes cuya siguiente generación sin duda recorría en aquellos momentos las carreteras del continente occidental para llevar diversión y risas a sus desperdigadas granjas y ciudades. En una ocasión habían montado el espectáculo de su vida, un espectáculo que había derrotado a un demonio; y aquel recuerdo le dio una idea. Había realizado un buen aprendizaje con Constan Brabazon. Había aprendido algunas lecciones muy valiosas, y ahora, al igual que entonces, tenía un buen reparto de actores a su alrededor: *Grimya*, Koru, los niños... y Némesis.

Vio cómo las orejas de *Grimya* se enderezaban alertas al percibir sus pensamientos. La loba dejó caer la lengua de costado y le habló telepáticamente, muy excitada.

«¡Sí, Índigo, sí! ¡Así es como hay que hacerlo! ¡Y resultará tan divertido para los niños! Un juego como ninguno que hayan jugado antes».

—Necesitaré mi poni —dijo Índigo poniéndose en pie—. Y una carreta, como... la que utilizaría un cómico de la legua. —Contestó con una amplia mueca a la sonrisa del Benefactor—. O un médico ambulante.

El Benefactor se echó a reír satisfecho.

—Todo lo que deseas, te lo puedo facilitar y lo haré.

—Y los niños, ¿dónde están los niños?

—No esperan más que tu llamada.

Índigo lanzó una rápida mirada a la torre. ¿Estaba Fenran allí ahora; lo había traído su mente dormida de regreso a este mundo, a esperar? Muy pronto, pensó, muy pronto la espera habrá terminado. Muy pronto, ella regresaría triunfal...

Se volvió de nuevo hacia la mesa y llamo con voz potente:

—¡Hermana! ¡Muéstrate!

El aire a su alrededor empezó a brillar, y la delgada figura de Némesis apareció junto a ella. Pero los ojos de Némesis eran de un azul violeta, mientras que la plata

centelleaba ahora tras las pestañas de Índigo. Con una carcajada, extendió la mano hacia la criatura y luego se volvió hacia el Benefactor.

—Éramos dos y ahora somos una. Juntas, abriremos los ojos de Alegre Labor. Llama a los niños, Benefactor. ¡Diles que el nuevo y maravilloso juego está a punto de empezar!

## Capítulo 19

La luna se había puesto por el oeste, y tan sólo un puñado de estrellas parpadeantes iluminaba las silenciosas calles de Alegre Labor. Toda la ciudad estaba a oscuras; a esta hora todos los ciudadanos diligentes dormían en sus camas y no se moverían hasta que el amanecer hiciese innecesario el frívolo despilfarro de velas y lámparas de aceite, y por eso no había nadie que pudiera asistir al curioso fenómeno que tenía lugar en la plaza del mercado.

La bomba de agua del centro de la plaza no estaba muy bien cuidada, y desde hacía algún tiempo un continuo goteo de agua había ido formando un pálido charco en el suelo a su alrededor. De improviso, el charco empezó a brillar de un modo extraño, cada vez con más intensidad, hasta que brotó de él una potente luz que a poco comenzó a fluir hacia arriba, hasta formar un centelleante arco de luz. Y en el interior de este arco, borrosa al principio pero tornándose cada vez más nítida y definida, apareció la imagen de unas ondulantes colinas verdes.

El Benefactor no había necesitado más que el reflejo del agua derramada por la bomba para crear una nueva puerta entre los dos mundos. Y surgiendo de este reflejo, a través del arco de luz, un vehículo extraordinario hizo su aparición, retumbando y repicando, en la dimensión física de Alegre Labor. La pequeña carreta estaba cubierta por un toldo de brillante color amarillo con banderolas y serpentinas multicolores colgando de todas partes y ondeando alegremente bajo la brisa nocturna. Las ruedas —de un rojo intenso— llevaban sujetas docenas de diminutas campanillas que tintineaban musicalmente a medida que giraban los ejes, y el arnés del poni llevaba los varales festoneados de otras muchas más, mientras que un caparazón de plumas rojas, amarillas y azules se bamboleaba y agitaba sobre las orejas del animal.

Índigo ocupaba el asiento del conductor, vestida con un extraordinario disfraz: blusa larga con anchas mangas bordeadas de encaje, pantalones de cinco colores diferentes contrastados, medias escarlata con dibujos de lentejuelas, y zapatos con enormes hebillas de plata. Un sombrero de ala ancha doblada bajo el peso de plumas y chucherías varias mantenía un difícil equilibrio sobre su cabeza, y los cabellos, liberados de la acostumbrada trenza, centelleaban merced a los hilos de oro y plata con que los había entretejido. A su lado, *Grimya* había sido ataviada con una cómica capa pequeña adornada con más cascabeles, y gorras de terciopelo sobre ambas orejas de las que pendían recargadas borlas; detrás de la loba iba sentado Koru, vestido también con un conjunto estrafalario y multicolor al que se había añadido una cómica media máscara con bigotes en el rostro que le daba el aspecto de un cachorro de león travieso. El Benefactor no había escatimado nada en los preparativos que les había ayudado a realizar, y todo su séquito, se dijo Índigo con satisfacción, tenía un aspecto indescriptiblemente ridículo. Tan ridículo, en realidad, que incluso a los habitantes de Alegre Labor les resultaría imposible poner los ojos sobre ellos y fingir que no observaban nada extraño.

El carromato se apartó un poco del portal, y se detuvo. No obstante el ruido producido por su llegada, no se encendió ni una sola luz en la plaza, ninguna puerta se abrió y ningún rostro apareció en ninguna ventana. Eso era exactamente lo que había previsto Índigo, ya que en el caso de que alguno de los habitantes se hubiera despertado y los hubiera oído, habría hecho caso omiso del estruendo por considerarlo algo imposible y habría vuelto a enterrar la cabeza bajo las mantas para regresar a la satisfecha inconsciencia del sueño. Tanto mejor; como faltaba más de una hora para que llegara el amanecer, tendrían tiempo más que suficiente para montar el escenario y prepararse para el juego.

Koru se giró en su asiento y levantó el faldón del toldo del carromato a su espalda. Un frenesí de cuchicheos estalló al momento en el interior del vehículo, y una voz de niña inquirió excitada:

—¿Estamos ahí? ¿Hemos llegado, Koru?

—¡Chisst! —Koru se llevó un dedo a los labios a modo de advertencia, aunque la voz de la niña era menos ruidosa de lo que habían sido el sonido de cascos, ruedas y campanillas—. ¡Sí, ya hemos llegado!

Se escucharon entonces un sinfín de risitas ahogadas.

—¿Es muy divertido! ¿No es divertido, Koru?

—Sí; claro que sí. —Koru volvió a dejar caer el faldón y miró a Índigo. Bajo la máscara humedeció con la lengua el labio inferior, y la muchacha le sonrió alentadora.

—¿No estarás nervioso, verdad?

—No... —respondió indeciso—. Pero no dejo de pensar en... en Ellani. —Lo que intentaba decir surgió de improviso de sus labios como un torrente—. Sé que ella realmente no pensaba todas esas cosas horribles que dijo, Índigo; ¡sé que no las pensaba! Antes era muy diferente, y sé por qué ha cambiado, y no es culpa suya. Pero tengo tanto miedo de que la magia no funcione; de que ella no..., ella no... —El torrente de palabras se agotó y sus ojos se nublaron, impotentes.

Índigo comprendió, y estiró el brazo por encima de *Grimya* para tomar la mano del chiquillo y apretarla tranquilizadora.

—No te preocupes, Koru. La magia funcionará, lo prometo. —La luz de las estrellas le sombreaba el rostro y por eso Koru no pudo verla sonreír—. ¡Recuerda que funcionó conmigo!

—Bueno, sí... —Su expresión empezó a animarse, e Índigo lanzó una suave carcajada.

—Vamos. Tú y yo tenemos trabajo que hacer. —Se inclinó hacia el faldón del carromato y llamó en un susurro—. ¡Niños! ¿Estáis listos? Es hora de empezar.

Como una oleada de sombras, descendieron todos del carro entre murmullos, risitas y excitados comentarios susurrados entre ellos.

—¡Mira! ¡Mira la oscuridad!

—Es tan triste, ¿verdad?

- Nosotros la animaremos. ¡Lo haremos!  
—Se trata de un juego nuevo, un juego maravilloso.  
—¿Lo tienes todo? ¿Dónde están las cosas?  
—¡Aquí están, mira! ¿No son lindas?  
—Oh, sí, son lindas, lindas...  
—¡Esto será tan divertido!

Los niños no eran más de una docena aproximadamente —todos los que cabían en el carromato— pero eran suficientes para llevar a cabo la primera parte del juego. Más adelante, cuando el terreno estuviera preparado, el resto los seguiría, e Índigo lanzó una rápida mirada al brillante arco del portal y al otro mundo que brillaba tranquilo al otro lado. El Benefactor estaba allí ahora, ocupado en mantener entretenidos a los otros niños con juegos y relatos mientras Némesis aguardaba la señal para conducirlos a través del arco hasta Alegre Labor. El rostro de Índigo se iluminó con una sonrisa particular; luego volvió la cabeza hacia el carromato, pues de las manos de sus entusiastas pasajeros fluía ahora lo que parecía un río enloquecido de oro y plata. En menos de un minuto, un centelleante pajar de luz quedó montado junto al vehículo, y los niños se abalanzaron sobre ella, danzando excitados.

- ¡Señora que canta, señora que canta!  
—¡Estamos listos! ¿Podemos ir, podemos iniciar el juego?

Índigo levantó las manos para pedir silencio, y detuvo aquel torrente de palabras.

—¿Tenéis los juguetes mágicos que el Benefactor os entregó? ¿No habéis olvidado nada?

—¡No, no, claro que no!

—¡Tenemos los juguetes mágicos, sabemos lo que hay que hacer! ¡Somos muy listos!

—¡Claro que lo sois! —Índigo juntó las manos y lanzó una carcajada—. ¡Muy bien, en ese caso todos podemos empezar! Vamos, tres en el carromato conmigo; el resto id con *Grimya*, y ella os mostrará lo que hay que hacer. —Y en silencio añadió a la loba: «*Cuida de ellos, cariño. ¡Y buena suerte!*».

*Grimya* se había contagiado de la alegría de los niños y dio un salto para lamer la cara de su amiga. Al volver a poner los pies en el suelo, sus ojos se clavaron de improviso en un punto detrás de Índigo, y lanzó un gañido de alarma.

Índigo giró en redondo y sus ojos se abrieron asombrados. Se había abierto una puerta en una de las casas a su espalda, y de ella salía una figura. Durante dos o tres segundos, la joven se sintió totalmente confusa. ¿Qué era aquello? ¿Quién en Alegre Labor podía haberlos oído o visto? Pero, mientras ella sentía que el mundo se hundía a sus pies, *Grimya* gritó en voz alta:

—¡Mimino! ¡Es Mimino!

La anciana viuda se acercaba cojeando por la plaza, y, cuando salió de entre las profundas sombras a la luz de las estrellas, Índigo vio que su rostro estaba iluminado por una enorme sonrisa.

—¡Doctora Índigo, has regresado! —Mimino aferraba un bulto envuelto, y al acercarse lo tendió a Índigo con un gesto triunfal—. ¡Mira, mira, tengo el instrumento! ¡Lo he mantenido a salvo, y no lo han quemado!

—¡Mi arpa! —Llena de asombro, Índigo corrió al encuentro de la anciana, de cuyas manos tomó el bulto al tiempo que la envolvía en un alborozado abrazo—. ¡Oh, Mimino!

La mujer se echó a reír alegremente.

—¡El instrumento está a salvo! Tú estás a salvo y la perra gris que habla está a salvo, y... —Paseó la mirada hasta el carromato y los niños, y se quedó extasiada—. Ah, esto está bien. ¡Esto está muy bien!

«Índigo», comunicó *Grimya*, «¡los ve! No es como el resto... ¡Se da cuenta de lo que pensamos hacer!».

Desde luego, desde luego... Mimino había sido su única amiga, su única aliada. Vieja e inútil a los ojos de los suyos, despreciada por aquellos que creían que sabían más que ella, los ojos, el cerebro y el corazón de Mimino estaban abiertos a mucho más que a los deprimentes y estrechos límites de Alegre Labor. E Índigo tenía con ella una enorme deuda, pues sin su intervención los ancianos lo habrían arruinado todo...

—¡Mimino! —Aferrando el arpa con una mano, cogió los dedos de la anciana con la otra y tiró de ella hacia el carro—. Tengo trabajo que hacer aquí; trabajo curativo. ¿Quieres montar conmigo y ayudarme?

—¿Yo? —Mimino se golpeó el esternón con un dedo e hizo un gesto negativo—. No, no; estos viejos huesos no son dignos...

—¡Claro que son dignos! ¡Son más que dignos! Por favor, Mimino. ¡Quiero que vengas!

—Doctora Índigo, eres mi amiga y eres muy amable. Iré, pues; sí, iré. ¡Esto será algo muy feliz, creo!

Índigo la ayudó a subir al asiento del conductor y la anciana se acomodó allí y sonrió alegremente al poni, a *Grimya* y a los niños, tres de los cuales daban saltos de impaciencia ya en la parte trasera del carromato. Índigo llamó a Koru, y el chiquillo se acercó corriendo y se encaramó junto a ella. Mimino, con una risita ahogada, rodeó al niño por los hombros con un brazo, e Índigo tomó las riendas.

—¿Listos? —Dedicó a ambos una amplia sonrisa—. ¡Entonces pongámonos en marcha!

Con un crujido y un cascabeleo y un grito entusiasta por parte de los niños que no produjo la menor respuesta en la ciudad, el carromato abandonó la plaza y se alejó por la carretera que conducía al Enclave de los Extranjeros.

A Ellani no se le ocurría qué podía haberla despertado a una hora tan extraordinariamente temprana. La habitación estaba oscura como boca de lobo y el espacio cuadrado de la ventana sólo un poco menos, y los pollos que tenían su corral

justo al otro lado de la valla del enclave no habían iniciado aún sus gritos precursores del amanecer.

Dio vueltas en la cama, inquieta e irritada. A lo mejor era que simplemente seguía echando en falta el sonido de la respiración de Koru al otro lado de la endeble partición de madera que separaba su dormitorio del de él. Bueno, pensó con resignación, si era eso tendría que acostumbrarse ya que, le gustara o no, no había muchas posibilidades de que Koru regresara con ellos ahora. Ella lo había aceptado y consideraba una gran vergüenza que sus padres —su madre en particular— se aferraran todavía a su esperanza, incapaces al parecer de aceptar por completo la conclusión racional que ella ya había alcanzado.

Ellani creía firmemente que Koru estaba muerto y que, de forma indirecta, era Índigo quien lo había matado. La muchacha le había llenado la cabeza con sus absurdos disparates y lo había desviado del sendero de un sensato progreso hacia la madurez. Sin lugar a dudas, Índigo estaba completamente loca. Y el pobre Koru, todavía lo bastante joven para dejarse arrastrar e influir con facilidad, había demostrado ser una víctima muy propicia. En ocasiones, desde la desaparición de su hermano, Ellani despertaba en plena noche envuelta en un sudor frío, pensando que de haber sido tan sólo un año o dos más joven también ella podría haber quedado atrapada en la demencial telaraña de mentiras extravagantes de Índigo, y se culpaba a sí misma por no haber comprendido antes la verdad y, cuando lo hizo, por no haber alertado a sus padres del peligro a tiempo.

Pero era demasiado tarde para tales lamentaciones. Koru ya no estaba, lo habían perdido. Había huido, tentado por la locura de Índigo, a una locura propia. Adónde había huido, Ellani ni siquiera intentaba imaginarlo, pero estaba segura de que no podía haber sobrevivido, o los grupos de búsqueda lo habrían localizado. Devorado por animales salvajes; eso era lo que suponía. Devorado, sin que quedara rastro de él. Y aunque lo lloraba, como debía hacerlo una amante hermana, sabía que la vida debía seguir y el trabajo continuar si no querían que todo lo que habían conseguido se perdiera. Así pues, era una vergüenza que sus padres no pudieran aceptar su pérdida con más presencia de ánimo y mirar al futuro.

Llovía. Se dio cuenta de ello poco a poco mientras permanecía tendida en la cama y el sueño se negaba a regresar. Percibía el débil tamborileo de las gotas sobre el tejado, el borboteo del agua corriendo por los canalones para ir a caer luego en el depósito situado fuera de la cocina, bajo su habitación. Eso era un fastidio, pues cuando terminaran las clases de la mañana tenía que ir a trabajar a los campos, y la lluvia obstaculizaba el trabajo de azada y lo volvía menos eficiente. No obstante, el agua en sí sería útil, ya que un depósito lleno significaría un menor transporte de cubos y recipientes desde el pozo que abastecía las necesidades del enclave. Ellani se acurrucó mejor bajo las mantas, decidida a dormir otra hora. El sonido de la lluvia la arrullaba. Mantenía una cadencia y, mientras escuchaba, el sonido pareció adoptar un ritmo musical, como el sonido del arpa de Índigo...



Se sentó en la cama de un salto, con los ojos muy abiertos y espantados en la oscuridad. ¿Música de *arpa*? No; los oídos la engañaban. Era la lluvia, no era más que el ruido de la lluvia. No era música. Ella despreciaba la música; era simplemente un ruido sin sentido y sin valor. Y ella no había querido la maldita arpa para sí; ¡sólo se había querido asegurar de que era destruida! No oía música allí fuera en la oscuridad, se dijo con fiereza. No, no. *Nunca*.

Entonces, de improvviso, de algún lugar fuera de la casa le llegó una carcajada, precipitadamente ahogada.

Ellani frunció el entrecejo, olvidado su momentáneo terror. ¿Quién en su sano juicio estaría en el exterior sin necesidad con aquel tiempo? ¿Y *riendo*? ¿Qué motivo había para reír, cuando uno estaba bajo la lluvia? Escuchó con atención durante unos momentos y empezaba a pensar que debía de haber oído mal, que el sonido no había sido más que el borboteo del agua en alguna tubería, cuando volvió a oírlo. Risitas ahogadas; luego un susurro siseado, como si alguien hiciera callar apresuradamente a otra persona; y un sonido parecido a la acción de escarbar, como de pequeños pies que se escabulleran furtivamente. *Había* alguien en el exterior, Ellani estaba segura ahora, y tuvo la repentina e indignada convicción de que alguno de los niños del enclave estaba gastando una broma a sus vecinos. Lo primero que pensó fue que la culpable debía de ser Sessa Kishikul. Sessa no había estado nunca bien de la cabeza; se había negado tozudamente a crecer y abandonar su comportamiento infantil, y era una molestia constante para los demás, capitaneando a los más pequeños en estúpidas e inútiles escapadas. Deslizándose fuera de la cama, Ellani cruzó la habitación a tientas. Si podía vislumbrar a Sessa y a sus cómplices, pensó, sólo lo suficiente para identificarlos sin el menor asomo de duda, los denunciaría al Comité de Extranjeros de los ancianos por comportamiento criminal. Eso acabaría con la irresponsabilidad de Sessa, y haría que ella, Ellani, ganara puntos ante los ancianos.

Llegó hasta la ventana y apartó la cortina de tablillas de papel para contemplar el húmedo y deprimente panorama al que ni siquiera iluminaba aún la luz del alba.

Por un instante le pareció que varias sombras menudas parpadeaban en la periferia de su visión antes de desaparecer a toda velocidad. Ellani contuvo la respiración, ansiosa, y frotó el empañado cristal, torciendo los ojos en sus esfuerzos por distinguir cualquier otro movimiento en la oscuridad. Entonces, surgida al parecer de la nada, le llegó una voz que hizo que sus manos se aferraran al alféizar.

—¡Elli! ¡Aquí abajo, Elli!

Todo el cuerpo de Ellani se estremeció como si se hubiera sumergido en agua helada. *¡Era la voz de Koru!*

—¡Elli! ¡Elli, soy yo, estoy aquí! ¡Mira, Elli..., junto al retrete!

Sus dientes empezaron a castañetear sin que pudiera detenerlos. Muy despacio, llena de temor, volvió la cabeza para mirar abajo, al lugar donde un pequeño cobertizo se apoyaba contra la oscura masa de la casa.

Koru estaba de pie junto a la pared del cobertizo. Mientras la boca de Ellani se

abría para formar una redonda «o» de asombro, el niño se llevó rápidamente un dedo a los labios.

—¡Baja, Elli! ¡No despiertes a mamá, aún no!

Ellani dirigió una veloz mirada a la puerta del dormitorio, dividida entre el impulso de desoír la súplica y correr en busca de sus padres y el temor de que, si lo hacía, Koru volviera a huir antes de que pudiera cogerlo. En su agitación no se le ocurrió preguntarse cómo era posible que pudiera ver a su hermano con tanta claridad a pesar de ser todavía de noche.

—¡Elli! ¡Vamos, Elli, baja!

Ellani tomó una decisión. Agarrando rápidamente sus botas de campo de suela de madera y su capa con capucha, cruzó la habitación en cuestión de segundos, para acto seguido abrir la puerta y descender como pudo la escalera hasta la planta baja. Atravesó la cocina —el pestillo de la puerta chirrió pero eso no podía evitarse— y, deteniéndose tan sólo para ponerse los zapatos y la capa, salió al helado amanecer. La lluvia le salpicó el rostro mientras cruzaba el patio; al llegar ante el retrete, se detuvo en seco y resbaló sobre los mojados adoquines, pero consiguió recuperar el equilibrio agitando los brazos. Koru ya no estaba allí.

—¡Koru! Koru, ¿dónde estás? —Ellani giró primero a un lado y luego al otro—. Todo está bien, no he despertado a madre. —Hizo una pausa para escuchar, y poco a poco la exasperación fue eclipsando su inicial alivio; su voz adoptó un tono irritado—. Koru, deja de jugar; ¡sal al momento!

Koru siguió sin responder. Entonces, mientras Ellani seguía allí dudando entre la cólera y la preocupación, el silencio se vio interrumpido bruscamente por una sucesión de notas musicales que ascendían y descendían.

¡*Aquella arpa!* Ellani se llevó el puño a la boca y, con los ojos muy abiertos, intentó por segunda vez rechazar lo que sus oídos le decían. Esta vez, no obstante, era imposible fingir que el sonido no era más que un truco de lluvia. Ascendía y descendía, ascendía y descendía...

—¿Koru?

Desconcertada y asustada ahora, Ellani empezó a avanzar hacia el lugar del que salía la música. Parecía provenir de algún lugar entre su casa y la casa vecina, donde un sendero adoquinado conducía hacia las puertas del enclave... Con el corazón latiendo ensordecedor, había llegado casi al sendero cuando, tan de improviso que saltó como si se hubiera escaldado, el sonido del arpa creció y se transformó en una alegre cancioncilla, y un coro de voces empezó a cantar:

*Canna mho ree, mho ree, mho ree,  
canna mho ree na tye;  
si inna mho hee etha narrina chee  
im alea corro in fhye.*

El terror golpeó a Ellani como un mazazo, pero sus pies volvieron a resbalar y no pudo detenerse antes de llegar al final de la pared. Dobló la esquina tambaleante... y sus ojos estuvieron a punto de saltar de sus órbitas.

En el sendero, cerrando el paso a las puertas del enclave, había un carromato de vivos colores detenido en medio de lo que parecía una tormenta de serpentinas de colores. Alrededor del carro había niños bailando —*pero se movían demasiado rápido para ser reales, y ella podía ver a través de sus cuerpos, podía ver directamente a través de ellos*— y una anciana loca bailaba con ellos, arrojando al aire nuevos puñados de serpentinas con regocijado abandono. Un brillante resplandor sobrenatural, que parecía proceder de su interior, iluminaba el carromato... y en el asiento del conductor había dos figuras increíbles. Una, de ojos plateados —*no, no, nadie podía tener los ojos plateados; era imposible*—, vestía un increíble vestido multicolor y sus cabellos centelleaban, y sus manos se movían veloces sobre las cuerdas del arpa que sostenía. La otra, con un vestido igual de demencial y con una máscara que le cubría la mitad del rostro, le sonreía de oreja a oreja.

—¡Hola, Elli! —gritó Koru por encima de la música y la canción—. ¿No te alegras de verme?

La boca de Ellani se abrió y cerró repetidas veces sin que la niña pudiera evitarlo. Por un momento, al cogerla desprevenida, la sustancia del otro mundo había atravesado sus defensas, y las imágenes se fijaron en su cerebro antes de que pudiera rechazarlas. Luego, violentamente, las compuertas mentales se cerraron con fuerza en un intento de suprimir todo aquel insensato espectáculo de su mente. *¡Esto no podía estar ocurriéndole a ella! ¡Era imposible; esto no podía estar ahí, no podía existir!*

En respuesta al desesperado rechazo de su mente, el carromato y los niños que bailaban se agitaron y tambalearon ante ella. Pero, con gran horror por parte de Ellani, cuando éstos empezaron a desvanecerse, Índigo y Koru siguieron allí sonrientes aunque ahora parecía como si flotaran en el aire, y la anciana loca siguió riendo y girando, y la música del arpa y el extraño coro de voces —*Canna mho ree, mho ree, mho ree*— siguió resonando en sus oídos. No podía ser. *¡No podía ser!*

Ellani retrocedió trastabillando. En su interior gritaba en silencio y presa de terror —*¡Márchate, márchate!*— pero en otro nivel sabía que aquello no desaparecería, que ella no podía hacerlo desaparecer, no podía negarlo ni fingir que esto no estaba sucediendo en realidad... Entonces, provocándole otro sobresalto, Koru gritó: —Coge la pelota, Elli... ¡Coge la pelota!

Algo había surgido veloz de sus manos y corría hacia ella. Centelleaba mientras giraba por los aires, y por un imprudente instante, Ellani se sintió poseída del impulso de atraparla y quedársela. *La deseaba, la deseaba; tenía que poseerla, sin importar a qué precio...* Luego la razón volvió a apoderarse violentamente de su cerebro, y dio un salto atrás para esquivar la brillante esfera que parecía ir directamente hacia ella.

La pelota cayó al suelo y se quedó allí centelleando a sus pies. Ellani la contempló durante el poco tiempo que tardó en recuperar el aliento, y entonces su voz

se elevó en un alarido de auténtico e incontrolable terror. Dando media vuelta, echó a correr; sin preocuparse porque había perdido los zapatos, regresó a toda velocidad a la abierta puerta de la cocina y penetró en el refugio que le ofrecía su casa mientras aullaba con toda la fuerza de sus pulmones: —*¡Madre, padre, ayudadme! ¡Venid rápido..., venid rá-pi-dooo!*

## Capítulo 20

Hollend y Calpurna tardaron casi diez minutos en tranquilizar a su hija lo suficiente para poder comprender algo. Ellani balbuceaba y sollozaba a la vez, y Calpurna, que había vivido pendiente de un hilo desde la desaparición de Koru, corría el peligro de contagiarse de su ataque de nervios. Por fin, no obstante, los sollozos de Ellani se calmaron lo bastante para que regresara algo de coherencia a su voz, y Hollend se arrodilló junto al sillón en el que la niña estaba acurrucada, y contempló su rostro con ansiedad.

—Ellani, vamos ya. Todo está bien; estás a salvo en casa ahora y nadie puede hacerte daño. Dinos, cariño... dinos qué sucedió.

Ellani lo miró fijamente durante un instante como si fuera un completo desconocido. Luego, con voz trémula aún, dijo:

—¡Koru..., vi a Koru!

El rostro de Calpurna se tornó blanco como el papel, y los ojos de Hollend se abrieron de par en par con una mezcla de sorpresa, frustración y enojo.

—Ellani, ¿de qué estás hablando? Si esto es algún...

—¡No lo es, no lo es! —Ellani señaló la puerta de la cocina con dedo tembloroso—. Estaba ahí. ¡Yo lo vi! Y ella estaba con él, *ella*, y había un caballo, y un carro, y una anciana loca, y él me tiró esa cosa que brillaba y... y... —Estalló en un nuevo torrente de lágrimas.

—¡Ellani! —Los ojos de Calpurna tenían una expresión salvaje cuando apartó a su esposo de un empujón y, agarrando a la niña por los brazos, la sacudió con violencia—. Ellani, ¿qué es lo que dices, qué nos estás contando? ¿Dónde estaba Koru? ¿Dónde, *dónde*?

Hollend intervino entonces, apartando de un manotazo las manos de su esposa.

—¡Acaba con eso, mujer! ¡Le haces daño a la criatura!

Jamás le había hablado de aquella manera antes, y Calpurna calló sobresaltada. Hollend les dirigió una mirada colérica, primero a ella, luego a Ellani.

—Tranquilizaos las dos, ¡ahora! —Su propio corazón palpitaba de forma irregular y dolorosa; tenía que hacer un gran esfuerzo para no aferrarse a lo que Ellani había dicho, para no permitirse albergar una esperanza.

Ellani hipó y sorbió con fuerza.

—Muy bien —dijo Hollend al cabo de unos momentos—. Ahora, hija, con tranquilidad y despacio, dime exactamente lo que sucedió y lo que viste. —Levantó los ojos al oír a Calpurna aspirar con fuerza—. Querida, por favor... Siento haber hablado con tanta rudeza hace un momento, pero deja que Ellani diga lo que pueda sin interrumpirla.

Los hombros de la mujer se agitaron convulsos, y ésta se dejó caer en otro sillón. Hollend se volvió otra vez a Ellani.

—Empieza, hija.

Ellani tragó saliva. La pausa le había dado tiempo para tranquilizarse un poco, y también había permitido que la racionalidad se fuera abriendo paso otra vez. Una parte de su cerebro todavía quería volver a gritar ante el recuerdo de lo que había visto, pero otra parte, que cada vez se volvía más fuerte, le decía con firmeza que lo que había visto era imposible y que por lo tanto no lo había visto.

—Me..., me desperté, y escuché un ruido afuera —comenzó—. Pensé que eran algunos niños haciendo una travesura, y supuse que debía de ser Sessa Kishikul y sus amigos, de modo que miré por la ventana para ver si podía descubrirlos. Entonces..., entonces escuché que alguien me llamaba, y cuando miré hacia el retrete vi..., vi... —La voz se le quebró al verse obligada a enfrentarse con la pregunta: ¿qué era lo que había visto? Y comprendió que no quería buscar la respuesta, porque hacerlo significaría admitir que..., admitir que...

Empezaba a desmoronarse cuando de improvviso un alboroto fuera de la casa rompió la tensión. Un hombre gritaba, y se oyó la aguda voz de una mujer.

—¿Qué demonios...? —Hollend se puso en pie sorprendido—. ¿Quién es? ¿Qué sucede ahí afuera?

—Parece como... —Pero Calpurna no pudo terminar la frase porque él se dirigía ya a la puerta, la abría y salía a la galería—. ¡Hollend, ten cuidado!

Asustada, salió tras él, y Ellani también se incorporó de un salto y los siguió. Se escuchaban nuevas voces en el exterior; Calpurna oyó cómo Hollend llamaba a alguien, y luego la respuesta en la voz de Nas Kishikul, el comerciante de minerales de Scorva y padre de Sessa.

Debatiéndose entre una sensación de alivio y otra de renovada ansiedad, Calpurna corrió al exterior en pos de su esposo. La lluvia había pasado ahora a ser una simple llovizna y el amanecer empezaba a despuntar, mostrando las otras casas del enclave con borroso detalle bajo un cielo plomizo. Lo primero que vio Calpurna fue que había luces encendidas en varias ventanas vecinas y al menos media docena de personas en las calles del recinto o frente a las puertas abiertas de sus casas. Nas Kishikul avanzaba hacia la galería donde estaba Hollend, sin dejar de hacerle señales. Calpurna abrió la boca para llamar a ambos... pero las palabras se ahogaron en su garganta nada más salir por la puerta principal y descubrir por sí misma aquella extraordinaria visión.

El tejado de cada una de las casas del enclave estaba cubierto y adornado de largas serpentinas de cinta dorada y plateada. Las serpentinas se arrollaban alrededor de las chimeneas, se enredaban en desagües y tuberías, revoloteaban y bailaban sobre tejas y guijarros en un enloquecido derroche de color. Algunas se habían soltado y caído al suelo, donde centelleaban como riachuelos de aguas brillantes.

—¡Hollend! —Calpurna corrió al borde de la galería y sujetó con fuerza el brazo de su esposo mientras una terrible e informe sensación de terror se apoderaba de ella—. ¿Qué es? ¿Qué es?

El hombre fue incapaz de responder; se limitó a sacudir la cabeza en silencio, con

los ojos fijos en el disparatado espectáculo.

—¡Hollend! ¡Calpurna! —Nas había llegado junto a ellos y ascendía los peldaños de la galería. Tenía el rostro encendido.

»¿Veis esto? ¿Lo veis? —La voz de Nas poseía un fuerte acento extranjero y no se sentía a gusto con la lengua de Alegre Labor, que era el único idioma que él y los agantianos tenían en común—. ¿Qué es, pregunto? ¿Quién lo hace, y por qué?

—No sabemos más que tú —respondió Hollend sacudiendo la cabeza.

Calpurna, poseída aún por aquel inexplicable terror, empezó a hablar atropelladamente sin detenerse a pensar:

—Ellani cree que alguien ha incitado a los niños más pequeños. Dijo que Sessa...

—¡Calpurna, basta! —interrumpió Hollend con brusquedad—. Ellani dice tonterías; claro que los niños no pueden haber hecho esto. —Se volvió de nuevo hacia el scorviano—. ¿Quién lo hizo, entonces? Ésa es la cuestión.

—Creo que debemos ir a buscar a los ancianos —dijo Nas, sombrío—. Alguien nos toma el pelo, ¡y yo no lo encuentro divertido!

Los otros espectadores se habían ido reuniendo alrededor de ellos, y se escucharon murmullos de asentimiento. Hollend frunció el entrecejo.

—A nuestros queridos tíos y tías no les gustará que los despertemos a estas horas..., pero a lo mejor tienes razón; a lo mejor deberían ver esto cuanto antes.

—Hollend, espera. —Calpurna volvió a cogerle el brazo—. Ellani..., ¿qué es lo que dijo sobre Koru? ¿Podría ser esto algo...?

—¿Koru? ¿Qué sucede con Koru? —inquirió Nas—. ¿Tiene algo que ver con esto?

—No lo sabemos —contestó Hollend—. Algo despertó a Ellani hace un rato, y ella...

Antes de que pudiera seguir, se escuchó un ligero alboroto en el exterior de una casa cercana, y una voz femenina gritó de exasperación o enojo o ambas cosas. Hablaba en un idioma extranjero, pero Hollend y Calpurna reconocieron una palabra: «¡Sessa!».

La alta y desgarbada rubia hija de Nas salió corriendo de entre un pequeño grupo de gente reunido ante la puerta principal de los scorvianos y, descalza y en camisón, bajó corriendo la escalera y salió a la calle. Precipitándose sobre una de las serpentinas caídas, la recogió y la levantó en alto, y comenzó a agitarla y retorcerla entre los dedos mientras daba saltitos primero sobre un pie y luego sobre el otro. Su voz, exultante como la de una niña pequeña, les llegó con toda claridad.

Nas lanzó un juramento y corrió a interceptar a su hija. Ésta lo vio y se lanzó a su encuentro, con las manos llenas ahora de serpentinas caídas que intentó colocar sobre él a modo de guirnalda. Nas la agarró por un brazo y tiró de ella, sin hacer caso de sus sonoras protestas, para apartarla del montón de reluciente material que empezaba a reunirse a sus pies.

—¡Tráela aquí, Nas! —gritó Calpurna, cuyo natural instinto maternal eclipsaba

ahora cualquier otra cosa. Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro—. Ellani, ve y... —Se interrumpió al ver que su hija no estaba allí, sino que había retrocedido al interior de la casa. Hizo un gesto de contrariedad, y habría ido tras ella si en ese momento no hubieran llegado Nas y Sessa, que seguía protestando, junto con la esposa de Nas que había venido corriendo desde su propia casa y regañaba a su hija en voz alta y chillona.

»Traedla dentro, rápido —indicó Calpurna, haciendo entrar a la familia. Ellani se encontraba en la habitación principal, de pie junto a la escalera, con un puño apretado contra la boca y una expresión extraña que le desfiguraba el rostro. Calpurna la miró inquieta—. ¡Ellani! ¿Te encuentras bien?

Al oír el nombre de Ellani, Sessa dejó de repente de forcejear para soltarse de su padre. Tenía un aspecto absurdo y ligeramente patético con los cabellos y el traje sucios y envuelta todavía en las serpentinas que Nas no había conseguido quitar, pero sus ojos empezaban a iluminarse como si acabaran de recibir una nueva y espléndida revelación.

—¡Ellani! —Pasó inmediatamente de la lengua de Scorva a la de Alegre Labor—. ¡Ellani, mira lo que he encontrado! —Su mano libre se abrió, y algo centelleó en la palma; luego, de repente, echó el brazo atrás—. ¡Coge la pelota, Ellani! ¡Coge la pelota!

Sucedió tan deprisa que Ellani no tuvo tiempo de pensar. Sessa arrojó la diminuta esfera; de forma automática las manos de la niña se alzaron violentamente como para protegerse el rostro, y antes de que pudiera detenerse ya había cogido la pelota.

Se produjo un momento de absoluto silencio. Luego la pelota pareció explotar en un cegador estallido de luz. Con un chillido de terror, Calpurna se desmayó y se desplomó como un saco de harina en los brazos de Nas, que tuvo la suficiente presencia de ánimo para sostenerla antes de que cayera al suelo. La esposa de Nas dio un paso atrás boquiabierta y aturdida. Y, cuando la explosión de luz y sus secuelas se desvanecieron, Ellani y Sessa se contemplaron mutuamente, cada una desde un extremo de la habitación.

Entonces, despacio, los labios de Sessa se curvaron en una sonrisa beatífica y dichosa.

—Elli... —Extendió los brazos hacia la niña—. Ven, Elli. Ven a ver. ¡Es tan bonito y tan divertido! Ven a ver.

La mirada de Ellani estaba fija en el rostro de Sessa, pero no veía a Sessa. En lugar de ello contemplaba otro país y otra época, a medida que los recuerdos de días pasados en Agantia, antes de que los negocios de su padre hubieran traído a la familia a Alegre Labor, se alzaban espontáneamente de las profundidades de su cerebro. Flores y fuentes, juguetes y juegos, cuentos y música, el sonido de las risas de su madre mientras una tierna infante hacía sus primeros y decididos pinitos para empezar a andar; todo el color y la fascinación de aquel mundo enorme y excitante que había dejado atrás y desechado por no tener una utilidad razonable... Las



lágrimas empezaron a correr por las mejillas de Ellani. Había un carromato, pintado de alegres colores; un poni entre los varales con cascabeles en el arnés que producían un sonido muy dulce. Había otros niños, niños que reían y bailaban como Sessa. Había una canción, una canción alegre; la recordaba, la volvía a oír ahora. Y su hermano estaba allí; su hermano perdido, a quien ella tanto quería. Ya no quería seguir negándolo. Había sido real. Y ella quería, quería tanto que volviera a ser real...

—¡Koru! —La voz se le quebró, pero el grito procedía de su corazón, de su espíritu—. Koru, ¿dónde estás? ¡Espérame! ¡Espérame!

Antes de que a nadie se le ocurriera detenerla, Ellani había cruzado ya como un relámpago la habitación y había salido por la puerta principal, con Sessa detrás. En la galería, las dos niñas chocaron contra Hollend, que retrocedió tambaleante, y luego saltaron escalera abajo y corrieron, atravesaron corriendo el recinto en dirección a las puertas del enclave.

—¡Ellani! ¡Ellani! —Recobrándose, Hollend rugió el nombre de su hija mientras la sorpresa, el miedo y la confusión lo zarandeaban. Trastabillando y resbalando en el mojado suelo, echó a correr tras las dos figuras que huían—. ¡Que alguien las detenga! ¡Detenedlas!

Pero nadie fue lo bastante rápido. Y nadie, excepto Ellani y Sessa, vio la translúcida figura que vino corriendo desde las puertas para interceptarlas; la criatura del mundo fantasma, la propia doble de Ellani, se cruzó con ésta en su desbocada carrera y, como un fuego fatuo, parpadeó junto a la niña unos segundos antes de que ambas se fusionaran y se convirtieran en una sola.

—Alguien viene. —Koru se colocó en pie de un salto sobre el asiento del conductor, lo que provocó tal balanceo en el carro que el poni relinchó y echó las orejas atrás, nervioso—. ¡Índigo, alguien viene!

Índigo podía verle el rostro en la creciente luz matinal, y percibió la oleada de esperanza que fluía del niño. Inconscientemente sus manos se cerraron con más fuerza sobre las riendas mientras miraba con atención hacia la calle, envuelta todavía en la penumbra del amanecer, que conducía de vuelta al enclave.

Habían regresado a la plaza del mercado, donde *Grimya* y los niños habían realizado bien su tarea. Toda la plaza estaba ribeteada de serpentinas. Impávidas bajo la llovizna, las cintas doradas y plateadas ondulaban sobre el suelo, bailaban en los tejados, revoloteaban en los alféizares y chimeneas; miles y miles de ellas, una increíble masa centelleante, cruzaban veloces por los aires dejando tras ellas brillantes estelas rojas, verdes y azules. El tejado de la Casa del Comité exhibía lo que parecía una insensata pelambreira de cabellos relucientes, y los niños —Mimino se había unido a ellos ahora— seguían trabajando incansables, sacando más y más serpentinas del carro, adornando cada grieta disponible mientras reían alborozados ante sus logros.

Y aún no se había encendido ni una sola luz en ninguna de las ventanas

circundantes...

Junto a la bomba de agua, la puerta al otro mundo brillaba con luz uniforme. Índigo percibía la presencia de Némesis al otro lado del portal, percibía y compartía la ansiedad de la criatura mientras ambas aguardaban. «Pronto —pensó—; pronto, hermana...».

—¡Es Ellani! —La voz de Koru se convirtió en un alarido de júbilo, y el niño saltó sobre el asiento agitando los brazos violentamente—. ¡La veo, la veo!

«¡Grimya!».

Índigo lanzó una rápida llamada telepática, y la loba cruzó la plaza a grandes saltos. Tenía la boca llena de serpentina y una, enredada en sus cuartos traseros, colgaba tras ella como una nueva y exótica cola.

—Ya vienen, cariño. Ellani y Sessa. —Índigo sentía una excitación equiparable a la de Koru—. La jugada funcionó, *Grimya*; me parece que funcionó... Sessa supo qué hacer, lo sintió en su interior...

Las dos pequeñas figuras entraron corriendo en la plaza, y se detuvieron en seco. Sessa lanzó una exclamación de sorpresa, y paseó la mirada a su alrededor para contemplar aquella refulgente maravilla. Pero Ellani sólo tenía ojos para el carromato.

—¿Elli...? —llamó Koru, vacilante. Y el rostro de su hermana se iluminó.

—¡Koru! ¡Eres tú, lo eres! —Corrió hacia él a la vez que el niño saltaba del asiento; ambos se fundieron en un abrazo e iniciaron una enloquecida danza—. ¡Oh, Koru, Koru, pensé que estabas muerto!

—Elli... —Él se detuvo entonces, con una expresión maravillada en los ojos—. Eres diferente. ¡Eres tal y como eras antes, tal y como yo lo recuerdo! ¡La magia funcionó! ¡Todo vuelve a estar bien!

Ellani miró a su alrededor con la expresión de una criatura a quien se ha devuelto la visión de forma repentina y milagrosa.

—¡Oh! —exclamó la niña en voz baja—. ¡Es todo tan precioso!

—¡Nosotros lo hicimos! Yo y mis amigos. Elli, vamos a hacer que todos lo vean, *todos ellos*: mamá y papá, y los ancianos...

—¡Papá! —Por primera vez en varios años, Ellani utilizó el antiguo y cariñoso diminutivo para referirse a su padre, aunque ni siquiera se dio cuenta de ello—. Nos seguirá. Nos vio correr a Sessa y a mí; vendrá a buscarnos. ¡Todos vendrán!

Al escuchar estas palabras, Índigo se dio cuenta de que Ellani no quería que vinieran. Por vez primera, sus padres y los ancianos de Alegre Labor no representaban para la niña la adecuada y deseable seguridad del convencionalismo, sino un poder despiadado e insensible que amenazaba con arrebatarle su recién encontrada alegría.

—¡Ellani! —llamó, al tiempo que se inclinaba para recoger algo que descansaba a sus pies—. No te preocupes, Ellani. Podemos hacer que también lo vean. Tenemos ese poder, todos nosotros.

En una ventana situada a su espalda, sin que nadie se diera cuenta, una lámpara se iluminó temblorosa. Alegre Labor empezaba a despertar.

Ellani levantó los ojos hacia Índigo, y contempló el excéntrico vestido multicolor y el carro. En otra ventana, se encendió una segunda luz.

—¿Nosotros...? —musitó la niña.

—Sí. Tomad, cogedlas. —Otras tres brillantes esferas revolotearon fuera de la mano de Índigo; una fue a Ellani, otra a Koru, y la tercera a Sessa—. La magia volverá a funcionar.

Ellani sostuvo la pelota que había cogido en el hueco de ambas manos y la contempló maravillada, mientras la comprensión se iba abriendo paso en su cerebro.

—Oh... —murmuró, incapaz de articular nada más—. Oh...

—Ayúdanos, Elli. —Koru se volvió hacia su hermana, con los azules ojos relucientes y llenos de fervor—. ¡Cuanto más seamos, más seremos! —Sin darse cuenta, repetía las palabras del Benefactor; casi lo último que había dicho a Índigo antes de que el carro abandonara el mundo fantasma para iniciar el juego.

—Sí —susurró Ellani, también con ojos relucientes—. Sí, lo haré. Lo haré.

En ese momento se encendió la tercera luz en la plaza. Brillaba en una ventana del último piso de la Casa del Comité, donde los ancianos de más categoría poseían aposentos privados para utilizar cuando estaban de guardia, y a los pocos segundos resonó en la plaza el chirrido de una bisagra reseca al abrirse de par en par dicha ventana.

—¿Qué es esto? —La voz procedente de la elevada aguilera era débil y quejumbrosa; bajo la luz de la nueva lámpara, la banda violeta que denotaba la más alta categoría de Alegre Labor destacó con fuerza—. ¡Alguien está creando un alboroto! ¿Qué es lo que os proponéis, por favor?

En los tejados y los portales, los niños con los brazos cargados de serpentinas permanecieron inmóviles y silenciosos, y durante unos instantes no se escuchó ni un sonido en la plaza. Entonces, bruscamente, la voz de Índigo rompió el tenso silencio.

—¡Niños! ¡Una canción! —Tomó el arpa que descansaba a su lado sobre el asiento, la colocó sobre el regazo con un gesto teatral y tocó un acorde, un acorde que ahora todos conocían bien—. ¡Cantad, pequeños! ¡Cantad!

Y un coro de voces hizo añicos la melancólica paz de Alegre Labor, elevándose en el aire como un himno rítmico y alegre para dar la bienvenida al nuevo día.

*Canna mho ree, mho ree, mho ree.*

*¡Canna mho ree na tye!*

Koru cogió a Ellani de las manos y empezó a bailar con ella describiendo entusiastas círculos. Sessa, riendo a carcajadas, se puso a girar y saltar, y los otros niños, con Mimino entre ellos, se acercaron corriendo y saltando para unirse a la diversión. De la ventana del último piso de la Casa del Comité surgió un grito; un

alarido de indignación, de incredulidad, de horror.

Entonces Índigo, ataviada con sus ropas de bufón y haciendo volar los dedos sobre las cuerdas del arpa, llamó a Némesis, a su gemela, a su propio ser:

—¡Hermana, ha llegado el momento! ¡Trae a los niños! ¡Reúnete con nosotros, reúnete con nosotros!

El arco de luz situado sobre la bomba de agua centelleó de improviso con renovada energía para luego llamear con glorioso resplandor. Y a través del portal penetró en Alegre Labor toda la horda de niños del mundo fantasma como un torrente vivo que reía, gritaba y saltaba, con Némesis a la cabeza.

## Capítulo 21

Nas alcanzó a Hollend en las puertas del enclave, pero cuando ambos llegaron a la carretera no se veía ni rastro de Ellani y Sessa. Se detuvieron con un ligero resbalón, y Nas farfulló toda una retahíla de juramentos scorvianos.

—¿Por dónde fueron? ¿Dentro de la ciudad o fuera? ¡No lo vi!

—Yo tampoco. —Hollend dirigió una rápida ojeada a la negra mole de la Oficina de Tasas situada unos metros más allá—. Voy a despertar al Comité de Extranjeros.

—Yo lo haré —interpuso Nas al instante, aprovechando la oportunidad de hacer algo útil—. Tú corres más rápido que yo. Ve a la plaza; a lo mejor las chicas fueron allí. Si no, despierta a gritos a los ancianos de la Casa del Comité. —Frunció el entrecejo—. Vamos a necesitar toda la ayuda que podamos tener.

Unas voces los llamaron desde el enclave y vieron a otros tres hombres que corrían hacia ellos. La esposa de Nas los seguía acompañada de Calpurna, que se había recuperado de su desmayo.

—De acuerdo —asintió Hollend—. Di a Calpurna adónde he ido. —Y se alejó a la carrera en dirección al centro de la ciudad mientras Nas se desviaba hacia la Oficina de Tasas.

Quien fuera que hubiera llevado a cabo aquella broma estúpida en el enclave al parecer no había quedado satisfecho con lo realizado allí, pues, mientras se apresuraba hacia el centro de la ciudad, Hollend se encontró corriendo —vadeando casi en ocasiones— por entre más y más de las absurdas serpentinas centelleantes. Cubrían el suelo que pisaba, agitándose y enredándose a sus tobillos, y varias veces se vio obligado a detenerse y arrancarlas de sus pies para evitar un tropezón. Aturdido y nervioso, no prestó atención a los sonidos que se escuchaban más allá hasta que llegó a pocos metros de la plaza del mercado. Pero, cuando finalmente penetraron en su conciencia, se detuvo con repentina consternación.

«¿Música?». Sí..., sí que lo era. ¡No había confusión posible! Y voces que cantaban. Y gritos, que la rabia o el temor o ambas cosas volvían agudos. Totalmente confundido ahora pero con una creciente sensación de alarma, Hollend recorrió a la carrera los últimos metros y salió a la plaza.

Lo que apareció ante sus ojos tenía, para su conmocionado cerebro, todo el aspecto de algo sacado de una pesadilla demencial. Un auténtico ejército de ciudadanos y ancianos se movía de un lado a otro como hormigas enloquecidas esforzándose por arrancar las marañas de serpentinas que cubrían todas las grietas de la plaza. Las barrían de entradas, ventanas y esquinas, para luego recogerlas a brazadas y pisotearlas con energía, mientras, desde las abiertas puertas de la Casa del Comité, tía Osiku y otros ancianos de rango los exhortaban a esforzarse aún más. Pero de nada servía, pues en cuanto se las dejaba de pisotear las serpentinas volvían a elevarse por los aires describiendo centelleantes círculos. Y, con una sacudida que le

recorrió todo el cuerpo, Hollend vio niños: docenas de niños vestidos con extrañas ropas de colores; sus cuerpos eran insustanciales pero sus risas resonaban por toda la plaza mientras recogían y lanzaban por los aires las serpentinas como si se tratara de una refulgente tormenta. En medio de todo aquel caos, un carromato pintado de una forma indescriptible se balanceaba como una nave en un mar encrespado, y en el asiento del carro se encontraba una mujer vestida de una forma sorprendente. «¿Índigo?». Por supuesto que no, se dijo Hollend con incredulidad; no podía ser. La mujer tocaba un arpa como si estuviera poseída, y, a su lado, una figura ridícula con el cabello y los ojos plateados reía y aplaudía. Y, martilleando los oídos de Hollend por entre los gritos y exclamaciones de aquella confusa masa, la letra de la canción que ellas y los niños cantaban crecía como una marea que lo inundaba todo.

*¡Todos a una, bailad y cantad!  
¡Esta alegre danza con nosotros bailad!*

Se trataba del mismo baile que Índigo había utilizado para sacar a Koru de su escondite en el mundo fantasma. Hollend no lo sabía; no la había escuchado jamás, pero a medida que captaba las palabras se sintió asaltado por una emoción violenta y totalmente inesperada. Era irracional, era una locura, pero sintió el impulso de gritar a los esforzados ciudadanos: «No, deteneos, ¿qué daño hacen? Dejad las serpentinas; ¡son preciosas!». El recuerdo de la imagen de Sessa Kishikul con el rostro radiante y bailando entre las serpentinas en el enclave, mientras lanzaba exclamaciones de alegría, apareció de nuevo ante sus ojos; profirió un grito inarticulado de protesta...

Y una voz estridente lo llamó desde el grupo de danzantes:

—¡Papá!

Hollend se tambaleó como si le hubieran asestado un puñetazo.

—¿Koru?

—¡Papá!

Con los rubios cabellos ondeando al aire y los ojos brillantes de júbilo, un chiquillo vestido de bufón surgió del grupo para correr hacia él con los brazos extendidos. Hollend abrió la boca para negar lo que veía, incrédulo, esperanzado... y otra voz familiar, la de Ellani, le gritó mientras la niña corría también hacia él tras su hermano:

—¡Coge la pelota, papá! ¡Coge la pelota!

La deslumbrante esfera fue directa hacia la cabeza de Hollend. Éste retrocedió asustado e, igual que Ellani había hecho cuando Sessa le lanzó la pelota mágica, levantó las manos instintivamente para rechazarla, y la cogió.

Ellani chilló de alegría y abrazó a Koru, y juntos empezaron a dar saltos frente a su padre.

—¡Papá, papá, baila y canta! ¡Esta alegre danza con nosotros baila!

«Baila y canta..., baila y canta...». De improviso Hollend empezó a reír sin poder

parar. «Baila y canta... Coge la pelota...».

—Niños...

Pensó que sus piernas iban a doblarse bajo su peso, pero no lo hicieron y desde luego no lo harían, como bien sabía una parte de él muy cercana a su corazón. Se sentía inmensamente feliz, con una felicidad ridícula y tonta que no le producía ninguna ganancia, que no tenía un objetivo, ni tampoco un valor tangible. ¡No tenía sentido! Pero su hijo había vuelto a él sano y salvo, y sus dos hijos lo sujetaban con fuerza de las manos e intentaban arrastrarlo hasta el baile, y él reía y gritaba como si también fuera un niño y *quería* bailar, quería bailar como en los viejos tiempos, ¡aquellos días en que le había importado algo más que el dinero y la posición!

Entonces, desde la calle sin alumbrado que quedaba a su espalda, desde lo que ahora parecía ser otro mundo, una mujer lanzó un grito de sorpresa y angustia.

—¡Es mamá!

Koru giró en redondo, y Hollend giró también, a tiempo de ver cómo Calpurna penetraba en la plaza corriendo con la esposa de Nas jadeando tras ella. La visión del rostro macilento de Calpurna estuvo a punto de romper el hechizo, pues en su expresión desolada estaba todo el poder forjado por los años vividos bajo la influencia de Alegre Labor, y por un instante el mundo que Hollend acababa de descubrir amenazó con desmoronarse.

Pero, antes de que pudiera moverse, antes de que pudiera hablar, Koru dio un salto al frente.

—¡Mamá! —Vio cómo la boca de Calpurna se torcía bajo los efectos de la sorpresa, y sus propios labios se ensancharon en una amplia sonrisa—. ¡Mamá, mira lo que he traído a casa para ti! —Corrió hacia ella, sosteniendo la brillante esfera, una copia perfecta de aquella con la que Ellani había atrapado a su padre—. ¡Aquí la tienes, mamá! ¡Coge la pelota!

Así empezó, y así se fue forjando cada nuevo eslabón; cada uno era seguido por otro y otro y otro a medida que la enorme cadena iba creciendo. La primera barrera se había derrumbado cuando los ciudadanos y ancianos de Alegre Labor despertaron y encontraron toda su ciudad iluminada por enormes cascadas de despreciables e inútiles desechos, ya que la simple escala física de la transformación era tan grande que ni siquiera su propia racionalidad la podía resistir. No podían hacer caso omiso del atropello, pero, aunque se esforzaron por no ver a sus autores, por no oír sus voces cantarinas, por no creer en las manos que les arrebataban las serpentinas en el instante mismo en que intentaban quitarlas, la brecha en su muro defensivo había preparado el camino para su derrumbe total. Los niños giraban y giraban como derviches, zigzagueando entre la multitud, y la gente gritaba aturdida y asustada al vislumbrar el momentáneo giro de una melena espectral o el centelleo de una falda fantasma, o respondían impulsivamente a una efímera pero encantadora sonrisa. La confusión fue en aumento a medida que llegaban más y más ciudadanos perplejos,

atraídos por el ruido. Surgían de las casas de la plaza o apresuraban el paso desde las calles vecinas o desde el Enclave de los Extranjeros y la Oficina de Tasas, y se veían arrastrados de grado o por fuerza hasta aquel caos. Índigo había dejado a un lado el arpa ahora, y ella y sus amigos estaban en el centro de todo el alboroto, como bailarines de un círculo que se iba ensanchando a partir del carromato; Mimino y Koru, Hollend y Calpurna, Ellani y Némesis: todos cogidos de la mano mientras llamaban a los otros para que se unieran a su fiesta. En ese instante empezó a elevarse un nuevo grito, al principio difícil de distinguir entre el tumulto pero que rápidamente se tornó más claro.

—¡Coge la pelota! ¡Coge la pelota!

Espíritu a mente, figura espectral a cuerpo físico, los niños del otro mundo encontraron las envolturas físicas que los habían abandonado, y pusieron en funcionamiento la magia del Benefactor. Una mujer, con el rostro extasiado, se incorporó al corro al lado de Índigo para unirse a los bailarines, y hubo un niño fantasma menos en la plaza. Dos jóvenes se añadieron en el otro extremo y uno besó a Calpurna mientras que el otro cogía la mano de Koru y le hacía dar vueltas y vueltas; un hombretón corpulento, de rostro colorado y jadeando de risa y cansancio, fue a brincar junto a Mimino; y otros tres niños desaparecieron.

En la escalinata de la Casa del Comité, tía Osiku y sus compañeros vociferaban y reprendían, incapaces de aceptar que eran impotentes para detener la anarquía que se desplegaba ante sus ojos. Qué era lo que veían, cómo aparecía la enloquecida escena a sus ojos, todavía velados, nadie lo sabía y a muy pocos les importaba; pero de improviso una niña tan cubierta de serpentinas que apenas si resultaba visible salió corriendo de entre los reunidos y ascendió los peldaños de la Casa del Comité para detenerse en seco frente a la delegación de los ancianos. Con un gesto exaltado arrojó al suelo los adornos que la cubrían... y tía Osiku lanzó un alarido de horror cuando por un instante, antes de que su cerebro lo ocultara, ante sus ojos apareció su propio rostro infantil sonriéndole por encima de un cuerpo transparente.

—¡Coge la pelota, Osiku!

Al cabo de un momento la niña ya no estaba allí, y tía Osiku se encontraba de pie en la escalera retorciéndose las manos mientras de sus ojos caían lágrimas de añoranza.

Como una inundación que devolviera la vida a una tierra marchita, la embriagadora celebración del despertar de Alegre Labor se propagó desde la plaza del mercado. Un grupo de niños fantasmas que gritaban alborozados, con tía Osiku a la cabeza, asaltaron los sacrosantos bastiones de la Casa del Comité, y por todas las habitaciones del edificio resonó el grito «¡Coge la pelota, coge la pelota!» antes de que un tropel de ancianos, secretarios y domésticos salieran bailando por entre las grandes puertas para unirse al festejo. En el otro extremo de la plaza, alguien había arrancado una contraventana de madera y la golpeaba con un palo al ritmo de la canción, que era ahora coreada al cielo por una multitud de gargantas; otros,



entendiendo la idea y fascinados por ella, agarraron lo primero que hallaron que hiciera ruido, y la improvisada banda aporreó con entusiasmo sus instrumentos al ritmo de la desenfrenada danza. La gente agarraba puñados de serpentinas y las arrojaba a cualquiera que tuviera cerca; se inició un juego de tirar de la cuerda con una improvisada cuerda hecha a base de serpentinas trenzadas con celeridad, en el que los participantes reían sin parar mientras caían unos sobre otros en sus esfuerzos por ganar. Por todas partes había ruido, color e hilaridad y un auténtico celo por vivir. Y *Grimya* disfrutó de un momento de total alborozo cuando, mientras saltaba y jugaba, mordisqueando las brillantes cintas que revoloteaban por el aire, descubrió de repente a Thia entre la multitud.

Thia trabajaba ahora en la Oficina de Tasas para Extranjeros y dormía en el pequeño cubículo que tenía allí cuando Nas Kishikul había llegado. Con su agudo sentido del olfato para percibir los problemas, se había unido al grupo que salió en pos de Hollend, y nada más llegar a la plaza se encontró de frente con toda aquella desenfrenada algarabía. En estos momentos estaba pegada a la pared de una casa en una esquina de la calle, totalmente aterrorizada. No podía negar lo que los sentidos le decían, por mucho que lo intentase, y se aferraba con desesperación a la creencia de que había caído enferma con unas fiebres que la habían trastornado. Esto no sucedía en realidad. No sucedía. Y, cuando la perra gris que en una ocasión le había hablado en la lengua de los humanos (pero desde luego no lo había hecho, *no lo había hecho*; también eso formaba parte del delirio de la fiebre) se acercó a ella corriendo seguida de una criatura espectral, y la criatura gritó «¡Coge la pelota, Thia! ¡Coge la pelota!», Thia no cogió la pelota, sino que en lugar de ello se puso a gritar con toda la fuerza de sus pulmones y huyó del lugar como una liebre acosada.

Su huida estaba condenada al fracaso. A un ladrido de advertencia de *Grimya*, la niña fantasma —que era, claro está, el propio doble de Thia— saltó sobre el lomo de la loba y, montándola como si fuera un caballo, salió en su persecución. Un grupo de chicos y chicas lo encontró divertido y se unieron a ellas, y entre todos atraparon a Thia en la puerta de la Casa del Comité. La agarraron, la engalanaron de serpentinas y luego, al grito coreado de «¡uno!» y «¡dos!» y «¡tres!», la levantaron entre todos y la lanzaron pateando y gritando por los aires. Thia se vio lanzada y recogida cinco veces, y cuando el juego terminó, sus capturadores le cubrieron las mejillas de besos antes de que la niña fantasma que se había deslizado entre ellos introdujera la esfera mágica en las impotentes manos de Thia con una sonrisa triunfal, para después desaparecer.

Lejos de allí, en el otro lado de la plaza, Índigo no había presenciado la transformación de Thia y ni siquiera vio a la adolescente cuando ésta se alejó tambaleante y aturdida en medio de sus nuevos amigos. Índigo tenía otras preocupaciones: el corro se había convertido en tres corros concéntricos a medida que más y más gente se unía a él, y en aquellos momentos casi todos los participantes habían dejado de ser figuras fantasmales para convertirse en los habitantes de Alegre

Labor. El número de niños se había ido reduciendo rápidamente con cada esfera que encontraba su blanco, y la cancioncilla era cada vez más rápida y vehemente —*Esta alegre danza con nosotros bailad*—, y voces, ritmos y golpear de pies se fundían en un glorioso canto general. Tan abstraída estaba Índigo, tan fascinada por aquel espíritu festivo, que no observó el cambio que se operaba en el centro de la plaza, y al principio no oyó la voz que le gritaba apremiante tanto en voz alta como mentalmente.

—¡Anghara! ¡Anghara, hermana!

Por fin, de golpe, percibió la llamada. Alguien la llamaba por su nombre; no Índigo, sino por su auténtico nombre, Anghara, que casi nadie conocía. Perdió el paso, desconcertada, y al mirar por encima del hombro vio a Némesis que se abría paso por entre la multitud hacia ella. Los ojos del ser tenían una mirada extraviada, y una mano delgada señaló en dirección a la bomba donde todavía se encontraba el carromato. Índigo escuchó entonces en su mente el atribulado mensaje.

«¡Anghara! ¡El portal!».

Se detuvo en seco, y se vio lanzada fuera del círculo cuando sus compañeros de baile, incapaces de detener su propio impulso y reacios a hacerlo, le soltaron las manos y siguieron girando sin ella. Nada más recuperar el equilibrio, Índigo miró en dirección a la bomba.

El reluciente arco, el portal al otro mundo, se desvanecía. En aquellos instantes ya no mostraba más que una sombra de su antiguo brillo, y las verdes colinas del otro lado habían perdido su color y adquirido una tonalidad grisácea. Índigo contempló la abertura, sin comprender de momento. Entonces la mano de Némesis llegó hasta ella y, agarrándola por el brazo, la hizo girar para clavar los ojos en su rostro con desesperación.

—Anghara, ¿qué hay de Fenran? ¿*Qué hay de Fenran?*

—Oh, no... —La comprensión empezó a penetrar en su cerebro, y con ella el horror. Él seguía allí, en el mundo fantasma, y el mundo fantasma se desvanecía...

—¡¡Dulce Madre, no, no!!

Rostros sobresaltados se volvieron bruscamente cuando Índigo se lanzó en dirección al arco. Ella y Némesis llegaron junto a él a la vez; sus manos lo atravesaron, seguidas de los brazos y cabezas, y de repente Índigo sintió cómo una fuerza enorme la repelía, la rechazaba, mientras el portal se desvanecía casi por completo.

—¡¡Diosa querida, ayúdame!!

Aulló las palabras con todas sus fuerzas y, con la mano de Némesis sujeta en la suya, se lanzó al frente. Sintió como si mil toneladas de roca sólida la aplastaran, le arrebataran el aire de los pulmones, le trituraran carne y huesos... y con un alarido penetró a través de la abertura entre dimensiones que ya desaparecía y rodó sobre la hierba del otro mundo.

Hierba gris. Lo descubrió cuando se incorporó temblorosa sobre las rodillas, e

interiormente se quedó como paralizada. La hierba era gris; el color se había ido. Alzó la mirada, y ante ella no vio otra cosa que gris, extendiéndose hasta el horizonte: colinas grises, emborronadas bajo un cielo también gris; los grises árboles de bosques fantasmales, borrosos y apenas distinguibles. Este mundo, el refugio de los niños que ellos ahora ya no necesitaban, se moría.

Una voz a su izquierda dijo: «Hermana...». Némesis empezaba a levantarse, despacio y algo vacilante, e Índigo sintió una turbulenta sacudida de alivio al comprobar que el ser, su gemela, ella misma, había conseguido cruzar el portal con ella. Pero en cuanto al portal...

Ya no estaba. Ya no había ni reluciente arco, ni reflejo, ni la menor señal que indicara el punto donde momentos antes había estado la puerta entre este mundo y Alegre Labor.

Índigo y Némesis contemplaron el lugar en silencio. Ninguna sabía si esta u otra puerta se abriría —o podría abrirse— otra vez para permitirles regresar a Alegre Labor. Índigo se dio cuenta entonces de que al otro lado de la barrera estaba *Grimya*; ¿había visto la loba lo que habían hecho y lo que había sido de ellas? Si así era estaría como loca, frenética y a la vez sin poder hacer nada, pues ni siquiera sus poderes telepáticos eran capaces de franquear el muro que separaba las dimensiones. Pero en ese momento ni aun esto contaba para Índigo. Sólo una cosa importaba, y cuando volvió a mirar a Némesis supo que ambas eran finalmente y por completo una sola.

La criatura de ojos plateados señaló una débil y lejana neblina que, en alguna ocasión, podría haber sido un bosque.

—Por ahí, hermana. —Una mirada que decía más que cualquier palabra abrasó momentáneamente a Índigo—. ¡Y reza a la Madre todopoderosa para que no lleguemos demasiado tarde!

Con los dedos entrelazados y apretados con fuerza, como fantasmas en un mundo de recuerdos vacíos, pero a la vez con un propósito compartido que ardía en ambas como el fuego de un horno, empezaron a correr.

Gris, todo era gris; hierba, colinas, árboles y cielo: todo tenía la misma tonalidad pálida que deprimía y en ocasiones engañaba la vista. La cálida y acogedora luz del otro mundo se había apagado hasta convertirse en un sombrío ambiente nublado, y resultaba difícil calcular las distancias. Índigo y Némesis creían llevar horas corriendo sin detenerse, y no habían realizado ningún progreso digno de consideración. A Índigo le pareció que una mancha borrosa entre dos colinas apenas distinguibles que tenían delante podía ser el bosque donde se encontraba la torre del hombre dormido, pero ya no era posible estar segura en aquel paisaje llano y descolorido. El aire tenía un regusto rancio, y el mundo fantasma ya no las imbuía de energía; correr significaba un esfuerzo, una tensión, y a Índigo le dolían piernas y pulmones debido al cansancio. Y en todo aquel lugar no se oía ni veía el menor rastro de otra presencia viva.

Pero por fin, aunque más tarde resultó difícil recordar cómo había sucedido con exactitud, se encontraron ante el bosque y descendieron a la carrera la última de las suaves laderas en dirección a los árboles. Ya no había una exuberante masa de verde follaje, descubrió Índigo con una punzada de desasosiego; el bosque tenía más bien aspecto de banco de niebla, y el contorno de los árboles era vago y carente de todo detalle. Penetrar en el bosque resultó una experiencia aterradora ya que resultaba tan insustancial como parecía a la vista. Un gélido silencio impregnaba la atmósfera; ni siquiera una hoja se movía a su paso y en una ocasión, de forma desconcertante, Índigo tocó el tronco de un árbol y descubrió que su mano lo atravesaba sin sentir nada, como si allí no hubiera nada.

—¡Deprisa, hermana! —La voz de Némesis sonó amenazadora en el silencio; una chispa de temor atenazaba las palabras de la criatura—. ¡Tenemos tan poco tiempo!

Los músculos de los muslos de Índigo parecían arder, pero la muchacha se obligó a apresurar el paso. *Más deprisa, debían ir más deprisa; había tan poco tiempo...* La maleza bajo sus pies no era más que una mancha borrosa ahora que se desvanecía despacio para convenirse en un vacío sin forma ni color, y ya le era imposible distinguir la forma individual de cada árbol. Némesis se encontraba unos pasos por delante, y cuando la criatura lanzó de improviso un grito y señaló al frente, Índigo se sintió invadida a la vez por el alivio y el temor y corrió a reunirse con su gemela.

Habían llegado al claro. Pero el suelo del claro era un informe estanque de nada, y la achaparrada torre, aunque visible aún, era un vago espejismo que flotaba en su centro.

—Oh, Diosa... —Una sensación de náusea subió por la garganta de Índigo desde su estómago; la reprimió como pudo, sin dejar de mirar a la torre mientras respiraba jadeante y con dificultad. ¿Podría llegar hasta ella, o este vacío, esa nada, era una trampa mortal?

Le cogieron la mano de repente, y Némesis se colocó frente a ella.

—Debemos intentarlo. Nos suceda lo que nos suceda, debemos intentarlo.

Tras la esbelta figura de Némesis, la imagen de la torre se estremeció como un reflejo en aguas inquietas. No había tiempo para recapacitar: en cuestión de minutos habría desaparecido. Índigo asintió, y juntas ella y Némesis penetraron en el claro.

Aunque les dio la impresión de que caminaban en el vacío, el suelo a sus pies era sólido. Sabiendo, no obstante, que en cualquier momento aquello podía cambiar, Índigo y Némesis corrieron a la puerta de la torre. Estaba cerrada pero se había diluido su sustancia, y cuando la atravesaron se desvaneció a su alrededor. Las paredes de la estructura las envolvieron, creando una ilusión de solidez; pero no era más que una ilusión, ya que las formas de los bloques de piedra eran tenues y borrosas. Y allí, en el otro extremo de la habitación circular, estaba el sillón de respaldo alto que servía de lugar de descanso al hombre dormido.

Y el sillón tenía un ocupante.

—¿Fenran...?

Índigo apenas si se atrevió a susurrar su nombre por temor a que el más leve sonido hiciera añicos la frágil y menguante existencia de la torre. Cogidas todavía de la mano, ella y Némesis cruzaron la habitación... y bajaron la mirada hacia el rostro dormido y los oscuros cabellos de su amor perdido.

—Fenran...

La esperanza se apoderó de Índigo, mareante y devastadora. Esta vez sucedería lo que ansiaba; el poder estaba en su interior, era una parte de ella, fluía entre ella y la gemela, la otra Índigo, la otra Anghara, que permanecía arrodillada a su lado ante el sillón. Sus manos se extendieron al frente en el mismo momento y tocaron el rostro de Fenran, y, cuando sus dedos establecieron contacto con la piel del joven, un levísimo parpadeo agitó fugazmente sus párpados cerrados.

—Fenran. —Sus voces eran una sola lo mismo que sus manos eran también una—. Mi amor, mi queridísimo amor. Despierta. ¡Despierta!

Las manos morenas que reposaban tan inertes sobre los brazos del sillón se movieron. Los dedos se crisparon sacudidos por un espasmo, y un suspiro surgió de la garganta de Fenran. Luego sus grises ojos se abrieron, soñolientos, y, como quien sale muy despacio de un sueño, la vio.

—Anghara... Madre todopoderosa, Madre todopoderosa... ¡Anghara!

Para Índigo fue como si todos los días, todas las horas de su existencia se hubieran fundido en este único momento. Ya no era una ilusión, ya no era un sueño, ya no era una promesa efímera que podían arrebatarse. Esto era cierto, era real: Fenran había regresado a ella.

Y de algún lugar situado lejos de ellas, en las profundidades del bosque, surgió un potente suspiro.

—¡Hermana! —Némesis se incorporó de un salto alarmada, y se produjo un centelleo plateado cuando la criatura miró a su alrededor con ojos desorbitados—. ¡La torre!

Índigo levantó los ojos, perdida la recién encontrada felicidad en el sobresalto producido por el auténtico terror que se percibía en la voz de Némesis.

La torre se desvanecía. Las paredes empezaban ya a volverse transparentes, mostrando las sombras borrosas del bosque como a través de una ventana oscura, y, mientras los ojos de la muchacha se abrían horrorizados, las mismas piedras lanzaron un último estremecimiento de agonía y desaparecieron.

Y, desde el sillón, Fenran exclamó:

—¡Ah, no, no!

—¡Fenran! —La voz de Índigo fue un alarido de protesta y terror. Giró en redondo hacia la silla, en tanto Némesis hacía lo propio con sólo un segundo de diferencia, y pudo aún ver cómo la figura de Fenran se convertía en un fantasma gris en un espectral sillón también gris que empezaba a desvanecerse por completo.

—¡No! ¡No!

Se aferró a su mano como enloquecida, pero la mano carecía de sustancia; no

podía sujetarlo. Se arrojó al frente, en un intento por agarrar su cuerpo y arrebatarlo de las garras del moribundo mundo de fantasmas, pero sus dedos se cerraron sobre la niebla, sobre el vacío. Él gritaba su nombre, y su voz sonaba como si proviniera de una distancia enorme e insalvable; ella también gritó, luchando, forcejeando. El mundo pareció invertirse para transformarse en un vórtice nauseabundo, y por un instante creyó haberlo conseguido, ya que de improviso sintió el cuerpo de Fenran, sus ropas, sus cabellos, sólidos y reales entre sus manos, y de repente volvía a haber paredes tangibles a su alrededor, piedra física, los oblicuos rayos del sol, un lugar que conocía...

*... una habitación sin amueblar, tierra desnuda y piedra desnuda; un extraño arcan de metal, cuyo color no era exactamente plateado, ni tampoco bronce, ni tampoco un acerado azul gris. Y hubo una época, una época antiquísima, antes de que los que vivimos ahora bajo el sol y el firmamento empezáramos a contar el tiempo...*

Entonces, de las cada vez más consolidadas paredes de piedra, surgió una ráfaga de energía, un tremendo puñetazo físico que la lanzó violentamente hacia atrás. Sus manos soltaron a Fenran y, cuando intentaron volver a sujetarlo, no encontraron nada. Índigo se vio arrojada lejos de la desnuda estancia, de regreso al mundo fantasma, para aterrizar cuan larga era sobre el suelo informe y vacío en el que habían estado la torre y el bosque.

Índigo no se movió. Con los ojos fuertemente cerrados y la respiración contenida en la garganta, rezaba en silencio una y otra vez para estar equivocada, para que nada hubiera sucedido, para que cuando por fin reuniera el valor para abrir los ojos encontrara a Fenran despierto y vivo a su lado. Tenía que ser así. Tenía que serlo. *Tenía que serlo.*

Algo le rozó los cabellos. Todos sus músculos se pusieron en tensión. Y una voz que no era la de Fenran, pero que estaba llena de un dolor y un sufrimiento que igualaban a los suyos, dijo:

—Anghara.

Némesis se encontraba arrodillada a su lado. Índigo levantó la cabeza, y el último resto de esperanza se esfumó. El claro estaba vacío y las postreras sombras del bosque se disolvían lentamente. La torre del hombre dormido ya no estaba, y en los últimos instantes de su existencia se había llevado el espíritu de Fenran, que empezaba a despertar, y lo había enviado de nuevo a reunirse con su cuerpo físico.

Ella podría haberlo conseguido. Podría haberlo sacado de allí, espíritu y cuerpo juntos, de la misma forma en que ella había conseguido penetrar en este mundo. Un minuto, sólo eso, habría transformado el deprimente fracaso en alborozado éxito. Un minuto para reforzar el eslabón, para abrir la puerta entre las dimensiones. Había visto la puerta; había mirado a través de ella, había tocado y sujetado a Fenran por un instante mientras su cuerpo vivo despertaba en aquel otro lugar, y si se le hubieran concedido unos segundos más habría podido sujetarlo bien y sacarlo de allí. Pero en

lugar de ello...

Empezó a sollozar, y aquel mundo vacío le devolvió el desagradable sonido estrangulado con un eco apagado. Némesis se acercó a ella, se detuvo a su lado, y los brazos del ser la rodearon en un mudo intento de consolarla. Permanecieron así abrazadas durante unos instantes, mientras las lágrimas de una se entremezclaban con las de la otra; luego, despacio, la distinción entre quién era Índigo y quién Némesis empezó a difuminarse, hasta que sólo una única figura solitaria, con la cabeza tan inclinada que los cabellos castaños le ocultaban el rostro y los ojos de color índigo moteados de plata llenos de lágrimas, permaneció triste y abandonada en el vacío gris de lo que había sido un claro del bosque.

## Capítulo 22

El Benefactor la encontró allí, como ya sabía que lo haría. Aunque los árboles del bosque eran en aquellos momentos tan sólo débiles siluetas imprecisas, demasiado tenues para ocultarlo, ella no se dio cuenta de que se acercaba y únicamente cuando él pronunció su nombre, con gran dulzura, levantó la cabeza.

—Índigo, lo siento tanto —dijo el Benefactor, contemplándola entristecido.

Índigo le devolvió la mirada. En algún remoto rincón de su cerebro se esforzaba por encontrar palabras con las que insultarlo por lo que sin duda había sido un engaño monstruoso y una traición. Pero lo cierto es que sabía que él no la había engañado ni traicionado. Tan falible, tan mortal, tan humano como lo era ella, el hombre había creído —al igual que ella— que todo saldría bien. Y, consciente ahora del terrible error cometido, sentía el dolor de la muchacha y su propio remordimiento como un cuchillo retorciéndose en su alma.

Ella no podía ofrecerle consuelo, pero tampoco podía odiarlo ni hacerle reproches. Cuando por fin habló, la voz de Índigo sonó desprovista de vida.

—Un minuto más. Eso habría sido suficiente.

—Lo sé. Intenté..., intenté retenerlo, pero no tenía poder suficiente. Creo que habría estado fuera del poder de cualquier mortal.

Por extraño que pareciera, ella no dudó que él hubiera hecho todo lo posible; todo lo que cualquier otro hubiera podido hacer. Asintió.

—¿Qué harás ahora? —preguntó el Benefactor.

La muchacha tuvo la impresión de que la respuesta era importante para él, pero no contestó; se limitó a encogerse de hombros de forma apenas perceptible.

—*Grimya* te espera —dijo el Benefactor con suavidad—. Y este mundo espera, también, a que sus últimos ocupantes se vayan. —Dio tres lentos pasos hacia ella—. Ven conmigo, Índigo. No hay nada más que podamos hacer aquí. Regresemos a casa juntos.

—¿A casa...? —repitió Índigo con voz triste.

Y de repente un recuerdo se agitó en su cerebro. *Hubo una época, una época antiquísima, antes de que los que vivimos ahora bajo el sol y el firmamento empezáramos a contar el tiempo...* Sintió una sensación de ahogo en el pecho como si algo hubiera agarrado su corazón y lo oprimiera con fuerza, mientras el recuerdo se tornaba más nítido y le facilitaba una respuesta.

Sabía dónde se encontraba Fenran. No únicamente su espíritu, ni su mente dormida, ni su imagen..., sino Fenran, completo y vivo. Lo sabía, ¡lo sabía!

Volvió a levantar la cabeza, rápidamente, y en su cerebro empezó a arder despacio un potente fuego. No era el fuego de la fe, todavía no, pues no se atrevía a darle rienda suelta aún; pero sí la primera chispa de una renovada esperanza. El Benefactor lo vio en sus ojos, y sonrió con una melancólica sonrisa dulce y triste mientras le tendía la mano.



—Ven, querida amiga. Te mostraré el camino.

Sus dedos estaban fríos y resecos como el pergamino, y resultaban frágiles al tacto, como si en cualquier momento fueran a romperse y desmenuzarse como hojas secas. Con la otra mano, el Benefactor trazó un signo ante ellos, y apareció el contorno de un espejo flotando en el aire. Dentro del marco del espejo, la luz del sol caía oblicuamente desde altas y polvorientas ventanas al interior de una estancia desnuda y abandonada.

—Éste es el último de los portales —dijo el Benefactor con gran calma—. Cuando se vuelva a cerrar lo hará de forma definitiva, porque este mundo ya no es necesario.

Se inclinó en una cortés reverencia, e Índigo lo precedió en dirección al reluciente cristal. Volvió la cabeza para dedicar una última mirada a las cada vez más borrosas sombras del mundo fantasma —un auténtico mundo fantasma ahora— y penetró en el espejo. La sensación hormigueante que producía el paso entre dimensiones le era familiar ahora y duró sólo un instante antes de que oscuros y apagados colores se arremolinaran allí donde antes no había habido más que gris, e Índigo se encontró en la vacía sala hexagonal del último piso de la Casa del Benefactor.

A su espalda todo era silencio, y se dio cuenta de que el Benefactor no la había seguido. Desconcertada, se dio la vuelta y vio la figura del hombre, que la contemplaba desde el otro lado del espejo. Durante un desalentador momento la muchacha leyó temor y miedo en su expresión y se sintió convencida de que había cambiado de idea y pensaba permanecer en el mundo fantasma. Le tendió la mano, asustada, pero, antes de que su mano pudiera rozar el cristal, el Benefactor pareció lanzar un profundo aunque inaudible suspiro, y el espejo centelleó cuando también él penetró en el mundo mortal.

La mirada del hombre paseó despacio por toda la habitación. No había gran cosa que ver, pero sus ojos absorbían cada pequeño detalle con la misma avidez que los de cualquier peregrino que visitara la Casa y se hallara por primera vez en su estancia más venerada. Luego, en voz baja, se echó a reír.

—Un templo al dios de la Razón —dijo, e Índigo sospechó que hablaba más para sí que para ella—. Resulta una paradoja muy triste. Pero, después de todo, yo jamás quise un templo a mi nombre, y por lo tanto puede que esto sea apropiado. —Avanzó hacia la peana acordonada, sobre la que la antigua corona descansaba en solitario esplendor sobre su almohadón—. Pronto vendrán aquí desde la ciudad, para abrir las puertas y bailar en el jardín. No pretendo saber qué valor darán finalmente a esta casa, ni lo que harán con ella; pero tengo la impresión de que ya no necesitarán los servicios de tía Nikku y los suyos para mantenerla a salvo de manos indignas. —Se interrumpió y se volvió para mirar a Índigo—. ¿Cómo podré jamás encontrar las palabras adecuadas para darte las gracias, Índigo? Las palabras que podrían expresarlo no existen. Y en cuanto a los hechos... —Sacudió la cabeza con impotencia—. Pensé que podría recompensarte, pero en lugar de ello te he fallado.

De improviso parecía viejo, pensó Índigo; los cabellos más grises, la piel flácida y pálida. Viejo, abandonado, y solo... Se acercó a él y le tocó la mano.

—Si fracasaste, no fue culpa tuya.

—Me ofreces más amabilidad de la que merezco.

—No, no lo creo. Porque tú me has dado... —Titubeó. ¿Cómo podría definir lo que él le había dado? Era el don de la visión después de cincuenta años de ceguera; pero esa alegría por sí misma no podía ni acercarse a toda la verdad, ya que se trataba de mucho más que eso. Por fin, con sencillez y creyendo que él comprendería, se llevó la mano al corazón y levantó los ojos hacia él. Destellos plateados brillaron en sus ojos, y dijo—: Me has dado a mí misma.

—Ah, Índigo... —su mano se cerró sobre la de ella—, si pudiera creer que eso es cierto...

—Lo es. —Con desazón vio que dos lágrimas resbalaban por las mejillas del hombre, ahora profundamente surcadas de arrugas. Y sus cabellos... empezaban a escasear; eran blancos, finos, apenas un leve nimbo... Con un terrible presentimiento, Índigo comprendió lo que le estaba sucediendo.

—Benefactor... —Le apretó los dedos, delgados, casi descarnados, y percibió los huesos—. Benefactor, te...

—Mi querida amiga, mi querida amiga —la interrumpió, apartándole la mano con suavidad—, no es nada. Es tan sólo lo que es inevitable.

Los profundos ojos castaños estaban legañosos ahora, los carnosos labios arrugados y hundidos, y el cuerpo parecía haber encogido dentro de la túnica que vestía, de modo que sus pliegues lo envolvían como un sudario. E Índigo supo que el Benefactor se moría. Hacía años —siglos— había encontrado una especie de inmortalidad en el mundo fantasma, y mientras permaneció en aquel refugio el tiempo no había pasado por él; pero ahora había regresado al mundo de la carne mortal, y en este mundo no podía evitarse el paso del tiempo.

Recordó entonces lo que él le había dicho —ahora parecía como si eso hubiera ocurrido hacía mucho tiempo— en su segundo encuentro en el claro del bosque. Él había sabido desde el principio lo que le sucedería si regresaba al mundo de los mortales; lo había mencionado entonces, con calma y con certeza. Sin embargo, con la definitiva marcha de los niños para realizar por él su último y triunfal acto de magia en Alegre Labor, el mundo fantasma en el que se había cobijado durante tanto tiempo ya no tenía razón para existir. Ya no le quedaba ningún refugio; únicamente una elección entre el vacío y la muerte.

—No te apenes por mí, Índigo. —Su voz apenas si era un seco susurro ahora, como el polvo que revoloteaba en esa habitación vacía—. Me alegro de que por fin haya terminado; creo que le daré la bienvenida a lo que me aguarde, el olvido o lo que sea.

Ella apenas si podía soportar mirarlo a la cara, ya que los cambios se sucedían ahora velozmente, apresurando el final, y el hombre anciano y marchito que tenía

delante no guardaba más que un leve parecido con el Benefactor que ella había conocido.

—Sé lo que piensas —dijo él—, y te doy las gracias por ello. Pero estoy más allá del alcance o los cuidados de ningún médico. —Lanzó una risita dolorosa, e Índigo comprendió que intentaba bromear con ella—. No obstante, si quisieras concederme un último favor, te pediría algo.

—Cualquier cosa. —La voz se le quebró en la última sílaba—. Cualquier cosa.

Él asintió. Apenas si podía mantenerse en pie ahora.

—Tengo una última tarea que deseo realizar, pero las fuerzas me abandonan y puede que no sea capaz de hacerlo. Por favor, si no te importa, cógeme del brazo y ayúdame a llegar a la peana.

Hizo lo que él le pedía, y con dificultad, apoyándose pesadamente en ella, el Benefactor avanzó renqueante hasta donde se encontraba la corona. Sus manos estaban deformadas y temblorosas y apenas si pudo levantar el viejo objeto, pero lo apretó con fuerza contra el pecho y se volvió hasta estar de cara al espejo.

—No. No puedo hacerlo; ya no tengo fuerzas. Tienes que hacerlo tú por mí, Índigo.

Se tambaleó, y ella lo sujetó.

—¿Qué debo hacer?

—Matar dos pájaros de un tiro, querida amiga. Dos pájaros de un tiro. Coge la corona y arrójala contra el espejo.

Tembloroso, empujó la corona hacia ella, que la cogió justo cuando a él se le escapaba de los dedos; el gélido contacto de su pátina le produjo un escalofrío.

—Ahora —indicó el Benefactor, y había regocijo en su voz—. Ahora.

La lanzó. Su puntería fue perfecta; la corona golpeó el espejo casi en el centro, y el cristal se hizo añicos al tiempo que se desmoronaba la estructura de madera que lo sostenía. Una luz cegadora inundó la habitación por un instante; luego se apagó, y todo lo que quedó del espejo fue un montón de brillantes fragmentos esparcidos por el suelo. Y la corona...

La corona yacía en medio de los escombros. Se había partido por la mitad, y, mientras Índigo la contemplaba, las dos mitades empezaron a cambiar; se oscurecieron, se retorcieron. Escuchó un débil sonido áspero, como si el óxido estuviera royendo la corona, y luego el apagado chasquido del metal viejo al ceder. Ante sus ojos, la vieja y rota corona del Benefactor y sus antepasados se convirtió en polvo y desapareció.

Un sonido parecido al de una rama de árbol al desgajarse surgió de la garganta del Benefactor.

—Se acabó. Por fin se acabó. Mi último deseo ha sido cumplido; he visto el final de esta desdichada era. —Se volvió con dificultad hacia Índigo—. Me has hecho muy feliz.

Se desplomó de improviso, y, cogida por sorpresa, Índigo apenas si tuvo tiempo

para detener su caída. Lo depositó con cuidado sobre el suelo —no había ningún otro lugar— y él se quedó allí mirándola con ojos nublados, mientras respiraba con suma dificultad. Pero, no obstante su debilidad, todavía pudo sonreír y hablar.

—Creo que ya no habrá más lamentaciones —musitó—. Excepto, quizá, por una cosa. —Intentó reír pero sólo consiguió emitir un débil jadeo—. Me gustaría poder recordar...

—¿Recordar...? —apuntó Índigo en voz baja cuando él no continuó.

—Recordar... cómo era, hace tanto tiempo, tantísimo tiempo... —se quedó sin voz e hizo un esfuerzo por seguir—... ser besado por una mujer que... me amara...

Índigo no dijo nada. Pero se inclinó sobre él y, despacio y con suma dulzura, depositó un beso sobre los marchitos labios que temblaban en el apergaminado rostro. No sintió la menor repulsión, ni disgusto; no le pareció en absoluto grotesco. Se trataba simplemente de su propia respuesta y despedida a un amigo muy querido.

Lo vio sonreír, vio cómo sus ojos se cerraban definitivamente, y poniéndose en pie se alejó; sabía que el tiempo aún no había finalizado su acción destructiva incluso ahora que él estaba muerto y no quería presenciar la transformación final. Pedazos de cristal se desmenuzaron bajo sus pies cuando cruzó la habitación, y deseó haber podido alcanzar las altas ventanas y abrirlas de par en par para dejar entrar la luz del día.

Entonces, a lo lejos, escuchó sonidos. Voces, muchas voces que cantaban, y tras ellas el golpear y resonar de una alegre percusión improvisada: palos, bastones, cacerolas e instrumentos de labranza y de cocina en un alborozado ritmo saltarín. Y en medio del estrépito, débil pero inconfundible, el suave tintineo argentino de los cascabeles de un arnés.

«Pronto vendrán aquí desde la ciudad, para abrir las puertas y bailar en el jardín». El Benefactor no había vivido para ver cumplida su profecía, pero Índigo esperaba —y, en el fondo de su corazón, creía— que, a donde fuera que hubiera ido su alma, escucharía aquella alegría y se regocijaría con los suyos. Y a lo mejor ése era el más apropiado de los epitafios.

La procesión llegaría aquí en pocos minutos, y ella quería verlos llegar. Por encima de todo quería ver a *Grimya*, que sabía que iría montada en el carromato. Incluso percibía ya la mente de la loba buscándola con ansiedad —¿cómo lo habría sabido *Grimya*?, se preguntó— pero, aunque ansiaba devolver su llamada mental, se obligó a esperar. Sólo unos instantes más y respondería; luego volverían a estar reunidas y daría la bienvenida a su muy querida amiga y la abrazaría y besaría. Habría también otros amigos a los que saludar: Koru y Ellani, Hollend y Calpurna y Mimino; incluso Thia y tío Choai y tía Osiku. Las desavenencias del pasado habían quedado atrás y olvidadas, pues el Benefactor había devuelto la magia que había robado a Alegre Labor hacía mucho tiempo. Ahora empezaría la auténtica curación, aquella que estaba más allá del poder de un simple médico.

Y en cuanto a ella... ah, sí. Para ella habría un nuevo amanecer, tan significativo a

su manera como el amanecer que empezaba a brillar sobre Alegre Labor. También ella estaba curada, y, aunque había tocado a Fenran para volver a perderlo otra vez, en esta ocasión —al contrario que en las otras que habían terminado en desilusión y pena— no había simplemente una esperanza, sino una promesa. Por primera vez Fenran estaba realmente a su alcance, pues sabía dónde encontrarlo. No en una dimensión de demonios, ni en un limbo imposible, sino en este mundo, en un lugar del que sólo la separaba un viaje por mar. Qué era aquel lugar ahora después de cincuenta años, qué significaba para las gentes que en una ocasión habían sido su propia gente, Índigo no lo sabía. Pero podía darle un nombre: la Torre de los Pesares...

En su interior, en un lugar tan profundo y primitivo que no podía definirlo, se agitó una presencia: su enemiga, pero que ya no era su enemiga. Némesis tenía un nuevo nombre ahora, y ambas eran una sola.

Un destello plateado volvió a aparecer en los ojos de Índigo al pensar las palabras, al sentirlas: «Hermana. Me voy a casa. Nos vamos a casa».

Se apartó de la ventana. Era difícil reunir las fuerzas necesarias para mirar en dirección a la peana, porque no sabía qué encontraría allí y, al no saberlo, imaginaba lo peor. Pero no había nada. Ni un cadáver en descomposición, ni huesos ennegrecidos, ni ropas viejas desintegrándose en el polvo. Al final, el tiempo había sido benévolo, y había concedido a los restos mortales del Benefactor la dignidad — puede que la dignidad final— de la inexistencia.

Una sonrisa agrisulce asomó a los labios de la muchacha, que musitó:

—Adiós, querido amigo.

La desnuda habitación del piso superior de la Casa repitió sus palabras en un sordo eco que se apagó lentamente. Durante cinco segundos Índigo permaneció inmóvil, con la mirada fija en el lugar donde había estado el Benefactor, mientras escuchaba las voces triunfales, cada vez más cercanas al edificio.

*¡Todos a una, bailad y cantad!  
¡Esta alegre danza con nosotros bailad!*

Pena, alegría y triunfo llenaron el corazón de Índigo, que descendió corriendo la escalera para salir a la luz del sol.